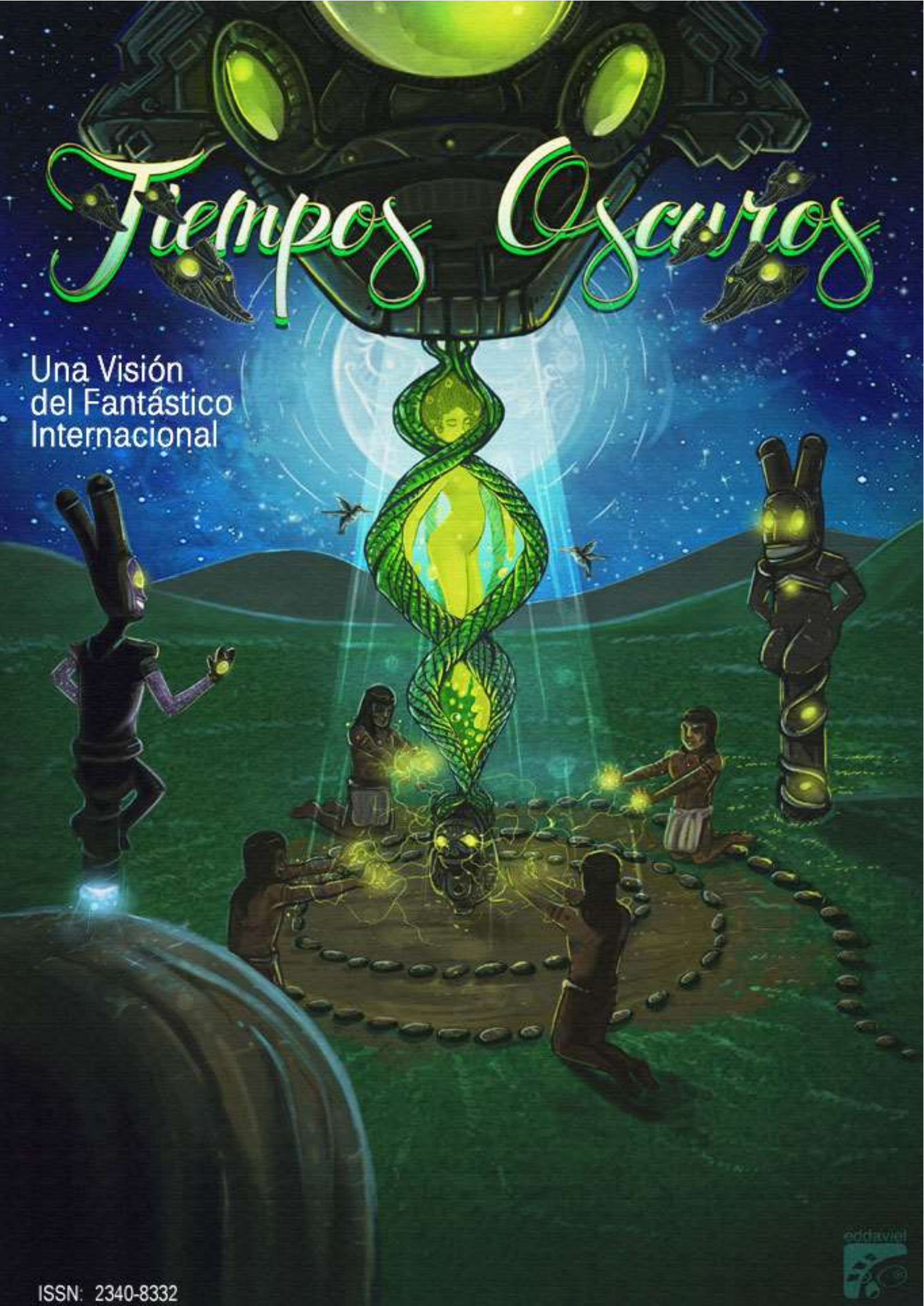



ISSN: 2340-8332

*Enero- junio/ 2015 #4*

Asociación Cultural miNatura Soterranià

Revista Tiempos Oscuros *Una visión del Fantástico Internacional*

**ISSN:** 2340-8332

**Directores:**

Ricardo Acevedo Esplugas

Carmen Rosa Signes Urrea

**Editor:**

Ricardo Acevedo Esplugas

**Equipo Editorial:**

Cristina Jurado Marcos

Pablo Martínez Burkett

**Dirección postal:**

Avenida del Pozo 7 San Juan de Moró, 12130, Castellón de la Plana, España.

**Portada**: Cohoba, intervención extraterrestre en la creación de la mujer/ *Eddaviel —seud.— (República Dominicana)*

**Contraportada**: Carlitta (2014) / *Yohann Schepacz (Francia)*

Las colaboraciones deben ser enviadas a: revistatiempososcuros@yahoo.es

Pueden seguir nuestra publicación a través:

http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/tiepososcuros/

*Prohibida la reproducción completa o parcial de la revista (textos o ilustraciones) sin el permiso de la Dirección y/o autores.*

*Todos los trabajos presentados respetan las leyes vigentes del copyright.*

*A Joan Castillo.*

"El cuento debe ser presentado al lector como un fruto de numerosas cáscaras que van siendo desprendidas a los ojos de un niño goloso."

Juan Bosch

"El jardín abandonado es más inquietante que la selva virgen."

Arthur Machen.

No se puede comenzar esta nota introductoria sin mi agradecimiento a Lynette Mabel Pérez, Iris Miranda, Odilius Vlak y a Vicente Arturo Pichardo. Estos cuatro amigos trabajaron cómo hormigas seleccionando, escaneando, buscando en bibliotecas o en Facebook cada uno de los escritores que llegó hasta nosotros para este número: ¡Gracias por hacerme el trabajo tan sencillo!

En Tiempos Oscuros nº4 se intentó tocar todos los géneros y temas: ciencia ficción, terror, thriller; pero son la soledad —acción quizá inconsciente por tratarse de isleños— y las ruinas —físicas

o psicológicas—, estas proyecciones arquetipicas nos acercan más a los grandes autores de lo lóbrego:

*Llega un momento en que las ruinas no inspiran ya el sentimiento de la fuga del tiempo, de la brevedad de la vida humana y de las civilizaciones [...]. Una vida nueva y salvaje se desarrolla en los subterráneos, las galerías y las torres de los castillos fortificados. Los antiguos dioses vienen de nuevo a habitar, jóvenes y salvajes, las ruinas sepultadas de sus templos* (Machen, Lovecraft).[1]

¿Favoritos? Espero no hacer mal si cito algunos ejemplos: En *La pornógrafa* de Ana María Fuster Lavín su juego de una manera casi lasciva con el *snuff* más truculento. *Mátala* de Aracelis Mireles es la visión paranoica de esas voces que susurran en la bóveda craneana. *Domadora de autos* de Rodolfo Báez cuando el absurdo y la total agresión sintáctica se ponen en juego este puede ser el resultado. *La Olla Roja* de Héctor Babilonia un hard boiled a la puertorriqueña, un hombre con una máscara.

Y estos son sólo para limar garras y colmillos, puedo asegurar que no se arrepentirán al leerles:

Francisco Javier Angulo Guridi (República Dominicana); Virginia Elena Ortea (República Dominicana); Tomás Hernández Franco (República Dominicana); Fabio Fiallo (República Dominicana); Virginia de Peña de Bordas (República Dominicana); Juan Bosch (República Dominicana); Gustavo Agrait (Puerto Rico); Virgilio Díaz Grullón (República Dominicana); Diógenes Valdez (República Dominicana); Arturo Rodríguez Fernández (República Dominicana); Fernando Ureña Rib (República Dominicana); Joan Castillo (República Dominicana); Kianny N. Antigua (República Dominicana); Tony Báez Milán (Puerto Rico); Rodolfo Báez (República Dominicana); Peter Barbes Domínguez (República Dominicana/ Puerto Rico); Eugenio Camacho (República Dominicana); Efraim Castillo (República Dominicana); Manuel Clavell (Puerto Rico); Luis Francisco Cintrón (Puerto Rico); Roxanna Delgado (República Dominicana); Ana María Fuster Lavín (Puerto Rico); Héctor Babilonia —seud.— (Puerto Rico); Rosa Margarita Hernández (Puerto Rico); Víctor Liberato (República Dominicana); Iris Miranda (Puerto Rico); Lynette Mabel Pérez (Puerto Rico); Antonino Geovanni (Puerto Rico); Markus Edjical Goth –seud.– (República Dominicana); Aracelis Mireles (República Dominicana); Morgan Vicconius Zariah —seud.—

[1] Vax, Louis. *L'art et la littérature fantastiques*. 4éme. éd. Paris: Presses Universitaires de France, 1974.

(República Dominicana ); Angelo Negrón Falcón (Puerto Rico); Odilius Vlak —seud.— (República Dominicana); Nancy Nelly Ortiz Méndez (Puerto Rico); Mary Cruz Paniagua Suero (República Dominicana); Vicente Arturo Pichardo (República Dominicana); Zulma Quiñones Senati (Puerto Rico); Mildred Altagracia Rodríguez Ortiz (República Dominicana); Melvin Rodríguez-Rodríguez (Puerto Rico); Moisés Santana Castro (República Dominicana); Francis Santos (República Dominicana); James Stevens-Arce (Puerto Rico); Deisy Toussaint (República Dominicana); Iván J. Vázquez Torres (Puerto Rico).

Clásicos, Comtemporáneos y Noveles cada uno dará lo mejor de sí para hacerle reflexionar o en el peor de los casos… ¡No le dejaran hacerlo!

Esta editorial no puede estar completa sin la buena voluntad de ilustradores de todos los confines que cedieron su obra para dar rostro a estas historias.

Eddaviel —seud.— (República Dominicana); Rafa Castelló Escrig (España); Mel Dinzey Castro (República Dominicana); Arantza Sestayo (España); Joan Gonzalvez Fernández (España); Guangjian Huang (República Popular China); Bastien Lecouffe Deharme (Francia); Brian Despain (EE.UU.); Yuly Alejo (España); Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba); Laura Rodríguez Abreu (Puerto Rico); Alejandro D' Marco —seud.— (Argentina); Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico); Mario Cesar Carper (Argentina); Michael Chang (Hong Kong); Yonson Carbonell —seud.— (República Dominicana); Janina Costa Cordero (Puerto Rico); Aleksandr Nikonov (Rusia); Dreth -seud- (Puerto Rico) Dave Melvin (EE.UU.); Tomasz Alen Kopera (Polonia); Vanessa Arandt Lizardi (Puerto Rico); Otto Rapp (Austria); Phuoc Quan (República Socialista de Vietnam); Joan Gonzalvez Fernández (España); Peter Gric (Checoslovaquia); Pedro de Kastro (Portugal); Judith Vergara García (Perú); Yohann Schepacz (Francia).

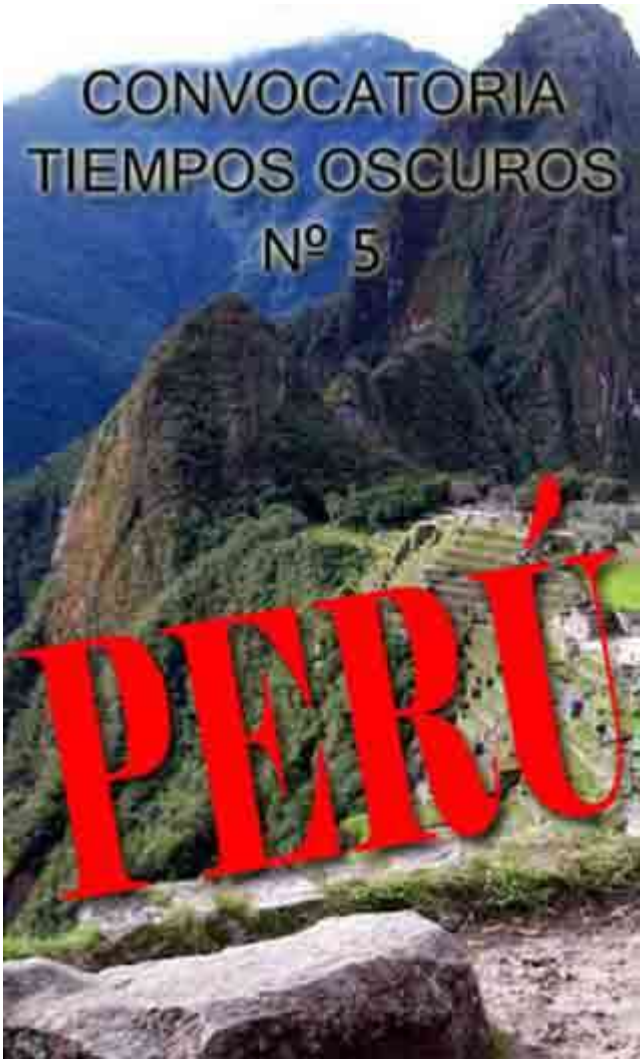
El esfuerzo realizado para completar este número ha valido la pena.

¡Saludos!

Ricardo Acevedo Esplugas

San Juan de Moró, 9 de marzo de 2015

CONVOCATORIA SELECCIÓN DE TEXTOS TIEMPOS OSCUROS Nº5




La Revista Digital Tiempos Oscuros (Un panorama del Fantástico Internacional) tiene el placer de dar a conocer la convocatoria para confeccionar su quinta entrega, un número dedicado en su totalidad a mostrar el panorama de la literatura fantástica de Perú.

Es por ello que todos aquellos escritores peruanos que deseen participar en la selección de los textos que compondrán el número quinto de la revista digital Tiempos Oscuros deberán atenerse a las siguientes bases.

BASES

1. Podrán participar todos aquellos escritores peruanos residentes o no en su país de origen, con obras escritas en castellano.

2. Los textos deberán ser afines al género fantástico, la ciencia ficción o el terror.

3. Los trabajos, cuentos de entre 5 a 10 páginas, deben estar libres de derechos o en su defecto se aceptarán obras con la debida autorización del propietario de los derechos de la misma.

4. Los trabajos deberán enviarse en documento adjunto tipo doc (tamaño de papel DinA4, con tres centímetros de margen a cada lado, tipografía Time New Roman puntaje 12 a 1,5 de interlineado). Dicho archivo llevará por nombre título + autor de la obra y junto a él se incluirá en el mismo documento plica que incluirá los siguientes datos: título del cuento, nombre completo, nacionalidad, dirección electrónica, declaración de la autoría que incluya el estado del texto (si es inédito o si ha sido publicado, en este segundo supuesto deberá incluir dónde se puede encontrar y las veces que ha sido editado, tanto si es digital como en papel, y si tiene los derechos comprometidos se deberán incluir los permisos pertinentes). Junto a todos estos datos también pedimos la inclusión de un breve currículum literario que será publicado en la revista y una fotografía del autor si lo desea para el mismo fin.

5. En ningún supuesto los autores pierden los derechos de autor sobre sus obras.

6. La dirección de recepción de originales es:

revistatiempososcuros@yahoo.es

En el asunto deberá indicarse: COLABORACIÓN TIEMPOS OSCUROS Nº5

7. Las colaboraciones serán debidamente valoradas con el fin de realizar una selección acorde con los intereses de la publicación.

8. Los editores se comprometen a comunicar a los autores, que envíen sus trabajos, la inclusión o no del texto en la revista. Nos encantaría poder incluirlos todos pero nos hacemos al cargo sobre el volumen de textos que se podemos llegar a recibir.

9. Todos los trabajos recibirán acuse de recibo.

10. La participación supone la total aceptación de las normas.

11. El plazo de admisión comenzará desde la publicación de estas bases y finalizará el 1º de junio de 2015. (No se admitirán trabajos fuera del plazo indicado).

Ricardo Acevedo Esplugas

Carmen Rosa Signes Urrea

Directores de la Revista Digital Tiempos Oscuros

# Índice:

**01/** Portada: Cohoba, intervención extraterrestre en la creación de la mujer / *Eddaviel —seud.— (República Dominicana)*

**02/** Editorial

**05/** Convocatoria

**08/** Índice

**Clásicos:**

**16/** La Ciguapa (1866) / *Francisco Javier Angulo Guridi (República Dominicana)*

**28/** Los diamantes de Plutón (1901) / *Virginia Elena Ortea (República Dominicana)*

**34/** La última aventura de Charlot (1926) / *Tomás Hernández Franco (República Dominicana)*

**39/** Esquiva (1934) / *Fabio Fiallo (República Dominicana)*

**48/** La Eracra de Oro (1948) / *Virginia de Peña de Bordas (República Dominicana)*

**63/** Los últimos monstruos (1962) / *Juan Bosch (República Dominicana)*

**72/** El extraño caso de Ciro Doral (1966) / *Gustavo Agrait (Puerto Rico)*

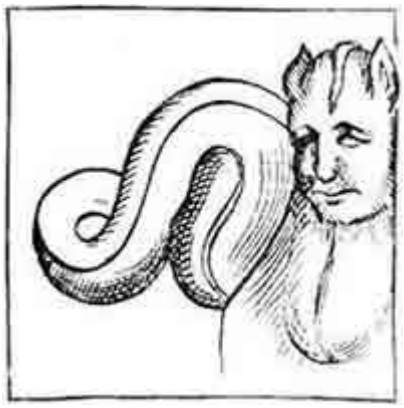
**84/** El aprendiz de brujo (1975) / *Virgilio Díaz Grullón (República Dominicana)*

**99/** El relámpago entre las sombras (1984) / *Diógenes Valdez (República Dominicana)*

**93/** Falta quien redima (1980) / *Arturo Rodríguez Fernández (República Dominicana)*

**108/** El Nahual (2003) / *Fernando Ureña Rib (República Dominicana)*

**112/** Jazz en el infierno (2005) / *Joan Castillo (República Dominicana)*



## Contemporáneos:

**122/** Tom The Rock / *Efraim Castillo (República Dominicana)*

**133/** Clotilde La Bruja / *James Stevens-Arce (Puerto Rico)*

**150/** Los homicidas / *Tony Báez Milán (Puerto Rico)*

## Noveles:

**157/** Dalila / *Kianny N. Antigua (República Dominicana)*

**162/** Domadora de autos / *Rodolfo Báez (República Dominicana)*

**172/** Breve historia de un genocidio intergaláctico / *Peter Barbes Domínguez (República Dominicana/ Puerto Rico)*

**182/** La mano encantada / *Eugenio Camacho (República Dominicana)*

**192/** El Portal / *Luis Francisco Cintrón (Puerto Rico)*

**197/** Presencia non grata / *Roxanna Delgado (República Dominicana)*

**203/** La pornógrafa / *Ana María Fuster Lavín (Puerto Rico)*

**215/** La Olla Roja / *Héctor Babilonia —seud.— (Puerto Rico)*

**228/** El familiar / *Rosa Margarita Hernández (Puerto Rico)*

**236/** Lázaro / Víctor Liberato (República Dominicana)

**239/** Invasores / *Lynette Mabel Pérez (Puerto Rico) y Antonino Geovanni (Puerto Rico)*

**247/** La maldición que cayó sobre Jesitd /*Markus Edjical Goth –seud.– (República Dominicana)*

**261/** Mátala / *Aracelis Mireles (República Dominicana)*

**266/** La extraña osamenta de Antarte / *Morgan Vicconius Zariah —seud.— (República Dominicana )*

**279/** Piel sin alma / *Angelo Negrón Falcón (Puerto Rico)*

**289/** Futuro post mortem / *Odilius Vlak —seud.— (República Dominicana)*

**301/** Carbunco y granos / *Nancy Nelly Ortiz Méndez (Puerto Rico)*

**304/** Ser o estar / *Mary Cruz Paniagua Suero (República Dominicana)*

**311/** Sincronía de gemelos / *Vicente Arturo Pichardo (República Dominicana)*

**316/** Transformación / *Zulma Quiñones Senati (Puerto Rico)*

**323/** Sensaciones de un psicópata / *Mildred Altagracia Rodríguez Ortiz (República Dominicana)*

**330/** Del mal. Amén / *Melvin Rodríguez-Rodríguez (Puerto Rico)*

**336/** El día de los perros / *Moisés Santana Castro (República Dominicana)*

**339/** Cóctel para una dama de compañía / *Francis Santos (República Dominicana)*

**347/** La carta / *Deisy Toussaint (República Dominicana)*

**351/** Anamnesis / *Iván J. Vázquez Torres (Puerto Rico)*

**Ensayos:**

**371/** Coqueteos boricuas con la ciencia ficción: Bibliografía mínima / *Manuel Clavell (Puerto Rico)*

**378/** Comentarios breves sobre la literatura fantástica y de ciencia ficción en Puerto Rico / *Iris Miranda (Puerto Rico)*

**384/** Un viaje fantástico de la narrativa dominicana / *Vicente Arturo Pichardo (República Dominicana)*

**389/** Ciencia Ficción y Fantasía Dominicana: Más Ficción y Fantasía que Realidad / *Odilius Vlak —seud.— (República Dominicana)*

**400/** Biografías

**444/** Sobre el copyright de las imágenes

**445/** Contraportada: Carlitta (2014) / *Yohann Schepacz (Francia)*

# lásicos

Ciguapa® eddaviel 2013

# La Ciguapa[2]

Por Francisco Javier Angulo Guridi (República Dominicana)

Ilustrado por Eddaviel —seud.— (República Dominicana)/ *La Ciguapa.*

or más que se haya dicho y se siga diciendo que la civilización del siglo en que vivimos no ha excluido cosa alguna de su benéfica influencia, preciso es reconocer que algo le falta para el completo de su obra; puesto que la humanidad se mantiene fiel respecto de ciertos errores funestos que concurren a rebajar la importancia de nuestros mismos adelantos. Evidentemente, y con especialidad de cuarenta años a esta parte, la inteligencia ha hecho tanto como en los dos últimos siglos. Cierta de que consagrada a mejoramientos o reformas, que siempre han de conservar la originalidad de su carácter, sólo llegaría a conquistar una gloria a medias, cuando no postiza, se ha lanzado en el hermoso campo de las averiguaciones, donde ha sorprendido secretos importantes para las ciencias y las artes, y donde el mundo la ha ido a saludar al compás de sus vítores y aplausos en la solemne efusión del entusiasmo. Pero todos estos triunfos adolecen de la ausencia de uno que, a mi manera de ver, es sumamente necesario: el triunfo sobre las envejecidas supersticiones, hijas legítimas de la tradición y sombras importunas que flotan sin cesar en torno de las más nobles ideas.

No se puede negar que la superstición ha sido vigorosamente combatida; mas, si debilitada por la lucha a que la ha arrastrado el paladín soberbio del progreso la hemos

[2] Publicado por primera vez en 1866. Extraído para esta publicación de la antología «Dos siglos de literatura dominicana» [S. XIX-XX] PROSA [I]: 1996.

visto desertar de los centros luminosos, volvamos nuestros ojos, y fuerte por la impunidad la veremos ejerciendo su férreo período en el silencio de la selva, en el claro oscuro de los bosques y en la tranquilidad de las aldeas. Un hecho contemporáneo será el certificado más expresivo de su perniciosa influencia sobre esos seres infelices, comunes a todos los pueblos, para quienes la civilización es todavía menos que un fantasma.

De Santiago de los Caballeros, Provincia principal de nuestra República, a Puerto Plata, que es el marítimo más próximo, hay por el camino viejo o de Altamira, veinte leguas castellanas; mientras que por el nuevo o de Palo Quemado sólo hay ocho y media de extensión, que corren a terminar en dicho puerto. Aunque a primera vista parece que el viajero debe preferir el último camino atendida la prontitud con que respectivamente rendiría la jornada, no sucede así; porque trazado a través de una sucesión interminable de montañas gigantescas y bordadas éstas por infinitos ríos caudalosísimos, de frecuentes avenidas, el caballo sufre mucho en el tránsito, por cuya razón es necesario no apurarlo y desperdiciar por lo tanto el beneficio de tiempo que se pudiera obtener respecto del otro camino en razón de la menor distancia. Sin embargo, hay algo de sublime en los peligros: bajar al Niágara en sus más solemnes arrebatos; cruzar por un andarivel sobre un abismo sin fondo, húmedo, imponente por cuanto solitario y tenebroso; aspirar el aliento de un volcán en los mismos bordes de su cráter; escalar los Alpes, sorprender al cóndor en su guarida, y andar perdido entre un bosque sin fin en noche oscura, o sobre el mar azotado por el huracán; son, a la verdad, escenas grandiosas, magníficas, soberbias, escenas que deben arrebatar el espíritu, llenar el corazón de brío, elevar y conmover. Santo Domingo no se presta a estas emociones absolutamente; pero tiene algo de solemne en su naturaleza, en la elevación de sus montañas, núcleo del sistema antillano, en su aspecto primitivo que conserva como ningún otro punto de la América y en los bramidos sonoros de sus ríos.

Partidario, pues, de todo lo nuevo o sorprendente, y avezado ya al camino de *Altamira* tomé el de *Palo Quemado* el día cuatro de junio del año de mil ochocientos sesenta para llegar a Puerto Plata el cinco y seguir mi viaje a La Habana en el *Pájaro del Océano.* Cinco horas de ruta, a contar desde la del alba, fueron suficientes para rebajar la potencia

de mi caballo a tal manera, que ya subía las altas cumbres dando sordos gemidos, y entraba en los ríos a viva fuerza seguro de que le aguardaba un nuevo escalamiento. Lastimado de su quebranto resolví hacer alto en las floridas márgenes del

Bajabonico. Un joven gallardo, al parecer de oficio labrador, se me acercó y tomó a su cargo la diligencia de aflojar la montura a mi caballo. Tenía un aspecto doloroso que contrastaba poderosamente con la energía de su musculatura atlética, y derramaba dolor en cada una de las miradas de sus grandes ojos negros.

—Va Usted a La Habana caballero? me preguntó con dulce acento.

Ciertamente, le respondí; pero quién le ha dicho a Usted que voy a La Habana?

—Mi tío, Señor, que es quien le lleva su equipaje... El irá por Altamira?

—Sí.

—Me admira que lo haya dejado a usted venir solo por este camino. Un buen peón nunca debe separarse del viajero...

—Sin embargo, no le culpe usted. Mi venida por aquí es obra del antojo; luego, como afortunadamente en nuestra patria no se conocen los peligros que en otros países...

—Qué dice usted? —exclamó a media voz, y sentándose junto a mí sobre la yerba.

—Digo, que no hay malhechores en toda esta parte española.

—Ah!... es verdad, pero en cambio hay otra cosa peor... si señor: hay otra cosa que roba y mata sin quitarnos la vida o el dinero...

—No lo comprendo a usted, amigo mío.

—Sin embargo, he dicho la verdad y en un idioma que no es a usted desconocido.

—Pero... la proposición de usted es peregrina, quién que roba y mata no invade la propiedad y la existencia?

—La Ciguapa!... y así diciendo miraba en derredor con ojos aterrados.

—La Ciguapa?... repuse sorprendido y reduciendo a su mitad la fuerza de mi acento.

El joven se quedó un instante inmóvil, con el oído atento como quien percibe algún rumor lejano; luego sonrió, puso sobre sus breves orejas los copos de cabellos que el espanto había esparcido por su frente, pálida como un botón de lirio, y levantando con trabajo la bóveda de su pecho lanzó al aire un suspiro triste cuanto prolongado. Desde luego adiviné algo de maravilloso en la vida y en el dolor de aquel joven, (que bautizaré con un nombre de mi gusto para evitar confusión en el discurso de este relato, por ejemplo, le llamaré Jacinto, siquiera sea porque la primera letra es también la primera de mi nombre) y curioso hasta la impertinencia resolví provocarlo a la revelación, aún a precio de sus más amargos sufrimientos. Esta curiosidad, sin embargo, no carece de nobleza. Yo tengo la costumbre de identificarme con todos los dolores, y a veces con sacrificio de mi tranquilidad y mi deber... Vive en el mundo una señora que me contó la historia de su corazón, entre sollozos y entre lágrimas... Esto dio margen a una pasión desesperada por mi parte, pasión que brotó del árbol de la piedad, y que antes de florecer fue hollada por la misma que en sus diálogos pedía una limosna de amor... Qué difícil es conocer la verdad en ciertos labios!

Jacinto, pues, vuelto de su sorpresa y recordando mi última frase dijo:

La Ciguapa, caballero: la Ciguapa es la criatura que con un alma como nosotros alienta sólo por el exterminio de nosotros mismos…

Pero usted no conoce la Ciguapa!...

—Ciertamente que no, amigo mío; y si no fuera el temor de afligirle, me atrevería a suplicarle me diese algunas noticias de ese ser que aún en recuerdo le intimida.

—Será usted complacido, señor, más para que comprenda bien el mágico poderío de la Ciguapa, será preciso que lo vea confirmado en la desgracia que lloro sin cesar en medio de estas anchas soledades.

—Acepto, le respondí.

El me tendió la mano y añadió:

—Yo soy, señor, hijo de buen padre; pero víctima en primer término de sus opiniones políticas. Creyó que tal o cual doctrina era conveniente a la felicidad de nuestra patria, la enunció sin atender a las consecuencias, y luego tuvo que buscar el reposo en el destierro; dejando mi existencia de doce años entregada a las depredaciones de la orfandad. No sé si vive; pero tampoco lo acuso, aunque pudiera decir que más amó una doctrina que una prenda de su corazón... A espaldas de esa montaña que besando viene el río, habita el viejo Andrés, jefe de una familia numerosa y el cual me recogió agradecido a los favores que le otorgó mi padre en otro tiempo. Entre sus hijas hubo una llamada Marcelina, que me tomó un cariño extremado, y a la que correspondía yo con el mismo afecto; llegando esta afición a tal altura, que nos era imposible estar diez minutos separados. Así cuando iba yo a cortar leña, ella me acompañaba al monte sin hacer cuenta de sus labores; y cuando ella bajaba con el *calabazo* a buscar agua al río, yo la seguía, indiferente a las obligaciones que la hospitalidad me había impuesto. Marcelina contaba con quince años: era hermosa como un clavel, de ojos negros, breve boca, cintura delgada y gallardas formas; a todo esto se agregaba una sonrisa angelical siempre retozando en sus labios purpurinos como en testimonio de la inocencia y ternura de su alma. El viejo Andrés, conocedor del corazón humano, presintió el resultado de nuestra ostensible simpatía y una noche nos dijo:

Hijos míos, la juventud es imprudente cuanto más impresionable, y temeraria hasta la locura cuando teme alguna contrariedad en sus manifestaciones. Para prevenir estos males difíciles de contener una vez desarrollados, quiero participar a ustedes que sus almas, espejos en que me miro sin cesar, tienen grabadas recíprocamente sus propias imágenes, y que esta especie de *mirismo* marcha a una fusión que aplaudo y que bendigo. Así, pues, ni hay que padecer con la idea de una tiranía que siempre he condenado en las familias, ni menos que disfrazarse con un tupido manto de reserva.

Di las gracias al viejo Andrés en una mirada, por su generosidad, y en seguida la fijé en el rostro de Marcelina; mas, inocente como mujer ninguna lo fue, nada comprendió de lo que había dicho su padre y continuaba embebida en su costura. Aquella noche no me

fue posible dormir: hablé conmigo mismo de amor, de felicidad: veía a Marcelina turbada en mi presencia, oyendo la explosión de mis tiernos arrebatos, y lloré de gozo como un niño.

Tres meses transcurrieron, en los cuales sin alterar la índole de mi trato con Marcelina, el amor había dilatado mi corazón y embellecido mi existencia.

Al cabo de ese tiempo salimos una mañana para tomar agua del río... Allí caballero... debajo de esa mata de cera… ay! Allí nos sentamos como de costumbre a trazar un cuadro de flores para el porvenir... porqué no permitió Dios que yo hubiera enmudecido...? Ella viviera todavía; y habríamos gozado, como antes, sin darnos cuenta de nuestra felicidad!...

—Valor, Jacinto, le dije conmovido.

Entonces enjugó una lágrima y prosiguió de esta manera: Sentados, pues, debajo de ese árbol vimos discurrir cerca de una hora; hasta que yo excitado como nunca por la adoración contemplativa de los encantos que poseía mi joven amiga, le tomé y estreché apasionadamente una de sus manos.

—Ay, Jacinto!, me dijo sorprendida: como abrasa tu mano! Dime, estás malo?

—No, Marcelina mía, le respondí balbuceando.

—Pero... a lo menos sufres...!

—Ah! Lejos de eso, gozo de la felicidad en toda su plenitud.

—Egoísta! Y pensabas ocultármelo...!

—Calla Marcelina! Ah! mira que conviertes así en dolores mi alegría. Cuando te he ocultado cosa alguna?

—Perdóname, Jacinto: los que queremos bien somos a veces injustos; pero nuestras injusticias no bajan jamás al corazón. Veamos, ¿me perdonas?

—Oh! te perdono hoy con más razón y más deleite que te hubiera perdonado ayer.

—De veras?

—Es mi alma la que habla...!

—Es mi alma la que escucha...! Pero tu mano me quema... Has dicho también una cosa… Y me miras de una manera... Por Dios, Jacinto... qué está pasando de extraño entre nosotros? Siento mi rostro inflamado, mi corazón se agita... te miro, y me estremezco…! Jacinto, explícame todo esto que yo no me basto a comprenderlo...!

Arrebatado entonces caí de rodillas sin abandonar su mano, temeroso de que asustada hubiese huido como una paloma, buscando auxilio en la choza de su padre.

—Es, Marcelina, le dije casi llorando en mi arrebato, es que nuestras almas se pronuncian contra la timidez, y se revelan en el lenguaje de las sensaciones el mejor de sus capítulos... es que no podemos seguir así, callando lo que sentimos y desflorando en su capullo el botón de la juventud... es en fin, que la soledad de estas montañas, los susurros de sus brisas y el dulcísimo lamento de este río nos han hecho volver nuestras miradas sobre nosotros mismos y preguntarnos: qué es lo que sentimos y queremos? Ah! No es cierto que tal es nuestra situación en este instante…?

—Yo lo ignoro, Jacinto, —me respondió toda convulsa; —sólo comprendo que si me abandonaras ahora, moriría de dolor sobre esta arena; pero tú no lo harás... porque me quieres mucho.

—No lo haré porque sería suicidarme, y me importa vivir por tu alegría.

—Oh Jacinto! Cuanto gozo escuchándote! Que hermosa novedad encuentro en tus palabras, y con cuánta delicia descienden hasta mi corazón!... Habla otra vez, y dime qué es lo que te inspira esas ideas originales y conmovedoras, que así me recrean y sorprenden. Habla!

—Marcelina! Para explicártelo basta sólo una palabra...

—¿Una palabra...?

—Una que vale por todas las que representan nuestro idioma...

—Y bien... pronúnciala...!

—Si, voy a pronunciarla... Oh! Escúchame...

—Habla.

—Yo te amo, Marcelina!

—Es posible! exclamó con la inocencia de los ángeles: ¿y cómo es que adorándote yo no participo de tus propias inspiraciones?

El diluvio de besos que estampé en su mano incendiada por la pasión fue la respuesta que dio mi gratitud; mientras ella esmaltada por el rubor a consecuencia de su bellísima espontaneidad, cerró los ojos e inclinó la frente como un aguinaldo en cuyo cáliz proyecta el sol su rayo más fogoso.

Calmadas las emociones del momento nos dimos cuenta del pasado y hablamos del porvenir.

—Serás mi esposa —le dije— y nuestra choza el templo del amor.

—Sí —me repuso enajenada—, y te amaré como te amo hoy; porque amarte más es imposible. Mira, Jacinto; aquí mismo, al pie de este árbol levantarás nuestra cabaña. Así tendremos siempre presente nuestros juramentos. Oh! Cuánta felicidad! Pero vamos a echarnos a los pies de papá y a revelarle nuestro amor...

—Un momento más, querida Marcelina! Es tan hermoso estar ahora a tu lado sin testigos...!

—Es que tengo miedo, Jacinto...

—Miedo! Y de quién tienes miedo cuando yo velo por ti?

—No sé explicarlo... pero de verdad que tengo miedo…

—Tranquilízate, mi bien —repuse yo conmovido por su interesante timidez—; Dios desde su trono ha escuchado nuestras protestas de amor, y seguramente las bendice. Además, yo estoy aquí para defenderte y...

Dos agudos gritos estallaron a la vez. El uno seco, estridente, fatídico como el de la muerte, salió de la cresta de la montaña y restalló de roca en roca hasta perder su timbre

entre los murmullos querellosos de estas aguas; el otro, ay! el otro triste, profundísimo, grito de dolor arrancado al alma que se adormecía descuidadamente en brazos de la felicidad, partió del seno de Marcelina articulando con trabajo estas palabras:

—Dios mío!... La Ciguapa!!!

Esto dicho se desmayó. Privado de todo auxilio en aquella dolorosa situación, ceñí a Marcelina por la cintura, la suspendí hasta mis hombros y me alejé de este lugar, llevándola como a un niño que se duerme en los momentos más supremos de una fiesta.

Ni la ternura de su padre, ni el solícito cuidado de sus hermanos, ni el amor afligido de mi alma, jay! nada señor, pudo devolver a la suya la tranquilidad que había perdido... Desde que cayó en el lecho fue víctima de una enajenación horrible, de un sopor espantoso, sólo alterado por la convulsión y los sollozos; si abría sus labios, ya sin carmín y sin color, era sólo para pronunciar estas palabras: Oh Jacinto mío! íbamos a ser felices... pero... yo vi la Ciguapa!!! Adiós Jacinto!

En seguida escondía la hermosa frente en la almohada y volvía a desmayarse. Para concluir, caballero, porque el recuerdo me asesina: tres días después de este acontecimiento doloroso dimos sepultura debajo de ese *árbol de cera* al cadáver de mi adorable Marcelina...!

Calló el mancebo enjugando como a hurtadillas una gruesa lágrima que surcaba su mejilla. Yo me levanté, viendo que era tiempo de seguir en dirección de Puerto Plata y tomé mi caballo que se había alejado un poco paciendo la fresca grama de las inmediaciones, pero antes de cabalgar, y visto que Jacinto había dominado la emoción, me atreví a preguntarle.

—Y bien, amigo mío: usted me ofreció explicarme qué cosa es la Ciguapa, y mi curiosidad ha subido de punto con lo que acabo de oir... querrá usted cumplirme su palabra?

—Sin duda, caballero; pero recordando a usted previamente que como nacido y educado, aunque a medias, en la ciudad de Santiago, no participo de las ideas supersticiosas

de estos candorosos campesinos. Se dice que desde antes del Descubrimiento de esta Isla existe una raza cuya residencia ha sido siempre el corazón de estas montañas; pero que se conserva en toda su pureza, durmiendo en las coronas de los cedros, y alimentándose de los peces de los ríos, de pájaros y frutas. La Ciguapa, que tal es el nombre con que se conoce, es una criatura que sólo levanta una vara de talla: sin que por tanto se crea que en sus proporciones hay la deformidad de los llamados enanos en Europa, y aún en otros puntos de la América. Lejos de eso, existe una exacta armonía en todos sus músculos y miembros, una belleza maravillosa en su rostro, y una agilidad en sus movimientos tan llenos de espontaneidad y de gracia que deja absorto al que la ve. Tiene la piel dorada del verdadero indio, los ojos negros y rasgados, el pelo suave, lustroso y abundante, rodando el de la hembra por sus bellísimas espaldas hasta la misma pantorrilla. La Ciguapa no tiene otro lenguaje que el aullido, y corre como una liebre por las sierras, o salta como un pájaro por las ramas de los árboles tan luego como descubre a otro ser distinto de su raza; porque es sumamente tímida e inofensiva al mismo tiempo. En general se le atribuye una sensibilidad sin ejemplo, y se añade que habiéndola capturado algunas veces por medio de trampas abiertas en los bosques, se le ha visto morir a pocas horas de dolor, anegada en su mismo llanto; pero sin exhalar una sola queja ni menos revelar indignación. Por último, caballero, la Ciguapa es en su naturaleza idéntica a nosotros; y en cuanto a las manifestaciones del amor infinitamente superior, porque raya en el delirio. Sus celos terminan con la muerte, y es en este sentimiento tan intolerante y egoísta, que el cuadro de dos seres que se aman y acarician le arranca gritos de desolación que sólo se apagan en el sepulcro. Pero no es esto lo más admirable, sino que cuando es hembra la Ciguapa que sorprende esos coloquios, muere a la misma hora que ella el joven enamorado, y cuando es varón muere la amante como murió mi pobre Marcelina... En todo lo que llevo dicho no se descubre otra cosa que el triunfo de una creencia torpe; pero admitida y consagrada, sobre todo por nuestro inocentes campesinos. Esta creencia, pues, es la causa verdadera de una desgracia que lloraré con el corazón mientras tenga fuerzas para soportar su peso.

Dijo Jacinto, y estrechándome la mano desapareció por el caracol trazado rústicamente al pie de la montaña. Entonces volví a tomar el camino, preocupado con la

existencia y las derivaciones de tantos errores como prohíja todavía la sociedad, despreciando la voz de la civilización y los testimonios irrecusables del progreso.

22/A/14
R.CASTELLO

# Los diamantes de Plutón[3]

Por Virginia Elena Ortea (República Dominicana)

Ilustrado por Rafa Castelló Escrig (España)/ Pajaroroto.

lutón, con un humor más negro que su reino, se paseaba por las galerías de su palacio, gesticulando y hablando, aunque nadie le escuchaba.

¡Cualquiera se habría acercado a calmarle en aquellos momentos, cuando su rostro mostraba el sordo furor que rugía en su pecho!

Plutón tenía mal genio de suyo, y como su reino no estaba en condiciones de alegrar a nadie, en sus días malos causaba verdadero pavor verle, como energúmeno, retratadas en sus rudas facciones todas las durezas de su corazón.

Aquel día parecía ser uno de sus peores. ¡Y cómo no! Proserpina, su cara mitad, había amanecido caprichosa, inconforme, quejándose amargamente de la lobreguez de aquel reino, por ella compartido.

Y aunque el rostro del marido habría impuesto respeto al mismo Hércules, ella, una mujercita fina y delicada como una alondra, se había encarado con él para decirle con sobrada impertinencia cuanto a la boca llevó su rebeldía.

[3] Publicado por primera vez en el libro de cuentos «Risas y Lágrimas» [1901]. Extraído para esta publicación de la selección antológica «El cuento en Santo Domingo» [1957].

—¿Por qué estoy en este sombrío palacio, oh Destino? —gemía sin importarle nada las arrugas que se multiplicaban en la frente de Plutón— ¡Reniego mil veces de la inmortalidad aquí, que ella me condena a la eterna contemplación de vuestros sombríos dominios!

—No te quejes —replicó él con admirable calma—. Eres reina, tienes una corte a tus pies.

—Valiente corte la tuya —exclamó ella con sorna—. Tener al Vicio, la Crueldad, la Calumnia, la Envidia a mis pies! ¡Ver de continuo los feroces rostros de los hijos del infierno, mis cortesanos, que sólo me causan horror! ¡Oh, mejor quisiera estar en tierra! ¿Por qué me arrebataste de ella, mi patria?

—¡La tierra! —dijo Plutón con sorna también—. Pero desdichada, ¿no sabes que la tierra es un infierno, y que si allí fueras reina tendrías a tus pies una corte igual a la mía?

—¡Mentira, mentira! Allí no tienen rostros tan feroces como los que aquí me rodean.

—¡Tonta! —exclamó él con desdén—. Son los mismos, pero disfrazados hábilmente y guiados por aquella, la más vil de mis hijas, la que arrojé de aquí, y allá fijó su residencia: la Hipocresía.

Al escuchar el cruel insulto, Proserpina puso el «grito en el cielo», y como hasta él llegaran sus lamentos y Júpiter se enterara de la desavenencia, no queriendo Plutón desacreditar su alardeado temple de voluntad y su poderío y no viendo que de otro modo pudiese calmar a su mitad, empezó a ceder y aun a tratarla con cierta dulzura desacostumbrada.

No hay para qué decir que Proserpina, en vista del terreno ganado, se sostuvo en la ofensiva; no tardando en declarar que abandonaría su triste mansión para volver a la tierra.

Ahora bien, Plutón no quería pensar en ello, y tales son los motivos por los cuales le hallamos tan sombrío.

Parece que después de meditar detenidamente el asunto, el rey tomó el partido de convencer a la reina de que aún mucho peor que el infierno es nuestro desdichado valle de lágrimas, y dirigiéndose a su habitación empezó una larga perorata llena de elocuencia, exponiendo por primera vez desconocidas dotes de oratoria, explicándose con calor, presentando ejemplos, datos conmovedores; en fin, haciendo verdaderos prodigios de perspicacia y tacto.

¡Pero cualquiera convence a mujer de cabeza dura, que no entiende de razones!

Toda aquella alocución cayó en saco roto, y erre que erre, seguía en sus trece la diosa del Infierno. Verdad que a cada razón del marido opuso ella una réplica más o menos oportuna.

No se desaminó él, y continuó demostrando con irrecusables verdades sus razones, y ella, al verse vencida en aquel torneo de palabras, comenzó a llorar amargamente, quejándose... de que en la tierra había «algo» bueno que no tenían en el infierno... las flores.

Nada tuvo que contestar el rey del Averno a esta verdad abrumadora, y bajando la cabeza, furioso, se apretaba las manos una con otra.

—Me voy para ese Paraíso que tales adornos produce —chillaba ella sin el mejor respeto a su categoría. ¡Desdichada de mí, que con nada puedo realzar aquí mi belleza!

—¡Flores dijiste! —gritó el dios, o más bien rugió trémulo de ira—. Yo te daré algo mejor para que te adornes —añadió metiendo la mano en un horno encendido que por allí había y sacando algunas brasas que apagó entre sus nervudos dedos.

—Toma, mujer —dijo—, ya tienes las flores que aquí se producen.

—Te burlas de mí —clamó ella rechazando la mano de su esposo. Y volvió a gemir sin consuelo.

—No me burlo: abre tus bellos ojos y mira... Ella por curiosidad miró lo que le ofrecía, lanzando un grito de sorpresa y placer al ver los apagados carbones convertidos en piedras que lanzaban cascadas de luz fosforescente de un brillo fantástico, deslumbrador.

En tanto él se reía a más y mejor al depositar en la falda de su aturdida mitad los brilladores carbones.

Proserpina se dedicó desde ese día por completo a sus nuevas joyas, que en joyas había convertido un diablillo inteligente a las «flores» del infierno.

Plutón, mohíno, la contemplaba cada día más vanidosa, más necia, más pegada de su belleza, que sin cesar adornaba con las fosforescentes luces de sus joyas... Llegó el caso de que el desdén de la reina alcanzara a su mismo compañero, con menoscabo de su majestad y exposición de un rompimiento peligroso; pero ello es que la Soberbia y el Orgullo se habían hecho consejeros favoritos de su Alteza, y la cegaban con maña.

Sabido tenemos que así sucede... casi siempre.

Y no es esto sólo. La Envidia había revuelto a los habitantes del Averno promoviendo una verdadera rebelión. La Perfidia trabajaba activamente en ella, y las delaciones se sucedían ante el trono, de modo que el rey, desde el malhadado asunto de los carbones, no había tenido día tranquilo, y empezaba a juzgarse, por primera vez, el más desdichado.

Las cosas llegaron a su colmo el día que Proserpina, radiante de pedrería, quiso subir al Olimpo, para lucir en él sus esplendores. Plutón no pudo resistir su ira, y arrancando los diamantes a la reina, los arrojó con ímpetu al infinito, con tal fuerza, que por nuestra desgracia acertaron a caer en los abismos de la tierra.

Proserpina cayó presa del más espantoso ataque nervioso, librándose así de la furia que aún quedaba en el pecho de su rey y marido, furia que desahogó él en las desdichadas joyas.

¡Malditas! —gritó—. Seréis causa de crueles ambiciones, de infames crímenes, de viles deshonras, de desdichas sin cuento.

Atraeréis a la Envidia hacia vuestro brillo funesto.

¡Seréis fuego de infierno para quien os desee!

A estas voces volvió en sí Proserpina, y a su vez habló interpelando a sus perdidos bienes:

—¡Benditas! Ya que no puedo poseeros, ¡llevad al pecho de la mujer que os posea los encantos que el mío ha gozado! ¡Embelleced la garganta, el cabello sobre que os asentéis con fulgores de aureola!

Y Plutón, calmado su enojo, añadió burlón:

—¡Brillad, deslumbrando, sobre las cabezas que queráis perder!

R. CASTELLO

# La última aventura de Charlot[4]

Por Tomás Hernández Franco (República Dominicana)

Ilustrado por Rafa Castelló Escrig (España)/ La última aventura de Charlot.

harlot está definitivamente arruinado. A cada lado de su bigotillo una mala arruga encierra, en un paréntesis de espanto, su boca.

Charlot sonríe y con la manga de su americana lustrosa se enjuaga una lágrima tenaz.

Una lágrima gruesa como un melocotón.

Pero Charlot sonríe. Sonríe porque sí. Pasea por su habitación como deben hacer los hombres preocupados y hace piruetear su junquillo. De repente, ensaya un nuevo paso de shimmy. Las lágrimas gruesas como melocotones le aplastan la nariz.

Una gran carcajada que viene de los cinco continentes llega hasta él.

Charlot sonríe y tira una pequeña coz, como un asno joven.

II

Charlot sonríe siempre y hace preparativos de suicidio.

Sus zapatones chapolotean en un gran lago de lágrimas.

[4] El hombre que había perdido su eje (1926)

Con sus tirantes Charlot prepara un nudo para ahorcarse de veras. Un gran hipo de miedo le contorsiona el rostro. Sonríe.

Pero Charlot quiere suicidarse.

Considerándose ya muerto, entona la Marsellesa por el descanso de su alma. Luego, se signa con las dos manos a la vez.

Y el cuello bien ligado por sus tirantes se suspende de un clavo que hay en la pared.

En el fondo de la Patagonia, una madre levanta su hijito en los brazos para que vea la muerte de Charlot.

III

Pero los tirantes se han ido extendiendo poco a poco y Charlot toca de nuevo el suelo con sus zapatos descomunales. Sus pantalones caídos son como un par de grillos.

Encuentra que la vida es agradable y sonríe. Deshace el nudo y contempla los tirantes mugrientos que oscilan pendidos del clavo. Charlot hace una mueca de asco a la pared.

Ajusta sus pantalones con una corbata roja y baila.

La última aventura de Charlot

Silba un aire conocido: It is a long way…

Cerca del río Mackenzie unos mineros gritan: ¡Hurrah!

IV

Escondido entre un montón de números viejos del New York Herald, un muchachito rubio grita:

—¡Charlot, tengo hambre!

Es el hijo de Charlot.

La parrafada no me salió de golpe. Me ahogada. Dos Charlot se encoge de hombros y sonríe. Llora. Está desolado. Registra toda la habitación buscando para. Él sabe que no hay nada pero quiere olvidarlo.

Súbitamente se da una palmada en la frente. Evidentemente, ha encontrado una idea.

Con su brocha de afeitarse y un resto de la crema negra con que lustra sus botines pinta en cartón una cara grotesca.

Su hijo sonríe y grita:

—Charlot, tengo hambre.

Charlot se tapa los oídos y llora. Sonríe. Con unas tijeritas se corta una mano y se la tira al niño:

—¡Come!

El hijo de Charlot se come la mano y grita:

—Charlot, tengo hambre!

En una aldea de Siberia unos hombres barbudos aplauden.

V

Bruscamente se quita su americana y su camisa. Se acuesta en el suelo y sonríe.

Llora.

La última aventura de Charlot

Llama a su hijo y le da las tijeras diminutas:

—¡Escarba aquí!

—Aquí- es el corazón de Charlot.

El niño escarba, y saca un corazón sangriento con sus manecitas blancas;

—¿Qué es esto, papá?

Charlot no responde. Está muerto.

El muchachito rubio medita un momento y se come el corazón. Después sonríe:

—Es un beefsteak…

Una gran carcajada va rodando por la humanidad entera…

Foto-composición Mel Dinzey Castro

# Esquiva[5]

Por Fabio Fiallo (República Dominicana)

Ilustrado por Mel Dinzey Castro (República Dominicana)/ St.

ería una divertida historia de volúmenes la que se escribiera sobre mis olvidos y distracciones, algunos de ellos tan risibles que, al comentarlos mis amigos con exageraciones y burlas, yo mismo he fingido celebrar sus ocurrencias, para no dejar en descubierto mi inconformidad con este ancho y espeso vacío que con harta frecuencia se produce en mi cerebro.

Y como muestra, os brindaré este botón de mis veinte años:

Cierta noche recibí de mi sastre un chaleco blanco de rigurosa etiqueta, que me llegó en el preciso momento en que daba comienzo a los afanes de mi toilette para un baile del Club Unión, en cuyos salones, esa misma noche, según promesas del pícaro Eros, había yo de alcanzar uno de los triunfos más resonantes de mi presuntuosa vida a lo Don Juan. Interrumpí labores de arreglo personal para probarme la flamante pieza. Con su lenguaje de éxtasis el bruñido cristal de mi tocador elogió la elegancia del corte, y satisfecho de esta aprobación, reanudé los esmeros de mi acicalamiento. Ya, cuidadosamente rasurado y empolvado y perfumado, púseme el pantalón, la bien planchada camisa, el erecto cuello, la impoluta corbata. *¡All! rigth!* Ahora, venga el chaleco... Pero, ¿dónde está?... Y busqué. Y rebusqué. Volví la alcoba de abajo para arriba. Sudé a

[5] Publicado originalmente en el libro «Las manzanas de Mefisto» [1934]. Extraído para esta publicación de la antología «Dos siglos de literatura dominicana» [Prosa I, 1996].

mares. Eché pestes. Maldije mi estrella. Todo fue inútil. La escondida prenda no apareció por ninguna parte. ¿Qué hacer, entonces, sino apelar al viejo chaleco que, por sus nobles y muy prolongados servicios, ese mismo día yo había relegado al cuartel de los inválidos? En fin, vestido con él, me presenté en el Club.

Allí, en corro de amigos, mientras escanciábamos una segunda copa de champagne, hice cuento del inaudito percance. ¡En mal hora tal hice! Con razonamientos de aparente lógica, todos dieron por sentado que el mismo mozo que había traído el chaleco, de nuevo había cargado con él. Y como en el fondo de esta aseveración palpitaba una enojosa sospecha contra mí, con acritud no disimulada los increpé de esta manera:

—¿Os habéis vuelto sordos o estáis borrachos ya? ¿No os he dicho que fue después de la salida del mozo, cuando me probé el chaleco?

—¡Ah! entonces, espera un momento, me replicó, vivaz, el más íntimo de ellos.

Y con dedos ágiles que no me dieron tiempo a percatarme de su intención, me tentó los costados, me desabotonó el chaleco, abrióme la pechera. ¡Fullerías del diablo! Allí, debajo de la camisa, apareció la rebuscada prenda, tan orondamente, que todos entendieron bien que se estaba burlando de mí.

En alas de dos minutos, el cómico incidente recorrió todos los ámbitos del salón; lo que advertí de inmediato al reparar cómo mi abdomen se había convertido en punto de mira para cuantos ojos maliciosos allí estaban, ¡los de mi adorada Dulcinea entre ellos!

Corrido y mal humorado, tomé el sombrero y volví a casa.

Sin embargo...

No son los de este género estupendo y casi inconcebibles que os acabo de contar, los olvidos y distracciones que mayores trastornos y más hondas cavilaciones me han causado en la vida; sino otros, muy simples al parecer, y hasta muy comunes en cualquier existencia humana.

Por ejemplo: los lentes que no encontraba en el momento preciso de valerme de ellos; la navaja con que ya había comenzado a afeitarme y desaparecida al darme jabón de

nuevo; el interesante libro recién abandonado para encender un cigarrillo; la pluma con que escribía hace un instante. Y así, la corbata, el bastón, el sombrero. ¡Qué se yo!

Y todo aparecía al fin, tras la incesante búsqueda, en cualquiera de los lugares más notorios a mi vista: sobre el tocador, el lavabo, la mesita de noche, la cama, el escritorio... Como si alguien los hubiera escamoteado por un momento, sólo para hacerme desesperar y rabiar, colocándolos después, a hurtadillas, allí, debajo de mis ojos, para reírse entonces de mi sorpresa y confusión.

Por supuesto que muchas veces estas pérdidas de tiempo en la búsqueda de un objeto absolutamente necesario, se prolongaban hasta hacerme faltar a la palabra empeñada para una cita, o hacerme perder la oportunidad de un buen negocio; lo que, naturalmente, prendíame la sangre en ira.

Y los que entonces me sorprendían en uno de estos raptos de incomodidad contra mí mismo, y escuchábanme proferir pestes y hasta interjecciones de blasfemo, explicábanselo todo con decir:

¡Cosas de poeta!

¡Cosas de poeta!... Y en tanto, yo percibía, muy distintamente, en cada uno de aquellos percances trastornadores, la risa suave y bien timbrada, pero, siempre pícara y burlona, de quien me escondía los lentes, la navaja, los cigarrillos, el libro cuya lectura paré por un momento, la carta recién llegada y no leída aún. Y era muy natural que en tales casos yo prorrumpiera en denuestos contra el burlón.

Sí; al principio, su fina carcajada resonaba en mi oído con la expresión desesperante de una burla mordaz. Pero, a medida que las facultades sensorias de mi subconciencia normal fueron aguzándose, otros matices de su risa se hacían más diáfanos y claros a mi percepción; hasta que, al fin, sus ritmos vibratorios llegaron a resonar en mi oído como el blando murmurío de un arroyuelo deslizándose por entre guijas blancas y caracoles sonrosados. Y así, también, el escamoteo de objetos que antes tanto me irritaba,

trocóse en la inocente travesura de una mujer amada, que se complaciera en provocar un fugaz enojo de minutos, para tener ocasión de borrarlo con su ternura.

¿Una mujer?...

¡Sí; una mujer!

Pero, ¿quién era ella? ¿De dónde venía? ¿Qué vínculos o conocimientos anteriores la unían a mí? ¿Por qué nunca se dejaba ver, y siempre la sentía a mi espalda?

Como habéis de comprenderlo, desde que estas interrogaciones se me abrieron en la mente, todas mis facultades de investigación se agruparon en torno del interesante fenómeno que se producía en mi alcoba, casi a diario, y preferentemente en las mañanitas.

En sus comienzos, mis ardorosas pesquisas, empujadas por las corrientes de la época, lleváronme a los centros espiritistas; y durante semanas y semanas fui el neófito más asiduo a sus sesiones de invocación y experimentos.

Pero, a medida que iba penetrando en los misterios de esta cábala, mis entusiasmos se iban enfriando gradualmente; hasta apagarse por completo, cuando, por toda explicación de mi caso, se me afirmó repetidas veces y en diversos centros de sus estudios, que yo era la víctima incesante de un espíritu rencoroso y fisgón, quien, por no sé qué venganza del pasado, complacíase, ahora, en hacerme dar traspiés. Y ante la persistencia de semejante patraña, los dí al diablo a todos ellos: sus magnetizadores, sus sensitivos y sus médiums.

¿Venganza de un espíritu fisgón, aquel juvenil retozo en el que ella me escondía los objetos de mi uso, para ponerlos, después, a mi vista, mientras el candoroso murmullo de su risa se me entraba en el pecho como una alegre alborada de Pascua? ¡Vamos, señores espiritistas, no seáis tan simples!

¿Y cómo admitir ahora, tras las experiencias adquiridas en sus mismos centros de invocación, que ella pudiera ser un espíritu de ultratumba? ¡Claro que no! ¿Acaso un alma ida de la tierra podía guardar dentro de su sombra incorpórea el suave olor humano que la delataba, inconfundiblemente, al acercarse a mí? ¿Ni la tierna vibración de su risa jovial?

¿Ni su aliento que yo sentía detrás de mis hombros en ritmo acompasado y tranquilo; pero, que, en otras ocasiones, se hacía rápido e insereno, cuando la agitaba una honda emoción de descontento.

¿Descontento?

Sí; porque es hora ya de deciros, mal que le pese al orgullo de mi propio decoro, que en más de una vez hube de sentir el duro agobio de su enojo por algunas acciones mías; de esas que los hombres, atraídos hacia un interés mezquino de la vida, solemos cometer y que siempre —como todo motivo impuro— dejan en vergonzoso desamparo la justicia de una causa, o la honestidad de un proceder.

En tales ocasiones, alejábase ella de mi lado con un brusco movimiento de repulsa, que me ponía en el corazón la garra asfixiante de una cruel congoja. Se iba... Y el tremendo castigo de su ausencia se prolongaba por dos, por tres, por cuatro días inmensos...

Para aplacarla y atraerla de nuevo a mi alcoba, había yo de apresurarme a corregir las consecuencias de la injusticia cometida, o a renunciar a las sórdidas ventajas de mi deshonesto proceder.

Retornaba ella entonces... La sentía llegar. Percibía su olor; su aliento. Y sentía también el leve roce de su mano sobre mi espalda; tal un breve ademán que esbozara un perdón. Pero, permanecía triste, triste, triste. Como si mis arrepentimientos no bastaran a desagraviar toda la pesadumbre de mi inconducta. Y en esa mañana de su retorno, no había risas, ni escamoteos, ni demostración alguna de su espíritu candoroso y jovial.

Otras veces, en estas ocasiones de sus enojos, era de noche cuando creía sentirla a mi lado, sentada en mi propio lecho si estaba enfermo. Entonces no me la denunciaba su perfume natural, el suave olor de su persona, sino cierto ambiente de exotismo y lejanía que llegaba con ella y la envolvía como un cendal flotante de azul y de inmensidad, dándome con ello la sensación de venir de muy lejos, a través de los mares profundos y las más erguidas montañas.

Y entonces volvían a florecer en mi espíritu, como botones de fuego, las interrogaciones: ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Qué nexos la unían a mí? ¿Por qué se mostraba siempre esquiva a mis ojos?

Cierto que ahora ya sabía yo del fenómeno psíquico en virtud del cual se producía su presencia en mi habitación. Era un caso bien definido —aunque siempre ignoto en su esencia— del desdoblamiento de una persona. Sin duda que en éste que os relato con absoluta sinceridad, las manifestaciones no aparecían en la forma imprecisa que cien autores han anotado, sino tales como yo las presencié. Cuento lo que he visto, lo que he vivido, no lo que las experiencias de los demás me han enseñado.

Y resultó que una noche, cinco compañeros de mesa alegre y champagne embrujador, nos fuimos a epilogar nuestra alborozada cena a uno de los cabarets más en boga de los altos arrabales de la ciudad.

Cuando llegamos, ya los tizones de la bacanal ardían en los cuatro puntos cardinales de aquel templo esplendoroso del vino y la lujuria. Se bailaba, se cantaba, se decían a voces chistes obscenos, se reía a carcajadas. Aquel contento general era, a la vez, formidable y espantoso. A pesar de nuestro champagne, al entrar quedamos deslumbrados y cohibidos. Más, a poco, ya éramos de los más intrépidos en las falanges del escándalo; y la mesa que se nos asignó, vióse, al punto, rodeada de las mujeres más bellas e impúdicas del salón, que se nos sentaban en las rodillas y nos hacían beber, mezclados y confundidos, todos los licores, hasta no poder más.

Súbito, al lado mío, una mano da una bofetada. Otro esgrime con terrible acierto una botella de whisky. Sale a luz un puñal. Se oye un golpe. Resuena, angustioso, un grito de mujer. Un cuerpo humano rueda en el suelo. Cien botellas vuelan por el aire. Se apagan las luces... No sé más. No sé más...

Cuando llegué a casa, el alba sonreía en los balcones. Con precauciones de ratero, abrí la puerta y me deslicé hasta mi alcoba. La hallo abierta. ¿Quién está ahí? No; no hay nadie. Entro. Como un autómata avanzo sobre la mullida alfombra y me detengo frente al tocador. ¡Dios mío! ¿soy yo ese que está ahí, sin sombrero, sin cuello, sin corbata? Sí; soy

yo. ¡Soy yo! La fuerte caña, asida aún por el regatón, ha quedado en flecos. Bandera de girones es el frac. La cabeza sangra por más de una herida. Sobre el ojo izquierdo florece un cardenal.

Súbito, oigo un suspiro. Rápido estremecimiento recorre todo mi cuerpo dejándome la sangre en hielo. Ella estaba ahí. ¡Me esperaba! ¡Ella!... habría querido que me tragase la tierra; que me fulminara un rayo.

Se hace un profundo silencio, tan espeso como si todo él envolviese a la tierra, y ya no hubiera brisa, ni pájaros, ni flores, ni gente. Como si este estupor fuera, él sólo, el mundo entero.

Pero, no; aquel silencio tan espeso, hízose así para dejarme oir el hálito de su respiración, preñada de reproches que me bañaron la nuca con la inconfundible expresión de su disgusto... Y su ademán de repulsa, esta vez fue tan violento, que casi sentí su mano empujándome por la espalda, al apartarse con repugnancia de mí.

Ante ese gesto de tantísimo desprecio, y en el que yo adiviné una implacable resolución de abandono definitivo, sin poderme contener lancé un sollozo. ¡Un sollozo!... ¡El más intenso, y el más triste y doliente de los sollozos!...

Como tocada por un resorte, ella se detuvo inmediatamente. Volvióse atrás. Apoyó sus manos en mi espalda, y alzándose por encima de mis hombros con un impulso de infinita piedad, trató de ver en mis ojos las lágrimas...

Y sucedió lo inesperado; el milagro portentoso de mi vida entera. Allí, en el espejo, como un relámpago, radió su figura.

No importa que aquel relámpago tuviera la brevedad de un segundo. ¡No; no importa! ¡Ya le he visto! La he visto con una percepción tan lúcida y reconcentrada de mis sentidos, que podría detallar todos los encantos de su figura, si tales encantos cupieran en el lenguaje tosco y ruin de los hombres.

Desde aquel día ella no ha vuelto más; pero su figura está aquí, delante de mí y a toda hora, con aquella expresión de infinita piedad y ternura que tenía su semblante la única vez que la vi.

¿Volverá? Sí; infaliblemente. Yo la espero. Vendrá un día de silencio en torno mío. Los cirios arderán en el altar. Mis amigos estarán tristes. Mis deudos en llanto. Sólo yo estaré radiante sin que nadie lo pueda notar, porque, aún entonces, yo esconderé en lo más hondo del pecho la alegría de su presencia. Llegará, como siempre, calladamente. Se acercará a mi lecho y nadie la verá. Sus brazos rodearán mi cuello. Su frente, blanca y pura como un lis, se posara en mi frente. Y sus labios, junto a mi boca, por tres veces repetirán una palabra sin sonido para los demás:

*¡Tuya! ¡Tuya! ¡Tuya!*

# La Eracra de Oro[6]

Por Virginia de Peña de Bordas (República Dominicana)

Ilustrado por Arantza Sestayo (España)/ Len

n esta tierra quisqueyana, rica en leyendas gloriosas, vivía en tiempos de Cristóbal Colón un indiecito de unos trece años, osado e inteligente, llamado Tamayo. Era hijo de uno de los *nitaínos* más valientes y había aprendido de su padre a usar el arco y las flechas con maestría sin igual. Pertenecía a la noble raza de los *arahuacos*, pacíficos pero valientes en grado sumo. Su constitución emotiva demostraba que, como todos los hombres de su estirpe, era soñador y capaz de entregarse a la meditación. Así lo pregonaban el límpido fulgor de sus ojos y la dignidad y sosiego de su continente.

Un buen día decidió solicitar el permiso de su padre para ir en excursión a las montañas del Bahoruco, donde imaginaba que moraban aún las *Ciguapas* de luenga cabellera, y las *Opias*[7] de sus mágicas leyendas.

El nitaíno, anciano de severo semblante y porte altivo, escuchó la petición de su hijo con un destello de comprensión en la mirada y sus labios se comprimieron con gesto apenado.

---

[6] Publicado originalmente en 1948. Extraído para esta publicación de la selección antológica «El cuento en Santo Domingo» [1957]. Eracra: Casa, es otra palabra para Bohío o casa en el lenguaje de las Mujeres Tainos.

[7] Fantasma, Espíritu de un difunto.

—¿Es posible —preguntó en su sonoro idioma antillano— que te sea indiferente perder la vida? Has de saber que las selvas milenarias están cuajadas de peligros. ¿Acaso lo ignoras?

La expresión del chico era el anverso de una decepción. Por eso contestó con presteza:

—Por el contrario, padre, lo he oído comentar muchas veces, pero… ya sé que pronto, cuando cumpla los catorce años, me veré precisado a laborar en las plantaciones y en las minas; y como me resta tan poco tiempo de libertad, bien quisiera aprovecharlo.

—Comprendo… musitó el padre y sus ojos se nublaron repentinamente, pues no esperaba semejante confesión de su hijo. Pero debo advertirte que la aventura que has soñado es harto peligrosa y otros más denodados que tú han perecido en la demanda. ¿Por qué no desistes? Te asaltarán criaturas extrañas como jamás soñaste conocer.

—¡Bah! —Contestó despectivamente el chico—. ¿Acaso te encontraste con ellas alguna vez en tus andanzas por los montes?

En la mirada del anciano relampagueó el recuerdo.

—Aún me parece verlas: pálidas, iracundas, con la cabellera al viento y los ojos desorbitados; ¡pero mis pies fueron bastante ligeros para esquivarlas! Sabía que me esperaba en su compañía una muerte segura entre los despeñaderos. Creen que todos los humanos somos hijos de *Maboyá*, que todos llevamos en el alma el germen de la ambición y el desenfreno… ¡Y quizás estén en lo cierto! No perdonan ni un pensamiento impuro ¿comprendes?

—¡Ah, más que nunca anhelo ahora subir al Bahoruco! Padre, ¿me concedes tu permiso y me das tu bendición?

El nitaíno no albergaba ya pensamientos de liberación. Aquella había sido la existencia bendita de sus antepasados; pensó entristecido: ¡la libertad! Y deseando que su hijo la disfrutase, a despecho de las duras circunstancias de su vida, dijo blandamente:

—Los indios no escatimamos la ocasión de hacer hombres valientes de nuestros varones. Está concedida tu petición.

—Gracias, padre —agradeció entusiasmado el adolescente—; me haces el más feliz de los mortales. ¿Me prestas tu piragua y tu hacha de monte? Quizás es mucho pedir…

Vencido por su amor paternal, el nitaíno contestó:

—Ambas están a tu disposición, aunque mi hacha te serviría de poco: ¡hoy no es más que un símbolo! Trabajada con esmero y tesón durante mucho tiempo, fue confeccionada para procurarnos el sustento y defendernos de nuestros enemigos ancestrales, los Caribes, tan fieros como valientes. Hoy es poco menos que inútil para defendernos de los guerreros de pecho de hierro que nos esclavizan. Por eso te ofrezco la piragua: puede servirte mejor… ¡Ve, hijo mío, y que *Luquó*, el Ser Supremo, te proteja en el camino!

Y arrancando una aromática rama de *curía* le tocó en el hombro, bendiciéndole.

La floresta, henchida de trepidaciones y ruidos apagados, elevaba al cielo la alegría del trópico. El lago de Jaragua era una gema irisada de divinos matices. La piragua, como una sombra, se deslizaba ante el sol. Todo era brillantez y luminosidad cegadoras. El rostro oliváceo del indiecito se tornaba cada vez más jocundo. No le arredraban las enormes iguanas y caimanes que veía deslizarse sobre sus orillas porque sabía esquivarlos. La canoa, de pulida caoba, se deslizaba bajo los árboles de ramas caídas, que moteaban el agua de sombra y sol. Pájaros diversos de vistosos plumajes, saltaban audaces de rama en rama, llamándole la atención.

El ruido isócrono de los remos cesó de improviso. Percatóse con asombro de que su piragua se había inmovilizado, como si de repente hubiese echado raíces. ¿Sería la mano de algún *Cemí* que la retenía? ¿Es que estaba vedado pasar por allí? Algo semejante debía suceder, pues al tocar los remos la superficie lisa y brillante del lago arrancáronle chispas luminosas, como de una gema que hiriese el sol, pero no avanzaba en modo alguno. Estaba perplejo; no sabía qué partido debería de tomar. Hizo un supremo esfuerzo por

darle impulso y los remos se quebraron, astillándose. ¡La masa de sus aguas se había petrificado! Alrededor la tierra era toda bermeja, ornada de árboles florecientes. Como sucede a menudo en el trópico, el crepúsculo caía rápidamente y el paisaje entero se envolvía en sombras de misterio. Bajo unas palmeras, que se agrupaban en forma de templo, creyó ver ojos humanos que le atisbaban. Eran criaturas pálidas, hurañas, cuyas cabelleras luengas y sedosas las cubrían enteramente, como un manto. No cabía duda: ¡eran ciguapas!, según los indígenas: abortos de Luzbel, según los frailes hispanos. Tamayo conocía sus implacables y frías decisiones; por tanto debía proceder con cautela. En aquel paraje reinaba un silencio absoluto y se percibía la melodía del viento entre las hojas. La luna en el horizonte era un espectro pálido.

Ya estaba allí y era indigno de un *taíno* volverse atrás, aunque sentía clavados en él sus ojos desafiadores. Sin pensarlo más, arrastró su piragua hasta la orilla y la ató cuidadosamente al tronco de una ceiba con un fuerte bejuco de jagüey, que colgaba de un árbol de la ribera. Acto seguido se encaminó al grupo que le miraba con atención. Notó al acercarse que no eran como las imaginara, sino criaturas demasiado jóvenes y hermosas para causarle daño a ningún mortal. Por lo menos eso le sugería su mente de niño inocente. Las interpeló, pues, sin sombra de temor:

—¿Serían tan amables en decirme qué paraje es éste y por qué motivo se ha encayado mi piragua en el lago? Me ha sido imposible moverla…

—Forastero, preguntas muchas cosas a la vez —contestó la que parecía de más edad— y eres demasiado joven para aventurarte por estas soledades. Harías bien en volverte por donde has venido y tratar de olvidar todo lo que has visto…

El indiecito vivía la embriaguez de un sueño y repuso sin amilanarse, contemplando los ojos hipnotizantes:

—¡Ah, es demasiado hermoso para olvidarlo! Y además, soy hijo de nitaíno, y he aprendido desde la cuna a no temerle a hombres, ni a bestias…

—¡Ah, eres tan valiente como testarudo! —amonestó la más joven, cuya voz alada tenía resonancias de cascabeles—. ¿Cómo te llamas, chiquillo?

—Yo me llamo Tamayo… Y vosotras, ¿cómo os llamáis?

—Somos la Indolencia, la Oscuridad y la Superstición.

—¡Qué nombres más extraños! En fin, deseaba conoceros y pensé que quizás me enseñaríais donde se encuentra la felicidad en esta tierra nuestra.

Las ciguapas se miraron entre sí, lanzando al chico una mirada perversa.

—La felicidad existe en el bosque milenario de las ciguapas, donde todo es belleza y encantamiento —repuso la Indolencia con voz cansina; y añadió bostezando—: Jamás se ha cortado un árbol, ni se ha pescado en nuestros ríos… Las frutas más tentadoras caen maduras al suelo sin que haya necesidad de tumbarlas. Hasta ahora nadie había llegado a nosotras por determinación propia. Si deseas conocer las maravillas que encierra esta tierra de tus antepasados, permanece con nosotras una noche completa y conocerás los secretos de los *Cemís*: penetrarás en la eracra sagrada que guarda las cenizas de los Tres *Behíques* sabios que enseñaron las artes de tu tierra natal. Allí existen tesoros incalculables, amuletos que llevaron al cuello los caciques ya desaparecidos. Y cuenta cierta conseja que el valiente que logre ceñir a su garganta esos preciosos ornamentos, logrará vencer al opresor. Tan sólo debes probarnos que eres valiente a toda prueba… ¿No te tienta la aventura?

—Sí que me tienta… pero no sé a que llamáis valor. ¿Enfrentarse acaso a las bestias feroces? No existen en esta tierra nuestra animales, ni alimañas que ataquen al hombre…

—No, pero hay criaturas que nos ofenden hoy más que las bestias: hombres vestidos que hacen daño a los nuestros… ¡Deben perecer todos!

—Cierto; pero no es de indios traicionar y les llamo hermanos desde que aprendí a amar a su Dios. Ya veis que no os sirvo.

Los ojos de la ciguapa Oscuridad lanzaron chispas de furor, golpeándose maquinalmente las rodillas con dedos que remataban en afiladas puntas.

—¡Ah, ya comprendo! —masculló con sibilante acento—. Serás traidor a los tuyos, como lo fue Guacanagarí, quien creyó encontrar amigos en los *maguacochíos* y abandonó a los de su propia raza… ¡Infeliz!

Ya el chico iba a dar la espalda malhumorado, cuando su interlocutora lanzó una especie de alarido y exclamó exasperada, revelando lo que bullía en su oscuro cerebro:

—¡Pues bien, ya no podrás marcharte, mal que te pese! ¡Tus pies se adherirán a la tierra, como tu piragua al lago! Forzosamente pasarás esta noche entre nosotras y harás lo que se te ordene en todo momento. Estás completamente a nuestra merced; con que comienza a rezar por tu alma.

En el silencio que siguió a esta declaración tan inesperada se adivinaba la sorpresa del muchacho, pero su altivo semblante apenas trasuntó una leve emoción.

—¡Pues tanto mejor! —dijo con aplomo al cabo de breves instantes—. La suerte está echada… Me consuela que no podéis quitarme más que la vida: he aprendido de los frailes hispanos que el alma es intocable e imperecedera y en cambio la materia es barro vil y deleznable.

La ciguapa Superstición lanzó una extraña carcajada, muy semejante a un bufido, y dijo con sorna:

—¡Vaya que eres valiente entre las mujeres! Al parecer sólo los hispanos te intimidan… Mira, esta noche la luna tiene dos alas; es la luna roja de las ciguapas, embozada en nubes; propicia para las moradoras del bosque, pero adversa para los mortales. Dentro de unos instantes bajará hasta nosotros y nos servirá de carruaje.

—No tienes por qué intimidarte —bisbiseó la ciguapa más joven, llamada Indolencia— preocúpense o no los mortales, a cada cual le llega su fin, con que abandonarse a su sino sería lo más acertado… —y volvió a bostezar como si el sueño la venciese.

—Pues yo estoy convencido —aseveró el indiecito con entereza— que sólo Dios puede acelerar nuestros días, con que ya veis que no podéis intimidarme. Es inconcebible,

además, que los astros bajen hasta nosotros. ¡Jamás oí decir semejante cosa! —añadió despectivo.

—Pues agárrate bien, si no quieres caerte desde las nubes —ordenó la ciguapa mayor— porque aunque no lo creas, ya vamos emprendiendo el vuelo.

Tamayo sintió que se erizaba su cabellera porque se elevaban vertiginosamente, agarrados unos a los otros.

—¡Aquí no se puede respirar —suspiró el indiecito— y además hace un frío horrible!

—Olvídate de tu condición de humano y será como si fueses divino —aconsejó la ciguapa Superstición con voz casi inaudible.

Tamayo comprobó que olvidándose de sí mismo sentía un agradable bienestar y aunque volar en compañía de aquellas hijas de *Maboyá* era por lo menos anonadante, experimentó la emoción incomparable de ser mago o *cemí* al trasladarse con tanta celeridad de un mundo a otro. Volaban por encima de la luna en fantástica procesión y el chico contemplaba a su placer lo que otros hombres imaginaban apenas. Los perfiles de las altas montañas hacíanle sentir una admiración reverente. Todo parecía escarchado y en penumbra, de una belleza deslumbradora y tranquila.

Y allá abajo, ¡cuánto ruido! ¡Cuánta gente! Por eso dijo con llaneza infantil:

—Mucho me gustaría poder permanecer aquí: ¡es más bello de lo que soñé!…

—Desdichadamente tornamos a la tierra. La luna se ha cansado de volar y tú has salido airoso de esta prueba. Por lo menos eres valiente y sereno —comentó con menos aspereza la ciguapa Oscuridad.

Descendían, y el descenso era aún más vertiginoso que la ascensión. Cortábale el aire la cara y zumbábanle los oídos, como si le abanicase un huracán. De pronto sintióse sumergido en las aguas de un río y creyó que iba a perecer ahogado, pero recordó las mágicas palabras de la Superstición y olvidó una vez más su condición de humano. Seguro de hacerle frente a las más duras pruebas comenzó a nadar sosegadamente, como lo había

hecho mil veces en compañía de sus amigos, buscando escondrijo entre los juncales del río.

Las aguas turbulentas se cerraron sobre su cabeza, pero continuaba nadando rítmicamente, seguido de cerca por sus celosas guardianas. Las sombras que le rodearon bajo las aguas no eran tan sólo las de las ciguapas; parecían las de caciques destronados, quizás largo tiempo desaparecidos. Marchaban unos tras otros, altivos y desafiantes, coronadas de plumas sus cabezas de largas cabelleras, negras como la endrina. Una sombra, la más erguida, se detuvo ante él con el brazo extendido en ademán de reto. De su muñeca pendía el grillete que le permitió reconocer a Caonabó, el más valiente de los quisqueyanos.

—Si no eres de los nuestros, que quisimos morir por echar de nuestro suelo al usurpador, partirás con nosotros a la tierra de las sombras, preferible mil veces a vivir avergonzado ante los hombres de tu estirpe. Di, ¿qué eres?

El indiecito sintió un tumulto en su corazón al proferir:

—Soy indio y siento como indio, *Matunhetí*. Mi rebeldía está aquí —confesó, oprimiéndose el pecho con orgullo—, pero tengo un padre anciano, quien ha padecido ya bastante y temo por él. Algún día cuando él sea tan sólo espíritu, como lo sois vosotros, empuñaré las armas y haré la guerra contra los invasores a la manera de mis antepasados. ¡Así me escuche *Luquo*!

—¡Ah, creímos que eras cristiano! ¿Acaso es *Luquó* tu Dios?

—Para mí, como para mi padre, *Luquó* es Jesús, un Ser Omnipotente, todo clemencia y comprensión. No importa lo que le llaméis, siempre vela por nosotros y perdona nuestros yerros.

—Está bien orientado, compañeros; —concedió el cacique de la *Cibuqueira*—. Es de los nuestros… Así podemos marchar en paz a la región del *Coaibay*. Que *Luquó* te conceda la mayor de las glorias humanas: ¡luchar por tu patria!

Hieráticos y solemnes deslizáronse unos tras otros, cual si fueran arrastrados por el ímpetu de la corriente. Apesadumbrado, Tamayo reconoció entre el grupo a Caribes, Macorixes y Ciguayos, de la raza que dejaba crecer sus cabellos como símbolos de su hidalguía. Mirándoles pasar caían sus lágrimas ocultas como lluvia de fuego sobre su corazón.

Entonces las ciguapas, que habían permanecido tranquilas y observantes, le rodearon

de nuevo, diciendo:

—Por segunda vez te ha salvado tu buena estrella… No tenemos reproche alguno que hacerte y ahora vas a conocer la eracra de oro y los orígenes milagrosos de tu pueblo. En ninguna época ha pisado allí criatura viva y el impío que pasa inadvertidamente por aquel sacro recinto, muere en el acto, como fulminado por el rayo.

Tamayo guardó silencio. La bondad inesperada de aquellas hijas de *Maboyá* le pareció un buen augurio. Por fortuna, había conservado puro su corazón y alimentado su alma con las enseñanzas milenarias de sus mayores. Su rostro volvió a tomar su expresión jocunda. Y emprendieron el camino, que alumbraban a trecho los cocuyos formando cascadas de luz. No había allí claridad ni de noche, ni de día; la planta del hombre jamás había hollado aquella tupida selva, ya que la espesura del bosque era tal que apenas se filtraba la luz de la luna por entre el espeso ramaje y sólo podían avanzar marchando de uno en uno. Como finos encajes, la guajaca colgaba de los árboles y flotaba con la brisa. La vegetación lujuriante, adornada de helechos arborescentes, cortinajes foliáceos y altísimas palmeras era un espectáculo imponente en su grandeza milenaria. Veía por todas partes criaturas semejantes a las que le acompañaban, algunas con aquella expresión intimidante en sus rostros de belleza perturbadora. Había riachuelos y cascadas, en los cuales advirtió grupos que parecían solazarse en las aguas, como niñas traviesas y turbulentas. Para él aquel inmenso bosque estaba inundado de sombras y misterio. Caminaron durante varias horas en silencio: las ciguapas delante, sin dar jamás la espalda, siempre cautelosas y desconfiadas, sondeando sus ojos a cada instante. Ya sólo faltaba el último picacho, que se

le antojaba inaccesible, y avanzaba, con las ropas empapadas todavía, dando traspiés por aquella jungla enmarañada; pero tal era el dominio que ejercían sobre él aquellas mujeres tenebrosas, que con sólo clavarle sus ojos hipnotizantes recobraba de nuevo el equilibrio y proseguía la ascensión.

De súbito vislumbró en lo alto un fulgor extraño, como de un sol que alumbrase a medianoche. Ya sentía el frío de la madrugada y un temor reverente invadía su ánimo. ¿Verían de nuevo las *opias* de los caciques desaparecidos? ¿Podría platicar con el bravo Caonabó, frustrado redentor de los suyos?

El paisaje cambiaba. Cesaba la espesura y se convertía en un opulento prado, ornado de arbustos y florecillas olorosas. La luna brillaba intensamente y el cielo estaba cuajado de estrellas. En el fondo de la meseta revelóse a sus ojos la masa deslumbradora de la eracra sagrada, como un gran escudo finamente labrado. Imposible le hubiera sido avanzar un solo paso hacia aquel prodigio, si una de las ciguapas no le hubiese tomado de la mano para conducirle. Vacilaban sus pies y se adherían a la tierra, a pesar de su ávida curiosidad.

—¡Avanza! —ordenó imperiosamente la Oscuridad, apuntando hacia la eracra, con un

fulgor inusitado en sus pupilas insomnes—. Ahora somos tus ángeles; ¡quizás más tarde

seamos tus jueces implacables!

Tamayo siguió la ruta indicada. Un soplo compensador de brisa, cargada de aromas, hízole suponer aquel recinto un paraíso. Flamencos de color rosado se alzaban soñolientos, huyendo amedrentados a su paso. Llegó al arqueado portal y los dorados goznes giraron suavemente, como si la mano invisible del genio de la noche se hubiese extendido para darle paso. Fortalecida el alma por lo que juzgaba un milagro, el joven penetró en el sacro recinto y sus ojos le parecieron demasiado pequeños para admirar lo que se ocultaba a la vista de los profanos. Allí estaban colocados en nichos los *Cemís*

adorados por sus antepasados, representados por caprichosas figuras en oro sólido; y sobre pulidas bateas, negras y brillantes como ébano, veíanse amontonadas joyas de complicados adornos, con medallas y amuletos. Como sobre un aparador, en una barbacoa de roja ácana, estaba colocada toda una vajilla del mismo precioso metal. Veíanse frutos exquisitos sobre los cuencos; y pirámides de cazabe, fino y blanco como obleas, del que consumía la gente principal. Tamayo no había ingerido alimento alguno en muchas horas, y el aroma apetitoso de aquellos frutos variadísimos producíale un cosquilleo en el estómago; pero comprendiendo que estaban allí como ofrenda a los *Cemís* se abstuvo de tocarlos. Contemplábalo todo absorto y maravillado, cuando sintió una terrible conmoción. El templo osciló, como si amenazase un cataclismo; y una voz tenue se dejó oír por entre las reverberaciones:

—Nosotros, los que estamos aquí sepultados durante siglos, trillamos la senda para que las generaciones del futuro aprendiesen a ensancharla, ennobleciéndola. Escucha lo que nuestros abuelos dijeron a nuestros padres: estas islas son las cumbres de una tierra portentosa que la ira de *Guabancex* sepultó en el fondo de los mares… Nuestra raza desaparece y renacerá otra más fuerte. Está escrito en el firmamento ¡pero seguiremos siendo cumbres!

Tamayo escuchaba con intensa atención, apretando a sus labios el puño cerrado convulsivamente. Agitaba su hermosa melena, negándose a comprender. En él equivalía a un apostolado la felicidad de los suyos y ante aquella declaración un estremecimiento de rebeldía recorrió todo su cuerpo. Desorbitados sus ojos en alucinación, contemplaba el techo abovedado, esperando ver allí algún nuevo prodigio. El monólogo se había demorado un breve instante para proseguir con más pujanza; la voz hasta entonces apagada adquiría la claridad de un clarín, estremeciendo de nuevo el templo y algunos ídolos rodaron al suelo con estrépito.

—Si pretendes alzarte hasta el *Turey* atiende a la Divinidad, que es más potente que las nuestras; esfuérzate en aprender lo bueno que te enseñan los *naguacoquios*: cultiva la tierra, que es la fuente de todas las riquezas; aprende su idioma y estudia sus libros, que

contienen la sabiduría del universo. ¡No basta morar en las cumbres; es menester alzarse hasta *Nonum* por nuestros propios merecimientos!

Los ojos del indiecito ostentaban un brillo acerado y su rostro tenía una expresión confusa. No pudo menos que arrodillarse y de sus labios brotó espontáneamente esta plegaria:

—¡Ah, Señor de los cielos, escúchame y atiéndeme! Estamos exentos de ambiciones bastardas: no queremos oro, ni riquezas, ni civilización siquiera… ¡Todo cuanto te pedimos es la libertad! Vivir nuestra existencia pacífica de antaño, libre de sujeciones y tributos. ¡Permite que cuando sea hombre yo pueda luchar por los míos… aunque en ello pierda la vida! ¡Queremos libertad o muerte!

Su voz, henchida de fervor patriótico, pregonaba la rebeldía de su corazón.

Las ciguapas habían desaparecido y el joven respiró aliviado, admirando con curiosidad no exenta de veneración los extraños ídolos caídos a sus pies. En su cerebro infantil amalgamábanse perfectamente la realidad y la ficción; las verdades austeras del cristianismo con las poéticas leyendas de su patria. Reverberaba en su pecho el sentimiento inmortal que eleva el alma de los hombres y se persignó a la usanza cristiana, emocionado. Pensaba que al fin le habían abandonado sus exigentes guardianas y que podía marcharse libremente, pero se equivocaba. Ya se alzaba, cuando irrumpieron en la eracra sus tres jueces fortuitos, pero esta vez eran más blandas sus maneras. La frescura y virginidad de su alma habían desarmado a aquellas mujeres implacables.

—No venimos a torturarte de nuevo —rió guturalmente la ciguapa Superstición— no somos tan pérfidas como nos suponen…, pero hablemos de ti: has triunfado en las tres pruebas decisivas y ya puedes marcharte en paz adonde los tuyos; pero antes debo concederte el premio que mereces por tu fervor y desinterés de patriota innato. En tu alma no anida el rencor contra los opresores, porque estás exento de soberbia. En cambio, no aceptas el triunfo de otra raza sobre la nuestra… Eres denodado y resuelto y *Luquó* sabrá premiarte como mereces. Para ti son esos preciosos ornamentos, que algún día ostentarás con orgullo. ¡Llévatelos, y que sea luminosa tu senda!

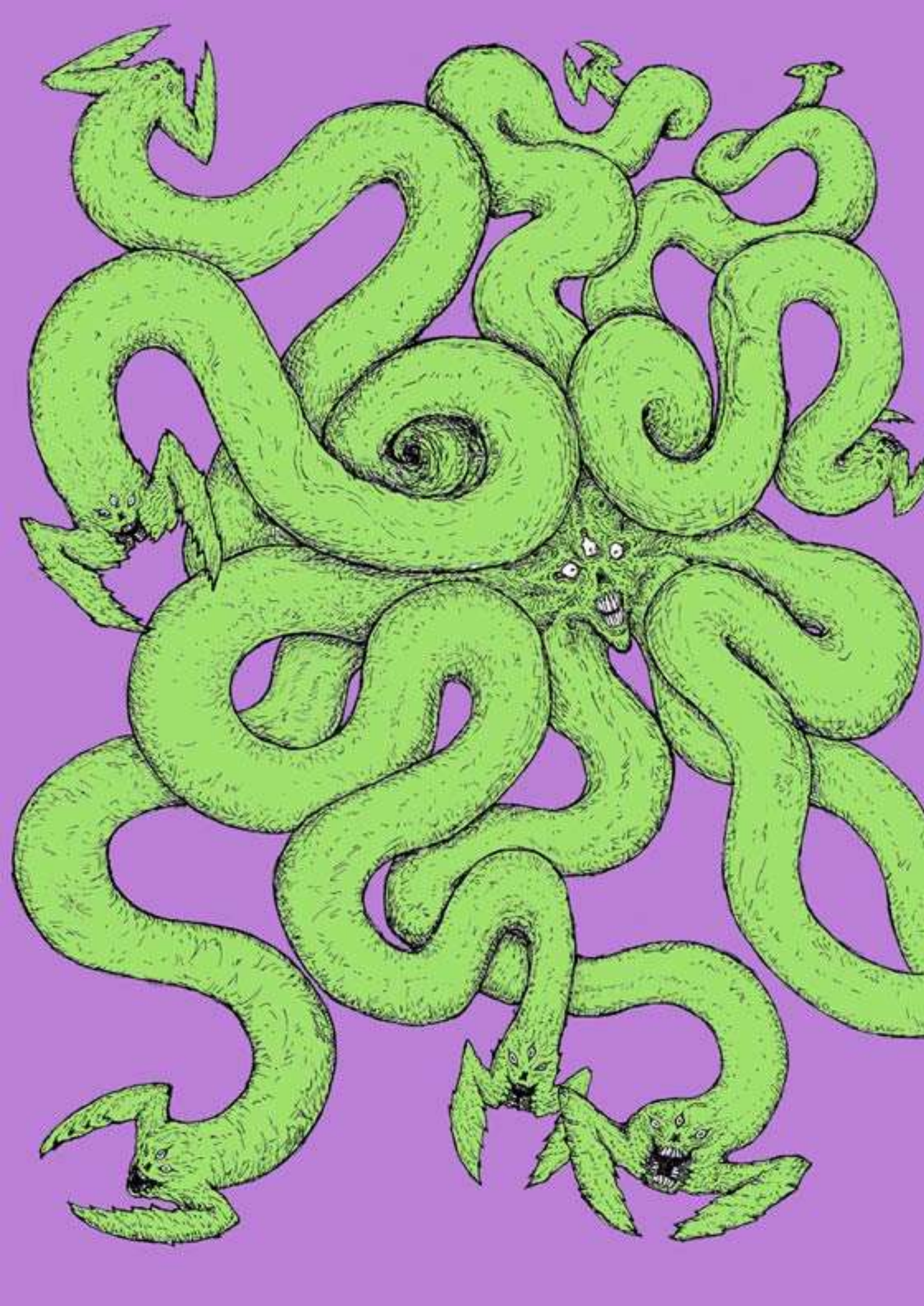
Tamayo escuchaba con un sentimiento indefinible de alivio y quedó como extático ante aquella asombrosa concesión. Solamente podría ostentar aquellos ornamentos como vencedor, y de aquel modo con gusto ofrendaría su vida… Pero… ¿merecería realmente tal gracia? ¿Acaso no eran todos los indios desinteresados y amantes de la libertad? Quizás era ésta una nueva celada, pensó con cierta duda todavía; pero las ciguapas recogieron aquellas riquezas, colocáronlas sobre una de las bateas y añadieron frutas y cazabe al ponerlas en sus manos. Entre esquivo y emocionado el indiecito no acertaba a dar las gracias debidamente.

—Ahora márchate a enfrentar la vida… Ya amanece y ningún mortal debe contemplarme a la luz del sol…

Así habló la Oscuridad, mientras Tamayo con lágrimas en los ojos, daba fácil salida a sus emociones. Las ciguapas desaparecieron en un remolino de aire, tendidas al viento las cabelleras e iluminadas sus frágiles siluetas por la luz imprecisa de la aurora. Bandadas de aves revoloteaban mansamente en torno suyo, ensayando trinos armoniosos. Música más dulce no podía ser oída en parte alguna, pensó entusiasmado, porque la tristeza había huido de su corazón. El ambiente era fresco y convidaba al reposo. Sentóse bajo unos mameyes, no lejos de la eracra de oro, para disfrutar de un suculento refrigerio. Luego, sintiendo que el sueño le vencía, tendióse satisfecho, teniendo cuidado de poner a buen recaudo su tesoro.

A despertar ya era pleno día y el cielo estaba inundado de luz. Su primer pensamiento fue para la eracra sagrada, preguntándose cómo luciría a la luz brillante del sol. Recordó al mismo tiempo el regalo de las ciguapas y advirtió la batea junto a sí, cargada con sus valiosos dones. Miró con delectación hacia el templo, pero éste había desaparecido. Con los párpados entumecidos aún por el sueño, Tamayo trataba de analizar el prodigio. ¿Es que no estaba ya bajo los mameyes? Miró hacia arriba, sintiéndose bastante desconcertado, y advirtió que le cobijaba la ceiba, a cuyo tronco había amarrado su piragua. Allí estaba tal como la dejó, con los astillados remos echados a un lado. Y el lago de Jaragua resplandecía al sol como una gema viviente, moviéndose sus aguas al

impulso de la brisa. Sentía una certidumbre tan profunda de su aventura que no la podía desterrar del pensamiento. Le habían trasladado dormido de un sitio al otro, que no pudiese tornar jamás a aquel refugio o paraíso vedado. Poniéndose lenta y calmosamente en pie, su rostro pareció transfigurarse, pues el extraño e increíble episodio revestía el carácter de divinos augurios.



# Los últimos monstruos[8]

Por Juan Bosch (República Dominicana)

Ilustrado por Joan Gonzalvez Fernández (España)/ Monstruo

el gran cataclismo escaparon sólo tres hombres, dos mujeres y cinco niños. Todos eran desconocidos entre sí. Subieron angustiados las laderas de las montañas mientras masas de tierra y de piedras, con árboles y seres vivos, caían formando un estrépito infernal. En la inmensa hoya donde caían esos pedazos del mundo, entraba en olas negras el mar; entraba rugiendo, hirviendo, batiéndose con furia salvaje contra las masas de tierra que caían.

Locos de pavor, los fugitivos huían agarrándose a las raíces. A sus pies se deshacía el suelo. Caminaron en la oscuridad, sin descanso, sin tregua. Uno de los niños, cayó en un derrisco. Debió deshacerse allá abajo, demasiado hondo porque ni siquiera se oyó el golpe. No importaba. Uno de los hombres volvió la cara, y nada más.

El mundo se mantenía en tinieblas. Estallaban ruidos subterráneos. Los fugitivos se miraban y hacían muecas con los rostros. De rato en rato, alguno emitía un grito torpe y señalaba hacia el centro de la tierra. Al cabo de un tiempo interminable empezaron a dejar de oírse los ruidos y los nueve supervivientes se hallaron en una cordillera helada. Cerca de ellos se movían luces extrañas. Una de las mujeres fue a ver de qué se trataba y al apartarse del grupo la oyeron gritar salvajemente. El más viejo de los hombres salió

[8] Más Cuentos Escritos en el Exilio (1962)

hacia el lugar del grito. Se supo que luchaba porque se oía un estertor. Agobiados de cansancio, los demás se habían echado en el suelo. Al cabo de rato el hombre volvió arrastrándose y llevaba con él una bestia grande, peluda, jamás vista por los que formaban el grupo. Con sus ojos hechos a la oscuridad vieron que el hombre sangraba y perdía fuerzas; después agonizó trabajosamente, pero nadie le hizo caso porque los restantes se lanzaron sobre la bestia. Uno de los hombres sacó una piedra afilada que llevaba en una tira de cuero amarrada a la cintura, y con ella empezó a cortar la piel. Los demás chillaron en señal de que entendían: hacía frío y era necesario algo con que cubrirse, y nada mejor que esa piel; después todos se abalanzaron sobre la carne y cada uno arrancó un pedazo con uñas y dientes. Durmieron allí, y ya eran sólo siete; dos hombres, una mujer y cuatro niños.

Al cabo de un tiempo empezó a esparcirse por el sitio una luz vaga, incolora y fantasmal. A esa claridad recortada contra el cielo, podían verse mejor las figuras. Los hombres eran bajitos, anchos, de espaldas grandes, de frentes cortas, ojillos inquietos, quijadas sobresalientes y pelo duro y abundante; sus narices eran dos hoyos en mitad de la cara y sus bocas hendiduras por las que se veían dientes grandes y blancos. No hablaban, sino que emitían gruñidos, rugidos y algunos sonidos guturales. Tenían las piernas torcidas, los brazos largos y las manos enormes; caminaban balanceándose y sólo llevaban cinturones de cuero en las cinturas. El que parecía de más edad despertó a la hembra clavándole las uñas en el cuello. La hembra tenía el pelo largo, pero no se le veían vellos en la cara. Apenas había espacio entre su pelo y sus cejas y también tenía la boca grande; sus ojos eran de expresión torpe. Señalando las laderas de las montañas, el hombre pareció indicar que era forzoso seguir. La hembra se levantó y sacudió a los pequeños.

Anduvieron bajo aquella luz fantasmal y debieron caminar una distancia muy larga porque llegaron a un lugar donde había un sitio pelado, granítico, que en nada se parecía a la montaña y que debía ser ya la llanura. Allí rugieron los dos hombres y mientras la hembra y los pequeños se sentaban se fueron ellos a unos pilares de roca y arrancaron

dos pedazos; después se pusieron a batirlos con piedras más pequeñas. Estaban haciendo dos mazas para tener con qué hacerles frente a los enemigos que les salieran en el camino.

En toda la tierra, llena de montañas peladas, de selvas abrumadoras, de volcanes, torrentes y grandes pantanos hirvientes, no había ya más seres humanos que ésos. Habían vivido hacia abajo, donde el clima benigno y la extinción de las fieras les había permitido salir de las cuevas, fabricar habitaciones en los cerros, usar el fuego, hacer armas y útiles de trabajo y empezar a organizarse en grupos. Pero de súbito se sacudió el eje del globo y se hundió una extensión enorme y las cordilleras se derrumbaron y entró el mar. Hombres, fieras, árboles, piedras: todo cayo abajo, bien abajo, mientras del fondo de aquel hoyo gigantesco se elevaba un humo denso y salían ruidos aterradores. Sólo pudieron salvarse aquellos que escalaron a tiempo las montañas, y de ellos nada más quedaban, al cabo de largo andar, esos dos machos, la hembra y los cuatro niños.

Los hombres terminaron sus mazas y las dejaron llenas de asperezas para que fueran más útiles. Uno de ellos labró también hachas pequeñas para armarlas cuando encontraran árboles. Después de terminar el trabajo se durmieron y al despertar indicaron a gruñidos que era tiempo de seguir.

Después de mucho andar llegaron a la zona de los bosques. Árboles altísimos, helechos de grandes ramas por las que andaban lagartos extraños, lianas de hojas gigantes, flores de olores penetrantes, ríos torrentosos; todo eso vieron, asombrados, a la confusa luz. Estaban en medio de selvas nutridas para cruzar las cuales debían ir los dos hombres haciendo camino con las mazas. Con el pelo sobre los ojos, ellos, las hembras y los pequeños acechaban por todos lados la selva, temerosos de que surgiera a su lado algún animal desconocido que pudiera atacarlos. Comían reptiles y hojas. Durmieron varias veces en aquella marcha, y al fin llegaron a un sitio que parecía reunir condiciones para establecerse. Buscando sin cesar, los hombres hallaron una cueva amplia que estaba en la falda de una colina. Al tomar el flanco del cerro surgió de pronto a su vista un pantano enorme, de aguas fangosas que hervían continuamente. Allí, en la orilla, se detuvieron.

Uno de los hombres, el más viejo, metió la mano en aquel fango cálido, y de pronto asomó a su lado la cabeza de un animal que ellos nunca habían visto. El animal abrió la boca, y cuando el hombre quiso huir lanzó un coletazo que destrozó el cuerpo del intruso. Aterrorizados, los demás huyeron; iban huyendo cuando sintieron un chapoteo a sus espaldas, y cuando el último de los hombres volvió la cara alcanzó a ver que el animal atrapaba a uno de los niños. Se oyó un grito agudo y angustioso, y el chapoteo de nuevo. Al llegar a la entrada de la puerta el macho empujo a la mujer y a los niños y cayó de bruces, falto de aire. Tardó en levantarse, y cuando lo hizo se asomó con cautela a la hendidura, bajó con movimientos cuidadosos, aplicó sus fuerzas a una gran piedra y fue empujándola hacia arriba hasta que tapó con ella la boca de la cueva.

Temblando de miedo, los niños yacían amontonados en el fondo y la mujer golpeaba dos pedernales para hacer fuego. Al hacerse la llama, la mujer miró al macho, y éste tenía la mirada brillante bajo los pelos que le caían de la cabeza y hasta los dientes le refulgían. Ella esperó el asalto, pero cuando él iba a acercársele sonó afuera un bramido largo y potente que hizo temblar la piedra que el hombre acababa de colocar en la boca de la cueva. El macho giró violentamente y empujando la piedra quiso ver qué sucedía. Lo que vio debió ser grandioso porque se arrastró hasta la mujer, la tomó con fuerza de un brazo y la llevó a la boca de la cueva.

Del fondo del pantano había salido un monstruo cuya cabeza aplastada llegaba a lo más alto de los árboles más altos. La luz se había vuelto amarillenta y a esa luz brillaban los ojos de la bestia, grandes y siniestros. Tenía el pescuezo cubierto con escamas que despedían reflejos, batió la cola y el hombre y la mujer vieron caer docenas de árboles que se derrumbaban como si los hubiera tronchado una fuerza descomunal. Se hizo un claro en el bosque e infinidad de aves extrañas escaparon graznando. El monstruo volvió la cabeza a todos lados, como oliendo, y lanzó de nuevo su bramido, un bramido tan potente que sacudió los cogollos de los árboles y removió la piedra de la boca de la cueva. El hombre y la mujer se miraron entre sí y gruñeron de miedo. El macho clavó sus uñas en el brazo de la mujer y apretó los dientes. Estaba de rodillas, con una mano

en la maza; sentía terror, pero estaba listo a lo que sobreviniera. Tal vez aquella bestia gigantesca andaba persiguiéndoles, y si se acercaba a la cueva, él lucharía, aunque no sabía cómo habría de hacerlo.

Pero de pronto se oyó un chillido, tan hondo y tan escalofriante como el bramido de la bestia, y a seguidas golpes secos, como de árboles o de piedras que chocaban. La mujer volvió a mirar al macho y éste le apretó más el brazo. Súbitamente, la gran fiera que había salido del pantano sacudió el pescuezo y se echó hacia atrás, y a seguidas la pareja humana vio aparecer un pico de tamaño increíble que despedía brillo al toque de la luz. El pico se abrió y se cerró, produciendo el mismo ruido que acababan de oír, y de él salió de nuevo aquel chillido; tras el pico se vio un cuerpo que tenía de ave y de reptil, un cuerpo que se arrastraba por entre los árboles caídos y tenía dos alas cortas y duras.

Los dos monstruos quedaron cerca, el uno frente al otro, ambos meciendo las cabezas. Millares de pájaros revoloteaban y graznaban alrededor de ellos. Del pantano empezó a elevarse un humo fétido y se oía bullir el hirviente lodo. A la espalda del hombre y de la mujer se sentía el ronquido de los pequeños que dormían; el fuego iba apagándose y el corazón de la mujer golpeaba bajo su seno.

De súbito la bestia que había aparecido en último lugar, la enorme bestia de pico, se alzó sobre su cola, batió las alas y se lanzó sobre la otra. Esta la eludió con un esguince del cuello, pero debió recibir algún daño porque su bramido, más hondo y más espeluznante, tuvo un tono doloroso. A seguidas levantó la cola y hendió el aire. Se veía la sombra agitarse.

Así empezó la descomunal batalla. Mordiéndose, arrastrándose, chillando y bramando, cambiando golpes que retumbaban en la cueva, los dos monstruos luchaban. Al golpe de las colas, los árboles caían tronchados y sus chasquidos sonaban dolientes. La luz se fue haciendo más clara y ya era un resplandor amarillento que se colaba a través de nubes pesadas y oscuras.

Los combatientes llegaron al pie del cerro. Estimulado por su instinto de pelea, el

hombre empujaba la piedra que tapaba la boca de la cueva porque así podía ver mejor, y a través de los árboles que caían trataba de mirar hacia abajo. Más y más asombrado cada vez, contemplaba cómo se prolongaba la fantástica lucha y a los penetrantes chillidos de la bestia alada oía responder los bramidos llenos de ira de la otra.

El tiempo empezó a hacerse largo. Mordiéndose, pegándose coletazos, desgarrándose con las patas, alzándose hasta el mismo cielo con los pescuezos envueltos entre sí, los dos monstruos rodaban y se levantaban, moliendo la tierra y los troncos por donde pasaban.

La mujer estaba cansada, fría, agotada, y gemía. Con su maza en la mano, el hombre trató de salir a gatas porque el humo que salía del pantano no le permitía ver, y él quería ver.

Aquella gran batalla parecía no terminar jamás. Tan pronto se oía caer y rebotar hacia la orilla del pantano como volver al pie del cerro. La brisa que rompía ramas en el bosque y las aves que graznaban formaban el fondo de la lucha.

El hombre salió y la mujer le vio descender con cautela, pero a poco volvió, sin duda porque las bestias se acercaban; entró con los ojillos inquietos, como de animal perseguido. Ya apenas quedaban brasas encendidas. El hombre y la mujer estuvieron así tanto tiempo que parecían acostumbrados ya a aquel estrépito que conmovía el lugar. Se hallaban cansados, hostigados, con los cuerpos doloridos de tanta tensión.

En eso se oyó un chillido que fue como una larga queja, un chillido que fue debilitándose poco a poco y haciéndose poco a poco lejano; y conmovía oírlo porque era como un canto fúnebre, una bestial elegía fúnebre. Después, el monstruo que había salido del agua lanzó un bramido apagado y doloroso como el chillido, alzó el pescuezo, meció la cabeza en la altura y la dejó caer. El golpe se oyó retumbando entre los árboles.

El hombre se pegó a la tierra y puso toda su atención en escuchar. Estaba nervioso, con los ojos fijos, los pelos revueltos. Alguna vez se oía un movimiento que daba idea de un estertor mortal. Los graznidos de las aves iban apagándose y a ratos sonaba el chasquido de

un árbol.

Al cabo de larga espera empezó a dejarse ver de nuevo la luz amarillenta y después fue haciéndose gris y blancuzca hasta que se hizo una claridad que recordaba la de las tierras hundidas. La calma parecía haber renacido con esa luz. El hombre y la mujer siguieron esperando sin moverse, y esperaron tanto que los niños despertaron y gruñeron, acaso de hambre. Entonces el macho empujó la piedra, tomó la maza y salió.

Abajo estaba el bosque deshecho. Dos montones de carne, informes y gigantescos, se veían junto al pantano. Eran tan grandes que hubiera dado trabajo subir a ellos. El hombre fue acercándose con cautela. Las bestias no se movían. Entrelazados y revueltos con las lianas, los árboles caídos tenían las hojas batidas por la brisa. El hombre anduvo a gatas, sin soltar la maza, y se acercó tanto a los monstruos que podía ver los enormes desgarrones que se habían hecho en la pelea. El hombre tomó una piedra y la tiró. La piedra cayó sobre una de las bestias y ésta no se movió. El hombre se arrastró más. Poco a poco fue levantando la mano, hasta tocar las escamas de uno de los animales. Estaba frío y muerto. ¡Muerto!

El hombre no dudó más; se puso de pie y corrió. Saltando sobre los árboles caídos, fue dando la vuelta alrededor de aquellas masas de carne y a medida que comprobaba que ya no vivían su cara se iluminaba con una alegría salvaje, daba gruñidos, saltaba y manoteaba y pegaba con la maza en los cuerpos muertos. Al fin se cansó y decidió irse; pero de súbito se volvió, sacó la piedra afilada que llevaba al cinto y empezó a cortar aquella carne blanca, repelente. Cortó un pedazo enorme y con él a la espalda comenzó a subir por el cerro mientras la luz iba haciéndose más fuerte. Quiso trepar el cerro corriendo, tanta era su alegría, y llegó a la boca de la cueva cansado. Entonces dejó caer la carne, entró dando gritos y tiró de la mujer, casi arrastrándola, clavando en su brazo las fuertes uñas. Desde la boca de la cueva señaló hacia abajo y emitió unos sonidos guturales que sonaban alegres. La hembra miró y saltó también, pegando con una mano sobre la otra. A seguidas el macho cogió a la hembra por la cintura y la apretó hasta hacer crujir sus huesos; y entonces, mientras la luz esplendía y llenaba todo aquel extraño paisaje, él,

con un brazo extendido hacia los monstruos, gritó con un grito bárbaro y jubiloso que flotó largamente en el aire.

Traducido al lenguaje que usamos hoy, aquel grito quería decir:

"Han muerto los últimos monstruos que nos amenazaban; se han acabado luchando entre sí. Ahora nos queda la eternidad por delante para poblar el globo con nuestra descendencia e iniciar una gran época en la que los hombres sean felices".

Después de esto, el hombre bajó a buscar piedras para fabricar con ellas una vivienda que estuviera a la luz, porque ya no era necesario seguir escondiéndose en cuevas.

www.hgjart.com
hgjart@hotmail.com

# El extraño caso de Ciro Doral[9]

Por Gustavo Agrait (Puerto Rico)

Ilustrado por Guangjian Huang (República Popular China)/ Angel.

onfieso que Ciro Doral no es tema de mi devoción. Pienso mucho en él, pero lo hablo poco y lo rehúyo más. Sin embargo, los años pasan y cuando uno comienza a aceptar que no es eterno, le crece una oscura urgencia de comunicación.

He sentido a veces, con creciente intensidad en los últimos tiempos, el deseo de comunicar muchas cosas. Tonterías. Vaciedades. Episodios que posiblemente no se entiendan o muevan a risa. Pongo por caso el recuerdo de las antenas de un humilde insecto bañado en la prosaica luz eléctrica de un farol en la plaza de un pueblo sin importancia que fulgían con exactamente la misma luminosidad dorada y azul de aquel astro que vi en una remota madrugada. Otro ejemplo: un hombre solo contemplaba abstraído las cosas del cielo en una noche silenciosa y transparente. De pronto, un ave blanca, en vuelo lento y fantasmal, cruzó con su perfil la quieta y luminosa redondez de la luna. Otro ejemplo: en una playa recóndita y solitaria, tan solo tres personas. Súbitamente, de entre las rocas saltó un enorme y bien cuidado perro negro en nerviosa busca de algo. Jamás le habían visto, pero el niño supo y gritó: -¡Azabache! –y el perro fue a él moviendo su cola.

[9] Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña, año 9, núm. 32; 1966

Nada de lo anterior tiene la menor importancia me conozco bien. Sé que estoy dando vueltas y buscando pretextos para dilatar mi compulsión a decir lo que sé del extraña desaparición de Ciro Doral. Bien sé que nadie habla de la desaparición de Ciro Doral.

Hablan de su muerte. Y a nadie se le ha ocurrido pensar que su muerte tuvo algo de extraño a pesar de lo cual yo quiero hablar hoy de la extraña desaparición de mi amigo Ciro Doral.

Fue Doral lo que a primera vista, y aún segunda, la gente optaría por llamar afortunado. Apellidos ilustres, figura distinguida, talento despejado, fortuna considerable. Lo he descrito como solían hablar de él gacetilleros. Y tenían razón, pero no le hacían entera justicia. No sabían, por ejemplo, que jamás se interesó en reclamar el marquesado de Luceantica, que dicho sea de paso, usurpan hoy, aunque legítimamente –curiosas veleidades de la historia- los descendientes de un ciervo manumitido por un antecesor suyo en fecha que no importa. Cierto que sus apellidos eran ilustres, que su figura era distinguida, que su talento era despejado y su fortuna considerable. Pero hay muchos de quienes se podría decir todo eso y a nadie se le ocurriría colocarlos en la misma categoría que a Ciro Doral.

Había en él un algo de auténtica aristocracia, un refinamiento de persona y modos, una brillantez intelectual y buen gusto innato y cultivado que hacía que el dinero en él fuese natural complemento, justificaba necesidad, instrumento bien utilizado que no se notaba y que, por consiguiente, ni ofendía ni se resentía. Todo eso era cierto. Confieso que lo admiraba y lo envidiaba sin rencor, aparte de tenerle el efecto generoso y bueno que se siente por los amigos de la infancia. Sin embargo había algo más en Ciro Doral, algo que desazonaba y que en momentos –verdad que fugacísimos- causaba irritación, pero de una especie tal que no cuadraba esa palabra.

Lo que ocurrió con Doral, aún desde niño, es que era un ser distante. No era orgulloso. Era generoso sin esfuerzo. Nunca, hasta donde yo sé, hizo deliberadamente mal a nadie. Pero tenía ese aire distante que lo aislaba de todo y de todos, aún en los momentos

en que estuviese dirigiéndole amablemente la palabra a un amigo, acariciando a un niño, ayudando a una anciana señora a cruzar la calle. Daba la impresión de no necesitar de nadie, de poder vivir en soledad, como únicamente pueden vivir los brutos y los dioses. Y Ciro Doral no era ni un bruto ni un Dios. Tenía no obstante la extraña capacidad de poder vivir en cualquier sitio sin hacerle falta lo familiar. Nunca conocí hombre menos atado a la geografía, a la familia, a lo habitual. Venía, iba, volvía, desaparecía. Cuando más seguro estaba uno de que había terminado por echar ancla, anunciaba una nueva partida. En otras palabras, no tenía patria ni, mucho menos, compatriotas. En cualquier punto donde se respirase una vieja y refinada cultura podía sentirse bien. Lo torpe, lo basto, lo primitivo le producía molestias casi físicas. Así se explica su casi constante revoloteo por las ciudades capaces de ofrecer lo más decantado del esfuerzo humano por domesticar la naturaleza. Era una criatura de cultura. Y no se limitaba su necesidad de refinamiento a las cosas del espíritu y del intelecto. Eran los alimentos, las ropas, las formas y maneras del trato humano. En fin, era un individuo extraordinariamente civilizado, y no por afectación. Precisamente por ser tan así como digo, nunca hablaba de sí mismo en esos términos. ¡Quién sabe si él mismo no lo sabía! Quién sabe si lo hubiese negado de buena fe. ¿Acaso no equivalió a una negativa el inesperado viaje que armó para Sudamérica como resultado del cordial reproche que le hizo un amigo de esas tierras por su parcialidad respecto a Europa y a su desconocimiento de lo americano? Nadie pudo imaginarse que ese viaje habría de costarle su desaparición. Su muerte, según otros.

Sé que la verdad que tengo que decir sobre el caso de Ciro Doral es tan extraña, tan increíble, que será puesta en duda. No faltará quien, entre signos y claves, insinuará que mi historia es producto de morbosa imaginación. Lo han hecho antes. Bien lo sé. Pero ya dije que estoy alcanzando los años en que se tiene la compulsión de decir ciertas cosas y sé que no tengo derecho a callar lo que sé sobre la extraña desaparición de Ciro Doral.

Tengo en mi poder una carta, posiblemente la última escrita por Doral. La escribió desde Nueva York donde acababa de llegar desde París, la noche antes de la mañana en que emprendió su desastrado vuelo a Sudamérica. Es decir, su segundo vuelo.

Tengo también en mis manos otra carta suya. Ésta es anterior. Me la escribió desde una capital andina. Es una carta, e apariencia, típicamente doraliana; tan doraliana como la otra –la última- no lo era. Y sin embargo, ambas hacen juego y juntas explican el increíble destino de Doral mejor que relatar lo que sé es dejar que Doral hable por sí mismo. He aquí un fragmento de su primera carta:

"Iba a empezar diciéndole que el aire es increíblemente transparente en estas tierras, pero le hubiese mentido. Lo que ocurre es que aquí no hay aire. ¡Qué bárbaros los primeros hombres que se instalaron en esta especie de techo del hemisferio! Más bárbaros todavía los que los siguieron y más bárbaro yo, que sin razón alguna, me encuentro aquí escribiéndole porque cada vez que doy un paso se me quiere saltar el corazón. Se explica que estos indígenas tengan unos tórax tan portentosamente desarrollados. Para poder respirar aquí se necesita un fuelle de fragua por pulmones. A pesar de eso me he echado varias veces a la calle por complacer a nuestro amigo el Guacho que con sus indirectas y directas me ha hecho prácticamente obligado a ver estas tierras.

Trataré de describirle algo de lo que he visto y no tengo que decirle que le escribo para que guarde mi carta y me la devuelva luego de mi llegado para poder recordar mis experiencias.

El paisaje intriga y engaña. Se pierde el concepto de lo cercano y lo lejano porque no hay perspectiva aérea. De modo, amigo mío, que aquí lo que se ve en la realidad es la ingenua representación pictórica de los prerrenacentistas: las cosas lejanas no van perdiendo detalles con el esfumino de la atmósfera, si no que cada detalle se acusa con el mismo minucioso vigor cuando está lejos que cuando está cerca. En ese sentido podríamos decir que estamos aquí en pleno paisaje medieval. En otros sentidos estamos mucho más atrás todavía.

Créeme, no nos hemos hecho nosotros para entendernos con esta humanidad que aquí se encuentra. El don de la palabra no es de ellos; su hermetismo asusta. Físicamente tampoco me atrae esta extraña raza. Su arquitectura es chata,

posiblemente funcional, ajustada a estas tierras empinadas. Grandes torsos y piernas cortas. Téngame lástima, ¡tan vulnerable como soy al tipo piernilargo! Créanme que me siento muy poco prójimo de estas gentes. Esos ojos enigmáticos, entre resignados y recelosos, y este no bañarse hasta el extremo que el cuerpo llegue, no a heder, sino a manifestarse con su olor característico –que nunca había sentido- no son de nuestro mundo. Aquí es que he descubierto que los hombres tenemos un olor típico, como los perros tienen el suyo, y los leones y los caballos. No piense nada malo. No he descubierto semejante cosa en devaneos venusinos de ninguna especia. La venus andina es la contrarréplica de la citerea. ¡Qué lejano el mar y otras cosas bellas de la Anadiómene! Volvamos a lo del olor característicamente humano. Un día salí a la calle y noté mucha más animación que de costumbre. Me enteraron que era uno de los infinitos días feriados que hay por estos lugares. ¿No ha notado que los pueblos que  no han hecho nada digno de nota y apenas si cuentan con algún nombre que en realidad merezca ingresar en el panteón universal se complacen con llenar sus almanaques con efemérides altisonante que la gente toma de pretexto para seguir holgando y así evitar el trabajo que podría conducirla a producir algo que en verdad mereciese perpetuarse? Era un día de esos.

La población estaba llena de unas gentes que habían bajado a la ciudad con las más inverosímiles indumentarias, sus instrumentos musicales y su ancestro a cuestas. Un grupo de ellos estaba frente a la casa Consistorial rindiendo pleitesía al señor alcalde con sus músicas y danzas. ¡Qué espectáculo tan pintoresco, tan curioso y tan deprimente! Me acerqué hasta un punto desde donde podía ver bien sin que nadie me molestase. Ahí fue que sentí que me envolvía el olor a ser humano. Le repito que ese olor no tiene nada que ver con el mal olor que Hicia impone como castigo a los que no cumplen sus ritos. ¿Recuerda mi teoría respecto a que la civilización y la religión se iniciaron el día que el primer ser humano se metió debajo de una cascada por el puro placer sicoanimal de sentir el agua resbalar por su cuerpo?

Pero esto es una digresión que no se relaciona con lo que me interesa decirle, que creo le sorprenda bastante. ¿me quiere creer que estuve ahí como clavado todo el tiempo que duraron las músicas y danzas de aquellos infelices, inmerso, ya sin percatarme, en la atmósfera de olor humano que despedían?

Comprenderá que los instrumentos, la música y las danzas eran cosa muy primitiva había una melodía que se reiteraba, una línea melódica muy elemental, pero agradable de oír, que la quena –era la primera vez que escuchaba una- iba repitiendo obsesivamente. Se me ocurrió preguntarme que hubiesen hecho con ese instrumento Vivaldi o Mozart. Posiblemente nada. Y aquí viene lo increíble. La melodía de la quena siguió toda la tarde girando en mi cabeza. Llegó a aburrirme esa afinación y a eso de las nueve la noche decidí adormecerme un tanto con dos whiskis en compañía de un matrimonio escocés que hacía unos años se encontraba allí en relación con no sé qué proyecto de menos sé qué organismo internacional. Temprano me fui a la cama; me dormí inmediatamente, pero también inmediatamente comencé a soñar con la melodía y el indio de la quena. Todo transcurría en un aura de incertidumbre e improbabilidad en que transcurren algunos sueños y estoy seguro de que algunos detalles los he olvidado. Lo que no puede dudarse es que lo que el indio se proponía con su música era adueñarse de mi voluntad. El sueño era angustioso porque de una parte era placentero entregarse a la melodía ingenua primitiva, irse rindiendo a su fascinación, pero de la otra parte estaba el oscuro terror a dejar de ser lo que era para convertirme en algo así como un *alter ego* del hombre de la quena. Recuerdo que durante el sueño para reducirla angustia, pretendí que el indio era el flautista de Hamelin, pero los ojos fijos, el gesto hierático, el imperio casi geológico de su figura, frustraron el intento. Desperté sintiéndome mal y apenas si logré reconciliar el sueño hasta las primeras horas del amanecer. Tres días tuve de esto y comencé a preocuparme. ¿Un instrumento primitivo, una melodía tonta y un desdichado indio del altiplano con quien no tengo ni quiero tener nada que ver, eran capaces de alterarme y descomponerme?

La altura puede producir efectos raros en algunas personas. Todo me lo explicó con gran cuidado y entre sorbos de whisky con soda el escocés cuando ya su mujer se había retirado a sus habitaciones. Muchos habían sufrido verdaderas perturbaciones psicológicas, y él mismo, según me confesó al final solía como quien no quería la cosa, buscar algún pretexto para bajar cada cierto número de semanas a una ciudad de menos altura. Hice como que le creí y dejé su compañía para hacer mis maletas y salir al día siguiente. Tengo el tiempo justo para asistir a las conversaciones del joven inglés que cree haber penetrado el secreto de la escritura cretense —tema que siempre me ha apasionado— y pasar al Festival de Salzburgo. Ya se ocupará la música de Mozart de desterrar de mi memoria musical para siempre la tonta melodía y el instrumento y el indio que la producen.

Perdone lo largo que es esta carta, pero ya conoce mi manía de escribir largo y tendido la noche antes de meterme en un avión. Volveré a escribir desde Europa."

Efectivamente, me volvió a escribir. Su segunda y última carta me alarmó. Quien escribía no era Doral; era un ser alterado. Su carta por otra parte, me hizo sospechar en la anterior —que me precipité a releer apenas terminada la lectura de la última— síntomas ocultos de la alteración que estaba seguro Doral había sufrido. Vi con claridad que en su primera carta ocultaba debajo del tono frívolo y divertido algo que no tengo otra palabra para nombrar que no sea terror. Ciro Doral estaba pánicamente aterrorizado. El terror era algo inconcebible en Doral. El terror es desconocimiento; es la angustia frente al misterio. Cuando menos, la perplejidad frente a lo desconocido. Todo esto resultaba incompatible con lo que Ciro Doral era y representaba: la claridad lógica, el escepticismo elegante y divertido. Pero estaba aterrorizado, ¿por qué?

Tal pregunta no podrá contestarla como el Doral que yo conocí hubiese exigido, es decir, con lógica. Aunque preferiría no hacerlo, debo citar de su última carta. Decía, en parte, así:

"Tengo que hacerle confesiones. Decir cosas que me hacen sentir como si me fuese desnudando en público. El recato me caracteriza, pero a veces hay que desnudar el

alma ante alguien como se desnuda el cuerpo ante el médico. Hay mucho más de lo que me atreví y pude confesarle en mi carta anterior. Eliminé detalles, no por ocultárselos, sino por engañarme a mí mismo.

También había picos de roca negra que emergían inesperadamente de las nubes y de la nieve. Había también ocres. El ocre dominaba. Es lo que recuerdo. Ocre. Ocre. Todo esto he debido haberlo dicho en mi otra carta. Esto fue cuando volaba entre los picos andinos camino a mi destino y mi desatino. Porque todo fue un error horrible, aunque fatal. Mientras el avión eludía suavemente nubes y picos, de pronto se reveló ante mis ojos una choza de adobe, tierra, piedra, o lo que fuese. Ocre también. Todo era ocre. Era una casa aislada. No se veía ninguna otra cosa humana alrededor en medio de aquella desolación de nube, nieve, tierra, roca. Nada salvo una figura humana absolutamente solitaria, aislada de todo aquello que no fuese lo elemental del globo terráqueo.

La atmósfera en aquellas latitudes engaña. Uno nunca sabe qué está lejos y qué está cerca. Aquel indio alzó su cabeza y se irguió pétreo y mineral a contemplar y rechazar aquel ingrediente de escándalo que era el avión en que yo iba. Me pareció verle los ojos antes de verle seguir, con lo que me pareció ser desdén, subiendo hacia su choza. ¿Qué tengo que ver con ese animal humano, si es que es humano?, pensé.

¿A qué seguir? Salí huyendo de aquel país. ¿El hombre de la quena, qué quiere de mí?

Todo es peor de lo que pueda decirle. Salí huyendo y me refugié en mi sitio. Hice lo que le dije: fui a escuchar la conferencia del joven inglés sobre la escritura cretense y fui a Salzburgo. *Troppo tarde!*

*Troppo tarde* he dicho porque, aunque con rabia y vergüenza, hay que confesarlo: soy un poseso. ¡Un poseso! Ridículo, ¿verdad? Pues poseso.

Lo que ha comenzado a ocurrir era cosa prevista. Va sucediendo según mi terror lo ha ido adivinando. Adivinando no, viendo, sabiendo lo que fatalmente ha de ocurrir,

no importa lo que yo haga. Dónde se me espera y allí tengo que ir, y es, infinitamente peor que la muerte.

He de alcanzar desde antes de alcanzar lo que ingenuamente creí que iba a ser refugio, sueño y vigilia se me habían convertido en una continua pesadilla. No tuve más reposo; el tiempo que estaba echado en el lecho era sumergirme en una realidad remota que cada día se tornaba más inmediata, más imperiosa, más absorbente.

Mi estadía en Salzburgo fue un fracaso. La melodía de la quena me asaltaba cuando menos lo esperaba: en el sueño, en los momentos en que iba a cruzar una calle, cuando tendía la mano para saludar a un conocido. A veces me dejaba arrastrar por la melodía –o la melodía me arrastraba a mí-´y era como si hubiese emprendido un largo viaje a geografías y tiempos ajenos. ¿Ajenos? Las cosas me iban siendo familiares; los paisajes inhóspitos de tierra ocre, de picos nevados, de alturas inhumanas me iban despertando memorias, entrándome en un mundo al que no quería entrar, en el que pretendía que iba a dejar de ser lo que era. Más de una vez he visto la casa solitaria en la cumbre de aquel pico pelado, entre los tres picos nevados, con el sendero que tantas veces he emprendido sabiendo que dentro de aquella casa se me espera. Me espera, sí, quien sé; quien me hala, quien pretende arrastrarme a ese mundo entrevisto y previsto en mis pesadillas y del cual he pretendido huir hasta hoy.

Sé que todo esto les sonará a literatura, a embeleco, a locura. ¡Ojala! Vea lo que me ocurrió en Salzburgo tocaba esa noche el segundo quinteto de Mozart, el quinteto en sol menor, un grupo de Praga al que había oído en Londres interpretar soberbiamente un cuarteto de Britten. La sala familiar, los viejos amigos, me hicieron olvidarme un poco de mi —no sé cómo llamarlo— problema, digamos. La maravillosa música de Mozart me hizo irme sumiendo en ese agradable sopor, en esa especie de desvanecimiento que me asalta frente a algo real y verdaderamente me halague los sentidos: un ser bello, un buen vino, un verso logrado. Fue en el Adagio, cuando la segunda viola intercala sus ominosas notas, que sentí con absoluta

claridad la intervención de un sexto instrumento. Sobresaltado, miré a mí alrededor buscando la reacción de las otras personas en el auditorio. Nadie parecía lo que no había modo que yo dejase de oír porque el sonido de la quena desarrollaba su sinuosa melodía y se iba infiltrando en el adagio mozartiana hasta adueñarse de él. Renuncié a hacerme preguntas y escapé del local y de Salzburgo. ¡A que seguir! Yo soy, como le dije antes, un poseso. La región de donde se me llama con obstinado imperio me es ya tan familiar como aquel agradable rincón de la calle Saint-Louis donde tanto tertuliábamos mientras nos era dable ver el reverso de Notre-Dame bañado por la aureoplateada luz del atardecer parisino. ¡Qué distinta aquella vida de mi remota vida actual! Viva ya en otro mundo extraño y familiar al mismo tiempo, al que debo ir. No me rindo sin lucha. No puedo luchar más y no lucharía aunque pudiese. Mañana tomo un avión…"

La carta de Ciro Doral añadía otros detalles que no vienen al caso. Sí debo decir que me describía con minuciosidad exagerada y vivísima plasticidad el paisaje sobre el cual volaría y al cual iba a trata de llegar luego por vía terrestre a desentrañar y a entregarse al misterioso sino que creía inevitable.

Lo demás está en los periódicos. El avión en que iba jamás alcanzó su destino, desapareció entre las cumbres andinas, prácticamente inaccesibles, y las circunstancias del suceso fueron tales que provocaron el criterio unánime de que no había podido haber sobrevivientes. Se afirmó que, aun en caso de que milagrosamente algunos de los noventa y tres pasajeros que llevaba el avión hubiesen podido quedar con vida, hubiese sido imposible rescatarlos antes de que pereciesen de inanición y de la inclemente acción de los elementos.

Sufrí lo que entonces creía la muerte de Ciro Doral. Me di por un tiempo a nostalgizar sus sonrisas oportunas, sus dichos ingeniosos, su capacidad fantástica para descubrir y revelar el casi ya perdido sentido de una bella palabra. Sufrí, repito, su muerte y lo que creía la perturbación que lo había llevado por una fatal concatenación de terribles coincidencias a acelerar el fin de sus días. Todo eso creía, más ocurrió lo siguiente.

Llevado de una misión mitad diplomática y mitad cultural, me vi precisado a visitar Sudamérica. Esto fue al año, aproximadamente, de la desaparición de Ciro Doral. Por supuesto, su recuerdo y el de su desastrado fin se recrudecieron en mi ánimo, sobre todo al saber que tendría que volar exactamente la misma ruta que tan trágica resultó para él.

Confieso mi debilidad de que el avión me sobrecoge un tanto. Confieso también que busco en uno o dos sorbos de whisky paz para mis nervios, siempre un tanto exasperados.

El paisaje era sobrecogedor e imponente, pero fue cayendo sobre mí como un bálsamo, un reposo de duermevela feliz y sosegado. Súbitamente me arranqué, alarmado, de mi reposo. Los demás pasajeros dormían, dormitaban, leían; no ocurría nada. No ocurría nada, salvo que al mirar por la ventanilla vi el paisaje que con tanta minuciosidad y vigor plástico me había descrito Ciro Doral en su última y desesperada carta. Allí estaban los tres picos nevados, las nubes, las rocas negras, las tierras ocres. Allí estaba la casa de tierra, de piedra, de adobe o de lo que fuese, en su cumbre. Claramente se veía el sendero, serpenteante en la soledad inhóspita y hosca, que llevaba a la casa. En ese sendero se erguía pétrea y mineral, con sentido geológico, una figura humana. Junto a esta había otra… y nadie más.

# El aprendiz de brujo[10]

Por Virgilio Díaz Grullón (República Dominicana)

Ilustrado por Bastien Lecouffe Deharme (Francia)/ inanna

omo a Macondo, los gitanos trashumantes visitaban de tiempo en tiempo nuestro pueblo. Llegaban con sus raídos trajes multicolores, sus largos collares de baratijas, su tez cobriza y sus ojos negros y profundos como pozos. No pudieron asombrarnos con el milagro del hielo ni con el prodigio de los imanes porque ya el uso de esas maravillas constituía un hábito antiguo entre nosotros en la época en que se iniciaron sus esporádicas peregrinaciones por nuestros dominios. Pero si nos enseñaron el arte secreto de adivinar el futuro.

Los gitanos acampaban siempre en despoblado, junto a un recodo que hace el río antes de iniciar su rumorosa entrada en el pueblo. Debieron aquellos ser terrenos del municipio porque nunca nadie disputó a nuestros exóticos visitantes el derecho de levantar allí las precarias carpas que los protegían a medias de nuestro furioso sol durante el día y de inesperados aguaceros tropicales y nocturnos.

De mañana hacían extraños recorridos por las calles del pueblo que no parecían llevarlos a ningún lugar determinado, pero por las tardes se concentraban todos dentro de

[10] Publicado por primera vez en el libro «Más allá del espejo»: Publicaciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo [1975]. Extraído para esta publicación de la misma edición.

sus destartaladas viviendas, entregados a quién sabe qué ritos desconocidos de magia y brujería.

Mi único contacto personal con los gitanos se produjo una prima tarde en que yo me había aventurado hasta el espacio amplio y yermo que formaba su territorio violando órdenes estrictas de mi madre que, a la hora del almuerzo y agitando severamente ante mis ojos un índice admonitorio y rígido, me había informado que los gitanos se robaban los niños curiosos que merodeaban por su campamento y los vendían a tribus antropófagas del África. En aquella época yo no había aprendido aún el complicado arte del miedo, así que aproveché la hora de la siesta de mis padres y me encaminé con bravía decisión hacia el coto prohibido de los peligrosos extranjeros.

Había unas seis carpas de lona agujereada y raída esparcidas en el claro, y, al frente de una de ellas, sentada en el improvisado asiento que le ofrecía un tronco caído de palma de coco, una gitana gorda y desdentada, de rojizo cabello desgreñado, mirándome con ojos turbios y perversos me hizo señas para que me acercara.

*«¿Cómo te llamas?»* me preguntó con voz cascada y acento extraño tan pronto me tuvo al alcance de su fétido aliento. Tenía una edad indefinible y de su extraño cuerpo informe emanaba un olor mezcla de aguardiente barato, hojas podridas y cadáveres de ratones putrefactos. *«Iván»*, le respondí parándome frente a ella con los brazos cruzados tras la espalda para esconder de su vista la maniobra digital que en aquel instante ejecutaba mi mano derecha, remedio aprendido de mis tías como antídoto infalible contra el mal de ojo. *«¿Vives por aquí cerca?»*, continuó la bruja interrogándome, sin apartar sus ojillos malignos de los míos. «*Un poco más allá de aquellos laureles, en una casa blanca y grande»***,** repuse señalando, imprudente, hacia un vago lugar a mi derecha con los dedos índice y mayor impúdicamente entrelazados. La gitana, mirándome fijamente los dedos culpables, sonrió con los pocos dientes que le quedaban y en tono malévolo me increpó: «*De modo que les tienes miedo a los gitanos, ¿eh?»*… No supe qué decirle y me quedé callado frente a ella con la cabeza baja, en mudo gesto de vergüenza desolada.

Ella entonces comenzó a hablarme lentamente en un lenguaje gutural y desconocido y, mientras lo hacía, me fue invadiendo un ligero mareo acompañado de una vaga sensación de irrealidad mientras una red invisible me envolvía implacablemente hasta dejarme paralizado e impedido de todo movimiento. Convertido para todo fin práctico en una verdadera estatua, continué por algún tiempo escuchando la voz de la gitana que entonces parecía proceder de un lugar ignorado y remoto.

De pronto una causa externa interrumpió aquella extraña experiencia. Un gitano inmenso, de ojos apocalípticos y enmarañada barba gris, que no parecía venir de parte alguna, surgió de súbito entre ambos con los brazos en alto y puso fin a la escena con una orden tajante que mi torturadora acató sin protestar recogiendo apresuradamente la red invisible que había enroscado a mi alrededor. Mi libertador me colocó entonces un brazo sobre los hombros con ademán protector y fulminó con una torva mirada a la gitana que, sin proferir palabra, se levantó y desapareció en el interior de la carpa que estaba a su espalda.

*«Perdona a Micaela»,* me pidió con voz cálida el gitano. «A *veces le gusta bromear con los niños y sus manías han venido agravándose últimamente, sobre todo después que cumplió su segundo siglo de existencia. Desde entonces tenemos que vigilarla constantemente, pero en realidad es inofensiva».* Mientras me hablaba me condujo hasta la orilla del río y me invitó a sentarme a su lado en una roca pulida que la corriente mansa bañaba suavemente por su base.

*«¿Qué sentiste mientras Micaela te sometía a su influencia?»*, me preguntó mi nuevo interlocutor. *«Algo así como si estuviera preso dentro* de *una red»*, repuse. *«Es curioso»*, comentó él con expresión concentrada. *«El hecho de que pudiese lograrlo en el primer intento indica que eres un sujeto muy perceptivo, extraordinariamente perceptivo»*, y se quedó mirándome fijamente durante un rato.

Luego, poniéndome una mano sobre la rodilla y clavando aún más penetrantemente en los míos sus profundos ojos hipnóticos, me preguntó: *«No tendrías miedo de someterte a un pequeño experimento? No te hará ningún daño y me servirá para medir tus condiciones psíquicas; algo muy importante para ti y que podría darle un nuevo sentido a tu vida. ¿Qué me*

*respondes?».* Su voz era demasiado persuasiva y, por alguna extraña razón, mi nuevo amigo me inspiraba una confianza sin límites. De modo que mi contestación afirmativa surgió sin vacilaciones.

El gitano me dio una complacida palmada en el hombro, se incorporó rápidamente y me ordenó, ahora con voz autoritaria y firme: *«Mira fijamente, sin pestañar, mi ojo izquierdo. No hagas ningún movimiento y no pienses en nada».* Así lo hice y tan pronto fijé la vista sobre la negra pupila que concentraba su visión poderosa en el centro de mi frente, me elevé sin esfuerzo diez centímetros sobre la roca en la que estuve hasta ese momento sentado.

*«¡Extraordinario!»*, murmuró asombrado el gitano. *«Increíble para ser la primera vez. No creo que existan precedentes conocidos de una asimilación tan rápida y completa»*, y al tiempo que yo, descendiendo suavemente, me posaba de nuevo en la roca, anduvo varios pasos restregándose nerviosamente las manos, presa de gran excitación. «*Creo que hemos descubierto algo maravilloso»*, decía, «*tienes condiciones únicas para transformarte a corto plazo, con mi ayuda en un ser con poderes infinitos. Tendrás un dominio total sobre los demás y podrás hacer lo que desees».*

Yo, entendiendo a medias sus apasionadas expresiones, me sentí abrumado con aquellas increíbles promesas aunque, después del resultado del reciente experimento, ellas no me parecían tan imposibles ni absurdas. *«Quiero saber* —dije— *qué sucedió hace un momento. Cómo pudiste hacerme mover en el aire sin tocarme».*

*«No fui yo quien lo hizo* —me interrumpió todavía excitado—, *fuiste tú solo, con la fuerza de tu propia mente quien logró el prodigio. Mi papel consistió solamente en sugerirte la idea de la levitación». «¿La… qué?»* —pregunté—. *«La levitación* —repitió—. *Un ejercicio antiquísimo que se ha practicado en todos los tiempos y en todos los lugares de la tierra. Jesús de Nazareth lo realizó en público varias veces y Francisco de Asís lo hacia también, más discretamente, en su celda monástica Mira* —añadió—, *la mente es lo más poderoso que existe en el mundo, pero es utilizada muy por debajo de su capacidad real. Si aprendes a desarrollarla y la manejas con la intensidad y habilidad necesarias, podrás lograr milagros, incluso alterar las reglas del espacio y del tiempo. Levantarse del suelo y permanecer a cierta altura por propia voluntad es relativamente fácil si se alcanza el grado justo de concentración mental. Lo que sucede es que, normalmente, ese dominio de la mente no se logra sino después de largos periodos de*

*entrenamiento y como resultado de numerosos ejercicios de voluntad. Sin embargo, en tu caso* —y eso es lo extraordinario— *la levitación se ha producido casi espontáneamente, con sólo una leve sugerencia de mi parte».*

El gitano continuó dando nerviosos pasos a mi alrededor mientras agregaba con voz aún alterada por la emoción: *«Podrás hacer la levitación tantas veces como quieras y, además, aprenderás a desaparecer de la vista de los que te rodean y reaparecer en sitios distantes. Ese arte también podrás dominarlo sin problemas. Y algo todavía más importante; podrás aprender a adivinar el futuro, porque la adivinación del porvenir no es más que un aspecto de esa traslación, lo único que en este caso no te mueves en el espacio sino en el tiempo. Podrás ir hacia atrás o hacia adelante, a voluntad. Aunque para esto último, es decir el traslado hacia el futuro, necesitarás aprender a interpretar las revelaciones que recibas… ¿Te das cuenta del poder que representa predecir lo que va a acontecer en el mundo? ¿Anticiparte a los acontecimientos y adaptar tu conducta a las consecuencias que ellos puedan tener sobre tu vida? El mundo te pertenecerá. La humanidad en masa se echará a tus pies y estará pendiente de tus palabras. Podrás decidir el destino de naciones enteras y serás el hombre más poderoso de la tierra».* Esta última afirmación la acompañó el gitano con una brusca sacudida a mis hombros desprevenidos. Con impulso irreflexivo me libré de sus brazos y eché a correr hacia mi casa, presa de encontrados sentimientos de terror, confusión y vagas esperanzas. Junto al río, con los brazos cruzados sobre el pecho y las bíblicas barbas agitadas por el viento, quedó el gitano inmóvil, con su inmensa silueta destacándose a contraluz de un sol declinante que ya comenzaba a ocultarse tras los grandes árboles que sombreaban la corriente.

Cuando me acercaba, todavía corriendo, a la hilera de laureles que bordeaban mi casa tomé impulso en súbita inspiración, y pasé volando sobre sus altas copas entrando por la ventana abierta de mi habitación hasta posarme en la cama. Allí, con las mantas estiradas hasta la barbilla y los ojos fuertemente cerrados, traté de olvidarme de los gitanos. Pero ni en el resto de ese día ni en los que le siguieron dejé de sentir el influjo de su presencia ni logré olvidar que me bastaría un breve paseo para re-encontrar aquella fuente de revelaciones prodigiosas y sumergirme de nuevo en sus profundas aguas misteriosas.

Al tercer día de mi aventura con los gitanos, superada ya aparentemente la fase de terror irracional, decidí ensayar por mi cuenta los experimentos que me habían sido revelados. Comencé por la traslación de lugares y, recostado en mi cama, me concentre, con el mayor vigor de que fui capaz, en el recuerdo de una cabaña que tenía una de mis tías junto al mar, lugar que no había visitado durante años. A los pocos segundos, me encontré junto a la cabaña, tirado en la arena tibia y blancuzca que la rodeaba, mientras olas sucesivas venían a mojarme los pies. No había nadie en los alrededores, así que aproveché la soledad para quitarme la ropa y darme un breve baño de mar antes de regresar a la casa de mis padres por la misma vía empleada para viajar hasta la playa.

Al día siguiente practiqué la traslación en el tiempo. Me encerré en mi habitación y pensé profundamente en mi primer día de escuela. En seguida sentí la presión de la mano de mi madre, agarrada fuertemente de la mía y levantando el rostro, la vi exactamente como era seis años atrás, hermosa y suave, sin las huellas en su frente de los pesares que sufriera años después. Entramos juntos en el patio de la escuela y volví a sentir el temor a lo desconocido que me asaltó la primera vez, y reviví paso a paso la entrevista de mi madre con la Directora y las lágrimas que nublaron su mirada cuando se alejaba diciéndome adiós con la mano, y el nudo invisible que me apretó la garganta mientras la veía salir por la puerta de la calle y la Directora me conducía con mano firme al aula de clases.

Si algo me faltaba por comprobar de las revelaciones del gitano era la adivinación del futuro y la ocasión se me presentó muy pronto y sin yo buscarla expresamente. Fue en la mañana del próximo domingo, día que mis tías reservaban religiosamente para llevar flores a la tumba de sus padres. Yo participaba siempre en esa ceremonia, que se efectuaba a la salida de la misa dominical y era a mí a quien correspondía llevar la pucha de botones de rosas recién cortados del jardín de nuestra casa y sustituir con ellos las flores marchitas de la semana anterior.

El panteón, que levantaba su pretenciosa arquitectura barroca en el centro del modesto cementerio municipal, tenía seis nichos y sólo dos estaban ocupados, cada uno

con su correspondiente tarja de mármol que dejaba constancia para la posteridad de que allí reposaban los restos de los que en vida fueron mis abuelos paternos.

En el momento en que, inclinado sobre el jarrón en que introducía las flores frescas, pasé al descuido la mirada por los nichos, quedé paralizado de terror porque mis ojos leyeron claramente el nombre de mi padre, con letras artísticamente dispuestas sobre una tercera tarja que parecía cerrar uno de los nichos no utilizados todavía. Bajo el nombre de mi progenitor estaba señalada solamente la fecha de su muerte: exactamente un mes y tres días después del día presente.

Cerré los ojos defensivamente y, al abrirlos de nuevo, la tarja premonitoria había desaparecido y mi visión chocaba ahora con la superficie desnuda del tosco remate del nicho desocupado. No dejé entrever mi emoción y permanecí mudo durante el regreso a la casa, mientras en lo profundo de mi ser se afirmaba la convicción de que a mi padre sólo le quedaban treinta y tres días de existencia sobre la tierra.

Verle en los días subsiguientes tan activo y alegre, tan lleno de confianza en el porvenir, comunicándonos en las tertulias de sobremesa sus ambiciosos planes para el futuro, constituyó para mí la más cruel de las torturas y varias veces, en mitad de una de sus frecuentes frases optimistas, yo me levantaba corriendo de la mesa y me encerraba en mi habitación para llorar anticipadamente y sin testigos el triste y próximo final que le deparaba el destino.

El estado de tensión emocional que viví durante esos días fue minando poco a poco mi organismo y reflejándose en el estado general de mi salud. Perdí el apetito, me fui sintiendo cada vez más débil y deprimido y jamás volví a ensayar los experimentos del gitano. Al acercarse la fecha fatal me encontraba ya realmente enfermo y mis padres llamaron al médico y éste me auscultó con el rostro evidentemente preocupado, cuchicheó con mi padre en un rincón de la habitación y después habló vagamente de llevarme a su clínica privada.

Yo lo presenciaba todo como desde un plano distante, mordiéndome los labios, decidido a no dejar escapar ni una palabra que pudiese revelar a mi pobre padre el trágico secreto que guardaba celosamente.

El día señalado para su muerte amanecí mucho peor. Me dolía todo el cuerpo y tenía dificultades extremas para respirar. Mis padres habían amanecido en vela junto a mi cama con la angustia reflejada en sus caras y el médico estuvo casi toda la mañana en la casa.

Al fin, morí a las tres de la tarde de ese día, sin que, ni aún en el instante final y definitivo, se me revelara la importancia capital que para la correcta interpretación de mi revelación del futuro tenía la ridícula costumbre de mi familia, heredada de antepasados remotos, de bautizar a los hijos primogénitos con iguales nombres que sus padres.

# Falta quien redima[11]

Por Arturo Rodríguez Fernández (República Dominicana)

Ilustrado por Yuly Alejo (España)/ The birth

evoloteó al irse y me dejó pasmada, llena de luz, azul y blanca, feliz y responsable, temerosa y feliz. Se fue haciendo pequeño, transformándose, las sandalias en alas, la túnica en plumas y se volvió paloma, azul, feliz, azul y voló hacia el sol, hacia la total claridad, luz azul y blanca y en los oídos sentía su aleteo y en mis labios quedó plasmada su sonrisa al comunicarme —destellos, resplandores, luz— su divino mensaje. ¿Yo?... ¿y por qué yo entre todas las mujeres?... ¿Y por qué yo María, Madre de Dios?... ¿Y por qué yo que no soy nada, sólo polvo, inocente muchacha, pobre, ignorante, yo? Pero si es así si el Altísimo lo ha querido que se cumpla su palabra, que el rayo me penetre, que atraviese mis entrañas, que me fecunde, que me feliz y sufriré y mi misión será la más bella... ¿Por qué yo?... encomendada jamás a mujer alguna y me ha llamado "Llena de Gracia" y me ha dicho "Bendita", "Bendita entre todas ", yo, pobre infeliz que no esperaba esto, pobre muchacha de destino oscuro en aldea ignota, simple prometida de un carpintero, yo, ahora, el Ángel transfigurado, la estancia bañada en amarillo oro, yo Madre de Dios, de ese hijo que vendrá a redimirnos a todos, que se hará hombre para lavar los pecados del mundo, que se sacrificará por toda la humanidad... Yo no soy digna, pero soy la esclava del Señor, que en mí se cumpla —Ángel que te alejas,

[11] Pertenece al libro de cuentos Subir como una marea (1980)

ángel que te transformas en paloma, que vuelves al origen para dar cuenta de tu misión—tu palabra, que no te fallaré, que seré madre, que adoraré a mi hijo como ninguna lo ha hecho, que tendré la dicha de acariciar a Dios en mis brazos, de escucharle hablar, de llamarme, madre, madre, madre, yo madre de Dios, yo, vueltas y vueltas y vueltas, azul, blanco, infinito, aurora, cal y casas blancas, yo madre de Dios, yo gloria de la humanidad, yo grano de arena convertido en montaña, yo música celestial que permanece, yo olor a rosas y azucenas que se queda en mis manos, vientre que se agita en insólitas sensaciones, yo para siempre distinta, entregada a Dios, al Padre, al Eterno creador de todo lo creado, yo, María, otra, nueva, distinta a partir de ahora, a partir de esta mañana que empezó como todas y culminó con ángeles y rosas con luces que entraban por la ventana interrumpiendo la oración, con rubios cabellos de bucles, con manos finísimas y transparentes, con mensajes de bellas palabras y hondo significado. Tú, María. Yo, María. Yo, yo, yo, José y así me dijo el ángel y que tú, hombre de bien, rudo y delicado, comprensivo y amante, tú deberías creerme y no rechazarme ahora, ni mirarme con pena inmensa, con ira y asco, no despreciarme así, no pensar ahora en verme en medio de la plaza rodeada por una multitud vociferante que, ávida de sangre, recoge piedras del camino para lanzarlas sobre mi vientre, sobre mi vientre que ya es morada del Señor. No cierres la puerta de golpe, José. No te vayas así. No te vayas...

Pero se fue José con lágrimas en los ojos, con manos rudas, con sudor en la frente, en los labios y en la barba, con pasos presurosos, sin destino y con pena, se fue José el carpintero. Se fue a pensar a la sombra de una encina, a tratar de creer en las palabras de María, a revivir el brillo de la mirada, el olor a azucena que impregnaba la estancia, se sentó José sobre la hierba y vio, en su sueño, en el letargo que sobrevino sin buscarlo, al Ángel misterioso y bello, dorado y puro, transparente y grácil, al Ángel que le confirmaba la verdad, que le llamaba "Justo varón", que le ordenaba retornar a María y arrodillarse a sus pies pidiéndole perdón por no haberla creído y acariciarle el vientre y emocionarse tanto aquel José que ya es el esposo, que hace una cuna con madera y cariño, que a veces se llena de emoción y de asombro porque en su casa, en su humilde casa va a nacer el redentor, el hijo de Dios hecho carne y hueso, hecho hombre como todos, ese Enmanuel que alegrará

su hogar, que le llenará de dicha, que dará la vida por los pecados del mundo, por la salvación de todos los hombres. Y María tan bella, tan hermosa, tan pura, cosiendo y pensando, con el vientre que crece, que pon el oído aquí para que lo sientas. Dios en mi vientre. Dios aquí con nosotros y anhelos de gritarlo a todos, de exclamar, llegó el Salvador, está aquí, apenas formándose, apenas creándose en mis entrañas. Oh milagro!... Oh destino insondable!... Oh cumplimiento de las profecías! Oh...!... ¿Qué te pasa, María? Es el miedo, el miedo infinito a sentirme idolatrada, adorada por generaciones que se ponen de rodillas, a la soberbia, que no me invada José, que no me penetre la envidia, la autosuficiencia, que el orgullo sea limpio, puro como el rostro del Ángel, que Dios vea únicamente en mí a la servidora. Sécate las lágrimas, María, María que no sé cómo contenerme para no expresarte toda mi ternura, que dame fuerzas Dios mío para contenerme, para no abrazarla contra mi pecho y besarle los cabellos, para no secarle las lágrimas con mis labios, para no hundirme en el vientre divino donde él se forja para la salvación de todos. Pero nunca lo haría, nunca lo haría porque siento —desde que el ángel fue luz, azul y blanca, luz— que ella no me pertenece, que se ha transfigurado, que se ha alejado de mí, que ha elevado entre los dos un muro de amor pero, de todas formas una barrera impenetrable. No se puede tocar. No se puede. Y temo a veces incluso coger el agua de sus manos, comer la comida que prepara, mirarla fijamente al rostro, embelesarme en sus rosadas mejillas, pensar en su cuerpo. Enorme sacrificio porque siempre la he amado, porque antes de que Dios hiciese su designio, los pensamientos estaban fijos en su rostro, en su cuerpo, en su grácil cintura que se ensancharía para darme hijos que trabajarían conmigo entre virutas y aserrín. Y creo, creo también que ella respondía a mis miradas, que, de no amarme, nunca me hubiese correspondido, que ella también quería la vida a mi lado, la vida simple y cotidiana, la vida de sol y casas blancas, la vida de aldea, de sumisión, de años que pasan y arrugas en común. Oh María que te has ido lejos, que, aquí cerca, bajo el mismo techo, compartiendo el mismo pan, estás distante y grave, distante y pensativa, distante, pensativa y expectante, rozando con tu mano el vientre, acariciando los contornos del cuerpo que se forma, estupefacta, desconcertada pero crédula, crédula porque el Ángel te lo dijo y lo creíste, porque yo tampoco puedo negarla evidencia... ¿Y si

fuera un sueño, José?... ¿Si así fuera?... ¿Si nunca hubiese pasado nada? La tentación que se aleje, que se vaya, vete, fuera, que me deje dormir, que me permita aceptar con serenidad los hechos, que me devuelva la felicidad, que me haga comprender el gran honor que me ha correspondido, la enorme, inconmensurable —azul, feliz, blanco y azul— dicha de ser Madre de todo lo creado, Madre del creador, Madre de Dios y de todos los hombres, con un cielo destinado a esperarme con trompetas, con lunas y estrellas, con coronas y cetros, con ángeles, arcángeles y querubines, con música celeste, con salmos y palomas, con felicidad eterna, infinita, interminable, justa entre las justas. Yo, yo creo que no puedo, José. Yo creo que es demasiado. Yo creo que mejor a otra, Ángel. Mejor a otra, a Isabel, a Miriam, a cualquier otra de las virtuosas muchachas del pueblo, pero no a mí. Tengo demasiado miedo, me aterra la idea, me pone la carne de gallina, me da temblores, me produce escalofríos, se me cae el cántaro de agua, se me quema la comida, se me salen las lágrimas, yo no. Pero Él lo quiso, María, Él te desea madre y esposa, Él sabe de tus virtudes. Pero no temas, no temas, María. No te desesperes, acepta tu destino, un destino que todas envidiarían y María que acepta, que ahora ríe a carcajadas y baila y hace mil proyectos y su niño será bello, resplandeciente, eterno, Dios, José, el hijo de Dios, Padre, Madre, hijo, eterno, José, no lo merecemos, no lo merecemos, días que pasan con pocas novedades, con tardes dedicadas a visitar familiares, a llegar hasta donde la prima Isabel que está en estado a su edad, como si eso fuera posible, a sentir esas vibraciones extrañas, ese sofoco en el rostro, ese pataleo, Isabel en el vientre, ese como si quisiera saltar y salir y correr y empezar desde ya su mensaje de amor y paz entre los hombres. Va faltando menos, José, van pasando los días y los tiempos de oscuridad pertenecerán al pasado, porque de mi vientre va a salir él… ¿Cómo será?... Tengo miedo… ¿Cómo tendré que comportarme?... ¿Cómo deberé educarle? Dime como José. Y José calla, siempre calla —virutas, martillos y aserrín— siempre es marrón, tan bueno ese José, tan humilde y complaciente que no quiere que trabaje, que no me mueva, que descanse todo el día, que espere. Pero está más intranquilo que yo, Isabel, está con unos nervios porque se siente impotente ante el acontecimiento, porque no sabe cómo va a recibir al Señor, porque dice que es él el que no lo merece y ahora, ahora me respeta de tal forma que a veces quisiera

que todo fuera como antes del Ángel y de la luz. Pero yo no puedo quedarme en casa sin hacer nada. Yo tengo que amasar el pan, que coge el cántaro y caminar hasta la fuente en busca del agua. Yo tengo que cocinar, que barrer, que fregar los pisos, yo, Isabel. Pobre María que debes de cuidarte, que es el hijo de Dios. Dios, Dios, Dios. A veces se le olvida Dios, Dios en su vientre. A veces. Sí, sí, sí, debo permanecer en cama para que los pies no se hinchen, debo reposar pero llega José, la frente perlada en sudor, llega José hambriento, serrín, justo, amor y madre y yo, yo que ahora he sentido la patada, el rompimiento de algo, el grito, yo que muerdo un pañuelo, que miro a la pared para que las lágrimas no broten indiscretas, yo que... ¿Qué te pasa, María? Dime que te sucede, que doblo las piernas, que siento aquel líquido que resbala por mis muslos, que corre, que no quiero ver, que no quiero pensar que sea sangre, que grito sin contenerme, que llama a Martha, la comadrona, que pide auxilio, que ya viene, que puja, puja, que no pasará nada, que es el hijo, no tardes, de Dios, que Ángel de luz, de sol, de alas, aleteando sol, rojo, blanco, aureola, manos blancas, duele mucho, duele mucho, duele, no entiendo esto, no entiendo lo que veo, rostros de ojos rasgados que corren desesperadamente buscando refugio, humo negro que se eleva al cielo, pieles quemadas, monstruos, ciudades enteras destruidas, niños abandonados, duele, puja, duele, ángel, mujeres desnudas, famélicas, trágicas obligadas a entrar en aquel cuarto donde se asfixian, donde se mueren, soldados que cortan lenguas, que parten brazos, máquinas de fuego que disparan y disparan y disparan, José aaay no puedo más y ahora la calma, de pronto la calma, la horrible calma, el silencio total, las lágrimas de Martha, la mirada triste de José y yo que no quisiera creerlo, que no quisiera saberlo, que no puedo soportar abrir los ojos y encontrarme con las esperanzas por el suelo, con ese niño que ha nacido muerto.

Santo Domingo, 06/07/1978.

# El relámpago entre las sombras[12]

Por Diógenes Valdez (República Dominicana)

Ilustrado por Brian Despain (EE.UU.)/ Piscis Ex Machina.

*En gratitud a Moisés y a Marco Denevi.*

n el Centro de Inteligencia Genética se daban los toques finales a los primeros robots que se enviarían en una misión espacial hacia un planeta previamente elegido. Los científicos habían reproducido minuciosamente todos y cada uno de los mecanismos humanos y únicamente faltaba colocar en sus cerebros las colonias de neuronas que capacitarían a aquellos aparatos para hacer cualquier cosa, aprender palabras y autoreproducirse. De no ser por el absurdo color negro de los ojos del primer robot, nadie hubiese podido diferenciarlo de cualquier ser humano, si hubiese tenido los ojos amarillos habría podido pasar por un marciano, pero tenía los ojos negros y dentro de su cerebro mecánico un dispositivo de reproducción que le permitiría crear seres a su imagen y semejanza, pero con los ojos de diferentes colores. Lo mismo podía suceder con el pelo y con el color de la piel, de acuerdo con varias combinaciones preestablecidas en la minicomputadora que se había instalado en su cerebro.

[12] Este cuento fue publicado en 1984 en el libro "Todo puede suceder un día", Ediciones de Taller. El libro obtuvo el premio nacional de cuento en 1982.

La robix (robot hembra) que más tarde le haría compañía, tenía los ojos verdes (otro color imposible de imaginar en un ser humano), el pelo rubio y la piel muy clara. Estaba envuelta en un cristal plástico muy fino y transparente como el agua. El Centro de Investigación Espacial esperaba únicamente que el Departamento de Ingeniería Genética le avisara que los robots estaban listos para enviarlos en una investigación a través del Cosmos. Si aquellos aparatos llegaran a funcionar en otro medio, entonces los habitantes del sistema Pictor podrían lanzarse a aventuras colonizadoras. El planeta elegido era un pequeño de la Vía Láctea, en un sistema cuya estrella más cercana era conocida con el nombre de Sol.

El laboratorio de Química Espacial había creado una solución en la que irían sumergidos los cuerpos de los robots. Esta solución mantendría los mecanismos electrónicos en suspensión mantendría los mecanismos electrónicos en suspensión, evitando que funcionaran a destiempo, además, el líquido serviría de amortiguador en caso de que la gravedad de aquel pequeño planeta fuese mayor que la calculadora. Se había previsto un descenso suave, pero no se podría dejar nada al azar. En caso de que uno de los motores de retropropulsión fallara, o que la fuerza gravitacional acelerara la nave más allá de lo debido, un mecanismo eyector lanzaría los recipientes con los cuerpos de los robots al espacio y ellos descenderían suavemente, protegidos por un paraguas de luz. Después allá, en aquel planeta remoto y misterioso, un sistema de células fotoeléctricas y unos acumuladores de energía luminosa dispuestos en los centros vitales de los robots, los animarían, y ellos se movilizarían con la destreza para la cual fueron programados durante largos años de experimentos.

Los científicos estaban bastante esperanzados. Con anterioridad se habían estado enviando a ese mismo planeta, animales muy diversos, y aunque los resultados fueron alentadores, en ningún momento se consideraron concluyentes. Solamente después de esta misión se podría saber si un ser humano podría sobrevivir en un medio distinto al suyo.

El reloj del tiempo y de la Historia marcó la hora del lanzamiento y empezó la cuenta regresiva. La potente nave se levantó de la plataforma dejando atrás una estela de

fuego y humo. Al día siguiente se lanzaría la otra nave con la róbix. Las trayectorias se seguirían por medio de potentes radiotelescopios situados en la cima del monte Redom.

Las naves se convirtieron en dos puntos luminosos en las pantallas de rastreo del Centro de Control Interestelar. El equipo de trabajo situado en el monte Redom proporcionaba a cada instante las posiciones de ambas naves, que en las pantallas parecían muy cercanas, pero separadas en realidad por muchos parsecs de distancia. La luz roja de la consola del Centro de Control avisó que la primera nave abandonaba el espacio vital para entrar en el vacío. Sin que fuese necesario porque el robot estaba sumergido dentro del líquido de suspensión, se pulsó un botón que crearía dentro de la nave una atmósfera artificial, había que saber cómo funcionaban estos equipos para el día en que un ser humano pudiese viajar a distancias tan enormes. Los equipos indicaban que dentro de la nave todo funcionaba perfectamente.

Sin duda alguna esta era una empresa que había suscitado grandes esperanzas por los debates que surgieron en torno en ella. Muchos se preguntaron acerca de los beneficios que reportaría dicha aventura, y con cierto escepticismo se cuestionaba la justificación de los enormes gastos en que se había incurrido, pero todo se justificaba en nombre de la ciencia.

La segunda nave también entró en el espacio vacío, en donde volaban desordenadamente y a velocidades vertiginosas, asteroides y aerolitos, pero no había peligro de colisión porque un dispositivo de potentes ondas ultrasónicas los desviaba a último momento, o los pulverizaba.

Los equipos de a bordo indicaban la cercanía de la nebulosa espiral N.G. C. 891 en la constelación de Andrómeda. En la pantalla de radar aparecía como una enorme ave con las alas inmóviles extendidas dentro de un espacio negro lleno de puntos luminosos que se movían a su encuentro. Atrás se habían quedado muchas otras nebulosas, el encaje finísimo de la nebulosa del Cisne, la hermosa espiral de Los Perros de la Caza (Messier 51), y los confusos copos de algodón del grupo de Las Pléyades. Había gran expectación y cansancio en el Centro de Control. Los equipos de relevo siempre llegaban puntalmente,

pero todos se iban a regañadientes a sus hogares porque querían saber cómo iba a terminar aquella aventura.

La odisea se acercaba al punto final. Los equipos telemétricos indicaron que las naves habían penetrado la capa Appleton, y a la derecha de la primera nave comenzó a aparecer una franja luminosa. Era una aurora boreal. Dos meses siderales llevaba aquella locura que en unos días más tocaría a su fin, entonces se sabría si aquella empresa estaba justificada, o si había sido una insensatez, como habían dicho muchos.

La angustia se apoderó de los ingenieros de vuelos del Centro de Control, había indicaciones de que la capa de protección ultrasónica se debilitaba. Se pusieron en funcionamiento equipos de emergencia y todo pareció volver a la normalidad, pero los ingenieros no dejaron de seguir estando preocupados. A través de boletines radiales la ciudadanía se mantenía informada; hasta cierto punto se podía decir, que en la población había decaído el interés de los primeros días.

La aurora boreal se notaba más clara y luminosa cuando la primera nave penetró en la Ionosfera, allí tendrían que resentir las dos naves los bombardeos de las potentes radiaciones de los cinturones Van Allen, se vería entonces si los dispositivos ideados para contrarrestar aquellas radiaciones eran eficaces. En los laboratorios y en condiciones simuladas a la mayor precisión posible, todo había funcionado perfectamente, pero en el espacio y en otra atmósfera, y con una presión que ahora indicaba $4.10^{-6}$ ninguna conjetura era confiable.

La primera y la segunda nave atravesaron los cinturones Van Allen y un grito de júbilo estremeció todo el Centro de Control Interespacial. Los termómetros indicaban una temperatura de menos 223 grados Celsius. La aurora boreal desapareció de las pantallas. Las naves penetraban en ese instante las primeras zonas de la capa Henelly-Heaviside. La presión exterior marcaba bruscos ascensos y descensos. Descendió a $15.10^{-6}$ para subir a $6 - 10^{-5}$, siguió subiendo hasta $2.10^{-4}$ para bajar nuevamente hasta $8.10^{-4}$. El comportamiento de la presión fue bastante irregular, pero esto también había sido tomado

en cuenta¸ de ahora en adelante la fuerza gravitacional del pequeño y deshabitado planeta haría arte del trabajo y se podría ahorrar combustible.

Las naves seguían avanzando hacia su destino, una detrás de la otra. Habían dejado atrás la capa Kenelly-Heaviside para penetrar en una zona llena de meteoritos y nubes noctilucentes. Aún faltaba otra etapa del viaje bastante peligrosa, la de la capa Eléctrica-Absorbente; ¿cómo afectaría dicha capa a los equipos en suspensión de los robots? Aquellos equipos miniaturizados eran en cierto modo mecanismos eléctricos y en el supuesto caso de que la suspensión aislante se debilitara, los robots se verían sensiblemente afectados y con toda seguridad se deteriorarían mucho antes de concluir el viaje, entonces todo habría sido inútil. El gran temor al fracaso lo motivaba las críticas al proyecto debido a su alto costo, y porque no habían podido ser convincentes en cuanto a los beneficios que se derivarían de aquella aventura.

Aventura era la palabra exacta para aquel proyecto, pero era una aventura hermosa. Los científicos soñaron desde siempre con viajes tripulados a otros planetas situados en lejanas galaxias. Se había elegido un pequeño planeta de una galaxia muy distante con grandes similitudes con el planeta que ellos habitaban, de allí podrían partir a otros sistemas estelares y a otros planetas para conquistar el universo. Se proponían descubrir muchos misterios y enigmas que encerraba el futuro. Si triunfaban, tendrían las manos libes para emprender empresas mayores.

Los equipos dentro de las naves no reportaron ninguna anormalidad, pero esto no era un indicador de que todo seguía funcionando perfectamente. A partir de ahí la incertidumbre no los abandonaría.

La primera nave penetró la Estratosfera, capa de alta temperatura. Los termómetros exteriores indicaban una temperatura que oscilaba entre los 60 y 70 grados Celsius. La capa de protección ultrasónica soportaba el bombardeo de millares de meteoritos, como si un ejército invisible emprendiera un ataque despiadado contra la nave, pero ella seguía imperturbable hacia el destino señalado. La segunda nave penetró la capa de altas

temperaturas. Se acercaban a la Tropopausa. Había gran expectación y respiraciones agitadas en el Centro de Control.

El nuevo grupo de empleados llegó para reemplazar a los del turno anterior, pero estos se negaban a ser relevados, aquella línea imaginaria que ellos llamaban Tropopausa era el límite del peligro. A partir de ahí podían estar seguros de que por lo menos la nave llegaría a aquel desolado y primitivo planeta del Sistema Solar, codificado como 3G, pero cuyo verdadero nombre era Tierra. Llamarían terrícolas a esos dos robots pioneros.

La primera nave abandonó la Tropopausa y comenzó a penetrar en la Troposfera.

—¡Bravo!– gritó el ingeniero jefe del proyecto–. ¡Ya están encima de la capa de Ozono!

—¡Bravo!– gritaron los demás ingenieros y técnicos encargados del control de la nave.

La segunda nave siguió detrás de la primera a la misma distancia de siempre. Un murmullo se extendió por todo el recinto. Las estaciones de radio dieron al pueblo la noticia de la llegada inminente de la primera nave al lejano planeta. Hubo júbilo en las calles, s bebió y bailó en nombre de la Ciencia.

Las dos naves aumentaban la velocidad a medida que se acercaban al planeta, la segunda nave estaba bastante lejos y llegaría un día después que la primera. Era ya el momento de que se encendieran los motores que suavizarían el descenso.

La primera nave se acercaba más y más, lentamente, bajo un estruendo ensordecedor, reluciendo como una estrella que se desprende del cielo. Allá abajo todo era verde y humedad. Ya no se veían en la pantalla del radar los dos puntos que representaban a las naves, pero los ingenieros sabían que ambas estaban ahí, aunque no las vieran, porque los equipos seguían enviando sus señales. El equipo de telemetría indicó unos cuantos miles de pies encima de la superficie y el medidor gravitacional indicó una fuerza de atracción de 9.81 metros por segundo al cuadro, un valor muy superior al que se había estimado, entonces, el ingeniero jefe del proyecto gritó por los micrófonos:

—¡Ahora!

Un técnico se encargó de oprimir un botón. La puerta del primer cohete se abrió y catapultó hacia afuera el recipiente lleno de la suspensión en donde el robot dormía un sueño parecido a la muerte. Un paraguas de luz hizo que el recipiente descendiera lentamente hasta posarse en la tierra. Hasta que no se deshiciera la envoltura, y los mecanismos fotoeléctricos del robot se activaran, no se sabría nada. Había un silencio total, o todo había fallado a último momento, o allá, en el distante planeta, era de noche.

—¡Esperamos! –dijo el ingeniero jefe.

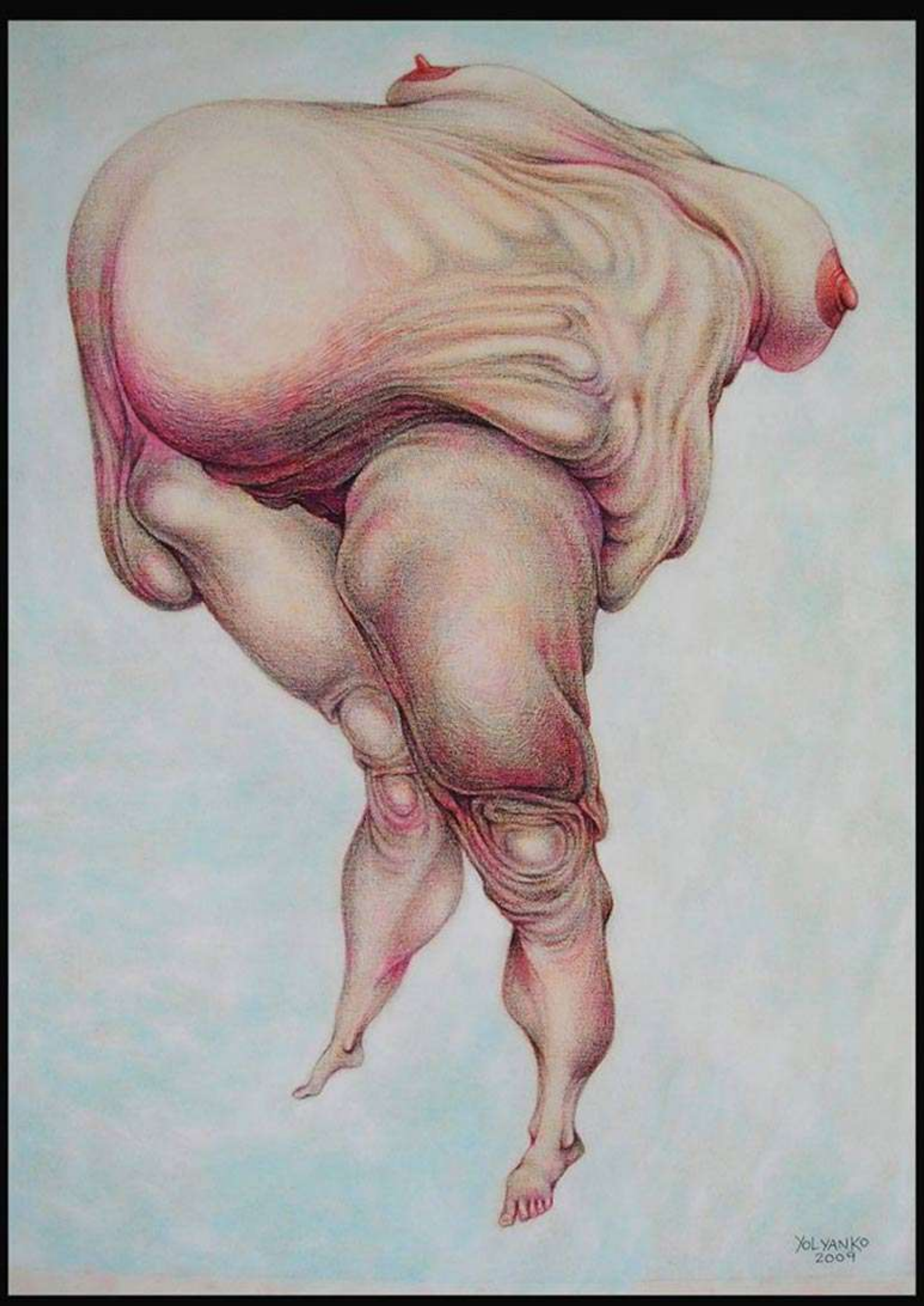
La segunda nave se acercaba, mientras que en el nuevo planta amanecía. El sol comenzó a brillar intensamente, sus rayos quemaban la tierra. Una brisa leve comenzó a soplar encima de la superficie, el lodo que cubría el robot comenzó a secarse y a resquebrajarse. Poco a poco se comenzó a calentar la piel sintética el robot y se encendieron sus ojos. Una brisa todavía más fuerte comenzó a azotarlo desde los pies hasta la cabeza y su pelo negro se agitó. Se incorporó torpemente y miró hacia el cielo como si estuviera buscando el lugar de donde habían venido. Allá distante, en otro planeta que el robot ni siquiera imaginaba, no se podía contener el júbilo.

La otra nave se acercaba, pero el robot aún no la veía. Se sentía triste sin saber el motivo, hacía un esfuerzo para mover los labios, pero no sabía lo que tenía que decir. Al fin pudo ver el punto luminoso allá en el cielo. Su corazón comenzó a agitarse rápidamente. Vio cuando del aparato descendía lentamente un recipiente envuelto en un paraguas de luz, y dentro del recipiente había una figura. El robot siguió primero con sus ojos el descenso y después corrió hacia el lugar en que sus primitivos pensamientos le indicaban que iba a caer el recipiente. Vio el bulto tocar tierra y también vio, deshacerse su envoltura. La róbix permanecía inmóvil dentro de un charco de lodo. El robot la tomó entre sus brazos y colocó el cuerpo debajo de un árbol para que el sol lo calentara lentamente. Con las manos le limpió la piel para que la luz penetrara en sus mecanismos, entonces la besó en la boca y dijo:

— ¡Eva!

La róbix abrió los ojos y sonrió. Ella buscó en su mente algo hermoso que responder, pero únicamente pudo decir:

— ¡Adán!


YOLYANKO
2009

# El Nahual[13]

Por Fernando Ureña Rib (República Dominicana)

Ilustrado por Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba)/ Series noches cósmicas.

on casi las doce de la noche. Vicente cojea, arrastrando una pierna. Se exaspera al oír cómo el estruendo bombardea el espacio y sus ondas lo multiplican en reverberaciones sucesivas. El fragor de las luces estroboscópicas le aturde, le ciega. Tropieza. Siente un dolor súbito en la rodilla derecha. "¡Es el menisco!", maldice. Recuesta su anatomía sobre una columna e intenta recomponerse. Intranquilo y sudoroso observa a los turistas bailar ritmos extraños, pegando saltos, con convulsiones y sacudidas, poseídos por una histeria desenfrenada y ajena a su mundo de pescador tranquilo y solitario.

Vicente se empecina y sigue. Se escurre a duras penas entre los parroquianos, entre hombres jóvenes que se estrujan unos a otros, enfundados en modernas chaquetas de cuero negro. En el atestado recinto, el aire ahumado sofoca los gritos de mujeres eufóricas que se le abalanzan jadeantes, enloquecidas por substancias que Vicente desconoce. Le halan. Las rechaza. Escapa. Sólo busca una mujer, la suya. Una hechicera le ha dicho que habría de hallar a Laura detrás del bar, baba en boca, con mirada de perro perdido, fría, el pulso débil y la piel manchada y áspera.

Detrás del bar no hay otra cosa que mugre, cerveza podrida, restos de alimentos y botellas rotas. Intenta meter la cabeza bajo el mostrador y un hombrote de seguridad le da un jalón por el hombro, lo tira del codo, lo empuja y lo tumba de rodillas sobre el piso.

[13] Fábulas Urbanas (2003)

Esta vez el dolor del menisco es inaguantable. Rosa, una camarera de muchos años que habla con el dejo maya de la gente de Yucatán, interviene e impide lo peor. Ella le ayuda a arrastrarse a un pequeño cuarto contiguo y le echa sobre un sillón azul, sentándose a su lado. "Pareces estar fuera de lugar. ¿Quién eres tú y qué buscas aquí?" le preguntó Rosa apenas recobró el aliento. "Busco a Laura, mi mujer."

Laura parecía una sirena fuera del agua cuando Vicente la encontró en Cayo Arenas, una noche de luna. "Quiero que me lleves en tu barca, pescador" le dijo sin mirarlo. "Quiero que me lleves a ese cayo de dunas que se ve allá a lo lejos. " Bordearon el Arrecife de los Alacranes, canales, rocas y manglares. Ella se echó desnuda al agua en un banco de corales y no volvió a la superficie hasta tres horas después, ebria de luna y sal. Subió a la barca con un róbalo grande y así desnuda se echó a dormir sobre la proa. Vicente la cargó en sus brazos y en su cabaña la tendió sobre una hamaca de redes. A la mañana siguiente rajaron el pescado en dos y lo asaron sobre las brasas con yerbas frescas.

Más o menos lo mismo continuó ocurriendo cada luna, durante todo aquel verano. Aparecía a medianoche, los dos bogaban por una hora y luego ella se zambullía, perdiéndose entre algas y corales y no resurgía sino hasta que el sol tocaba las primeras nubes. Durante el día la cabaña de Vicente no se abría y nada ni nadie entraba ni salía de ella, salvo el rumor marino. El amor era su pan y su alegría. Amor que crecía y menguaba como la marea según fueran los días de luna, porque al decrecer la luna Laura desaparecía al alba sin decir adiós mientras Vicente dormía los sueños del amor. Su nombre y su manera de amar eran todo lo que sabía de ella.

Al final del verano Laura no volvió más. Y así fue como empezaron las tribulaciones de Vicente, quien la buscó cayo por cayo, manglar por manglar, muelle por muelle. "Esto no puede haber sido una ilusión. Yo tengo que encontrarla", se decía. Una mañana, en esas búsquedas, Vicente se enterró en un banco de arena, lastimándose de mala manera su rodilla derecha y aumentando su angustia. Al final de la tarde y en las noches iba a los bares del puerto y en ellos apuraba un trago de tequila o de mezcal.

Así, aturdido de tequila y sol, lo encontró en un bar una tarde la hechicera de Uxmal. "Ven a verme a las diez," le dijo, "Yo sé lo que buscas." Era un cuarto estrecho y oscuro que olía a sahumerios de incienso y de copal. "Hay una mujer en tu vida." susurró ella tomándole sus manos y mirándole fijamente a los ojos. "Pero no te conviene. No te conviene. Tienes que oírme. Tienes que oírme." Repetía. "Si quieres olvidarla tienes que tomar hoy mismo, aquí, antes de la medianoche, un baño de ortigas, retama y sal." "Quiero encontrarla." "No te conviene. No te conviene." Repetía. "Pero si eres fuerte, entonces entra al Bar de La Iguana a medianoche y la encontrarás detrás del mostrador, baba en boca, con mirada de perro perdido, fría, el pulso débil y la piel manchada y áspera."

Rosa oyó la historia de Vicente con una mezcla de miedo, asombro y duda. Le dio un trago de pulque, lo ayudó a incorporarse, y lo condujo de nuevo al ruidoso salón y al bar para mostrarle el único ser que había en el mugriento piso, detrás del mostrador. Atada con cadenas a una viga, entre botellas rotas y restos de pescado, estaba una iguana verde, baba en boca, mirada de perro perdido, fría, el pulso débil y la piel manchada y áspera. "Se llama precisamente Laura", dijo Rosa.

# Jazz en el infierno[14]

Por Joan Castillo (República Dominicana)

Ilustrado por Laura Rodríguez Abreu (Puerto Rico)/ S.t. nº1.

s extraña la historia de ese pueblo perdido en el lejano Sur de la República Dominicana en pleno 2005. Las jóvenes y niñas de la última generación lo saben, conocen su destino, un día pasarán unos hombres que se enamorarán de ellas, las invitarán a salir y jamás regresarán, porque allá fuera está la gloria, el Edén; sin embargo, nadie, ni hombres ni mujeres que han salido de allí han regresado, pero tampoco ninguno de los emigrados ha enviado una carta, un mensaje. Por eso la expectación, el cuchicheo por el rugido del motor de un automóvil que se escucha lejano, acercándose como un rumor lúgubre. Lucían conmocionados ya que se perdía en el péndulo del tiempo la última vez que un ser humano ajeno a ellos pasó por esta aldea ubicada en el culo del mundo, como gustaba llamarle a su ubicación geográfica.

Santiago se imaginaba que el recién llegado se llevaría a las hijas adolescentes de Harry, quien no podía negarse ya que ningún mortal puede torcer el destino de un pueblo maldito, arruinado, y desamparado de la gracia de Dios, como no lo pudo torcer él cuanto hace unas dos décadas aquel hombre vestido de azul se llevó a pasear a Mariam, Elisabeth y Norma, sus tres hijas adolescentes, a quienes aún está esperando.

Se paró en el porche de la ventana y observó al forastero, quien a pesar del enorme sombrero y el sobretodo azul que casi le llegaba a ras de tierra reconoció en él a Tomás, el

14

prestamista, jamás pensó que lo encontraría ya que fue precisamente por culpa de él, es decir por la deuda que no podía pagarle, que hace unos 35 años dejó la capital, Santo Domingo, para internarse en este macondo tropical, en virtud de lo cual se adelantó:

—Tommy, soy yo, Santiago el Gringo, aún no puedo pagarte, tendrás que seguir esperando.

—Ya me pagaste Gringo ¿Acaso no recuerdas? Me pagaste, repitió, ¿Por qué he de cobrarte de nuevo?

—Mientes, nunca te pagué, contestó con la misma contundencia.

—Me pagaste. Además no he venido aquí a discutir deudas ni nada que se le parezca. He venido a escuchar jazz con las mujeres más lindas del mundo, y vine a invitarte porque sé cómo disfrutas del jazz. -¿recuerda nuestras veladas con Miles, Coltrane y Mancini? Me informaron que se pueden escuchar en vivo en las barcas del viejo puerto.

—Pues claro, claro, y el "Misty" de Ella y el Duke, el "Mambo Swing" de Goodman, contestó Santiago, extrañado de cómo Tomás había dado con él, y de las barcas del puerto, ya que a su entender el viejo astillero no tenía actividad desde unos cincuenta años atrás.

Pero Tomás insistió y le habló del sexo libre, de las barcazas atestadas de las mujeres más hermosas de la tierra, de las bebidas más costosas, de tuberías terminadas en grifos que contenían cervezas de todas las marcas, piscinas de coñac; le afirmó que en aquel nuevo Edén colgaban de los árboles pipas gigantescas de opio y marihuana así como jeringuillas de todos los tamaños para la administración de morfina, cocaína y derivados, y jazz de los grandes en todos los ángulos del embarcadero. También Le afirmó que todo era gratis porque a un hombre sólo se le permitía entrar allí una sola vez en la vida.

Santiago, como es de suponer, no le creyó ni media palabra, pero decidió ir con él pensando encontrar a sus tres hijas que nunca regresaron, de manera que se despidió de su mujer y sus hijos, suministrándole la certeza de que volvería, y salió junto con su antiguo

compañero de parrandas y orgías rumbo al viejo ancladero a la búsqueda de un goce que de antemano reconocía concebido por la mente delirante de Tomás.

Sin embargo un sentimiento de emoción placentera le embargaba cuando miraba a Tomás guiando sin dejar de cantar alegremente un rock antiguo de Priscilla Rollins al tiempo que chocaba sus manos rítmicamente contra el guía. Al doblar la vieja carretera que conducía al puerto abandonado recibió su primera sorpresa. La avenida había sido recién asfaltada, las potentes luces de neón de las isletas del centro daban la sensación de que era el mediodía, las barreras laterales la constituían tubos galvanizados de color amarillo que por su brillo parecían haber salido de la fábrica ese mismo día. Ningún peón de la aldea, recordó, había trabajado en el área de construcción por muchos años.

Empezó a temer, pero al llegar al puente una vez más le embargó el sentimiento de felicidad al observar a los barquichuelos que parecían de pescadores, una barcaza grande donde se observaban borrosamente parejas danzando, lanchas de motor fuera de bordas que despedazaban las aguas en violentas rompientes, cepillando el aire con su velocidad y dejando rastros espumantes de vitalidad. Lo único que hasta el momento le perturbaba un poco eran los barcos y viejos buques que desfilaban sin hacer ruido como si carecieran de motores o los tuvieran apagados, y el sol, un sol extraño rojinegro apagado, y la sensación de que detrás de la tupida floresta verde obscura se escondían entidades ominosas.

Pero era sólo eso, una impresión, porque al cruzar el puente se conmovió de tanta belleza; una gran cantidad de ríos y riachuelos desembocaban en el río principal, los árboles, el paisaje todo parecía dibujado y en lontananza el océano que parecía un gran espejo azul ribeteado de espejuelillos espumantes; el ambiente musical se sentía en lo más íntimo del alma, trompetas, violines, fagotes, oboes, acariciaban el oído al son de una música salerosa. Sin embargo hasta ese momento el primer ser humano que observó fue el niño rubio, sin camisa, enredado en lo que parecía un trombón, que se interpuso en el camino para tocar una melodía triste, casi tétrica lo que produjo que mirara interrogante a Tomás, quien sonrió diciéndole: --Es nuestra bienvenida.

Efectivamente, tres mujeres desnudas, las más hermosas que sus ojos habían visto alguna vez llegaron hasta él, le tomaron de la mano y lo acostaron en un chair long, lo desnudaron suavemente y al ritmo de "its a wonderfull World" de Armstrong, juguetearon con todos sus utensilios íntimos, mientras la rubia de ojos azules le acariciaba el rostro con su enorme lengua, la morena de ojos y busto grandes mimaba el área de su pecho mientras la negra más hermosa que jamás imaginara bailaba tan lentamente como el ritmo de la tonada de Armstrong dentro de su falo erguido como cuando rozaba la adolescencia.

Luego llegaron, igualmente desnudas dos hembras más, cargada una de un cesto colmado de frutas, las que iba colocando en su boca una por una, mientras la pelirroja le ofrecía calimetes sujetos a copas con bebidas que no había saboreado ni en sueños. La morena, la rubia y la negra se turnaban con su diamante, mientras las dos nuevas también se alternaban restregando tibiamente sus vellos y labios anteriores en su bigote bajo la voz sensual de Ella Fitzgerald y su "Blues Skies".

Las cinco chicas derretían sus apetencias en su cuerpo que anhelante se sumergía en aquel océano de ardores desconocidos. Era tanta la pasión, tanto los divinos goces que experimentaba que no deseaba un orgasmo, lo que quería era alargar ese momento tan memorable, y por eso trató de pensar en algo serio como sus hijas desaparecidas, por lo que miró al derredor buscando encontrar algún elemento desagradable y lo que encontró fue innumerables chicas hermosas de todas las razas masturbándose en todas las posiciones, se introducían dedos y dildos de todos los colores y tamaños en unos gemidos tan sensuales que a veces bloqueaban al "Salt Peanuts" de Dizzie Gallespie que sonaba en aquellos momentos.

No pudo más, su cuerpo se tensó, sus nervios se englobaron como si fueran a reventar y en un gemido que estremeció la selva limítrofe se recogió en una posición que pareciera como si de su figura sólo hubiera quedado la piel. Exhausto, miró a su alrededor y allí estaban todas dispuestas a servirle, y otras que habían llegado por la noticia de la llegada de ese hombre nuevo.

Sorbió un trago raro pero exquisito y fumó una pipa que le fue ofrecida por la pelirroja; la rubia enredó sus rosados labios dentro de su boca deslizándole una fruta de un sabor tan suave como excitante, su pene volvió a encenderse, y delirante tomó la iniciativa e indistintamente penetró los agujeros de aquellas hembras que se saboreaban de placer abriendo sus intimidades ante este hombre poderoso, dueño de un palo enorme e inagotable así como de la capacidad y calidad incomparable de acariciar sus partes íntimas.

Parecía un desequilibrado repartiendo penetraciones en aquellas sensuales nalgas abiertas para él, y se creía un Dios al escuchar aquellas guapas mujeres gemir de satisfacción ante el hundimiento vehemente de su estaca y las sensaciones que le producían su lengua infatigable, y bajo la voz inconfundible de Etta James "At Last" produjo un grito que movió las aguas del arroyuelo más cercano en un nuevo orgasmo prodigioso.

Aún no se había recuperado cuando una despampanante morena de senos enormes y pubis colmado de vellos sedosos le tomó de la mano, parándole suavemente con el propósito de darle un paseo por el río, a lo que él se resistió:

—No, prefiero quedarme aquí, por el Jazz, le pidió.

—El jazz está en todas partes, mi querido, afirmó la hermosísima mujer quien dijo llamarse Andrea, agarrándole de la mano, subiendo con él a una de las barcazas que llevaban orquestas. Si sus percepciones no le engañaban era el propio Herbie Hancock en persona quien dirigía la Banda, y bajo la cadencia de "Tell me a Bedtime Story" todos en aquel barco hacían el amor.

Andrea le tomó suavemente por sus sienes e introdujo su rostro entre sus dos grandes melones, luego le dirigió a chupar cada uno de sus redondos pezones marrones, estaba de nuevo enardecido ya que sintió su pene que alcanzaba su mayor tamaño, sin embargo se molestaba con una adolescente que en la gran excitación con su pareja chillaba de manera extravagante y molestosa. No tuvo mucho tiempo para fastidiarse ya que Andrea, siempre dirigiéndole con las manos en sus sienes, se sentó en un taburete abrió sus piernas lo más que pudo y dirigió su cabeza hacia el centro de su poder aterciopelado.

Disfrutaba acariciando aquella mujer tan atractiva, lamiendo sin dejar de mirar de reojo las demás parejas que no paraban de acariciarse y penetrarse por todos los agujeros. Los músicos de Hancock, comprobaba, no miraban a ningún lado, tocaban como si estuvieran en el paraíso, sin embargo le seguían molestando los aullidos de excitación de la chiquilla, por lo que se excusó con Andrea, quien le dispensó el permiso para conversar con la chica que lo irritaba.

—Señorita, ¿no podría usted por favor, aminorar sus chillidos, le solicitó, al tiempo de verificar que aquellos ojos verdes claro le parecían conocidos.

—¿Papá? la chica buscó rápidamente una toalla y se tapó, -¿papa? ¿Eres tú? -dime que sí, dime que viniste a rescatarnos?

Se quedó embelesado, era Norma, la menor de sus hijas, pero habían pasado casi 20 años y ella no había envejecido.

—¡Elisabeth! ¡Papi está aquí, llegó a rescatarnos! voceó Norma y una preciosa adolescente desnuda quien en ese momento acariciaba el pene de un negro musculoso, buscó igualmente una sábana para cubrirse y de unos cuantos pasos llegó hasta donde él, quien recordó ruborizado que también estaba desnudo.

Sintió vergüenza delante de sus hijas, e igualmente se cubrió. Había encontrado a Norma y Elisabeth, faltaba Mariam. –Ella está en la barca de Benny Goodman, Papi, dijo Norma empujando una palanca de mango verde que bajó lentamente una de las lanchas que había visto a su llegada a aquel extraño lugar.

Remontaron río arriba hasta alcanzar un enorme barco tipo crucero de donde se oía perfectamente la dulce "Moonligh Serenade" de Goodman, subió la escalerilla y de nuevo sintió la vergüenza de ver a Mariam con un hombre debajo y otro que la penetraba por detrás, lo que no fue óbice para sacarla de allí llorosa de la alegría por el hecho de ver nuevamente a su padre y de vislumbrar por primera vez su libertad.

Dirigieron la lancha de nuevo río arriba en busca de Tomás a quien encontraron en una playa con unas seis muchachas que le bañaban y acariciaban: —Tomás, dijo con

vehemencia, —tenemos que salir de aquí, notando que sus hijas escondían sus rostros de Tomás.

—Es imposible Santiago ¿Acaso no has oído Hotel California de Eagles? preguntó Tomás, hasta cierto punto sorprendido.

—Ya sabes que no me gusta el Rock.

—Pues oye, allí viene la barca de Eagles, es la única tonada que tocan aquí. ¡Escúchala! dijo Tomás resignadamente.

Algunas notas de aquella melodía pretérita endulzaron sus oídos:

'Relax,' said the night man,

We are programmed to receive.

You can check out any time you like,

but you can never leave...!

No quiso escuchar, esa canción la había estado oyendo desde que era un mozalbete, remontó de nuevo el río buscando la ruta donde habían parqueado la Todo terreno pero sólo encontraron al chico del Trombón quien le señaló el bosque que tanto le temía.

Esa selva daba miedo, pero le era obligatorio entrar por la necesidad de localizar la camioneta que lo sacaría de allí junto a sus hijas. Ingresó e inmediatamente empezó a temblar de los escalofríos que le producían unos lamentos lúgubres, aullidos aterradores y gemidos orgásmicos como de miles de almas en penas, pero la encontró. Parecía como si hubiera chocado frontalmente con un camión. Estaba totalmente destrozada y aún se veían dos cuerpos en su interior. Sólo reconoció el de él.

Al salir de allí oyó la canción predilecta de su artista preferido: "Tenderly" de Chet Baker, pero esta vez el sonido de la trompeta le parecía al de la corneta del diablo. Ya sabía que estaba en el infierno, pero ¿y sus hijas? ¿Por qué estaban allí? ¿Y el otro hombre en la

camioneta que no era Tomás? ¿Por qué sus hijas escondieron sus rostros cuando hablaba con Tomás?

Decidió entrar a la espantosa selva de nuevo, bajó por el terraplén hasta donde estaba la camioneta destruida y miró el rostro de cerca del joven que le acompañaba, también observó la chapa de la camioneta "Santo Domingo, 1985". y comprendió que en verdad había pagado la deuda con creces, -comprendió también y se apenó de la vergüenza de sus hijas ante Tomas. Salió de allí muy turbado.

En esta ocasión sus hijas no le esperaron, caminó alerta hasta alcanzar a ver al chico del trombón desnudo, con su cuerpo tan adherido al de Norma que parecían uno sólo; más adelante sobre la arena blanca observó, ya sin sorprenderse, a Mariam quien acostada recibía la lengua de Elizabeth sobre sus pezones adolescentes, mientras sus dedos entraban y salían presurosos del oscuro interior de su hermana.

Sintió nauseas, y cabizbajo dio la espalda, pero de repente sintió la necesidad vital de continuar la tarea que había empezado con Andrea, y al escuchar que de nuevo se repetía "its a Wonderful World" supo de inmediato que odiaría el Jazz para toda la vida… o para toda la muerte.

# ontemporáneos

69-14
Alejandro
D'Marco

# Tom The Rock[15]

Por Efraim Castillo (República Dominicana)

Ilustrado por Alejandro D' Marco —seud.— (Argentina)/ De Profundis.

Tom *The Rock* engañaba a sus admiradores. Aunque sobrepasaba los sesenta años y no tenía rostro aniñado, usaba una máscara de niño para aparentar que seguía siendo un chiquillo. Se hizo famoso cuando aprendió a emitir chillidos de recién nacido en un mundo ansioso por oírlos. Había nacido en Ealing, a un poco más de doce kilómetros de Charing Cross, considerado como el kilómetro cero de Londres y también llamado *Queen of the Suburbs*. A los doce años, la voz de Tom fue utilizada en un jingle para publicitar las píldoras anticonceptivas de los laboratorios biomédicos de Paul Charoneaux, en Francia, y fue una de las piezas fundamentales de la campaña antinacimientos patrocinada por los dirigentes del Estado-Mundo. La voz atiplada de Tom entonó un *solo* que conmovió a los más empinados defensores de la fertilidad femenina, que nada pudieron hacer para frenar ni el jingle ni las demás piezas que componían la estructura comunicativa. La campaña fue difundida en todos los países que componían el Estado-Mundo, así como en las estacionas espaciales y el recién colonizado planeta Marte, con el propósito de detener entre cinco y diez años los nacimientos de seres humanos, cuya población había alcanzado los treinta mil millones de personas. Los argumentos de la campaña basaban el *storytelling* de los anuncios en una ecuación de simple equilibrio ecológico: una enorme pecera llena de hermosos y robustos pececitos en donde soltaban un enorme tiburón hambriento que, al

[15] Publiicado en Inti Huamán o Eva again (1983)

comerse los pececitos moría de hambre. La estrategia de la campaña fue estructurada en cinco demoledoras fases:

1. *Ablandamiento*: concebida para vulnerar en las mujeres la necesidad de reproducción.

2. *Conocimiento*: concebida para infundir en las mujeres su condición de salvadoras de la especie, a través del sacrificio de dejar de ser madres.

3. *Disfrute*: a través de la cual se llevaba al ánimo de las mujeres el aprovechamiento de sus vidas, practicando juegos y deportes.

4. *Integración*: concebida para que los hombres y mujeres se vincularan al futuro del Estado-Mundo, participando más activamente en la política a través de las redes sociales.

5. *Medicación y la espera*: una fase final concebida para que luego del *ablandamiento*, conocimiento, *disfrute* e *integración*, se arribara a la medicación voluntaria y a la espera de los nuevos nacimientos, programados para un lapso de entre cinco y diez años.

Sin embargo, ni las cinco fases de la estrategia comunicativa, ni los ulteriores mensajes difundidos a través del planeta, las bases espaciales y el recién colonizado Marte (con el fin de procurar embarazos), dieron resultados tras finalizar el ciclo que, según Paul Charoneaux, volvería a restaurar la producción de óvulos en el organismo de las mujeres. Luego de diez años sin que el mundo presenciara un nacimiento, las mujeres comenzaron a extrañar los niños y hubo llantos a montones y rechinar de dientes en cada país, en cada ciudad, en cada barrio, en cada hogar, en cada base espacial y en las colonias del planeta Marte, que se había constituido en la última esperanza del ser humano. Antes de ser llevado a la horca, Paul Charoneaux se disculpó diciendo:

—Pido primero perdón a Dios, por haber tratado de sustituirlo, reordenando la estructura humana de su reproducción; y pido después perdón a las mujeres del mundo por haber quebrado sus matrices.

Antes de hacerse famoso, Tom fue considerado como un niño *aniñado* por su amaneramiento y sus preferencias de estar constantemente en compañía de niñas, jugando a las muñecas y deslizándose por los ríos con los pies descalzos, donde gritaba a menudo:

—I am a little boy ... I am a little girl!

Sus vacaciones, que pasaba por lo regular en Kent, estaban acompañadas de excursiones a la pequeña bahía de Dover, en donde se retrataba con el castillo normando al fondo y el sol ocultándose a su espalda. Aunque sobrepasaba los sesenta años, las admiradoras de Tom *The Rock* afirmaban que tenía el secreto de la eterna juventud y lo aclamaban por ignorar que escondía su verdadero rostro tras una máscara de niño. También desconocían sus *fans* que los sonidos guturales que emitía, parecidos a lalaciones de recién nacidos, se debían a un *nanomóvil* que se había implantado en la glotis.

Los discos de Tom *The Rock* se vendían como pan caliente cuarenta años después del último nacimiento humano, y una buena parte de los siete mil millones de seres que quedaban en todo el planeta, las estaciones espaciales y el recién colonizado planeta Marte, se dormían al compás de sus gritos. Así, su fotografía colgaba en millones de hogares que lo consideraban como algo suyo, como un fenómeno que era necesario aquilatar para esperanzarse en un futuro humano que se extinguía. Cada día morían cientos de miles de personas, cuyas edades extendidas por los descubrimientos médicos alcanzaban alrededor de los ciento diez años. Pero el secreto más celosamente guardado por Tom era su participación en el *jingle* publicitario a favor de los anticonceptivos. Su antiguo nombre, Joseph Mackenzie, había sido destruido legítimamente por su apoderado, quien decía que Tom era el cantante más grande del Universo. En uno de sus conciertos, una dama de alrededor de noventa y cinco años fue conducida a un hospital víctima de lo que los médicos llamaron un *shock de adolescente*, debido, según los especialistas, a la enorme emoción sentida por una mujer de esa edad que, padeciendo el *síndrome de maternidad imposible*, veía y escuchaba a un niño emitiendo lalaciones. La señora había perdido a su esposo el año anterior y la última de sus hijas, que nació precisamente cuando la campaña

de las píldoras antinacimientos fue lanzada, contaba con cuarenta años de edad cuando se suicidó cinco meses atrás.

Según los mentideros londinenses, en ciertas recámaras de Inglaterra y la devastada Europa se practicaba un extraño culto denominado *therockset*, consistente en un sorprendente coito entre humanos disfrazados de niños, vistiendo las ropas de Tom *The Rock* y utilizando máscaras que simulaban su rostro. Debido a ese extraño culto miles de personas habían sido encarceladas por el Scotland Yard y la Mundopol, conduciendo a Westminster los apresados en Inglaterra y a la moribunda prisión de Groenlandia, las capturadas en otras zonas. Los propios mentideros argüían que los apresamientos no se daban a la publicidad porque entre los sorprendidos figuraban personas de la más rancia nobleza mundial.

Pero debajo de la máscara Tom *The Rock* sufría, porque cada vez que tañía su guitarra de tonalidades astrales, fabricada especialmente para él por *Atomicum Enterprises, Inc.*, establecida en Rochester, U.S.A., el cantante hacía una mueca de angustia. Y esa mueca le salía de las fibras hondas de su corazón porque sabía que engañaba. Sabía que mentía. Conocía que cada *gu*, *gu*, *gu* que desgajaba el aire y perforaba los tímpanos de sus admiradores, era una terrible falsedad. Posiblemente por eso Tom era el humano que más lloraba en aquel universo que carecía de niños debido a las estrategias llevadas a cabo para detener una explosión demográfica que poblaba al mundo con más de treinta mil millones de habitantes.

La canción favorita de Tom, *¡Oh, children lovers!*, de la que había vendido un billón de discos de zafiro, rezaba más o menos así:

Oh, my love, gu, gu, gu
Today will be the year, gu, gu, gu
Let our offspring born
Gu, gu, gu.
Pray for him, gu, gu, gu.
Mourn for him, gu, gu, gu

Oh, my love, gu, gu, gu
You will be the salvation
Gu, gu, gu
Of all the Universe
Gu, gu, gu
Oh, my sweet love,
Gu, gu, gu
We'll go to our bed
We make love
To save the universe

(Oh, mi amor, gu, gu, gu
Hoy será el año, gu, gu, gu
Que nacerá nuestro retoño
Gu, gu, gu.
Recemos por él, gu, gu, gu.
Lloremos por él, gu, gu, gu
Oh, mi amor, gu, gu, gu
Tú serás la salvación
Gu, gu, gu
De todo el Universo
Gu, gu, gu
Oh, mi dulce amor,
Gu, gu, gu
Iremos a nuestro lecho
Nos haremos el amor

Para salvar el universo)

Tom *The Rock* en cada canción daba en el clavo, porque acertaba en lo que pedía el desvalido ser humano. Sin embargo, aquella noche el cantante subió las escaleras que lo conducían a la azotea de su vivienda, la cual ocupaba el piso catorce de una torre de apartamentos, desde donde se divisaba el Palacio de Westminster, *The Parliament*, en el cual había dado numerosos conciertos a la Cámara de los Lores y a la Cámara de los Comunes, en las postrimerías del reinado de Guillermo *El simple*, apodado también *El plebeyo*, por su gusto desorbitado por las mujeres de clase baja y a las que conquistaba, no por ser el rey, sino por que guardaba cierto parecido a Tom.

Desde la azotea, Tom *The Rock* sintió el golpeteo de las brisas frescas del Támesis y su careta se unió a la noche. Estaba dispuesto a terminar la farsa en que se había convertido su vida. Allí, contemplando la silueta de una Londres que dentro de pocos años no guarecería a nadie de las tercas lloviznas otoñales, repasó la nota que Helen le había dejado adosada a la puerta. Sintiendo los ruidos peculiares de la noche, Tom recordó lo escrito por Helen: "Tengo algo importante que decirte. Te llamo a las doce. Helen".

Eran las once y treinta, que reconoció por los diamantinos golpeteos del *Big Ben*, vislumbrado por una de las caras de la *Elizabeth Tower*, al noroeste del Palacio de Westminster.

La nota dejada por Helen lo abatió más. Estaba cansado, triste, solitario, aunque unas horas antes era tratado mejor que al mismo patrón británico, y sus ropas sintéticas eran arrancadas a pedazos. Siempre dijo para sí que sólo Shirley Temple podía compararse como infante famosa a él. Entonces repasó el instante en que había decidido subir a la azotea, al lugar desde donde Londres yacía sonámbula en busca de alguna esperanza: se contempló quitándose las ropas y colocando sobre el brasero de la chimenea los troncos plásticos cuya publicidad afirmaba que ardían horas y horas sin consumirse. Se observó encendiendo la chimenea y recordando la advertencia de los diarios de la mañana: "Se

agota el combustible fósil, es necesario buscar más allá de los plásticos, más allá de las petroquímicas".

Sí, recordó que al despertar en la mañana había husmeado en las redes cibernéticas las revistas en las que buscaba afanosamente, como todo el universo, noticias alentadoras sobre la fertilidad femenina. Por eso, al despertar, escudriñó en su reloj-computador, antes de abrir su muro, las noticias principales servidas por *Sciences Monitor*, *The Atomic Magazine, Universalis*, *Sciences Telluricus,* prestigiosas firmas de noticias que el ciberespacio ampliaba a cada instante. Tom *The Rock* devoraba toda información buscando, que no quepa duda, una respuesta esperanzadora al problema humano. Pero la mayoría de los editoriales siempre decían lo mismo: "Se está al descubrir lo que puede significar un aliento para remediar la esterilidad... Posiblemente dentro de algún tiempo se descubran las causas (aún desconocidas) que han producido este fenómeno tan desgarrador de la infertilidad femenina".

Todas las noticias daban aliento y con ello se pretendía esperanzar a la humanidad con divagaciones en futuro: "Posiblemente… Dentro de algún tiempo… Se está al descubrir…"

Siempre lo mismo.

Desde la azotea, Tom *The Rock* se observó estirando las piernas sobre un cómodo cojín desde donde contemplaba la llama ardiente de la chimenea; los troncos plásticos parecían genuinos, sonaban igual al quemarse que los verdaderos. También llevó los ojos hacia la careta que usaba y también le pareció genuina. Y desde la azotea cerró los ojos y se contempló poniéndose de pie y extrayéndose de la glotis el aparato que reproducía las lalaciones y sonidos infantiles, para colocar en él las nuevas creaciones de sonidos infantiles:

- de niño llorando por su teta favorita;
- de niño gritón que no deja dormir a mami;
- de niño travieso que odia a papi por hacerle el amor a mami;

- de niño egoísta que llora aunque esté satisfecho.

Pero como siempre hacía al refugiarse en su hogar, puso un disco de zafiro en el reproductor de música con la cantata *Gott ist meim König*, de Bach, contenida en el *score* como la *BWV 71*. Y recordó desde la azotea que las notas de la cantata lo habían envuelto en los maravillosos años de su infancia, cuando era la voz no castrada más famosa del coro de la *Saint Paul's Cathedral*. Pero ahora Tom *The Rock* pensaba sólo en sus engaños, en los falsificados chillidos y gugúes de recién nacidos, en los ruidos de los autogiros que sobrevolaban Londres sobre su apartamento, llevando en su interior a fanáticos que pagaban por aquella travesía. Pensó en el prado verde de Canterbury, en el letrero gigantesco construido a comienzos del dos mil por la *Coca-Cola* en *Piccadilly Circus*, para relevar el antiguo.

—¡Ah! —pensó Tom—, si mi cabeza pudiese ser llevada desde la Torre de Londres hasta las aguas del Támesis.

Y a seguidas recordó a Anne Boleyn, a Thomas Moore, al Conde de Essex y a la tramposa historia de Gran Bretaña. ¿Y qué era ahora aquel imperio de engaños y piratería? Ahora era la última nación de Europa en producción, convirtiéndose en un simple laboratorio de genios, en una mina que preparaba cerebros para venderse al mejor postor. Sí, meditó Tom, en el Estado-Mundo Inglaterra no era más que eso: un destartalado laboratorio de cerebros.

Desde la azotea, Tom *The Rock* recordó que con la cantata de Bach de fondo había caminado hasta la ventana norte de su apartamento, cuyos ribetes de aluminio reflejaban las llamas de la chimenea y reproducían su rostro. Se vio tosiendo y emitiendo el verdadero sonido de su voz: la escuchó áspera, rasgada, quebradiza y moribunda. Aquella era su voz verdadera, sin la simulación de la tecnología; aquella era una voz cercana a la monstruosidad del escarnio, de la violación, del pretexto ruin. Y como antes acontecía cada vez que escuchaba su verdadera voz, se abrazó a la verdad que le perseguía como una sombra, como un espectro transparente que le envolvía en la paranoia. Sí, aquella era su voz, no la voz de niño aposentada en la nanotecnología y una máscara inverosímil, sino la

voz que lo convertía en reo de un secreto que sólo Helen y él compartían. Sí, Helen conocía todos sus secretos. Y desde la azotea, recordó el sonido del móvil y el retrato de Helen apareciendo en él sonriente y diciéndole:

—¡Hola, Tom! ¡Tengo algo que decirte!

Pero Tom *The Rock* no tomó el teléfono. Acomodándose de nuevo en la butaca frente a la chimenea, rumiando para sí que Helen lo llamaría al otro día, recordó entonces que estiró las piernas hasta casi introducirlos en la chimenea y construyó en su mente una excusa para Helen, porque sabía que tendría que mentirle, que hacerle creer que era feliz, aunque ella sabía que no, que no lo era. Tom *The Rock* acercó el móvil a él porque estaba seguro que Helen volvería a llamarlo y le hablaría acerca de la nueva careta que le había encargado a la *Fábrica del Esplendor Dorado* (金光玩具厂), de Yiwu, en China, considerada la Ciudad del Comercio Internacional del Distrito N°1. Helen le diría que la careta traería una piel sintética que expresaría sus sentimientos y emociones, porque podía conectarse a ciertos nervios periféricos del rostro. Él sabía que Helen insistiría en que le contara los motivos de su tristeza y correría en seguida hacia él, tocando la puerta y, al contemplarlo sin la careta, vería sus arrugas y observaría las cicatrices de los trasplantes que habían hurgado su piel, corazón, hígado, riñones y manos. Miraría en él al espantapájaros que engañaba, que moría cada día, que lloraba, que estaba incomunicado ante millones de seres que lo adoraban. Por eso Tom *The Rock* no volvió a contestar la segunda llamada de Helen, levantándose de nuevo de la butaca y sintiendo cómo temblaba su espigada estatura, agitada frente a las llamas de la chimenea.

Desde la azotea, Tom *The Rock* se contempló consultando su reloj-computador y, tras relamerse los labios, sirviéndose un trago de whisky. Y aunque trató de no hacerlo, siguió pensando en Helen: "Ahora debe estar saliendo del baño", pensó y la figura de Helen, con sus décadas a cuestas, ordenó sus pensamientos: "Debe estar bajando las escaleras y es posible que vuelva a llamar ahora". Se vio caminando de nuevo hasta la ventana, para desde allí mirar las luces del Puente de Londres, en *The Surrey Side*, perdidas entre las de los helicópteros de bolsillo que cruzaban rápidos sobre ellas. "Lanzarse desde

esta ventana", pensó Tom, "aseguraría una muerte instantánea. Sólo habría que arrojarse y aspirar el aire de la noche. Después de todo soy tan culpable como Paul Charoneaux y su laboratorio de la infertilidad que arropa al mundo. Sí, mi voz es tan culpable como Paul Charoneaux".

Pero Tom *The Rock* recordó que sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido metálico del videófono.

—¡Es ella! —se dijo—. ¡Me llama, quiere que le hable de mi tristeza, de mi angustia, de mis arrugas! ¡Pero ahora no! ¡No es posible que en esta hora de casi extinción yo, Tom *The Rock*, me comunique con ella!

Al recordar esto, Tom *The Rock* saltó desde la azotea y su cuerpo se estrelló con dureza en el asfalto de la calle. Su máscara, que se había colocado antes de salir de subir a la azotea, no se desprendió.

Cuando Helen supo del suicidio de Tom no comprendió el porqué de aquel acto incomprensible, y pensó que, seguramente, al cantante no le había llegado la noticia de que en Huarás, una aldea andina del Perú, había sido encontrada en estado de embarazo una india llamada Inti Huamán.

*Otoño, 1967*

22/1/2015
R. CASTELLO

# Clotilde La Bruja[16]

Por James Stevens-Arce (PR)

Ilustrado por Rafa Castelló Escrig (España)/ Mujer con sombrero.

a tez de la tuerta era negra como la brea, y la titilante luz de la lámpara de aceite tallaba en sus machucadas facciones y vacía cavidad orbital tan aterradoras sombras como para convertirla en la más grotesca practicante de las artes oscuras que don Ignacio jamás pudiera haber imaginado. Peor aún, su ojo bueno lo vigilaba con una mirada tan rancia como para matar de espanto a cualquiera.

"¿Qué desea de mí?" gruño la horripilante aparición.

Con el aliento sofocado por el hedor al ron que había consumido para fortalecer su valor, el negrero confesó su necesidad de obtener una poción de amor que le hiciera irresistible a Magdalena Vega.

[16] Esta obra es de la autoría total y exclusiva de James Stevens-Arce, es copyright © James A. Stevens 1995, y el autor posee y controla todos los derechos sobre ésta. La misma fue originalmente escrita en inglés y publicada por primera vez en 1995 en formato libro de bolsillo por la editorial norteamericana DAW Books en la colección de cuentos inéditos titulada Witch Fantastic, editada por Mike Resnick. En mayo de 2014, el autor publicó una versión digital del cuento, también en inglés, en la Tienda Kindle de Amazon. La versión en español del cuento que aquí se somete es también de la autoría total y exclusiva de James Stevens-Arce, es copyright © James A. Stevens 2014, y no ha sido publicada anteriormente.

La africana lo contempló en silencio. La faz destrozada y dentadura mellada de ésta atestiguaban a una violenta paliza sufrida en su juventud. El negrero se preguntó quién la habría maltratado de tal manera, pero la maligna mirada del ojo bueno lo mantuvo callado. En su lugar, aceptó el botellín que ella presionó en su fría mano y lo escondió en la profundidad del bolsillo de su pantalón.

"Bébaselo antes de la puesta de la luna", le advirtió la bruja, "y cuando vuelva a ver a su amada, lo recibirá con los brazos abiertos".

"¿Cuánto os debo?" dijo el español en tono sospechoso.

La bruja sopesó las opciones. "Me basta con que se me haya brindado el privilegio de servir como instrumento en la consecución de un amor verdadero".

¿Se habría colado un dejo de ironía en esa áspera voz? El ojo bueno no daba indicio alguno.

"¿Estáis segura que ella me deseará, anciana?" preguntó el negrero, palpando el botellín. "Os irá muy mal si por vuestra culpa hago el ridículo".

Los gruesos labios de la africana enmarcaron una mellada sonrisa. Resultaba irónico pensar que hacía dos noches la misma Magdalena Vega también se había presentado en este lugar, exigiendo un fufú que lograra que este asturiano la deseara más que a ninguna otra. Según dictaba la tradición, la bruja encendió velas por los cuatro rincones de la habitación, rezándole a San Antonio, por ser el santo casamentero, y luego sacrificó una gallina e invocó al sagrado nombre de Changó, señor mayor de la santería, por si las moscas.

"¿Se dará lo que deseo?" había preguntado Magdalena Vega.

Si medio siglo de practicar las artes oscuras le había enseñado algo a la bruja, era que cuando de magia se trata, lo único seguro es su imprevisibilidad. Una respuesta comprobada—"Si su fe en el embrujo no flaquea, señorita Magdalena"—satisfizo a la joven. Aparentemente la fe de ésta había resultado inamovible, ya que el objeto de su anhelo se encontraba presente esta noche declarándola a ella el objeto

del suyo.

Bueno, pues era eso lo que hacía la magia interesante. A veces funcionaba. Y a veces, no. Y en ocasiones, tener en la manga alguna información privilegiada podía marcar la diferencia.

"La magia no le fallará", le aseguró la bruja al negrero. Dentro de las circunstancias, ¿cómo no iba a ser así? Sin embargo, cuidándose de nunca comprometerse más allá de lo necesario, añadió, "A no ser que usted le falle a la magia".

Don Ignacio descorchó el botellín y se lo llevó a los labios, pero se detuvo en el acto con repugnancia y desdén. "¡Este mejunje apesta a aguas negras!"

"Lo que comprueba el gran poder de su fufú", gruñó la bruja.

El negrero viró la cara, sosteniendo el botellín alejado. "Jamás podría beber este vómito de ballena".

El problema, según sospechaba la anciana, radicaba en la aleta de tiburón podrida que había triturado y mezclado con el brebaje para darle textura y dotarlo de pestilencia. Años atrás, había aprendido que sus clientes equiparaban la hediondez de la pócima con la efectividad de la misma. Era obvio que don Ignacio era ignorante de esta creencia.

"Aguarde, señor". La bruja quería que la cosa funcionara. Retomó el botellín y le añadió a éste un polvo que le sumó al licor un buqué mucho más atractivo y apetitoso.

"Bébaselo ahora, señor", ronroneó, "y será suya Magdalena Vega".

# # #

La tuerta se llamaba Clotilde Molina. Pero en el pueblo de Aguirre en la costa sur de la Isla de Puerto Rico, la conocían como La Bruja Negra, aunque nadie se hubiera atrevido a decirle así en su presencia. Sin embargo, sus ancianos oídos eran

más agudos de lo que suponían y al escuchar por casualidad esas oscuras sílabas—"bruja", "bruja", "bruja"—sus labios se distorsionaban en una sombría sonrisa. En su presencia, le decían La Comadrona, por ser ella la partera del pueblo.

Una brisa onduló las cortinas de guinga roja que adornaban la ventana de la cocina, pero no contribuyó en nada a mitigar el calor de la tarde dentro de la decaída casucha de madera donde habitaba la anciana, una envejecida choza confeccionada de trozos de madera recuperada y descartadas planchas de zinc corrugado.

La vieja contempló su reflejo en el borroso espejo detrás del fregadero, asolada por la cara ruda, desfigurada y grotesca que se le presentaba. Sobre esas facciones capaces de espantar hasta a un hombre valeroso, su recuerdo impuso la faz de una hermosa africana turkana de altos pómulos, perfilada nariz, blanca dentadura y elegante línea de la mandíbula. En aquella época, buques de vela aún surcaban los mares, Clotilde era aún la propiedad de blancos, y la bandera escarlata y amarilla de España aún volaba sobre la alcaldía, en lugar del multi estrellado estandarte azul, blanco y rojo que hoy se veía ondear allí.

La bruja emitió un suspiro. A pesar de haber acumulado setenta y cinco años de vida, aún cometía errores. Había confeccionado la magia de don Ignacio porque ésta complementaba a la que le había pedido Magdalena, y la joven ocupaba un nicho especial en su corazón desde aquella triste mañana que la había visto nacer. Nada distinto pudo haber hecho Clotilde que hubiera logrado evitar la tragedia de ese día, pero el corazón de la partera se queda en carne viva cada vez que la madre perece, aunque la criatura se salve. Había pensado que si ayudaba a fomentar la unión entre Magdalena y el altivo español, le obsequiaría al menos una migaja de felicidad a la joven huérfana. Además, el hombre le inspiraba un extraño sentido de familiaridad—como si fuera simultáneamente tanto un desconocido, como un conocido.

De eso, ya hacía seis meses. Hoy la consumía un profundo odio por Ignacio Cienfuegos. El muy desgraciado había seducido a su nieta, Alfonsina. Aprovechándose del desespero económico de la niña, le había tentado con promesas

de asegurarle trabajo en los cañaverales a su marido, José Juan.

"Nos hacía falta el dinero para la medicina de Carmencita", Alfonsina le había confesado a su abuela entre sollozos. "Lo hice por mi hijita".

Un remordimiento intenso había atormentado a Clotilde cuando sus pociones y encantos en nada aliviaron el malestar de su biznieta. Claro está, no se había engañado en cuanto a Alfonsina, porque no era ésta la primera vez que la niña le había puesto cuernos a su esposo, pero tampoco había dudado que el apuro de Carmencita jugara su papel en la infidelidad de Alfonsina.

De haber sabido todo esto de antemano, reflexionó Clotilde, hubiera contaminado la poción de amor de don Ignacio con algo mucho más repulsivo que aleta de tiburón podrida. Hoy, el vientre de Alfonsina se crecía con el bastardo de este españolito hijo de puta, mientras que Carmencita aún seguía tosiendo flema con sangre en un trapo sucio.

Y para colmo, el sacrificio de Alfonsina había sido en vano. El negrero había incumplido sus promesas. Cuando al amanecer, frente a las oficinas de la central azucarera, eran leídos los nombres de los cortadores de caña que tenían la dicha de ser incluidos en la lista de obreros seleccionados por don Ignacio, el de José Juan dejó de encontrarse entre éstos. Hombres menos fuertes y de menor experiencia partían a bordo de los gigantescos camiones de caña que regresaban al atardecer desbordándose de la dulce cosecha, mientras que José Juan se veía obligado a regresar a la casucha que compartía con Alfonsina y Carmencita, su faz ardiendo de la humillación de ser incapaz de proveer por su familia ni de salvar a su hija.

Negreros. ¡Bah! Clotilde los detestaba. Previo a la emancipación española de 1873, había sido ella víctima de uno. En esta antigua colonia de España, ya no quedaban esclavos negros, al menos oficialmente, pero aún quedaban hombres como don Ignacio prestos a controlar la vida del pobre, del débil y del humilde.

Clotilde aún recordaba a su negrero, Victoriano Lozada. Un blanco castellano

de pura cepa. ¡Cuán halagadoras eran sus atenciones para con ella! El calor de su aliento cosquilleándole el oído a la negra, el hombre le había confesado su desespero por ella, su anhelo de convertirla no solo en una mujer libre, sino también en su amante esposa. En los comienzos, Clotilde le había dudado. Pero luego se le ocurrió que, teniendo este hombre todo el poder de su lado, ¿qué necesidad tenía de mentirle?

Pronto se había encontrado ansiosamente anticipando las visitas del hombre y las conversaciones íntimas con el único blanco que la hubiera tratado como persona y no mera propiedad. Había llegado a sentir por él un cariño verdadero, de modo que la noche que le confió la gloriosa noticia de que estaba encinta de él, había pensado que la abrazaría, diciéndole sonriente, "Entonces, no podemos esperar ni un minuto más. Debemos casarnos este mes, esta semana, hoy mismo". Lo que no había pensado es que pudiera tildarle de asquerosa puta negra. Lo que no había pensado es que pudiera fracturarle la nariz y los pómulos a puñetazo limpio. Lo que no había pensado es que pudiera entrarle a patadas hasta haberle explotado un ojo, abierto los labios, tumbado cinco dientes, quebrado la mandíbula y hundido su bota con puntera de acero en su tierno vientre una y otra vez mientras ella aullaba como un animal.

¡Ay, la bebé! Su recuerdo seguía siendo una tortura para ella. Cuando perdió la criatura, con ella pereció también la confianza de Clotilde en las promesas de los blancos. Sin embargo, adquirió algo nuevo en su lugar, una imperecedera sed de venganza.

Un año más tarde se convirtió en una mujer libre a pesar de todo. No como la amante esposa de Victoriano Lozada, sino como beneficiaria de la emancipación española. El muy desgraciado hijo de la gran puta de Victoriano Lozada había partido en una goleta hacia el puerto de Mariel a buscar mejor fortuna en Cuba, la mayor de las Antillas. No importó cuántas veces Clotilde llegó a rehacer el encanto que debió haber traído de vuelta al fugitivo—aguijón de escorpión y orín de mangosta, lengua de lagartijo y carne de babosa marina—la negra jamás volvió a verlo. Quizás su

obsesión la dejó en algún aspecto fuera de sus cabales, pero jamás llegó a sentirse desesperanzada.

# # #

El nuevo Cadillac negro de don Erasto Vega, un flamante sedán de lujo del año, pasó majestuosamente frente a la casucha de Clotilde siguiendo el camino de tierra bordeando a Villa Miseria, la barriada de los cortadores de caña donde habitaba ella. El chofer estaba erguido con orgullo al volante mientras que Magdalena, la hija de don Erasto, iba sin acompañante en el asiento trasero, intentando leer una novela que había comprado en Ponce, *Mujeres enamoradas*, del autor británico D. H. Lawrence. La joven había escuchado que, debido a sus escenas picantes, la misma había sido prohibida en la ciudad de Boston, del estado de Massachussets. Para su mala fortuna, el libro estaba escrito en inglés, su peor asignatura, y se le hacía casi imposible entender las palabras del autor.

Mientras los neumáticos laterales blancos reaccionaban bruscamente a los surcos y piedras del camino, el resistente sistema de suspensión le brindaba a los pasajeros la ilusión de ir navegando en una suave alfombra mágica. Magdalena ni se sospechaba que el susodicho lujo representaba el más preciado sueño de su amante. Para ella no era más que un detalle sin importancia de un patrimonio adinerado que daba por sentado. Siendo hija única de don Erasto, Magdalena algún día heredaría los extensos cañaverales, desparramada central azucarera, enorme fortuna y elegante Cadillac de su padre, uno de sólo seis magníficos vehículos de su tipo en toda la isla.

Suspirando de impaciencia, la joven dejó a un lado el libro. Aún con las cuatro ventanas del coche abiertas, Magdalena se cocía en su propio sudor y el forro de cuero del asiento se quedaba pegado de su pálida piel, poniéndola de un malísimo humor, a pesar que, como regalo de cumpleaños, su padre le había regalado un recorrido de compras en las mejores tiendas de la ciudad de Ponce. Durante la juerga de gastos, Magdalena había rellenado el espacioso baúl del coche de trajes de lino español, zapatos de cuero italiano, brazaletes de oro marroquito, frascos de perfume

francés y un ajuar de lencería de seda que lucía sencillamente pecaminosa en su núbil cuerpo.

Su estado de ánimo mejoró al recordar los placeres prohibidos que había probado por vez primera en la cama de Ignacio Cienfuegos. Desde el primer momento en que lo vio, el negrero la había excitado de tal forma que escasamente se atrevía a mirarlo. Su cabello y bigote negro, noble nariz aguileña y ardientes ojos oscuros lo hacían irresistiblemente atractivo. El pie torcido y la cojera solo lo hacían aún más adorable. Cómo había ansiado sentir sus refinados dedos acariciando los contornos de su cuerpo y explorando los escondrijos de su frustrada inocencia.

Pero al mismo tiempo que anhelaba el toque sensual de una mano que no fuera la suya, comenzó a temerle a los cariños de Cienfuegos y a su propia calentura. Esa vía conducía a la tumba. Magdalena sabía cómo la criatura que el hombre deja implantado en el vientre de la mujer puede crecer allí por nueve meses de júbilo y luego masacrarla al momento de salir. ¿No era hoy el decimoséptimo aniversario de la mañana en que ella le había costado la vida a su propia madre?

Impulsada por la ansiedad, Magdalena le había hecho una segunda visita a la bruja poco después de haberse entregado al negrero.

"¿Solo una semana?" le había respondido Clotilde cuando la joven le confió, preocupada, que su regla aún no se había manifestado. "No es razón para preocuparse".

Magdalena se retorció las manos. Era cierto que su regla solía ser algo errática, pero tenía ya una semana y un día de atraso. Y aunque por el alto aprecio que su padre le guardaba a Ignacio Cienfuegos ella dudaba que fuera a oponerse a que su hija contrajera nupcias con él, aún siendo éste un matrimonio provocado por un embarazo, un terrible temor la agobiaba.

"¿Cómo puedo deshacerme de este monstruo?" dijo, las manos amasándole el vientre y la angustia distorsionándole la faz. "Sé que me tienes cariño. ¿No puedes

ayudarme? No quiero terminar como mi madre".

La anciana estaba segura que la reacción de la joven era una exageración, pero fingió reflexionar profundamente y luego rebuscó entre los frascos en su estante hasta dar con un elixir violeta que apestaba a tierra húmeda. "Bébete esto y tu regla te volverá". El brebaje era uno inocuo, su único propósito el de tranquilizar a la niña en lo que su menstruación se normalizara, que, según los cálculos de Clotilde, debería ocurrir en los próximos par de días.

El sabor del mejunje violeta era tan repelente como su peste. Aún así, Magdalena se lo atragantó de un solo trago, aunque le brotaron lágrimas a los ojos. Dos días inquietos después, se despertó con su regla en pleno apogeo. Ahora, se tomaba una nauseabunda dosis cada veintiocho días, no fuera su regla a volver a faltarle.

A saltos y brincos, el Cadillac le dio la vuelta a un grupo de palmeras, trayendo a la vista la casa principal. Construida en madera y pintada verde oscuro con los balcones y las celosías de las ventanas en blanco, sus tres pisos abarcaban una docena de dormitorios, seis baños con tubería interior y media docena de otras habitaciones, todo cobijado bajo un enorme techo de planchas de zinc corrugado. Don Erasto la había bautizado Villa Marina en honor a la madre de Magdalena, el único amor de su vida. Tenía cumplidos ésta unos meros dieciséis años cuando se conocieron, diecisiete cuando la hizo su mujer y dieciocho cuando lo dejó viudo. Él hoy tenía cumplidos cincuenta años, pero no había vuelto a casarse porque, según solía declarar cuando surgía el tema, aún no había encontrado a otra mujer de igual dulzura.

Todos decían que Marina Saavedra era la muchacha más linda de Aguirre. Todos estaban de acuerdo que su hija podría haber sido su hermana gemela. Pero nadie pensaba que Magdalena fuera la muchacha más linda de ningún lugar—quizás por no haber heredado la simpatía innata de su madre—con la excepción de Ignacio Cienfuegos, que la joven ahora vio cojeando en dirección a Villa Marina frente al coche, encaminado a rendirle su informe diario al padre de ésta.

Al escuchar el crujir de grava bajo los neumáticos de radios, don Ignacio miró hacia atrás y su vista se cruzó con la de Magdalena. El aliento de la joven se le detuvo en la garganta. Las gotas de sudor que se deslizaban por su espina dorsal y entre sus muslos eran tan espesas y lentas como las melazas de caña. Preocupada que el chofer fuera a percatarse de su reacción, la joven cambió la vista.

# # #

Fíjate como aún cambia la vista al verme, notó con amargura don Ignacio. En verdad, sabía que en este momento la joven lo hacía para disimular ante su padre, pero antes de procurar la ayuda de la bruja, don Ignacio había estado seguro que Magdalena evitaba mirarle por encontrarle repulsivo. ¿Y quién la culparía? Por toda la vida, su pie equino varo había sido una fuente de humillación y miseria. Solo su madre se lo había acariciado, solo ella se lo había besado y solo ella se había admirado la belleza del mismo. Los médicos se lo habían examinado y pinchado, pero no le habían ofrecido ayuda ninguna, salvo un calzado correctivo. Si bien era cierto que la monstruosidad de suela gruesa que le habían prescrito hacía menos notable su cojera, más cierto aún era que el mismo atraía aún mayor atención a la deformidad de su pierna.

Para poder sobrevivir, Ignacio desarrolló una piel gruesa y un corazón de piedra. Su determinación de hacerse un hombre poderoso y acaudalado que nadie pudiera mirar con desdén lo había conducido a Puerto Rico. En otra época la hija caribeña más pobre de la Madre Patria, la isla se había convertido en la sobrina postiza del Tío Sam y, estaba convencido don Ignacio, en un lugar rico en oportunidades. Aunque su aflicción pudiera parecerle a otros una incapacidad, la misma le había hecho más fuerte y robusto que muchos de los hombres dizque capacitados que laboraban bajo su mano dura, le había inculcado sueños más ambiciosos y le había dado la fuerza para lograr los mismos.

En la hija de don Erasto, Ignacio vio su salvación. Solo sería necesario ingeniarse un matrimonio y todo lo que había deseado sería suyo: riquezas, posición,

poder y belleza. Ah, y un Cadillac—ese maravilloso carruaje mecánico, esa joya del arte del fabricante de autos y esa confirmación del éxito al estilo americano.

Viajar en un Cadillac. ¿No sería eso algo glorioso? Algo que le proclamaría al mundo entero que Ignacio Cienfuegos, el despreciado muchacho incapacitado de Asturias, ¡era por fin un hombre de bien que había que tener en cuenta!

Solo por eso le parecía valer el sacrificio.

Y además de este galardón, también sería dueño de Magdalena Vega, una hermosa joven de excitante cuerpo y faz. Había tratado de imaginarse cómo se sentiría siendo el objeto del tierno cariño libremente expresado de una mujer como ella—seguramente algo muy distinto a su relación con la negra Alfonsina, que en tan poco tiempo se había agriado. Eso había sido un error. Después de escasamente tres meses de reuniones clandestinas, la muy puta le había intentado chantajear reclamando que dentro de su cuerpo había florecido la semilla suya. Pues pudiera ser que el niño fuera hijo de alguien aparte de su marido, pero jamás podría ser suyo. No satisfecho con haberlo echado una maldición dándole una extremidad defectuosa, el Todopoderoso lo había hecho también tan estéril como una mula. Enfurecido por la perfidia de Alfonsina, el negrero había tachado el nombre del marido de ésta de su lista de obreros. Permanentemente.

Pero, ay, Magdalena Vega. Don Ignacio se la imaginaba como un continente inexplorado—intacto, inmaculado e impoluto—aunque a veces le parecía detectar algo . . . extraño en esos inocentes ojos que le ocasionaba escalofríos. Pero entonces ella cambiaba la vista y él nunca podía estar seguro de haber vislumbrado en sus ojos esa excéntrica chispa

De lo que no había duda era que un hombre como él no tenía la más mínima esperanza de poder ganarse una mujer como ella. No sin alguna artimaña que la cegara a su imperfección y la enamorara perdidamente de él, a pesar de sí misma. A dicho fin, había solicitado la ayuda de la arpía de Villa Miseria que decían ser señora de las artes oscuras. La africana. La hechizadora y elaboradora de pociones.

Clotilde Molina. La Bruja Negra.

Y esa bruja había demostrado ser genuina.

La exquisita máquina de don Erasto se detuvo suavemente frente a la escalera al balcón de la casa principal. Don Ignacio se apresuró, con torpeza, a abrirle la puerta a Magdalena. Al momento de ofrecerle su brazo, volvió a vislumbrar la excentricidad en sus ojos. Entonces, ella recatadamente bajo la vista, como si no existiera entre ellos conexión alguna. Pero el toque de sus dedos en la piel de su antebrazo le estremeció de forma casi insoportable.

# # #

Es curioso, reflexionó Clotilde, como si una espera el tiempo adecuado, la vida encuentra la manera de arreglárselas. Don Ignacio había vuelto a verla la noche anterior, disgustado con la secretividad de Magdalena y deseoso de sacar a la luz el asunto. "¿Pero, cómo hacerlo?" le había murmurado el negrero.

Clotilde lo miró como ojea la maestra al estudiante retrasado. "Ensánchele el vientre con su hijo".

Su intención había sido remorderle la conciencia al negrero con ese recordatorio de su vil comportamiento para con Alfonsina, pero se dio cuenta que la flecha había dado lejos del blanco. No resultaba difícil imaginarse los pensamientos egocéntricos que estarían bailando dentro de la guapa cabeza de ese macho: "¡Seguro!" estaría reflexionando. "Solo sería necesario confrontar los instintos paternales y sentido de decoro de don Erasto con un vergonzoso embarazo fuera del matrimonio, y una gran boda en La Catedral de Nuestra Señora de la Merced en la plaza mayor de Ponce sería el inevitable resultado".

"Brillante idea, anciana", dijo el negrero. Luego, suspiró, "Pero resulta ser imposible".

En voz resentida, le confesó su humillante secreto: aunque Magdalena Vega estuviera lista para florecer con una vida nueva, la semilla suya jamás podría ser la

responsable.

Clotilde no podía creer sus palabras. ¿Así pensaba este españolito esquivar las acusaciones de Alfonsina? ¿Realmente esperaba que Clotilde se tragara su crasa mentira? ¿La creía idiota el muy hijo de puta? No importaba. Fingir creerle le brindaría la oportunidad que ella necesitaba para poder vengar a su nieta.

"Prepararé para usted una 'Noche de Gloria'", dijo La Bruja Negra, su ojo bueno centelleando de furia, "una poción tan potente que cuando vuelva usted a compartir la cama de Magdalena Vega, el vientre le crecerá con una nueva vida en menos de un mes".

"¿Será posible?" susurró el negrero, deseoso de creer, pero dudoso aún.

La ambigüedad, evasividad y distracción habían sido siempre una parte de la magia. El ojo bueno de Clotilde le fijó con una mirada de un intenso calor. "¿Mi artificio anterior, por alguna casualidad le falló?" le preguntó la africana.

Don Ignacio sacudió la cabeza, cualquier duda que pudiera haber tenido vaporizada por ese ardiente orbe. "¡Noche de Gloria!", pensó con admiración al despedirse. "¡Gloriosa noche!"

# # #

El magullado calderón negro burbujeaba sobre la vetusta estufa de leña, llevado hasta el punto de ebullición por titilantes llamas en tonos de anaranjado, cobalto, amarillo y carmesí. Las sombras creadas por éstas tiritaban contra las paredes. Clotilde olisqueó el fraudulento brebaje. ¡Bah! Hacía falta disfrazar mejor al veneno. El negrero era demasiado quisquilloso como para permitir que algo tan vil pasara sus puros labios iberos.

Le vino una fulgurante inspiración. Encontrándose la zafra en pleno apogeo bajo el severo ojo de don Ignacio, había a la mano una abundancia de dulces melazas de caña para camuflar su perfidia. Se sonrió la bruja. El negrero se lamería los labios al saborear la dulzura de su propia defunción. Y pagaría bien por dicho placer.

Tres fuertes golpes interrumpieron sus sueños de venganza. Apresuradamente abrió la puerta, encontrándose frente por frente con el negrero—este extraño no totalmente desconocido.

En ese instante de desencajamiento entre lo fantástico y lo real, un torbellino pareció de súbito rugir por todo su cerebro, sembrando en él locura y lucidez, y arrancando la venda de sus ojos. El hombre en la puerta era—no podía ser otro—que Victoriano Lozada, ¡regresado en la forma de Ignacio Cienfuegos!

Por supuesto. ¿Cómo pudo ella no haberse dado cuenta? Su perseverancia había rendido fruto. A través de más de cinco décadas, su sed de venganza había quedado sin extinguir. Pero ahora al fin quedaría saciada—y por el mismo tentador brebaje que había ingeniado para vengar a Alfonsina.

Cuando el crédulo negrero finalmente se marchó con su trago mortal, luego de haberla enriquecido por cincuenta centavos, la bruja rió con disimulo. Cuán oportuno que la "noche de gloria" de don Ignacio resultara ser el instrumento que al fin precipitaría el día de la venganza de doña Clotilde.

# # #

Una leve brisa ondulaba las cortinas de percal en la ventana de la cocina de Clotilde. Afuera, el cortejo fúnebre lentamente avanzaba a pie hacia la curva en el camino. Los plañideros profesionales contratados por don Erasto para mantener el debido estado emocional precedían al gentío de cortadores de caña y sus familias, aunque ninguno de éstos parecía muy entristecido por la pérdida del difunto. Al frente, resplandeciente en su famoso traje de entierros de lino blanco como la azúcar, venía el plañidero mayor, Elpidio Santana. A pesar de su aparente insignificancia física—de baja estatura, cuerpo obeso, calva y voz chillona—nadie era capaz de conmover a un grupo, o a sí mismo, e inspirarle llanto con mayor rapidez que este hijo de Dios.

El padre de Magdalena debió haberle guardado un enorme aprecio al negrero

para haber estado dispuesto a prodigar tanto gasto en su despedida final, reflexionó Clotilde. Además de Elpidio Santana, se encontraban también presentes tanto La Madama Guevara como La Negra Jacinta, ambas feroces plañideras de pleno derecho—y ninguno de los tres era mano de obra barata. Detrás del gentío venía un carruaje cargado de una plenitud tal de coronas funerarias que de seguro habrían dejado vacías a cuanta floristería había en Aguirre y Ponce. Luego venía el coche fúnebre. Y en la cola, el flamante Cadillac negro del año, de don Erasto. Trajeado de negro, el chofer iba erguido al volante mientras que don Erasto y su hija, sin lágrimas, ocupaban esquinas opuestas del asiento trasero.

Sí, reflexionó Clotilde, hay veces que la magia se da. Aunque quizás no precisamente como esperaba la gente. A menudo, éstos no tenían idea de lo que realmente querían. Solo tenía que verse el caso de Magdalena Vega e Ignacio Cienfuegos, por ejemplo. Cada uno se le había acercado a Clotilde en busca del amor del otro. Pero aunque cada uno obtuvo lo que pidió, ninguno había quedado satisfecho con el resultado. No importaba. A fin de cuentas, Magdalena había perdido al amante que creía querer, pero en cambio había obtenido su mayor deseo—el no encontrarse en estado de embarazo. Y si don Ignacio jamás llegó a ver realizados sus propios sueños, podía podrirse en el infierno junto a Victoriano Lozada, por lo que pudiera importarle a Clotilde. Para ella, la magia finalmente se había dado.

Afuera de la ventana de la casucha de la bruja, la sorprendentemente dulce voz tenor de Elpidio Santana se elevó cantando *Alabanza al Señor*, apoyada por el enronquecido contralto de La Madama Guevara y el retumbante bajo de La Negra Jacinta. Los gruesos labios de la bruja se abrieron en una amplia sonrisa mellada mientras varias docenas de voces adicionales se unían al coro y el coche con los restos de don Ignacio lentamente tomaba la curva, los neumáticos laterales blancos resplandecientes bajo los radiantes rayos del sol tropical. Contratado a un elevado coste de la funeraria mejor cotizada de Ponce, el señorial coche fúnebre, también de marca Cadillac, pasaba por el camino de tierra que bordeaba a Villa Miseria, su resistente sistema de suspensión brindándole a su pasajero la

ilusión de ir navegando en una suave alfombra mágica en éste, su último viaje.

bpagan©

# Los homicidas

Por Tony Báez Milán (Puerto Rico)

Ilustrado por Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico)/ S.t.

n el año 2072, y a consecuencia de la incapacidad de cualquiera en esta isla de hacer cualquier cosa al respecto, el homicidio ya se había convertido en algo que se consideraba como una muerte natural. Dranselmo Antonioni, nacido y criado en este clima de tiroteos y de botellazos, de la recurrente sobredosis y de exasperante calor, nunca se acostumbró a la idea de tener que salir a la calle luciendo un chaleco a prueba de balas desde que tuvo uso de razón. Jamás se acostumbró a tener que salir todas las mañanas hacia la escuela mirando para arriba y para abajo, no para velar que no vinieran carros, sino para cerciorarse de que no viniera cualquier malandro a pegarle tres o cuatro tiros por joder.

Importaba ya muy poco la situación. Los políticos, que siempre hicieron lo mismo con tantas otras cosas, se limpiaban los fondillos con las estadísticas de los crímenes, especialmente las de los asesinatos, que mejor, que menos perros, menos pulgas. La policía llegó a hacer menos aún, sus propias manos esposadas por la falta de liderazgo y de educación, por los sobornos, por el ocio. Hasta los sacerdotes y los reverendos dejaron de predicar contra la violencia, siempre y cuando las descomunales alcancías estuvieran repletas de botín. Pero Dranselmo Antonioni, que siempre vio las cosas con ojos llorosos, que siempre sintió las cosas hondas en el deprimido y aguerrido corazón, desde pequeño tuvo la noción de que toda aquella insensatez, toda aquella desfachatez, tenía que por

fuerza tener arreglo. Nunca dejaba de pensar en eso. Se decía a diario, al llegar a la escuela jadeante y con el corazón de conejo, que cuando fuera grande ya vería qué se podría hacer...

A los treinta y dos años de edad, sin chaleco porque los malandros ya únicamente tiraban a la cabeza, y sin casco siquiera, pero con una monstruosa confianza en sí mismo y en las armas blancas y de fuego que llevaba encima, Dranselmo Antonioni caminaba por las calles todos los días en busca de alguien a quien liquidar, y con impunidad.

Se había formado en un hombre alto y tosco. Ya nunca se afeitaba. Se peinaba muy raramente el pelo largo, lacio y ralo. Se le curtía la piel al sol con cada día que pasaba a la intemperie, acordándose de viejas películas de Hollywood, las que glorifican toda aquella violencia, todos aquellos crímenes, donde los malos siempre se salían con las suyas. Vagaba por ahí en busca de líos, de excusas para pegarle unos cuantos tiros al primer fastrén. Se desquitaría de las veces que se había encontrado despavorido en la calle o en su casa o en la escuela o en la iglesia. Miles de veces. Tenía un número de balas más cuantioso.

Llevaba dentro de sí unas ganas de vengarse que no le cabían por dentro. El haberse al fin convertido en vigilante le parecía una bendición, la salvación suya y de su pueblo. También le parecía, porque en realidad lo era, la cosa más natural del mundo...

La mañana en que salió a la calle para ya nunca más llegar de nuevo a su casa, que era una casa vacía, que a nadie le importaría, que las paredes frías y desérticas, al igual que la gente, no se daban cuenta de nada, algo se estremeció en Dranselmo Antonioni, una cosa que lo hacía sentir imparable, inconquistable, invencible. Pero las cosas en la calle acababan de cambiar, empezando la noche anterior. Había sucedido algo en el proceso evolutivo mismo de la isla, en la degeneración de la gente. A partir de la noche anterior, las reglas de las cosas ya no eran las mismas. Lo debió haber olido en el aire, con toda su

acaparadora malicia, o debió haberlo presentido en las ardientes miradas de los que pasaban, o debió tal vez haber leído la primera plana del único periódico que aún imprimían, que sólo contaba las muertes con sus respectivos crímenes. Nunca vio la noticia en ningún sitio, y así fue que no llegó a imaginarse lo que se encontraría en éste el fin de sus días.

Con la enorme confianza en su capacidad para matar, de vengar a su pueblo, de vengarse contra su propio pueblo, miraba, con ojos de insecto ponzoñoso, por los callejones. A ver a quién le daban una pela y si era necesario salvarlos, a quién mataban a puñaladas y si era necesario salvarlos, a quién abaleaban y si era necesario salvarlos, a quién violaban, a quién esto y a quién aquello. Él, testigo, juez y jurado, enjuiciaba, deliberaba al instante, y llevaba su ley hasta su cabalidad.

Se aproximaba por el horizonte bermejo el sol del ocaso. Contaba ya con dos muertos y seis heridos, en cuatro altercados separados. Estaba extenuado, pero un presentimiento de tener que ir hoy más allá de lo común y corriente, de lo cotidiano, seguía empujándolo hacia más lejos, a pie, con todas sus armas a cargas.

Llegó hasta un barrio que estaba como todos los demás barrios. Era un lugar con una calle de entrada que era la misma que la de salida, con sólo dos callejones que chequear. Lo hizo en seguida. Volviendo por donde mismo había venido, vio la puerta entreabierta de una casa cualquiera. Desde hacía muchos años, ni por un momento, ni por equivocación, nadie dejaba las puertas abiertas.

Viró en seco y se dirigió directa y violentamente, como únicamente sabía hacerlo, hacia la casa. No titubeó, le dio el trancazo a la puerta con una bota enchapada en acero, y con la pistola favorita, mugrienta de tierra y de sangre porque él nunca la limpiaba, que los instrumentos de la honra y de la venganza deben ser todos así, apuntó dentro de una oscuridad lúgubre y quejumbrosa. Había allí gente desparramada por el piso, arrastrándose cual caracoles o cual sanguijuelas gigantescas, dejando tras ellos un rastro húmedo y oscuro. Tropezaban unos cuerpos con los otros, alzaban las cabezas, que tambaleaban, queriendo ver, acaso buscando la salida al sol, y uno de ellos dirigió la cara hacia

Dranselmo Antonioni y él vio que por donde iban los ojos por allí había brotado sangre, y que estaba ya seca, y que todos los demás cuerpos que se deslizaban lentos por el piso habían sido lisiados a fuerza bruta. Se quedó, enmarcado en el travesaño, viéndolos estirarse y contraerse, que apenas respiraban, expirando. Pensó en qué hacer, en que las autoridades ya para nada contaban, en que la única autoridad verdadera que quedaba por todo aquello era él, nadie ni nada más que él y que el diablo en el infierno. Pensó en pegarles a todos un tiro, y por pensarlo no se percató de la figura que avanzaba hacia él desde la oscuridad, hasta que se le apareció por delante.

En la claridad que entraba por la puerta lo vio. Estaba embadurnado de sangre y adornado de vísceras humanas, y nada de ello, que era como un vestido porque por debajo de toda aquella porquería estaba desnudo, parecía ser proveniente de su propio cuerpo. La cara la tenía embarrada de excremento, como pintura de guerra, y por allí Dranselmo Antonioni le vio los ojos. Unos ojos de araña, de sabandija. Era un chamaquito que no pasaba de los diez años de edad.

Cuando se miraron, al instante se reconocieron. Dranselmo Antonioni, con la pistola alzada, disparó en seguida. Nunca llegó a darse cuenta de que el niño también tenía un arma en la mano y de que fue muy rápido con ella y que también dejó zafar un tiro.

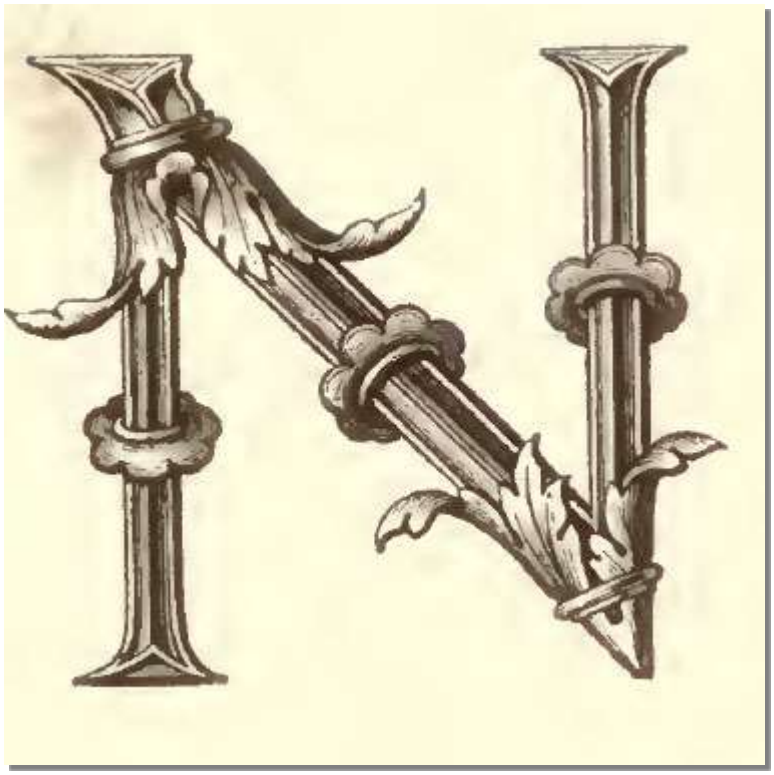
Dranselmo Antonioni cayó de espaldas a la última luz del día, sin tiempo ni para sorprenderse, y lo último que vio, fugazmente, incomprensible porque el mundo estaba borroso y patas arriba, fue el sol que se ponía.

Al niño, del disparo lo había regresado a la grotesca oscuridad de la que había salido.

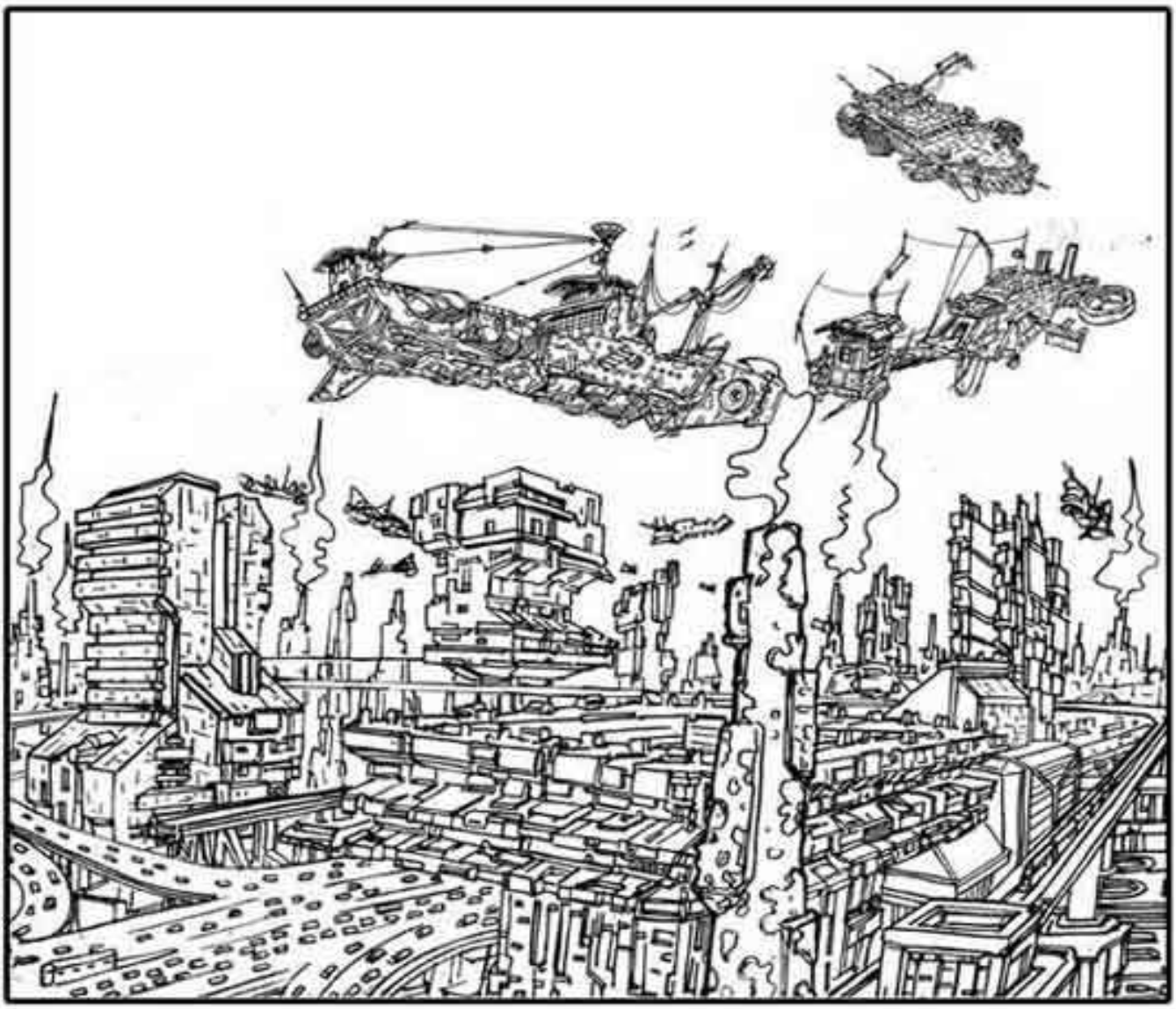
Los dos, a la misma vez, se habían volado los sesos. Se les desparramaban. En la calle. En el hogar desollado. Y el mundo, a pesar de esto, no cambiaba en aquel momento. Seguiría igual, igual y peor.

De boca en boca, en susurros y a gritos, a través de los medios difusivos, en la portada de aquel único periódico, seguía la noticia de que por toda la isla los niños se convertían en monstruos, de que ya no esperarían a la adultez, de que la evolución de

repente se imponía, de que convertiría al pueblo entero, y de una generación a la otra, en lo que en realidad siempre quiso ser...



# óveles



# Dalila[17]

Por Kianny N. Antigua (República Dominicana)

Ilustrado por Mario Cesar Carper (Argentina)/ S.t.

espués del divorcio, decidí mudarme lo más lejos posible de aquella ciudad ruidosa, tan llena de él. Tiré el índice sobre un mapa y, con mis pocos ahorros y las cosas que me cupieron en el baúl y en el asiento de atrás, me lancé a la carretera.

Los primeros días los pasé en un motel. Ya luego de conseguir trabajo en el restaurante, alquilé una habitación en la casa de la señora Paula. La habitación no era grande pero yo no necesitaba mucho; lo que importaba era que me permitiera el descanso y la soledad.

La señora Paula tenía un hijo jovencito, entrando en los veinte. Era un moreno alto y delgado, de cara redonda y simpática como tomate de comercial. Se llamaba Isidro pero, por algún motivo que desconozco, ella lo llamaba Isidoro de Guatemala. Cuando le pregunté a Isidro el porqué, me dijo «a estas alturas, ni ella sabe». La señora sufría de alzhéimer pero cuando me enteré ya era muy tarde, me había encariñado con él y con Dalila, mi flor.

[17] Publicado en el tragaluz del sótano (Artepoética Press, 2014).

*Cuscuta Prunus* es el nombre científico de mi Dalila, como la nombrara Isidro. Es una combinación de flor parásita y enredadera que nace en las piedras o, en el caso de Dalila, en la pared de mi habitación. Es de un rosado intenso, fucsia casi lumínico y con unos estambres largos y amarillos, los cuales usa para moverse y darme cariños. Tiene el tallo largo, fino y muy flexible, tanto que parece de goma, eso le da facilidad de movimiento.

Isidro, quien es escritor, dice que es una especie sumamente exótica, «una en un millón», me dice. Él fue quien impidió que yo, medio histérica, la arrancara de un tajo cuando la descubrí recién nacida, dando pasitos alrededor de ella misma, como una araña refulgente. Enseguida, la nombró y me explicó todo lo que debía saber acerca de ella y lo afortunada que yo era de tenerla. Entonces aprendí a quererla, pero es que cómo no con lo inteligente y dulce que es. Cuando llego a casa, no importa lo tarde que sea, sus estambres amarillos me esperan alegres, dispuestos a la caricia, al roce. Se trepa por la división que hay entre la rústica pared y el techo y allí, impaciente, brillante, espera hasta que yo entre a la habitación y prenda la luz, entonces corre hacia mí y de un salto la tengo en la cara; como hormiguitas alborotadas, me camina por el cuello y por el pelo. Isidro dice que puede que le guste el olor a comida que siempre traigo encima. Luego que me baño y me acuesto, apago la luz y ella se enrosca como espagueti en tenedor y duerme.

Esta había sido nuestra rutina por los últimos tres o cuatro meses pero ayer, cuando llegué, la encontré muy nerviosa, asustada. No me esperaba, lo que desde ya me inquietó mucho. Cuando entré a la habitación y prendí la luz, la encontré girando como loca alrededor de ella misma, como un reloj cuya única manecilla busca velocidad en el tiempo para desprenderse de sí misma. Luego, saltó sobre mí y, con los tentáculos temblorosos, se me enredó en el pelo y al rato se me envolvió en el cuello.

A pesar de la hora Isidro estaba despierto, escribiendo, me dijo. Después de ayudarme a desenvolverme a Dalila del cuello, me contó lo que había pasado.

—Mamá tuvo una crisis muy larga, muy intensa. Tuve que inyectarla y luego llevarla al médico.

Me dijo que, por largo rato, la señora Paula no lo reconocía y que eso la enfureció de un modo tal que, mientras encontró platos, vasos, ollas y cuchillos, se los lanzó todos al pobre Isidro. Acongojado, y con los ojos humedecidos, el muchacho me enseñó un parche que tenía en un brazo donde el filo de un cuchillo lo había alcanzado.

Entonces entendí por qué Dalila estaba tan asustada, la pobre no nació para lidiar con gritos y con convulsiones de esa índole.

Hablé un rato más con Isidro y luego se fue a terminar la historia que estaba escribiendo, algo acerca de una persona que se convierte en cucaracha o de una cucaracha que se cree persona, no entendí muy bien.

Ya en la cama y sintiendo a Dalila más calmada, apagué la luz y me puse a pensar en todo lo que estaba sucediendo. Yo no podía seguir exponiendo a Dalila a este tipo de escenas, eso sería inhumano. La enfermedad de la señora Paula no tenía cura y ahora iba a tener que ser atendida por una enfermera todo el día, según me dijo Isidro; es decir que en este hogar se acabó la privacidad. La solución era mudarme. Hacía tiempo que había ahorrado dinero suficiente para alquilarme un apartamento pero una de las cosas que me dijo Isidro fue que no intentara jamás transplantar a Dalila, eso la mataría. Pensé incluso

que a lo mejor podía cortar un buen pedazo de la vieja pared y llevarla conmigo a nuestro nuevo hogar.

Fue una noche problemática, somnolienta. De vez en cuando dormía y despertaba espantada y sintiendo una tropa de hormigas mordiéndome la sangre. En ocasiones pensé que era cosa de Dalila pero prendía la luz y la encontraba enroscadita como ciempiés, con aspecto triste de moriviví. Apagaba la luz y al rato lo mismo, sentía los tentaculitos succionándome los poros, enredándoseme en el pelo, besándome el vientre. Despertaba agitada y sudorosa. Así hubiese pasado la noche, espantándome y despertando si no hubiera sido porque en una de las tantas veces que encendí la luz y vi a Dalila, inmóvil, me miré el brazo que se extendía hacia la lámpara y lo encontré cubierto de manchas rosadas, como picaduras. Me tiré de la cama y, para mi espanto, así tenía también la cara, el cuello y el vientre.

Volví a mirar a Dalila, confundida con su inercia y mi condición, entonces despegué la cama de la pared y fue cuando me faltó respiración ante lo que allí vivía. Decenas de Dalilas habían nacido y éstas se habían multiplicado y crecido alrededor de la cama, en el piso, entre suelo y pared. Al verme, se extendieron y caminaron, algunas hacia la cama, otras hacia arriba, hacia Dalila, quien yacía petrificada; muchas otras vinieron hacia mí y supe, en ese instante, que no había escapatoria.

# Domadora de autos[18]

Por Rodolfo Báez (República Dominicana)

Ilustrado por Michael Chang (Hong Kong)/ S.t.

IX

i no hablo se pierde éste cuento- Y sería lamentable- Sé que muchos no lo creerán por mi intervención_ lo que pasa es que nadie más vio su desenlace- Ni siquiera sé por qué decidí romper mi silencio- ¿Por qué hablarle a ….. cuando no lo había hecho a nadie más? Quizás por su mente sin fronteras-….. no me autorizó a teorizar- Odia los principios largos_ pero debo ser justa_ sobre todo si mi juicio significará un antes y un después- Por eso_ cuando lo vi trabajar tanto en una historia que me pareció genial_ le pedí que me dejara ayudarle en la última parte- No soy buena narradora como ….. La crítica está de acuerdo que es uno de los mejores del país y posiblemente del mundo_ sin embargo aprendí mucho de los grandes maestros- Sobre todo el arte de no desesperarme en publicar- Así que aceptó mi propuesta_ claro está_ le hizo muchas correcciones_ es otra cosa que admiro de él- El lapicero rojo es el símbolo de su mano- Creo que lo que me facilitó acercármele fue el hecho de que prefiera escribir en oscuridad (aunque tuve predilección) pues muchos_ antes que él_ lo hacían- Con la escasa luz de la pantalla podía darle mi ojeadita a su imaginación- Su primer sentimiento (cuando le hablé) fue que era el espíritu de …._ después_ que los trasnoches lo estaban volviendo esquizofrénico- Luego de

[18] Para hacer menos complicada esta lectura debo aclara que las comas se representan con (_) y los puntos a parte y seguidos (-). **[Nota del Editor]**

explicarle_ no dudó que pudiera hablar- Esperaba esa reacción_ por eso es el elegido- Le pedí que cerrara por completo la computadora mientras le contaba_ pues El Primer Día me hizo fotofóbica-

Si otros hubieran recurrido a mí_ le confesé a …._ muchos de los llamados misterios no lo fueran- Poe_ Phillips_ Stephen King_ Stoker_ Shelley_ Rice_ Guy de Maupassant_ Bécquer_ Gógol y los considerados padres del género holgazanearían en una tumba como cualquier otro- Así que algo me deben- El problema es de estética_ pues como la mayoría son ingleses o franceses y encontraron ridículo identificar a un narrador o personaje con palabras como It o il- Ya sabes_ animal o cosa- Así clasifican todo lo que no anda completamente erguido- Con mi silencio los llevé de simple escritores a grandes maestros- ¡Mierda_ lo que puede hacer una boca callada! Y no aprenden de mí tantos babosos que se la privan en escritores o en poetas- Manganzones que desde que escriben un primer borrón se pelan el fuyín porque sus amigos lo lean- Idiotas- No saben que los únicos estúpidos que muestran a todos sus ensayos son los que se dicen escritores- Los novatos- En cambio_ los maestros nunca muestran una obra hasta que es lo suficientemente firme para resistir la tempestad de la crítica- ¿Has visto alguna vez a un arquitecto o ingeniero que le diga a sus colegas_ mira estoy trabajando un puentecito o un edificio chulísimo_ quiero que me diga qué te parece o si le puedo cambiar esto o aquello_ tal vez poner más cemento o varillas? Ridículo- ¿Verdad? Dicho esto_ a lo que vinimos-

De aquí en adelante iré con cuidado_ en esta generación donde todo se cuenta en un estado en Facebook o Twitter no se quiere leer nada serio- Por eso se pierden tantas cosas- Es más_ ya ni se cree en más fenómeno que la tecnología- Pero la verdad es que incidimos sobre todo-

Por ejemplo todavía mido los años_ y aunque en cierto modo he sido reemplazada_ aún decido hasta cuando trabajan los hombres y a qué hora se acuestan los animales- En fin_ lo que importa es que yo sé cómo mataron a …. es más_ incluso pasé con la muerte por su cuello- De ahí la idea de detallar ese último instante- Todos dormían esa noche_ o

no_ estaban trancados- Dos no lo hacían- Escuchaba sus corazones expandirse por mi piel oscura y sus pensamientos flagelarme con ansiedad-

El cuello_ como se piensa_ no fue cortado por un alambre per se- No- Fue una púa la que dio el tajo- La velocidad y la buena visión son dos enemigas que aún no logra conciliar la humanidad- Mucho menos si me interpongo yo- Así que …. venía por …- A eso se debían sus visitas insoportables al residencial_ pero no sabía qué .. estaba harto de aguantar trasnoches por sus impertinencias y se proponía terminarlas- El chasco fue tal que … también perdió el juicio- Por eso cuando la veía dormir debajo de algún puente insultaba a Frío para que la dejara en paz- Piadosos es lo mínimo que podemos ser-

Cuando el filo del primer alambre pasó por el cuello de …. una sensación como la comezón hincó su cerebro_ pero todo fue tan momentáneo que si quería no perder nada debía actuar de prisa- Al momento de alguien morir lo que ocurre es una oscuridad mental- Se desconectan las dendritas y puff_ acaba todo- Eso me convierte en el mejor testigo de la muerte- Es mentira que hayan mil maneras de morir- Sólo una_ oscuridad-

El impacto del metal sobre la carne desnuda hizo que la púa de cuatro puntas girara como una pelota en una recta de Pedro Martínez- Para que tengan una mejor idea de lo que digo imaginen que ven en cámara lenta la pelota desde que sale de la mano del pitcher hasta el cátcher. ¿El resultado? Una muerte terriblemente dolorosa- El desgarrón de cada vaso capilar y arteria iba en un crecendo tan agudo que tensó los nervios hasta que_ sin quererlo_ dieron el acelerón que le arrancó la cabeza-

VIII

La fricción del metal sobre el pavimento te aturde- …. es un piloto increíble- ¿Qué puede pasar? Atraviesas la puerta a la carrera- Si tuvieras tiempo te dieras cuenta que la minifalda negra se te sube casi a la cintura y que los pantis rojos aparecen en la madrugada como un cuarto menguante_ pero no te importa - A estas horas menos-

¿Qué rayo salió mal? Te preguntas y las palabras son atropelladas por el golpeteo de los tacos sobre el asfalto- No quieres imaginar nada triste- Sólo felicidad para ésta noche- Es su regalo- Se lo merece- Llevan dos semanas saliendo y ya es tan tuyo como el bronceado en que te embutió el trópico- El motor se apagó detrás del edificio principal- El estruendo fue terrible- primero el acelerón_ después el Clamp_ como si se hubiera desgranado contra la pared- Lo más extraño es el silencio- ¿Por qué no sale nadie a ver qué pasa?

En el Club de Conquistadores aprendiste a orientarte en la oscuridad_ así que sigues por la callecita como gata furtiva- Entre el millón de ideas que te arañan el cerebro late una maldición a los gobiernos corruptos por no resolver el problema de la luz- De repente una sensación extraña te sacude- Van unos trescientos metros de ansiedad cuando lo descubres_ aún te faltan otros treinta- Sin importarte los tacones comienzas a correr- Te abalanzas sobre el cuerpo desmayado en el motor- Intentas tomarlo por el cuello para reavivarlo- El líquido caliente empapa tus dedos_ pero aún estás muy exaltada para entenderlo- Cuando te acercas para sentir su respiración te despiertas como arrancada de una maldita pesadilla- Temblorosa comienzas a correr- Corre- Corre- Corre- Corre- Sientes que el motor y el cuerpo cobraron vida en ti- Tus pensamiento podrían despertar al mundo_ si viviera- Dios y los hombres se han extinguido- Desde ahora una melcocha banca se agita en tu cabeza dónde lo único que existe es la carretera-

Seis meses después la oscuridad de aquella noche continua- Aún sigues corriendo y no te importa si los que miran tu cabello despeinado_ los pechos al aire y tus pasos casi a la velocidad de los vehículos adivinan tu historia-

## VII

Miró los autos y le parecieron pequeñas volutas del átomo universal- No podía esperar más- Llevaba días contemplando su fuga- Era hora de detener su alocada precipitación-

En éxtasis anduvo la hache formada por el peatonal con las manos en la cabeza_ como si fuera la mejor manera de retener la ira- Cuando regresó al centro de la consonante el dedo índice de la mano derecha_ apoyado aun sobre la frente y señalando el cielo_ le saltó como impulsado por la descarga de la idea repentina- Acababa de entenderlo todo_ o más bien la nublazón de su mente ahora era menor- A la carrera agarró con ambas manos el fleco de sábana que llevaba enredado al cuello y al que denominaba capa (usado también en la noche para alejar a Frío)- Se paró encima del muro que coronaba la entrada al túnel y volvió a sentir la adrenalina traída por los carros de alguna ciudad escondida detrás de su vista-

Un Ferrari rojo le impactó lo ojos_ pero con la rapidez que iba_ apenas pudo apreciar la marca y el color-

El enjambre de luces y marcas_ vomitado por la autopista_ unido al ruido de las bocinas y los motores_ la excitó más- Ya no tenía dudas- Desde ese instante_ cuando se contara la historia dominicana_ tendría que hablarse de ella_ de la Domadora de autos_ la mujer que rompió la velocidad_ la que fuera de las pantallas de Hollywood hacía diabluras inimitables por la ficción-

Juntó los pies y fijó la vista en un Mercedes Benz negro que arrollaba la avenida con desesperación-

VI

Sabes que no habrá otra oportunidad- Si no lo haces ahora estás perdida- El Mercedes vuela hacia ti_ pero has salido con el tiempo exacto para caer sobre su capota_ aferrarte a sus puertas_ parártele delante y darle un tremendo susto al chofer que se cague en los pantalones- Con la energía de la caída debes tomar el auto y con su aceleración arrojarlo al carril izquierdo de la 27 de Febrero- Después de tu primera captura te lanzarás con ambas manos a retener la diarrea vehicular que deshidrata Santo Domingo de oeste a este- Cuando por fin logras deshacerte del Mercedes tu mano derecha choca con un

Honda Accord que al sentir el impacto de tu mano de hierro derrite el cristal de las luces delantera entre tus dedos- Algo te hace pensar en …. y en sus orgasmos_ pero es un escaso acceso_ como un acelerón- Ahora un Toyota Corolla se estrella contra tu mano izquierda y aun con la imagen de la eyaculación de …. en la cabeza echas el cuerpo hacia atrás y chocas ambos automóviles en un éxtasis eufórico que revienta los cristales- Más humedad entre las piernas_ pero ya no sabes si es …._ el líquido de frenos o la sangre adherida a tu traje magnético-

Desde allá arriba (eres la más alta de tu familia) los autos son diminutos_ por eso y por el traje hermético que te has construido les ganas- Son más veloces que tú_ pero aprendiste a domesticar su rabia- Le pondrás juicio_ eso basta- A partir de aquella noche has tenido la seguridad de que les falta cerebro y bajaste a ponérselo-

V

Quedaste irreconocible- A lo que la gente siguió llamando cadáver_ por no encontrarle otro nombre al paquetito de huesos dejado por el auto_ era asqueroso- Ninguno de los que miraban con horror el residuo y las manchas sobre el asfalto imaginaría tu historia-

IV

Te sigues preguntando ¿por qué la muerte cayó en el gancho de llevársela primero? ¿Por qué la vida la premió? ¿Por qué eran felices?

III

Eso pasó hace tanto que nadie más lo recuerda- La gente se mantiene tan ocupada_ llevando vidas ajenas_ que no se molesta en guardar memorias-

.. ¿Me oyes? tú eres el único a quien puede interesarle su historia_ pero estás terriblemente loco- ¿Oíste bien? ¡Desgraciadamente loco! De remate- Y nadie vendrá para sacarte de éste cuento y ponerte en uno mejor- Te mataré- Maldito perro_ pero primero me cansaré de arrastrarte por las páginas atestadas de locos- ¿Me escuchaste? Atestadas de locoooos- Para esto te creeeeé esquizofrénico_ no para mecánico ni piloto de fórmulauuuuno_ como pensabas_ cuando aun podías hacerlo- Ya nadie habla de lo que fuiste_ de …_ la otra noviecita que te dejó por irse a Bonao a ponerle tu perfume a un ovejo para que se lo meta_ ya no se cuentan tus diabluras de buenmocito de escuela- ¿Volverás a llevarte mi novia? Todos pensaron que me desquitaría la primera noche- También especulaste que era un cobarde_ que no defendería lo mío_ pero ya ves que no- A pesar del tiempo conservo el rencor- Para este día crecí_ estudié narrativa y armé tu historia- Desacreditarte me da más placer que un orgasmo_ que cuando se lo metía a la puta que me dejó por ti- El gozo al tender el alambre que te envió al infierno fue tan amplio como la misma eternidad- La miel es amarga ante el sabor de mi venganza-

II

Cuando me enteré del accidente no se lo dije a nadie_ pero me alegré- Fue mejor así- Por fin podría acabar tu historia- Morirte de deprisa nos hubiera hecho daño_ debías sufrir- Cuatro tiros no eran suficientes- Por otro lado_ debía deshacerme de ..- Era el único testigo- Fue un personaje genial- Si alguien más hubiera visto su gozo al medir la altura y tensar el alambre le hubiera dado una pena del carajo matarlo_ pero no deben haber protagonista_ es la vida- No me gustan las personas traicioneras_ aunque sean creadas para eso- Mierda pa´ Bosch. Tal vez haciéndolo el hazme reír de todos_ una bestia que duerme_ come y caga en la calle_ eso purgaría su culpa- ¿De qué le valieron los carros que desarmó? ¿le sirvió de algo ser el mejor en la carretera? ¿los años estudiando ingeniería mecánica? ¿tener el mejor pelo de la escuela? ¿los ajos verdes? ¿el carácter indomable de su padre? ¿ los celos por ….? Ahora está aquí regado sobre el papel como lo que siempre fue_ pura mierda- El que lea de prisa se perderá su historia_ yo no-

Mañana publicaré tu noticia en el periódico- Escribiré una nota sin importancia_ si viva no fuiste nadie, tampoco lo serás muerta-

"Fue atropellada ayer en el túnel de la 27 de Febrero con Máximo Gómez una enajenada mental que según testigos saltó desde el puente peatonal que atraviesa dichas avenidas"- Pero no te preocupes_ en casa escribiré la verdad- No para que nadie la lea- Sino porque me encanta imaginar las estupideces de tu cabeza drogada en el momento de la caída-

I

Es verdad que el ruido era del diablo- Que pasaste dos semanas sin dormir_ pero después el miedo fue peor- La angustia es el final-

Por un año no pensaste en otra cosa- Cada noche era lo mismo_ el tipo sin cabeza de la moto- Él fue quien te carcomió el cerebro- Debe ser su venganza-

Hoy vas a escapar de su condena_ así que te sientas y te decides a escribir- Ya no correrás- Entre alaridos_ tropezones y remordimientos vuelves a aquella noche- Aun más atrás_ cuando todo era confusión y ruidos-

Escuchas el motor llegar a la misma hora- Una y otra vez- Al otro día en el residencial no se habla de otra cosa-

¿"Quién diablo será el maldito que no deja dormir a nadie"?- ¿Por qué no se va a calentarle el culo a la madre que lo parió?" "Verdad que en éste país de mierda no hay ley"-

Es la última noche- Él no lo sabe- Miras el reloj y te imaginas el 1100 entrando a la callecita_ despacio- A esa hora para ti es rojo_ mañana te darás cuenta que no- Ves la máquina cuadrarse en el caminito_ como un toro en la arena- El torero se ajusta el casco y aprieta las guantillas_ las botas oscuras brillan sobre el estribo-

Escuchas el resoplido brutal- Vuelves a mirar el reloj e inicias el cronómetro- Uno_ dos_ tres y cuatro resoplidos de fuego_ después el ruido de la máquina sobre el pavimento y el anhelado silencio-

Nadie más que tú lo adivina- Conoces el final-

Al otro día te despierta el jolgorio de voces_ algunas escépticas otras asustadas- No pensaron que acabaría así- Pretendes estar sorprendido por el incidente- ¿qué pasó? Preguntas alarmado- Que a este se le acabó el relajo_ dice una doña_ porque sabe que no la tomarán por la autora- Desde la cama te imaginabas la escena_ pero tus ojos se desencajan al ver la cabeza (aun dentro del casco oscuro) sobre la funda que envuelve el cadáver- Entonces te das cuenta que todo en él es sombrío- También su final-

# Breve historia de un genocidio intergaláctico

Por Peter Barbes Domínguez (Puerto Rico/ República Dominicana)

Ilustrado por Yonson Carbonell —seud.— (República Dominicana)/ *Breve Historia de un genocidio intergaláctico*.

«*Nuestra aspiración es que un día, cuando los niños que están empezando hoy a hablar sean hombres viejos y de nosotros no quede si no una cruz sobre una tumba, esos viejos les digan a sus hijos que el compañero Juan vivió y murió pensando cada hora de cada día en servir a su pueblo*.»

Juan Bosch [1909-2001]

asi doscientos años atrás, *los visitantes* llegaron a República Dominicana. Cuando era niña, recuerdo haber visto las naves llegar, arrastrando tales penumbras consigo que oscurecieron toda la ciudad de Santo Domingo. Ahora tengo ciento sesenta y ocho años, apenas pudiendo recordar cuando éramos libres.

Los primeros años fueron bastante buenos. Conocimos a la nueva especie como *Exofelix*, procedentes del *Enano de draco* o *La ruta celeste* [como les llaman los de su raza], una galaxia que está aproximadamente a doscientos sesenta mil años luz de la *Tierra*. Nos enseñaron maravillas que no conocíamos: la fusión de reactores hiperenergéticos por el método de *Nezveddostam Branko*; la presurización

atmosférica en las cabinas; los choques electromagnéticos redirigidos a través de una bobina de proyección, útiles en la construcción de armamento avanzado; y más que nada, el viaje proyectado a través de los agujeros de gusano y como sintetizarlos con un mecanismo de *Hauen*.

En el 2233 se inauguró el primer puerto hiperespacial entre nuestra galaxia y la *Enano de draco*. El éxodo masivo de aquellos felinos hacia nuestra tierra incrementó exponencialmente. Seis meses después, ocurrió la primera muerte de un humano por parte de un *Exofelix*. La tensión política se fue acumulando hasta llegar a un punto de ebullición; más incidentes fueron reportándose hasta que a diario las muertes se acumulaban hacia los miles. El conflicto armado tomó forma en las calles. Un atentado terrorista por aquí, un ajusticiamiento por allá. Al poco tiempo nos atacaban grupos paramilitares, causando un caos sistemático que llevó al ejército a fragmentarse entre profelixtas y antifelixtas. *Villa Mella*, la *Zona Colonial*, *Santo Domingo Este*, todo fue destruido hasta que tomaron el *Distrito Nacional*. Eso fue hace ciento veinte años.

—Soria, necesito que proceses la entrada de dos felinos y un humano sin pasaporte. Están esperando en la cubierta dos —ordenó mi jefe entrando a la oficina tabla holográfica en mano, encriptando los registros de vuelo más recientes. Había puesto en espera una multi-conversación por la *Unired*.

—Disculpe señor Berang, pero conoce usted las reglas. La jerarquía hace mucho hincapié de quién entra a la *Tierra*. Tengo órdenes directas del primer ministro de negar la entrada al que carezca de los documentos apropiados —respondí tomando un sorbo de *energético-14*.

—Tengo un permiso de la cancillería. Está aprobado por migración. Lo transferiré en un momento a tu neurocapacitador.

Estableció una conexión desde su tabla y transfirió el archivo directamente a mi corteza cerebral.

—Todo parece estar al día —dije activando el comunicador—. ¿Carla? Necesito que hagas pasar a mi oficina los invitados que aguardan en cubierta.

—Ahora mismo, señora.

—No se preocupe —interrumpió Berang—, mi asistente se encargará de asistirlos personalmente. Se refería a mí, por supuesto.

La caminata hacia el área común de la cubierta dos fue larga y exhaustiva. Las ventanas tenían una hermosa vista hacia América y el Caribe. Siempre me pregunté si en los otros continentes sucedió lo mismo. Cuando el país pidió ayuda, nadie respondió al llamado. Tal vez ya habían sido dominados.

Un exofelix demacrado, con aspecto de haber sido torturado por días fue al único que pude encontrar, sentado en la recepción mientras murmuraba algo insistentemente entre dientes. Desde que me vio, no perdió tiempo en arrastrarme por el brazo de vuelta a mi oficina.

—¿Cuántos años tienes? ¿Treinta? ¿Cuarenta? —preguntó una vez la puerta corrediza se selló y quedamos solos en el cuarto.

—Un poco más. Estoy inscrita en el programa *Génesis* del gobierno.

—Sí. Soria Josefina Guzmán Mendoza, nacida en el 2219. Sé todo sobre ti. Necesitaba asegurarme de que eres quien dices y muy pocos conocen la información que acabas de proveerme. Es suficiente verificación. Mi nombre es Kimala, y estoy con los restauradores.

En ese momento mi lengua se paralizó. Había escuchado de los terroristas, pero nunca había visto uno. A pesar de trabajar en aduana, ninguno hasta este momento pudo infiltrarse. Esperé años por una oportunidad así, un chance de poder hacer algo por el resto de los dominicanos. Recuerdo hace muchas décadas haber visitado la playa *Cofresí*. Mis pies se hundían en la arena y el sudor rodaba cuesta abajo por mi frente. Trato de recordar quiénes estaban conmigo, pero no veo más que fantasmas. Debo regresar nuevamente allí. Haré lo que sea por volver.

Escuché con detenimiento su plan. Necesitaba penetrar la central de la estación para poder reconfigurar el enlace con la instalación de armamento iónico en la base aérea de San Isidro. El objetivo era programar los proyectores para lanzar una ráfaga de iones que desintegren por completo al puerto, sacrificando toda vida abordo, incluyéndonos. La lógica era darle tiempo a una flota que esperaba pacientemente cerca de Neptuno una oportunidad de ataque. Se trataba de más de veinte mil naves de *Exofelix* exiliados preparados para derrocar el gobierno del *Sol Solitario*, y la única manera de lograrlo era demorando la respuesta que los soles podían invocar si sus defensas utilizaban el agujero de gusano que este lugar puede crear. Sin embargo, observé algo en sus ojos, como si tuviera miedo de ser honesto. Vacilaba mientras iba explicando, y pensaba mucho si decir o no ciertas cosas.

—Si quieres mi ayuda, necesito toda la información —exigí determinada a obtener respuestas—. Quiero que me digas cuál es la situación en la isla. No he vuelto desde mi operación bajo *el programa.*

—Sí, por supuesto. No quería ser brutalmente sincero, pero veo que es imperativo si deseo convertirte a nuestra causa. Viéndolo entonces de esa manera, no me queda más remedio. La situación para ustedes es penosa. Para el 2270 se enviaron doscientos cincuenta mil dominicanos por el agujero hacia *Prima Idilia*. El resto, unos veinte mil, fueron despachados hacia las *prisiones de los agujeros negros*.

—¿Y el resto? —pregunté con impaciencia— ¿Siguen en el planeta?

—No.

—Imposible… ¡más de treinta millones de dominicanos vivían allí antes de que partiera!

—Fueron exterminados hace años. Tendrás que aceptar que los quisqueyanos están prácticamente extintos. Dependerá de ti que tengamos éxito, para que puedas vengar a los tuyos. Los restauradores no te negaremos ese derecho; nuestra meta es regresar a los

humanos a su mundo y restaurar la vida pacífica que llevaban con nosotros durante el primer contacto. Pero para ello, debemos morir. No existe otra alternativa.

—Juan Carlos, Andrea Espinal, Rafúl… Tito y Miguel —murmuré cabizbaja. Kimala me echaba una mirada como si yo hubiese perdido la cabeza, y decidió ignorar mi comentario. Naturalmente, estaba invocando los fragmentados recuerdos que poseía sobre otros como yo que con el tiempo desaparecieron igual que el resto—. ¿Qué quieres que haga?

—Deberás venir conmigo para que podamos sobrepasar los protocolos de seguridad con tus huellas dactilares y oculares.

—Eso no funcionará. Necesitas las huellas dactilares del supervisor, y solo nos visita cada dos o tres meses —expuse preocupada. Una sonrisa tosca de satisfacción fue estirándose entre las mejillas del restaurador. Dejó caer un paquete ensangrentado en el escritorio, instigándome a reaccionar con un alarido de terror.

—Ojos y brazos. Lo interceptamos camino al agujero desde el otro lado. Le aconsejé a mi interrogador que fuera suave con él, pero el maldito encarceló a dos de sus hijos en *Beleria*. Cuando me lo devolvió en pedazos no pude reprocharle nada. De todos modos, asumo que nos servirá igual; de no ser así también guardé copias holográficas cuando los miembros aún estaban frescos.

Fuera de la oficina nos esperaban dos de sus agentes. Uno de ellos era una mujer con algunos rastros de exofelix; un híbrido sin duda, y su cuerpo cubierto de tatuajes parecía contar una historia propia. Me pareció escuchar que llamaba *padre* a Kimala, pero no estoy completamente segura. Estaban completamente desarmados. ¿Cómo atravesaron las patrullas de seguridad sin usar la fuerza? Tampoco habían activado ninguna alarma. Planearon todo a la perfección; eso debía ser. Padre e hija estaban dispuestos a sacrificarse por esta causa, y no podían permitir ningún margen de error. El segundo se trataba de un dominicano que en el camino a la central, insistía en preguntarme cómo era Santo Domingo. Traté de explicarle que hace más de un siglo que lo abandoné, pero mis palabras se deslizaban fuera de sus oídos como débiles susurros. Admiré tanto su visión romántica

de algo que ni siquiera conoce, que le di la satisfacción de inventar lo que pude sobre la hermosura de la capital… ¿o era realmente bella? Tanto tiempo atrás…

Mi reflexión fue interrumpida por un sonido intermitente e inquietante. En ese momento fuimos descubiertos. De inmediato, un equipo de seguridad nos bloqueaba el camino. Qué fracaso. Tantas ideas de revolución y ni siquiera llegamos a la mitad del tramo. Pero Kimala disparó contra los guardias con una precisión mortal, matándolos al instante. Escondía *bioarma*, diseñada para ocultarse bajo la epidermis y retractarse fuera hacia la mano de usuario en cuestión de segundos; se trataba de buen modelo que expulsa balas criogénicas en total silencio, si no me fallan las dos semanas de entrenamiento que recibí en armamento avanzado antes de acoplar en este puerto. Realmente pensaron en todo.

Estuvimos abrumados en poco tiempo; como resultado, improvisamos un escape entrando a la sala de congelación, realizando un gran esfuerzo para sellar la puerta tras nosotros. Una granada de conmoción se coló en la sala durante el forcejeo, y aunque logramos dejar fuera a los exofelix, la explosión mató al dominicano y dejó inconsciente a Kimala y su hija. Fui la única que quedó despierta y pude ponerme en pie con un poco de esfuerzo. Nos encontrábamos en un lugar lleno de cámaras de animación suspendida. La mayoría de ellos eran fetos que estaban siendo preservados para su posterior estudio en la tierra madre de los exofelix. Tres de ellos estaban categorizados como dominicanos. «*La Niña, la Pinta y la Santa María*» dije en voz alta, hechizada por mi propio reflejo proyectado en el espeso vidrio de las cápsulas. Contaba con poco tiempo para reprogramarlas antes de que ellos despertaran. Tracé una ruta de escape hacia la República Dominicana en el navegador y configuré la expulsión de acuerdo a mis planes.

—*Ayanna*, ayúdame a ponerme en pie —exclamó Kimala mientras se tambaleaba intentando reincorporarse. Hizo lo posible por él, pero su pierna estaba devastada. Entre ambas lo arrastramos hasta al elevador. Mientras ascendíamos, la inteligencia artificial exigió mis huellas y las del supervisor. Burlamos la seguridad sin problemas; contamos con la suerte de que todavía nadie había desactivado mis permisos de entrada a los controles.

Tratamos de detener el sangrado, pero no valió para nada. Cuando estuvimos en el centro de operaciones, su rostro se tornaba pálido y las fuerzas lo desamparaban; ahora le atacaba una tos violenta que lo sacudía por completo. Emitía alaridos de dolor en lo que la hija le extraía pedazos de metal de la pierna.

—Debes obtener permisos de raíz —dijo colocando una tarjeta de memoria en mis manos—. Insértalo en la computadora principal; una vez estés en control, dirige los proyectores hacia las coordenadas de la estación.

Me tomó unos cuantos segundos realizar toda la operación. Cerrar el agujero de gusano no sería suficiente. Potencié al máximo los proyectores y conduje el rayo hacia el vórtice. Contaba con suficiente poder para viajar hasta *Enano de draco* y pulverizar toda la flota que aguardaba en el otro extremo, al igual que la mayoría de los planetas a su alrededor, incluyendo el hogar de los exofelix. La secuencia de disparo se prolongó una eternidad. Me alisté para abrir el agujero utilizando los comandos de la estación; la descarga fue severa. No se escuchó nada desde el espacio, naturalmente, pero la convulsión hizo oscilar la estación con bruscos movimientos que nos arrojaron al suelo.

—¿Qué hiciste? —vociferó *Ayanna* apuntándome con su arma.

—Lo correcto. Si vamos a reconstruir el país, debe ser sin los exofelix. La única manera de asegurar que no haya otra revuelta y los dominicanos no seamos desterrados de nuevo.

—¡Tu ansia por venganza exterminó a los humanos restantes del otro lado del agujero!

—Un sacrificio calculado y necesario. Será como el descubrimiento del nuevo mundo, y restauraremos en verdad la gloria del país y de la raza humana.

Aproveché su distracción para forcejear con ella e intentar despojarla del arma. Rodamos por el suelo, y la pistola se deslizó debajo de una de las consolas fuera de nuestro alcance. Intercambiamos algunos golpes, pero no podía enfrentarme a ella; tenía una fuerza descomunal y en poco tiempo me estaba matando a puños y patadas. Me levantó y

pudo lanzarme con un vigor sobrehumano contra la mesa de mandos. Justo cuando se precipitaba hacia mí, pude tomar el arma de la ranura y dispararle en el torso cuatro veces antes de que tocara el suelo. El cargador cayó con un estridente sonido metálico, rebotando dos o tres veces despechando humo.

Kimala parecía perdido en un delirio soñoliento. Creo que pudo verme a los ojos una última vez antes de expirar. Inspeccioné mi torso y descubrí que tenía algunas costillas rotas. Aún podía lograrlo. Sólo quedaban exofelix en la tierra, y si quería devolverles el genocidio que nos impusieron, la respuesta era no perdonar a nadie. Gracias al acceso remoto y las claves del supervisor, un almirante de la flota exofelix, pude modificar una señal de activación hacia los reguladores de gases en la atmósfera. Los felinos necesitaban un 5% de argón en la atmosfera para sostenerse. La modificaron desde que tomaron el poder para habitar la tierra sin respiradores artificiales. Ahora bajo mi control, utilicé los registros antiguos para normalizar la atmósfera, llevando los niveles del gas a 9.340 ppmv, alrededor de 0.9% según mis cálculos.

Lo siguiente fue alistar la cápsula de escape, luego de iniciar el fallo masivo del soporte de vida en la estación y la sobrecarga de los generadores. Contaba con cinco minutos para dejar la estación antes de que se acabara el oxígeno al igual que la energía. Me introduje en el cilindro y aseguré los cinturones. Encendí el sistema operativo y me preparaba a dar los toques finales cuando noté que las abrazaderas que mantenían en sitio la vaina de escape no respondían a los comandos. Se habían atascado. Tuve que ejecutar una expulsión de emergencia bajo el riesgo de que rasgaran la corteza. El chirrido producto del roce fue bestial, pero en poco tiempo llegué al espacio en camino a la *Tierra*. Tres recamaras de animación suspendida viajaban junto conmigo. Perdí el conocimiento al ingresar a la atmósfera.

Al abrirse la compuerta, pude salir al aire libre. *La Níña, La Pinta y La Santa María* yacían semienterradas en la arena justo detrás del lugar donde aterricé. Me encontraba en medio de una playa, probablemente en algún lugar de *Samaná*. Era la primera vez en mucho tiempo que escuchaba las olas chocar con la costa. El viento salado agitaba mis

cabellos. Las heridas no me permitían caminar en pie, pero si me arrastraba de seguro llegaría al mar.

# La Mano encantada

Por Eugenio Camacho (República Dominicana)

Ilustrado por Laura Rodríguez Abreu (Puerto Rico)/ S.t.

n el sueño remoto de su existencia, la mujer le cortó una mano a un hombre que trató de penetrar por la ventana. Si no hubiese sido por el hilillo de sangre que rodaba desde la habitación hasta el pasillo que va hacia la sala, nadie se había percatado. Ni siquiera el propio teniente de la policía cuando este fue a realizar las averiguaciones de lugar. El hilillo de la sangre corrió primero por la pendiente hacia los trastos del comedor y luego salió hacia la calle. Sin embargo fue al levantarse por la mañana, antes de beberse el café, cuando se recordó que durante el sueño, le había cortado una mano a un hombre que trataba de zafar la ventana de su habitación. Intrigada, salió a la calle y recorrió el mismo trillo de la sangre pero en forma contraria. Así fue como encontró la mano, colgada en un gancho de la cortina roja. Era una mano robusta, con los dedos gordos y arrugados y las uñas largas y engarfiadas. Se les veían las callosidades en la parte plana y en la punta de los dedos. A pesar de que la habían cortado en la madrugada, aún en horas de la tarde seguía viva y tenía conciencia de su existencia.

Ante la expectativa de los curiosos del lugar la mano movió el dedo pulgar, luego comenzó a moverse el índice y a los pocos minutos los demás dedos, quisieron estirarse de manera normal, como si estuvieran cansados, esto provocó que la gente retrocediera un poco. Era extraño, que una mano que había sido cortada en la madrugada todavía en horas de la noche estuviera tan vivaz. He sabido de gente a las que le han cortado dedos y otras

partes del cuerpo, en peleas callejeras y a los pocos minutos sus órganos, han muerto porque su corta vida no les ha permitido llegar al médico. De manera que el propio teniente de investigaciones ordenó que de acuerdo con la tipificación del caso, la mano fuera resguardada en un frasco de cristal con alcohol, hasta que apareciera el dueño. Como la mano representaba el elemento material del caso, así obligaba a los hombres bajo su mando a que apresuraran las investigaciones y con esto se abrigaba la esperanza de que el hombre no quedara manco

El hecho se convirtió en un fenómeno de masas, curiosos y periodistas cebaron su morbosidad en este bicho malvado. Viajeros de todo el mundo movilizaron caravanas grandiosas y se realizaron amplios reportajes en los periódicos del pueblo sobre el extraño caso de una mano encantada que; habiendo sido despojada violentamente de su antebrazo sigue moviendo sus dedos en el interior de un frasco de cristal y de manera normal. Ahora la mujer se pasaba los días llorando, se sentía culpable de haber cometido un hecho lamentable y sin precedente. El hombre se había quedado manco por su culpa. Era posible que esas manos callosas fueran el medio de vida idóneo para él ganarse el sustento de sus hijos. Pero más arrepentida estaba aún, porque su casa, de buenas a primera se había convertido en un museo improvisado, al que venían gentes, de lugares lejanos y remotos a observar el fenómeno. Por el momento, todo obedecía a explicaciones especulativas, que nada tenían que ver con el rigor de la ciencia. Algunos atribuían el hecho a conexiones con el diablo, otros a condiciones paranormales o extraterrestres. Se realizaron grandes juntas de médico y ninguna tesis llegó a conclusiones satisfactorias, ya que no había manera científica de explicar por qué la mano seguía viva. Sin embargo, la mano no era de goma como en las grandes películas de terror, porque a simple vista se veía natural, sino que se movía con cierta agilidad dentro del frasco. Sus giros eran tan violentos que cruzaba de un lugar a otro sin que uno la percibiera. Una vez se movió tan fuerte que llegó, incluso a tumbar el frasco y el líquido se desparramó hacia afuera. Aquélla mañana, la multitud que fue a verla dejó el lugar vacío del espanto que le causó el prodigioso bicho, cuyos dedos caminaban por encima de una meseta.

Al otro día, cuando la policía se enteró de lo sucedido, dio órdenes precisas para que reforzaran la vigilancia, porque esa mano, —según él— representaba el cuerpo del delito. De manera que la mano seguía ahora con más seguridad que antes. A pesar de eso, una noche la mano se escapó, y los cuerpos castrenses ordenaron encarcelar al jefe de policía del lugar y a la dueña de la casa, hasta que la mano apareciera. Transcurrieron varios meses y la bendita mano no aparecía, de manera que los implicados seguían cumpliendo condena, hasta tanto se resolvía el caso.

Los últimos datos de la investigación habían cambiado el tono del asunto. Todas las flechas estaban dirigidas hacia el objetivo de la mano. Mientras que en los días anteriores había que investigar a quién pertenecía, ahora la cosa es diferente; hay que saber hacia dónde se fue. Qué rumbo había tomado, cuáles conexiones tiene con el exterior, cuáles fuerzas la mueven hacia afuera. Cuál es el destino de una mano misteriosa, que habiendo sido cortada provoca tantas conjeturas, y tanto asombro universal. La historia de la mano encantad ha corrido como pólvora, y de manera vertiginosa. Como tenían a la mujer presa, los dueños de la casa decidieron buscar ayuda con brujos y chamanes de distintos lugares y por más rituales que practicaron, todos fueron inútiles. La mano seguía desaparecida y la señora que la había cortado, junto al jefe de policía, ambos estaban presos. ¿Y acaso esto no era una paradoja? Señaló muy atinada mete uno de los vecinos, en vez de estar presa porque ella cortó, de un tajo aquélla mano misteriosa ahora la tienen presa porque desapareció el bicho.

Cierto día, y sin que nadie estuviera esperando, la mano de repente apareció. Imagínese usted la batahola que se armó cuando la noticia "corrió por el pueblo como reguero de pólvora y se convirtió en la comidilla de todos". Así que decidieron llevarla ante la justicia. Como ella en este momento representaba el cuerpo del delito, la única manera de poner las cosas en claro era que esta compareciera ante un juez. Sin embargo, por lo que se ve, esta también era una especie de ilegalidad. No podía ser sometida a juicio si un expediente acusatorio que la incriminara, en este caso la mano es la víctima, ella había sido la despojada de su cuerpo original, por lo tanto no había que instrumentar expediente

alguno. Haciendo una reflexión un tanto jurídica el juez expuso que eso era cierto, pero que si la llevaban ante la ley, esa podía ser una posibilidad para averiguar a quién pertenecía. Podría pensarse además que aquel hombre dueño de esta mano prodigiosa, ha cometido grandes crímenes ante la humanidad y se ha convertido en un prófugo de la justicia o existe la posibilidad de que en algún país haya sido juzgado y esté sub-judice. Si acaso debemos juzgarlo es en contumacia, por su ausencia. Después de ser una víctima, por haber sido despojada de su lugar originario, ahora, es el elemento acusatorio de la causa. Durante todo este tiempo los investigadores del gobierno han hecho requisamientos diversos en salidas y entradas de carreteras, callejones, caminos vecinales y eventos masivos, y se han publicado en las redes sociales, fotografías en diferentes planos de la mano y se han ofrecido recompensas a personas que la asemeje con algún ladrón o delincuente. Hasta se han llegado a publicar videos de la mano caminando en cuatro dedos, encima de una mesa, y ni la más fina ciencia ha podido establecer comparaciones satisfactorias con resultados positivos, lo que ha colocado a este bicho en un lugar un tanto privilegiado. Ahora nadie se atreve a agredirla porque de repente la mano puede morir, y esto puede suponer una seria incapacidad de la ciencia forense y la criminalística. Algunos temen que si la agreden sería capaz de provocar desastres naturales. Otros van más allá y piensan que hasta podría cambiar el curso de la historia médica en tanto que no se han verificado casos semejantes. Se han tomado además todas las huellas digitales de la mano y se han comparado con bancos de datos de manos criminales y ninguno de estos datos ha coincidido. Los investigadores por su parte han tratado de averiguar el estado físico de los criminales más buscados y que tienen fichas en los archivos policiales, pero ninguno es manco, todos tienen sus manos en perfectas condiciones.

En los reportes de enfermería de los días sucesivos al hecho no hubo paciente interno por causa de una mano cortada. La búsqueda fue intensa, se rastrearon todas las habitaciones de los hospitales públicos, y privados. Como la búsqueda fue inútil, decidieron investigar el anillo de diamantes que tenía la mano en el dedo anular, cuya identificación respondía un nombre estampado a rayas que apenas se leía. Gera de Nerval decía aquél nombre borroso. Cuando fueron a investigar, en los archivos de la Oficialía

Civil, este era inexistente. Investigaron también las actas matrimoniales de la parroquia del pueblo y tampoco se había casado mujer alguna con ese nombre. Después a los muchos años encontraron en los archivos de otro pueblo cercano, el famoso nombre de Gera de Nerval, que había sido una condesa del siglo XVlll, y que al parecer se había casado con el dueño de la mano, sin embargo esta insinuación pertenecía también al reino de la duda, toda vez que no tenía sustentación, porque el señor con el que se había casado esta mujer, también había muerto hace ya mucho tiempo.

En la sala de audiencia, el público tronó de pavor porque la mano habló:

—Qué culpa puede tener una mano, después de haber sido despojada del tronco de un brazo? A caso soy el cuerpo del delito. Yo no soy el objeto del robo, en caso de que mi dueño hubiera querido robar, cosa que dudo, simplemente serví como medio para el objetivo que él tenía planeado.

—El problema es que sin usted haber sido culpable de nada, ha metido a la justicia y a los cuerpos investigativos en un gran rollo. —Dijo el juez.

—¿Cómo así? Preguntó la mano.

—Sencillo….. Ha puesto usted en tela de juicio la capacidad de nuestros investigadores. A tantos meses de haber ocurrido, todavía no damos con el culpable. Eso significa que hemos hecho el ridículo internacional

—¿Yo no veo razón. Por qué el ridículo?

—Bueno, hay una anciana presa por culpa de su desaparición y están acusando al Estado de violación a los derechos humanos. Sabemos que recibe órdenes precisas. Alguien le ordena que actúe de esta manera. Su capacidad intelectual no le permite reflexión alguna. Tanto así que en estos momentos no es usted la que habla, es una fuerza extraña que la guía.

Cuando el juez terminó de decir estas palabras, la mano hizo un gesto como de cansancio y estiró los dedos y el público volvió a llenarse de pavor.

—Lo que yo no entiendo señor juez, es por qué me han detenido durante tantos meses, recibiendo toda clase de vejámenes y en condiciones inadecuadas para mi edad, cuando yo sólo actué para defenderme de algo. Qué clase de condena le pueden infligir a una mujer de ochenta años —Dijo muy atinadamente la mujer— ¿Qué otra cosa pudiera pretender este monstruo que no fuera meterse a mi casa para robarme?

—El caso es señora, que la justicia y el gobierno no pueden pasar por ignorante, ante tan especial asomo de culpa. Ahora a nosotros nos interesa saber en cuantos lugares y en cuantos tesoros ha podido penetrar el dueño de esta mano para enriquecerse de manera ilícita a costa de los ignorantes de este pueblo. Por eso, estas cosas debemos de dilucidarlas ahora para buscarle el verdadero fondo. Sepa usted que las manos son el origen de muchos males y atropellos que nunca se llegan a saber y para nosotros esta es una oportunidad de oro.

—En estos días hemos encontrado un anillo de diamantes en el dedo anular de la mano. Talvez usted nos puede ayudarnos. Tiene un nombre estampado que dice: Gera de Nerval. —Intervino el fiscal

—Pero si yo soy Gera Nerval. —Dijo la anciana en un tono admirativo—

El juez abrió los ojos y puso cara de asombro. El público de la audiencia comenzó a cuchichear, armando un escándalo, lo que obligó al juez a dar un campanazo.

—Entonces usted es cómplice. Reflexionó el juez.

—¿Cómplice de quién?

—Del dueño de la mano. A caso usted no es Gera de Nerval, me dijo?

—Sí, y qué? —Espetó la anciana en un tono desafiante.

—Sencillo, que ahora a usted le cabe cárcel y vamos fusilar en la plaza pública a este bicho endemoniado por tratar de burlar a la justicia.

—Señor juez, mi mamá también se llamaba Gera de Nerval, y cuando se casaron mi papá le regaló un anillo muy lujoso que siempre lo llevaba puesto. Así es que no puede ser mío porque yo nunca me he casado.

—Ahh, —advirtió el juez. Ahora entiendo. —Prosiga—

—Mi padre era un Conde francés, que perteneció a la realeza. Era un hombre muy rico, dueño de grandes terrenos y de barcos gigantescos. Él tenía negocios de intercambios marítimos por todo el mundo específicamente por las aguas del mar Egeo y murió en el medio de una tormenta cuando su barco naufragó. Una de las cosas que mi madre más atesoraba era ese anillo de bodas. Yo, apenas tenía seis años pero me acuerdo perfectamente.

—Prosiga—

Mi madre era una mujer extremadamente bonita, así que como quedó viuda siendo muy joven, se volvió a casar con un hombre de mala reputación. Para esa época había robado bancos. Y había estado preso por otros delitos no menos escandalosos como el de tráfico con seres humanos en los países escandinavos. Hacía negocios sucios, no pagaba impuestos y siempre se dedicaba a actividades reñidas con la ley. De joven, había experimentado en la práctica lo que significaba cada persecución, pero al parecer, eso no le preocupaba.

—Señor juez, yo sólo he actuado por mandato y bajo amenaza. Mi dueño anda vagando por el mundo como un alma en pena. —Dijo la mano en tono sumiso

__Cállese!, le ordenó el juez enérgicamente.

__Puede ser, señor juez, —quiso aclarar la anciana.

—No la entiendo. —Dijo el juez—

—Pues yo les voy a contar. Mire, cuando yo apenas tenía quince años el hombre con el que se casó mi madre era ya un hombre mayor, diríamos que tenía unos cincuenta. Una noche trató de violarme, estábamos solos en la cocina de la casa. Él siempre me decía que estaba enamorado de mí pero yo nunca le hice caso. Durante el forcejeo yo no

encontraba qué hacer, estaba desesperada y a lo que atiné fue a coger un machete que estaba en un rincón. Le propiné un golpe a ciegas, pero cuando abrí los ojos, vi la mano de él rodando en el suelo. El machete era de una hoja de cierra muy afilada que usaba mi abuela materna para podar los árboles del jardines del patio y lo cortó de un solo tajo, el golpe fue tan duro que el hombre se desmayó y estuvo dormido hasta tarde en la noche. Era domingo y mi madre estaba en un culto de la congregación Mita Aarón. Cuando regresó, naturalmente no me encontró en la casa, pero después le aclaré lo sucedido. Después se encerraron en el cuarto y arreglaron la situación como pudieron, no dieron parte a la policía porque yo era menor de edad y él podía caer preso. Después de ese bochornoso hecho mi madre se desencantó de ese hombre que también amenazaba con matarla. Al poco tiempo apareció ahorcado en la cárcel, porque tenía cuentas pendientes con la justicia y por esos días estaba sub-judice, pero antes del hecho dejó una carta escrita en la que explicaba que su decisión había sido por motivos pasionales, que lo había hecho por mi culpa, porque nunca lo quise.

—Pues, es de suponer que esta mano está actuando movida por la venganza. —Dijo el juez

—¿Y quién puede creer semejante situación? —Aclaró la anciana— De eso hace exactamente sesenta y cinco años.

—No se preocupe señora que los espíritus actúan hasta con quinientos años de diferencia.

Y diciendo esto la mano se despareció de la audiencia como por arte de magia sin que nadie se diera cuenta.

—¿Y cómo se llamaba ese hombro? —Preguntó el juez

—¡Rodrigo..! —Dijo la anciana

La audiencia había terminado de noche, por consecuencia de las largas intervenciones de los abogados contrarios y de la defensa. Pero a esa hora el juez quiso

investigar en la tumba del difunto para no traicionar su intuición. Ya durante el desarrollo de la audiencia y de acuerdo con su experiencia de hombre sabio, su señoría había comprobado más que suficiente que esto ya no se trataba de asuntos relacionados con la ciencia del derecho y la criminología, sino que existía en todo esto la intervención de fuerzas del más allá, pero que en la boca de un intelectual del derecho como él, estas cosas no tenían cabida, de manera que cuando decidieron abrir la tumba ya era bastante tarde en la noche. A pesar de que aquí hay miles de muertos enterrados este es un cementerio abandonado, la mayoría de las lápidas están cubiertas de ramas y enredaderas. Las letras estaban un tanto difusas, pero el zacateca ayudó con la luz de una linterna y se vio el nombre en la parte frontal: "Rodrigo Diuston O'Hara, 1831-1875". Fueron cavando trabajosamente hasta muy hondo en la tierra, de manera que el hoyo cubría varios metros de profundidad y el féretro no aparecía. En un momento apareció algo hueco y era un saco con instrumentos de labranza, debajo de ese saco había también un patíbulo y otras herramientas para la labor de matar y efectivamente, entre un mar de gusanos y agua, había allí un esqueleto con la mano izquierda cortada de la que apenas se veían los huesos. El anillo de diamantes que tenía la mano brilló con la luz de la luna. En ese momento el juez sintió una emoción desigual y quiso él mismo comprobar y lo ayudaron a bajaron hacia el hoyo que ya estaba bastante profundo, cuando este fue a tomar el anillo, la tierra floja se derramó hacia abajo y quedaron sepultados ante el asombro de todos nosotros. En aquel momento el reloj del pueblo dio la una de la madrugada y la luna se vio en el horizonte como nunca antes.

# El Portal

Por Luis Francisco Cintrón (Puerto Rico)

Ilustrado por Janina Costa Cordero (Puerto Rico)/ El portal

e vuelta en el portal me di cuenta de las huellas fluorescentes. Sabía que querían matarme. ¿Por qué no me mataron cuando estuvieron aquí? No lo sé, perdieron el tiempo, aunque sé que volverán. La evidencia que obtuve en el futuro no podía estar en dos cabezas. Traer enfermedades terminales en conjunto con sus curas siempre ha sido un negocio lucrativo para mi laboratorio.

Durante el invierno, mientras las familias celebraban las fiestas o abandonaban la ciudad para visitar familiares en el exterior, la gente adinerada aprovechaba la sequía sanguínea para gastar grandes recursos en El Portal. Allí buscaban transportarse al futuro, calmaban su presente, encontraban el propósito de sus vidas o planificaban sus inversiones.

Llovía, el laberinto del que la adoquinada calle alardeaba durante días claros estaba cubierto por el gris cristalizado del diluvio universal. Eran tiempos complicados, las masas, especialmente la gente de pocos recursos, corrían despavoridas intentando captar la atención de las autoridades de sanidad estatal o la de la prensa que mucho contaba pero nada informaba. Mujeres desnudas, con ojeras de espíritus succionados, se desplazaban por lugares con colchones en las espaldas luego de ser víctima de violación por el destripador de sistemas inmunológicos. Hombres y mujeres, en muchos casos, con niños en sus brazos, evadían las vallas que marginaban a cierta parte de la población, vigiladas por el ejército de gigantes blancos y rostros cubiertos que roseaban agua bendita. Estos

hombres y mujeres se desprendían del sostén de los astros y eran abrasiones del suelo mientras esparcían sus intestinos por doquier. Grandes humaredas, provenientes de enormes hoyos negros, eran la cosecha de los tiempos.

Cada viernes visitaba el cubículo de la misma mujer, la llamaba C. Ella era mi confidente, mi comunicadora y cuidadora. C me acostaba en una plancha de metal, conectaba un sinnúmero de cables al cerebro y engendraba la sinapsis. Me daba diez miligramos de una sustancia amarga y naranja para ser digerida y me inyectaba un líquido transparente, como anestesia, por debajo de la copa del árbol que tenía tatuado en el antebrazo derecho. Con los ojos casi sumisos a la claridad de una oscuridad ecualizada, observaba cómo introducía un cable blanco con tiras de cobre y éxodos galvanizados, extraídos de una bolsa plástica. Unos minutos más tarde, con un alejamiento sedentario, sentía cómo el cuerpo se me iluminaba, mi cerebro activaba su piel expandida y el dragón me transportaba sobre sus alas. Pronto regresaría con un futuro hurtado.

Cincuenta años más tarde, la gente en medio de la calle Trinitaria chocaba con las paredes de las residencias y negocios mientras flotaba desmayada; parecían almas levitando como si la muerte las hubiera parido. Prefería caminar a usar aquellas largas planchas parecidas a esquís de tamaño de calzado individual. Decían que los gases que soltaban esas flotadoras sustituían el oxígeno y se refugiaba en los pulmones. Al llegar a una puerta dorada, con cerrojos hechos con dientes de león curados bajo cuarenta lunas otoñales, escuché mi nombre y al abrirse la puerta, me subí sobre una alfombra roja, crucé el largo salón desolado hasta llegar a una mesa con un quinqué como el que usaba mi abuelo en su casa de campo, que perdía su iluminación. En la mesa, debajo del quinqué, había un compartimiento. Empujé la pequeña puerta y encontré un sobre que contenía varias fórmulas matemáticas, símbolos de elementos químicos y de trasluz, una mantaraya rosada. Cerré el sobre y lo introduje en el bolsillo frontal de mi camisa y el quinqué enmudeció. Casi a ciegas dejé dentro del compartimiento la tarjeta con la codificación del laboratorio. Salí del lugar, preferí tomar una merienda antes de dirigirme al lugar del portal, no era habitual que lo hiciera, pero mi estómago pedía ayuda. Entré a un café que estaba a una

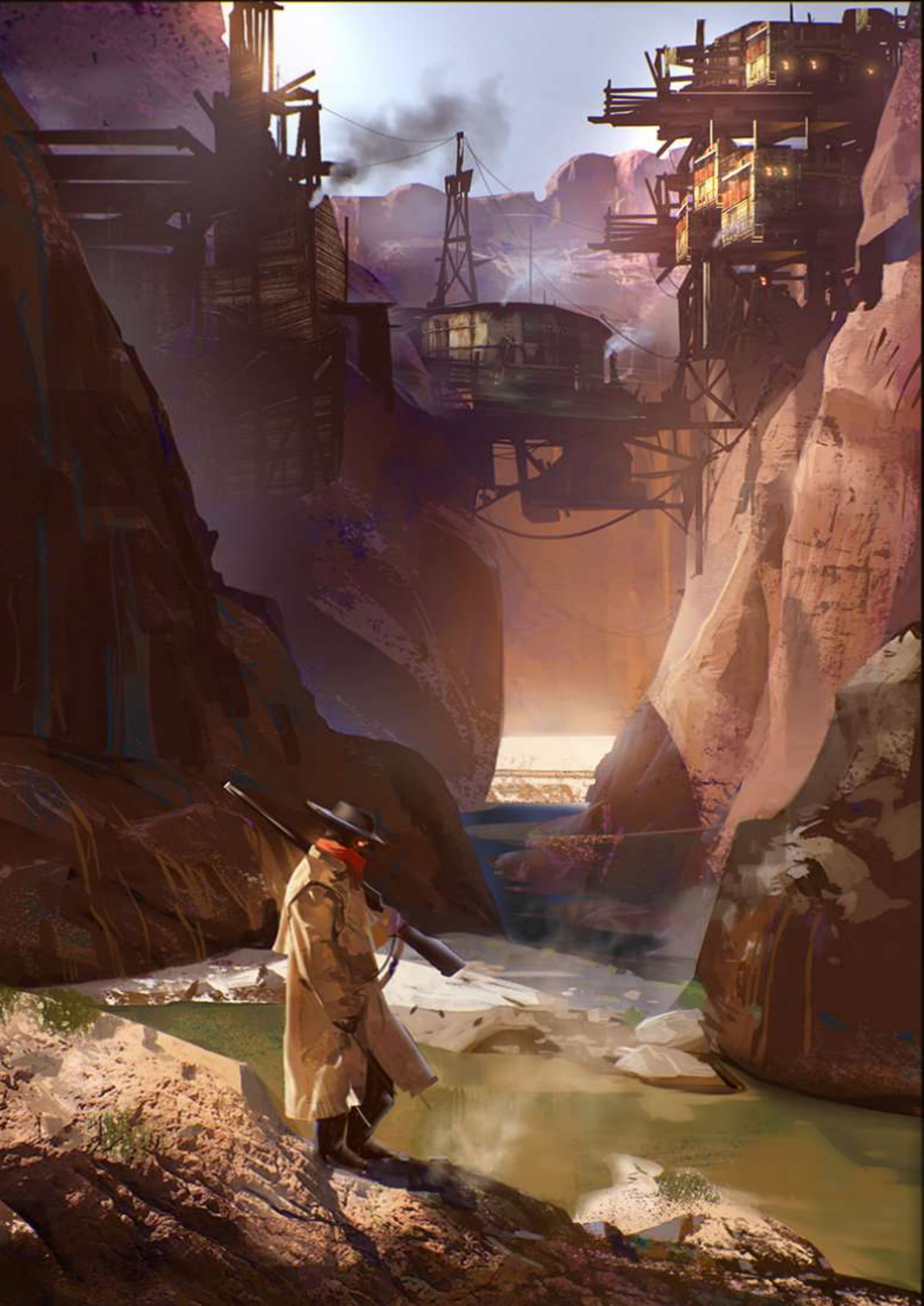
cuadra del lugar de extracción y pedí un expreso, sin azúcar, crema o miel. Luego del tercer sorbo, sentí un inmenso calentón que me hizo recordar los reflujos de cuando comía salsas rojas o cebollas. Comencé a sudar, el corazón perdía el paso de su danza. Cuando miré para el lado vi cómo dos hombres se deleitaban con mi lento debilitamiento; la tinta del árbol del antebrazo soltaba sus hojas. De mi bolsillo derecho del pantalón saqué la diminuta jeringuilla que C me había colocado para casos similares, sabíamos que igual que buscábamos, nos encontrarían. Me la inyecté en el pecho y pasados dos minutos, aunque mareado, había recuperado algo de la fuerza en mis piernas y salí por la ruta de emergencia prevista por mí y por C. Atontado, giré mi cabeza y los dos hombres se hacían espacio entre los desmayados que continuaban su vals dormido. Logré perderlos de vista al entrar a un edificio medio abandonado que estaba a dos cuadras del lugar del portal, el mareo se hacía dueño de mis latidos; caí dormido.

Un zumbido se acercaba aunque lo sentía lejos. Pájaros negros, que igual cantaban de día que de noche, iban poco a poco aglomerándose sobre las ventanas de madera. Picaban la malla metálica que me protegía de los virus externos y cada vez entonaban notas más altas. Avisaban la aproximación del zumbido y de súbito, todas volaron a la vez. Brinqué como si me hubiera tirado encima un cubo con agua helada. Soñoliento, corrí lejos de las voces que hacían eco entre las paredes de cuartos contiguos. Bajé unas escaleras en la parte trasera del edificio y, al cruzar por un hueco en la verja de cemento que estaba a mi paso, vi la puerta roja del portal a tan solo veinte metros.

Sentía que cada paso frontal eran tres en reversa, el viento simulaba la cercanía de hélices que me harían volar a lugares no deseados. Un silbido dentro de mi cabeza me alertaba de la existencia de ciertas presencias. Largos cuerpos púrpuras se lanzaban desde las ruinas de unos apartamentos que habían perdido su rostro, las sonrisas eran oraciones oscuras que sembraban sus cielos. Sus facciones eran diminutas, de ojos horizontales, raza amarillenta con excesiva palidez. Parecían roedores con hambruna y rabia. El bolsillo frontal de mi camisa comenzaba a vibrar, sentí unas uñas hundirse como si no quisieran abandonar mi pecho. Mis ojos se petrificaron en la puerta roja, el avance era inexistente

mientras me miraban cada vez más de cerca. Noté que portaban pequeñas jeringas con cabos rojos en cada una de sus manos. Sus brazos eran brillosos como si fueran de cuero impermeable. De momento me detuve y metí la mano en el bolsillo, saqué el sobre y amenacé con hacerlo trizas y tragármelo; fue cuando extrañamente se detuvieron. Caminé lentamente, frente a sus miradas, al fin pude acercarme al portal. Abrí la puerta y la cerré.

Al abrir los ojos, C no estaba, olía a garganta de probeta. Había un murmullo sordo que atravesaba el techo de los cubículos. Arranqué hasta el último de los cables que aún sujetaban mi cuerpo. Planté ambos pies sobre las desalmadas losetas y al fondo pude ver, con una exactitud borrosa, el cuerpo crucificado de C era un paisaje abstracto con rasgaduras en cada extremidad, las coyunturas aplanadas y los ojos con pesetas doradas. Busqué el sobre en el bolsillo y lo presioné contra el pecho mientras las piernas se iban derritiendo al aproximarme a C. Cuando llegué hasta donde ella y comencé a soltarle de sus amarres, ellos llegaron: los cuerpos púrpuras y sus decenas de jeringas. De entre ellos, salió caminando un hombre grande, trajeado, con un pañuelo satinado en el bolsillo frontal de su chaqueta, bastón y zapatos de charol. Se me acercó, mencionó mi nombre como si supiera tanto de mí como yo. Me pidió el sobre, me negué. Repitió su petición, volví a negarme. El hombre me regaló una media sonrisa, retrocedió, giró y desapareció por la puerta de entrada de El Portal luego de haber levantado el dedo índice de su mano derecha. No pude prevenir la cercanía de uno de esos seres y por mi espalda inyectó un líquido espeso que paralizó mi corazón, infló mi cerebro y luego de cubrir mi cuerpo de ronchas, estallé y me perdí entre las fosas nasales de la ciudad.



# Presencia non grata

Por Roxanna Delgado (República Dominicana)

Ilustrado por Aleksandr Nikonov (Rusia)/ Camp.

as dimensiones del apartamento agigantan el sentido de soledad. Al menos, la chica disfruta la tranquilidad del sector, bastante céntrico para alguien como ella. Durante el día, la vegetación del entorno y el sonido de las aves armonizan con el silencio. En las noches, los árboles son deidades que acompañan la oscuridad.

Un martes, después de cenar y anotar las últimas acotaciones para el artículo de la revista donde trabajaba, fue a ducharse como de costumbre. Al salir del baño sintió una punzada que se materializó en la sangría del brazo izquierdo, precedida de un dolorcillo. En el corredor, iluminado por un haz de luz proveniente de la habitación, podía oírse la voz salida de la televisión. Pasaban la última emisión del noticiario. Ella dio un respingo. Lejos de provocarle pavor, la situación le causó sorpresa. Regresó al baño. Frente al espejo empotrado en la pared examinó su brazo. Efectivamente: tres diminutos rasguños refulgían en la piel. Vivía sola. Resultaba curioso que repentinamente le aparecieran esas marcas en el brazo. Nadie, a menos que ella misma, pudo infligirle tales arañazos. Decidió ir a dormir sin prestarle atención.

Con el fluir de los días el incidente quedó en el olvido, hasta varias noches después. El calor del verano es una gata en celo: aumenta la humedad del ambiente, se reflejaba en la piel de ella. Permitió el agua del grifo correr por su pelo, largo rato. Luego de secarse salió del baño sosteniendo la toalla. Al cruzar el pequeño pasillo que conducía a su habitación, sintió

unos dedos. Se trataba del índice y el pulgar de una mano inmaterial, un par de uñas salidas de la nada pellizcan suavemente el costado derecho. Se estremeció y pegó un brinco. Irrumpió en la habitación con los sentidos en modo de alerta. Echó una mirada, pero inútil, sólo ella se encontraba en la quietud de su hogar, conturbada por los casos recientes. "Este apartamento debe tener algo", concluyó. "He oído hablar de viviendas donde ocurren fenómenos extraños. Atribuidos, por lo general, a la ficción y leyendas de caminos, más que a la realidad". Cerró la puerta del dormitorio e intentó dormir.

La inquietud y curiosidad la llevaron a leer todo lo que pudo sobre estos fenómenos: el tema espiritual, energías negativas, cosas extrañas. Hasta dar con un libro de oraciones, reprensiones y exorcismos. No vendría mal valerse de esos ritos católicos y provocar situaciones en el apartamento. Optó por dedicar un tiempo al inicio de las sombras, para realizar el ritual antes de acostarse. Desde la ventana de la sala echó un vistazo a las calles del vecindario. "Ni un bosque en invierno se ve así". Respiró profundo. La brisa baila con los árboles. En la casa la quietud es palpable. La joven tomó el libro y comenzó a leer las oraciones:

*"Visita, Padre, esta habitación; aleja de ella las insidias del enemigo; que tus santos ángeles habiten en ella, nos guarden en su paz y que tu bendición permanezca siempre con nosotros…"*

Sus pies descalzos se movían con lentitud habitación por habitación pronunciando en voz alta aquellos rezos exorcistas. Luego de concluir, y movida por una fe creciente, se aventuró con rezos más intensos:

*"Yo te arrojo espíritu maligno, y te ordeno, por el Dios verdadero, por el Dios vivo, por el Dios Santo, que salgas y te alejes de este sitio para no volver jamás, y te lo ordeno en el nombre de quien te venció, y que triunfó sobre ti en el Calvario y anuló tu poder para siempre."*

Al terminar cerró el libro y fue a darse un baño. Ese martes no ocurrió nada similar a ocasiones anteriores. Durmió hasta el día siguiente. El amanecer se cuela, vivaracho, entre las ramas de los árboles. Antes de salir el sol una colonia de insectos irrumpió en el apartamento. Las rendijas entre el marco y las ventanas sirvieron de puente. Uno, dos… cien. Infinitud de insectos se posan en los muebles. Sobrevuelan cerca del techo, sobre los objetos. Sumergida en el tren de los horarios y las obligaciones, la chica no se percató de esto hasta que regresó al hogar. Los bichos constituían la sábana en su cama, el alfombrado de la casa. Solo atinó a la efectiva acción de insecticidas. Los dispersó por días, hasta desaparecer los inoportunos visitantes. Tras el exterminio, no fue precisamente la paz lo que reinó. El sueño volvió a escasear. Una de esas noches, de bruces y la mejilla contra la cama, miraba en dirección a la puerta. Bajó la vista hacia el resquicio ligeramente iluminado por alguna luz exterior, se quedó observando un rato. Procuraba concentrarse, provocar el sueño. Un momento después vio dos puntos oscuros cruzar sin emitir el ruido característico de los pasos. Dejó la mirada fija. El cuerpo permanecía inmóvil, tenso. Espera. Reza en medio de un silencio infinito. Nada ocurrió. Acentuó los ojos zombis en el resquicio de la puerta hasta que se durmió.

En la mañana descartó la idea de un intruso en la vivienda. La misma ofrecía bastante seguridad. Prefirió hacer una visita a la parroquia y buscar ayuda, orientación. Comentó al sacerdote los sucesos: los insectos, espíritus, las oraciones y el libro de exorcismos. La regañó por actuar de cuenta propia. Te prohíbo realizar esas prácticas. No eres una entidad autorizada. La instó a dejar de pensar en tales cosas, insinuando que provenían de la imaginación. Limítate a recitar lo que te facilito. Al baño nocturno habitual, se sumaron las oraciones del párroco.

El sueño la acompañó durante largo tiempo, hasta asomar algunos visos de insomnio. Una de esas madrugadas, a las tres y cuarto, despertó súbitamente. Sentía escalofríos. Tumbada boca abajo, los músculos se tensaron. Por encima de la rigidez sintió el roce de unos dedos invisibles que apenas la tocaban. Hizo un movimiento para incorporarse y percibió el brazo chocar con una mano en la oscuridad. Dejó la cama a tientas. Accionó el

interruptor de la luz. La brusca iluminación no reveló nada. Todo permanecía estático. La frustración se apoderó de ella. Se recostó a la pared y exhaló repetidas veces, fastidiada. Regresó a la cama. Se echó encima varias mantas y cubrió parte de su cuerpo hasta que finalmente se durmió. Aparentemente tendrá que acostumbrarse a los incidentes. No ha podido encontrarle solución, ni siquiera por medio de las oraciones facilitadas en la iglesia. Lo indignante de todo es la indiferencia de las personas cercanas a ella. No mostraban interés alguno, le sugerían visitar un psicólogo. No es común encontrar un sacerdote exorcista, o de encontrarlo, que esté dispuesto a ayudarla. "Todo se limita a recitar esas oraciones de manera insistente, repetirlas hasta el aburrimiento". Le irrita la idea de acudir a un médico. "Es absurdo que la gente no encuentre explicación a los fenómenos espirituales".

En esta ocasión la acompañó un sueño placentero. Se acostó boca abajo envuelta entre las sábanas. Dormía profundo y de repente el cuarto se enfrió. La chica pasó del sueño a la vigilia en segundos. Se mantuvo alerta, con los ojos cerrados. Un escalofrío invadía sus pies, se extendía hacia arriba abrigando su cuerpo, hasta llegar al oído. El frío era aterrador, a pesar de estar arropada con una gruesa sábana y tener las ventanas del aposento cerradas. La respiración se hizo entrecortada. Advertía la proximidad de una presencia, anticipaba lo que la misma podría hacer después. No quería moverse demasiado, para no ahuyentar aquel espectro a causa de una acción que la delatara y esta situación tuviera que esperar un momento posterior de desenlace. Pretendía resolver el misterio, ponerlo en evidencia, concluir con eso. Los segundos de inhalación y exhalación se hicieron eternos. Aguardaba otra cosa más allá del frío en su cuerpo y el oído, esa desagradable sensación de algo ubicado casi encima de ella. En medio del silencio escuchó un eructo repentino y el deslizamiento de un peso que se alejaba de su cuerpo, a la vez que el calor volvía a su piel. El sonido la desconcertó, haciéndola reír quedamente. Entreabrió los ojos y escuchó un ligero golpe fuera de la habitación. Se levantó como un resorte de la cama, abrió la puerta del cuarto casi con violencia y no encontró nada afuera. Sólo percibió el sonido de unos pasos invisibles caminar a grandes zancadas hacia la ventana de la sala y escaparse, provocando una ligera sacudida en el marco

de metal y los cristales. Regresó a la habitación con pesadez, sintiendo cansancio y ardor intenso en la espalda. Se desplomó en la cama. Se durmió.

Al siguiente día resolvió quedarse en la casa de unos familiares, hasta encontrar otro lugar donde mudarse. Alegó que estaba hastiada de sentir cosas extrañas, sin entrar en detalles. Tuvo la fortuna de hallar apartamento en pocos días y realizó la mudanza. En su nuevo hogar, se deshizo de la ropa para ir a ducharse, como hacía siempre en las noches. Se acercó al espejo del cuarto y se volteó para ver su cuerpo por detrás. No, prefirió no dar explicaciones. ¿Lo hubieran creído? ¿Aún con evidencia en el cuerpo? Se observó con el ceño fruncido. Varios rasguños y marcas como de uñas todavía eran visibles en su espalda, continuaban más abajo, hasta abarcar el principio de sus muslos, por la parte posterior. Insinuaban la sospecha de alguna actividad sexual. Respiró con fuerza. Dio media vuelta y se dirigió al baño con enfado, desentendida de lo que vio en el espejo.

En la residencia anterior, otro espejo se empañaba a causa de un aliento espectral. Aquello parecía resollar furioso sobre el objeto empotrado en el baño, hasta desaparecer en medio de la nada. El vapor en el cristal desapareció paulatinamente. La chica era feliz en su nuevo hogar, allí jamás se repitieron los eventos que experimentó antes. En el antiguo domicilio, en cambio, el íncubo esperó a que el próximo inquilino fuera mujer.

# La pornógrafa[19]

Por Ana María Fuster Lavín (Puerto Rico)

Ilustrado por Dreth -seud- (Puerto Rico)/ Arrancado

*Sueños. Esos pedacitos de muerte.*

*¡Cómo los odio!*

Edgar Allan Poe.

uve que matarlos. No pude evitarlo. Ese día filmaba un ritual de fluidos y sangre en 35 milímetros. El *close up* descapullaba suavemente el sexo. Se ensortijaba en el hambre de Venus, un *éclore* de los labios, humedecida de esa oscuridad gimiente. El lente vuelve a abrirse en macro. Su pene triunfal goteaba calores vibrantes. Sus genitales pendulaban hermosos, sus nalgas duras y apretadas. Sus manos abrían los músculos de ella, mientras su vulva me señalaba al otro lado de la cámara. De pronto, su mirada, la de él en mí, me aterrorizó. Tuve que matarlos. No se trataba de un *torture porn* o *gorno*, sencillamente en ese preciso momento no encontré otra salida.

Regresé a Puerto Rico hace un mes de un viaje a México. Había ido a conocer a un ciberamante argentino. Un verdadero desastre. Escapé de esa relación demencial. El retorno fue otro infortunio. Me encontré con la noticia de la muerte de mi novio Julián, durante un incendio en el edificio de apartamentos donde yo misma residía en Miramar. Hasta mi canario quedó reducido a cenizas. Perdí casi todo. Cosa mala, porque le tenía un cariño especial a

[19] *(In)somnio* (Ed. Isla Negra, 2013)

Julián. Era un buen conversador, además, tierno hasta en la cama, aunque siempre tuve la intuición de que me era infiel. Al fin de cuentas, yo lo fui con él, pero fuera de la isla. Una gran pérdida, siempre me apoyó para que estudiara cinematografía. Soñaba con que sería una gran directora. No pienso claudicar.

Recuerdo la última vez que hicimos el amor. Nos gustaba descubrirnos lentamente, como si cada vez reconociéramos un nuevo recoveco, aroma o sabor. Y qué besos. Nuestras bocas evocaban la danza de la lluvia. Esa lengua reptil que me invitaba a vértigo, bajando por mis pezones hacia el vientre. Degustaba lentamente mis labios, su lengua en espiral por mi clítoris, mientras sus dedos acariciaban la entrada triunfal. Siempre me hacía gritar. Tenía un arma de reglamento potente. Me corro con su recuerdo. Definitivamente este trabajo, me tiene mal… Al principio lo odié, pero terminé enganchada.

Ahora vivo en el pequeño apartamento alquilado en la parada 15 de Santurce. Aquí filmo mis películas, con las que consigo el dinero suficiente para pagarme algunos caprichos y la producción de mis cortometrajes. Las cortinas de tul color rojo-vino, las sábanas de satín negro, junto al olor a humedad, a sexo reciclado, cadenas enmohecidas, lubricantes frutosos y hasta del vino barato para que las actrices bajen los lechazos.

Por lo general uso como modelo, escenas de los pocos filmes porno que vi. *Garganta profunda*, esa donde la chica que tenía el clítoris en la garganta, era el mejor sexo oral de la historia, a mi versión la titulé *Noches de leche*. También trate de imitar a Andréu Balker con su *Casa de los sueños*, repletita de fantasías sexuales que se escapan de los sueños de un hombre, la convertí en los *Sueños del Marqués de Ballajá.* Además, llegó a mis manos una grabada baratita en Santo Domingo, titulada *Sueños líquidos*, donde había sexo entre la mujer, su marido y la amante de ambos, terminaba en sangre, muerte, venganza. Una película bastante floja, pero curiosa. Luego las repetía una y otra vez con alguna variante. Total, mis clientes no eran cinéfilos en la bellaquera del séptimo arte. Tan solo en lo que es la bellaquera.

La primera vez que filmé una, vomité y lloré toda la noche. La imagen daba vueltas en mi mente. Aquel joven frotándose, luego se lo metía con violencia por el trasero a la chica que aullaba como loba. Los senos zigzagueaban con violencia frente a mi lente mientras realizaba acercamientos a sus sexos rozándose, hasta penetrar con violencia. Mis primeros films no

tenían muchas variantes, hasta que mi productor-contacto consiguió varios clientes. Luego, tuve un asistente. Era uno de los actores, que me dio par de ideas. Pasé terribles y deliciosos momentos filmando las chingadas, hasta esta noche. Acerqué el lente y el cuello del chico tenía un pequeño tatuaje de un escarabajo. Creo recordar el nombre de aquel chico. ¿Mauricio? Carajo, jamás pensé que llegaría a matar a alguien.

Verano. En Santurce, el calor danza entre el vaivén de los carros, la música de bachata en dueto con el reggaetón y la peste tan variada como un bufet de orines, manteca, mofle de carro al ajillo con tostones. Todo gratis desde el balcón de mi estudio. Siempre quise huir de la isla, viajar a tantos lugares como visitaba en Internet. Llegar lejos, ser directora de cine como mi exnovio predijo que sería. Y así, sin esperarlo, como suele suceder, llegó lo que pensé sería mi golpe de suerte.

Recibí una llamada. Me recomendaron con un brasileño interesado en una camarógrafa, con experiencia dirigiendo, suficientemente discreta y muy necesitada, para su proyecto. Discreta, claro, necesitada de dinero, mucho más.

Se reunió conmigo en un café cerca del cine Metro. El proyectito era bastante truculento. Me pagaría buen dinero por filmar una película *gore*. La filmación, según me narró, podía ser peligrosa. Ilegal, inmoral, y todo lo que quieran, pero me decidí a hacerlo. Era la única forma de acelerar mi mudanza a Nueva York y mi doctorado en cinematografía. Luego, terminar una porno más que tenía en mi contrato. Me marcharía feliz. No más. Tuve —y quién me culpa— mis dudas en realizar esa locura, pero ya me veía allá, en los Niuyores, el Actors' studio y Central Park.

Martes de total ansiedad. Salí a comprar café y el periódico. Me enteré de la desaparición de Felipe, un antiguo vecino del edificio incinerado, pero que ya no vivía allí cuando el incendio. Demasiadas tragedias. Casi no pude comer, tuve visiones donde él moría a manos de una bruja vampira. Además se me había adelantado la regla y estaba sangrando a borbotones. Seguramente era el estrés de realizar algo tan peligroso en la noche. Compré unos kotex y seguí trabajando.

Pasé la mayoría de la tarde estudiando pruebas fotográficas de desnudos para un cliente. Llegaba la hora de cumplir el contrato. Quedé con el equipo de producción a las

22:30hrs en unos callejones detrás del Marshalls de Santurce. Apestaba y la mayoría de los focos de las aceras estaban rotos. Me preocupaba la iluminación, aunque uno de los muchachos, a quienes nos les podía ver el rostro, cargaba un proyector infra verde. Pensé en huir. No lo hice. ¡Qué demonios sabía yo de cine *gore*! Pero si hasta les tenía manía a las películas de terror, y supuestamente esto se trataría de algo real, bueno, que lo pareciera. La necesidad es mala consejera.

Dos "Lolitas" vestidas de payasas, bastante *kitsch,* pasaron agarradas de la mano. Y qué maquillajes. Además, vi un cirujano o forense, más bien carnicero, llevaba por disfraz una bata blanca con olor a organicidad putrefacta. Estos, además de un tecato que deambulaba, entraron al edificio clausurado hace par de años. Poco después, escuché un grito, más bien un gemido angustioso, pero yo estaba cargada con par de cámaras de 35mm y todos mis motetes, mientras intentaba leer el escalofriante guión. ¿De verdad pretendían que filmáramos a una persona mientras la mataban? ¿Era eso posible?

Uno de los muchachos me alivió explicando que simplemente sería cine *splatter:* mucha sangre, visceral, que pareciera auténtico sin serlo. Pensé en *Tesis* de Amenábar, donde la chica que investiga sobre el cine *snuff*, ese en el que se graban torturas y muertes violentas reales, como en *Faces of Death* pero mucho más fuerte. En *Tesis*, ella termina convirtiéndose en la víctima fatal de su propia investigación. Sentí un mareo. Se me acercaron los chicos de producción. Preguntaron si todo estaba bien con el guion. Ujum, ujum…

Acción. Un cadáver acababa de ser descuartizado en la cuneta. Se veían los machetazos, mas no al asesino. Pasaron las dos payasitas lésbicas. Vieron al muerto. Gritaron. Corrieron hacia la entrada del edificio. *Las jóvenes tienen treinta minutos de descanso*. No quise ni imaginar si el hombre estaba verdaderamente muerto.

Rodamos sin contratiempos esa primera escena. Nos sentamos a fumar en lo que retocaban el maquillaje a nuestro asesino. En la próxima, ya se le vería el rostro. Lo observé con interés. Creí verle un pequeño tatuaje en el cuello, pero la falta de iluminación, el humo, los efectos del trago de vodka, en realidad mi segundo vodka, hicieron lo suyo. Haríamos la última filmación en la calle.

Vamos, Acción. El hombre de la bata, con un cuchillo inmenso, perseguía a un vagabundo. Lo asesinaba sin piedad a mitad de la calle. Esto sí parecía real. Solo grababa. No pensaba. *Close up*. Macro. Filmar. Pensar lo menos posible. El asesino sacó un brilloso bisturí le rebana las tripas y vació las vísceras del desgraciado ya occiso. Luego le pasó la lengua a los distintos órganos. Corten. Perfecto, no aguantaba más. Vomité tras la cámara. Prefería hartarme de gritos *sementosos* y todas las bellaqueras de mi estudio, que este simulacro de holocausto caníbal.

Había pedacitos de muerte revoloteando como moscas a mi alrededor. Como si se estuviese en medio de un rompecabezas tenebroso, cuya imagen final es abstracta. Me dirigí tras una de las camionetas que tenía una neverita. Vomité nuevamente, solo los ácidos del estómago. Todo parecía tan putamente real. Luego, tomé una cerveza fría. Encendí un cigarrillo.

El equipo de producción se preparaba para movernos al edificio, tenía cuatro pisos. Decidí adelantarme y entrar. Había dos focos de la producción en el vestíbulo, pero no iluminaban suficiente las escaleras. Escuché unos pasos arriba. Sería en el tercero o cuarto piso. También, oí un grito ahogado. Era voz de hombre. Subí. Me temblaban las manos y rodillas. En las películas de terror, la gente siempre se encamina hacia el peligro. Desde las butacas uno grita "no, regresa". Ojalá alguien me hubiese gritado: "estúpida, regresa".

La luz tenue de un quinqué salía de la primera habitación. La puerta no estaba totalmente cerrada, por un desnivel en el marco, la humedad y la antigüedad junto al abandono de la construcción. No pude evitar pensar que el lugar poseía cierto morbo encantador. Observé a través de esa rendija, con un miedo del carajo.

Allí estaban las dos chicas sobre la cama. Desnudas, hermosas; la del pelo rojo le acariciaba suave la espalda y las caderas a la rubia. Pensé en las dos amigas de *Réquiem pour un vampire*. Volví a mirar, la rubia le besaba el cuello, le pasaba la lengua por los senos. Sentí que me excitaba, así como cuando la mano de Julián se escabullía por mi mahón tocándome suave, jugando con la entrada de mi vagina. Estaba en un éxtasis incomprensible, solía ser más controlada cuando filmaba. Presentía un desenlace fatal, a la misma muerte. ¿Estaría conectada con mi exnovio muerto?

Las dos chicas se acomodaron, en yin y yang, pasando sus bocas por sus labios inferiores. Miré hacia atrás, seguro que alguien me observaba. Pero ellas me tenían cautivada, era la escena perfecta para una de mis películas. Más natural y elegante que las que podía filmar en mi estudio. Aquellas no me motivaban, en cambio aquí el miedo y la pasión me enloquecían. Pasé mi mano por encima de la ropa y la tenía tan caliente y húmeda. Me estaba mojando, cuando volví a observar cómo las chicas se lamían mutuamente sus reinos. En el preciso momento del clímax, una silueta me congeló la sangre. Un hombre desnudo con los ojos violentamente enrojecidos, como los de un Christopher Lee vampiresco, se acercaba a ellas con un cuchillo. Traté de gritar, pero algo me golpeó en la espalda. Me desmayé.

*Alondra*, ¿Dónde *te pasó?*, me despertó Mauricio, el camarógrafo, era tan guapo, entre Stephen Moyer de *True Blood* y Daniel Day Lewis, en aquella de los mohicanos. Me hablaba arrodillado con los muslos a cada lado de mi cintura. *¿Estás bien? Tiritas. Anda, ven conmigo*. Me tomó de la mano para ayudar a levantarme. Sentí crujir mi espalda al incorporarme. Pasó su mano por mi cintura para ayudarme a caminar. Entre el miedo que pasé, el aturdimiento del golpe y el descontrol libidinoso, caminaba como *babysteps*. Reí pensando en Bill Murray de *What About Bob*? Momentáneamente, inconsciente o adrede, había olvidado lo ocurrido en aquella habitación con las jóvenes y el hombre del cuchillo. Soy tan torpe cuando tengo miedo. Somatizo riéndome y pensando en alguna escena cinematográfica.

Salimos a fumar y a reponerme. Mauricio me ofreció una botella de agua, le pedí una cerveza. El "asesinado" se quitaba el maquillaje. Traté de enfocar la vista en su tatuaje. Su diseño me resultaba conocido, pero no podía distinguir los detalles. Mauricio me había ayudado a filmar una porno, pero no hablábamos de eso. Era como si no nos conociéramos. Así evitábamos nuestra evidente tensión sexual. Le dije que la noche estaba desesperantemente larga. Él asintió y me preguntó si había visto a las nenas. Comentó "son buenas, pero tienen esas hormonas… nos ayudarán para la escenita que falta, la antropofagia de safos y el asesino del cuchillo".

Le dije a Mauricio que después nos fuéramos a por una pizza. Nos reímos juntos. Él me acarició el cabello y nos miramos a los ojos. Su mano penetraba mi coleta. El dedo índice recorrió con suavidad el lóbulo de mi oreja. Sentí su mirada de "cómeme la boca". Las luces y

las sombras acariciaban la incertidumbre. Nos comenzamos a acercar. Cerré los ojos y ante el ras de nuestros labios, oímos que nos llamaban.

*Alondra, Mauricio, corran*… gritó uno de los técnicos, ese que se parecía un poco el fenecido Eduardo Palomo. Alcancé a ver sus manos ensangrentadas mientras nos llamaba. *Es horrible, carajo, vengan rápido*. ¿Dónde estarían los demás? Subimos las escaleras tras él. Los escalones estaban mojados y resbalaban. Las linternas enfocaban adelante, siempre adelante. *Oh, santo Dios, qué puñeta pasó aquí*, dijo Mauricio tratando de ponerme tras él para que no viera.

Fue mucho más que eso. Ni el mismísimo George Romero hubiese filmado tan impecable la escena ante nuestros ojos. El cuerpo del vagabundo se encontraba desmembrado. Sus piernas colgaban de un candelabro. Las gotitas de sangre iban cayendo sobre su propia boca. Estaba decapitado. Le habían arrancado los ojos. El torso estaba sobre la mesa y sus tripas colgaban como guirnaldas. Olía a sangre. Olía a excrementos. Di unos pasos. Pisé algo. Era una mano con el antebrazo amputado desde el codo, agarraba un cuchillo de carnicero. Me disputaba entre vomitar y correr, vomitar y tomar el arma. Opté por lo segundo, también correr escaleras abajo. Luego, vomitaría.

*¿Dónde están los demás? ¿Y las chicas?* Bajé al galope por las escaleras, linterna en mano, cuchillo en la otra. Pisé algo, pero no quise mirar. Escuché el crujir de la ventana y un gemido extinguiéndose. La espalda se me helaba y el corazón ardía fuera de sí. Abrí la puerta con mucho cuidado, primero asomé la mirada. Sólo alcancé a ver dos piernas sobre la cama. ¿Estarían dormidas luego de amarse? Estaba nerviosa y asustada. Recordé a uno de mis clientes, que me dijo que no le gustaban las películas porno donde se echaban la dormida, como en *Lulú y su dulce de leche*, en honor a *Las edades de Lulú*.

¿Qué hago pensando en eso? Tengo que entrar. Espero que solo duerman, que estén vivas. Son jóvenes. Sólo duermen, estoy segura. El miedo me cortaba el entendimiento. Creí que iba caer muerta en cualquier momento. Recordé que en las películas ochentosas de terror siempre se salvaba una de las chicas, no la más guapa sino la inteligente, no exenta de belleza. Quise ser una de esas heroínas. Esos momentos de pendeja valentía, casi a lo *Kill Bill*, sería Uma Thurman. Respiré profundo. Abrí la puerta.

Un celaje, espíritu, o los mil demonios en uno, pasaron frente a mí tan veloz que me caí. Levanté tan solo la vista del piso. No había nada, solo la luz tenue. Las piernas de las chicas asomaban por el borde de la cama, las paredes y cortinas ensangrentadas. Decidí gatear hacia la cama. Me erguí lentamente. No debí mirar. Las chicas estaban desmembradas. Logré pararme. Sus brazos estaban en una esquina de la habitación. Las vísceras sobre las almohadas, de los pies hasta la cintura permanecían intactas sobre el colchón, no quise ver más. Tampoco sus cabezas. Siquiera quise investigar dónde estarían. Soy mucho más vulnerable que la antropóloga de *Bones*. Mucho menos pude gritar.

Pasó tiempo antes de darme cuenta de que me estaban estrangulando. Tenía la respiración entrecortada, la glotis a punto de reventar. Abrí los ojos, frente a mí estaban aquellos ojos verdes saltones. Cerré los ojos, al abrirlos vi aquel tatuaje. Su aliento amargo me mareaba así como la falta de aire, se me cerraba el campo visual. Los abrí otra vez y vi sus dientes acercándose a mí. Sabía que moría. Pasaron tantas cosas por mi mente. Recordé los besos de Julián. Reconocí que estaba enamorada de Mauricio. Volví a revivir la ternura de Julián, cuando me pidió que fuéramos novios. Creí hasta escuchar la torpe risa de Soledad, la loca vecina de enfrente, tan patética y enamorada de mi Julián. Recordé al examante argentino que conocí en México, la noche que hicimos el amor y creí convertirme en jaguar y su miembro en serpiente. Recordé a mamá y papá. Recordé mi primer día en la escuela.

*Alondra, despierta*. Era la voz suave de Mauricio llamándome. Recordé un *close up* del pene entrando en una vagina de cabellos rojizos, de mi film *Caperucita roja y las diez noches de lujuria*. Abrí los ojos. Pude ver a Mauricio, su tatuaje, sus labios alejándose de los míos. "Alondra, lo logré… Levántate, tienes que huir". Vi cómo su rostro iba tornándose borroso. Me desmayé otra vez.

Era de día, casi las once cuando desperté. Estaba en el asiento de conductor de mi guagua. Estaba frente a mi condominio. ¿Cómo llegué? ¿Dónde están todos? Miré mi ropa. Llevaba puesta una falda y una camisa que no eran mías. Estaba segura de que había ido como mis mahones, siempre trabajo en pantalones. Subí muy adolorida a mi apartamento. Me desnudé. Llené la bañera. Pude observar los hematomas en mis muslos. Las costillas me dolían. Pensé que tendría alguna fractura, al menos una astillada. Mi cuello seguía rojo y me

ardía al tragar. Tenía que llamar a la Policía. ¿Y qué les diría? ¿Y si me arrestaban por cómplice de aquella masacre? Poco a poco, me fui quedando dormida en la bañera.

Nadie sabía nada. Todos desaparecieron en el anonimato del olvido. Hice llamadas, todas infructuosas. Envié *emails*, mensajes de texto. Llamé a mi contacto. Nada. Volví a la locación a los dos o tres días. En efecto, había una cinta amarilla de esas que coloca la Policía en las escenas del crimen. En las noticias solo informaron del asesinato de un vagabundo alcohólico que deambulaba por esa zona. Ya no me sentía la heroína de un film, tan solo una habitante común de Santurce, que como en Pedro Navaja, nadie vio nada, nadie lloró y *la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida*. Soñé las siguientes noches con Mauricio y despertaba con su voz en mi oído.

Retomé mi rutina par de semanas después. Todavía me dolía el cuello y aún tenía infectadas dos pequeñas heridas. Comencé a preparar las cámaras, el estudio, llamé a los actores que me había recomendado un amigo. Justo ese día, leí en la prensa que el edificio de los extraños sucesos se había incendiado durante el fin de semana, quedando en escombros. Luego fui al buzón cantando cualquier cosa, tarareando para no pensar en lo sucedido.

Finalmente recibí mi deseada beca para los estudios graduados. Era el momento perfecto para un giro a mi vida. Aproveché, además, para transferir mi cuenta bancaria. Por Internet realicé varios estudios de viviendas y reservé un apartamento en New Jersey. También gestioné varias solicitudes de trabajo. Hasta conseguí en par de días, por recomendación de uno de esos agradecidos amigos anónimos de mis films, que me ofrecieran dirigir el Departamento de Arte en una escuela secundaria de Woodbridge Township. Solo tenía que filmar mi última película y volar. Necesitaba huir de los fantasmas y sus caprichos. Esos pedacitos de muerte rondaban en mis noches de insomnio desde aquel suceso.

Envié mis cosas más importantes en dos baúles al nuevo hogar. Que la Rosa de los Vientos se encargara de todo. Puse mi estudio a la venta. Entre las dos primeras personas interesadas, me gustó una chica llamada Ana. Me dijo que escribía, y no sé qué otras cosas. Nada, importante, pero me dio buena vibra. Todo marchaba perfecto, en dos meses mi vida finalmente tomaría el rumbo deseado, la paz y mis metas.

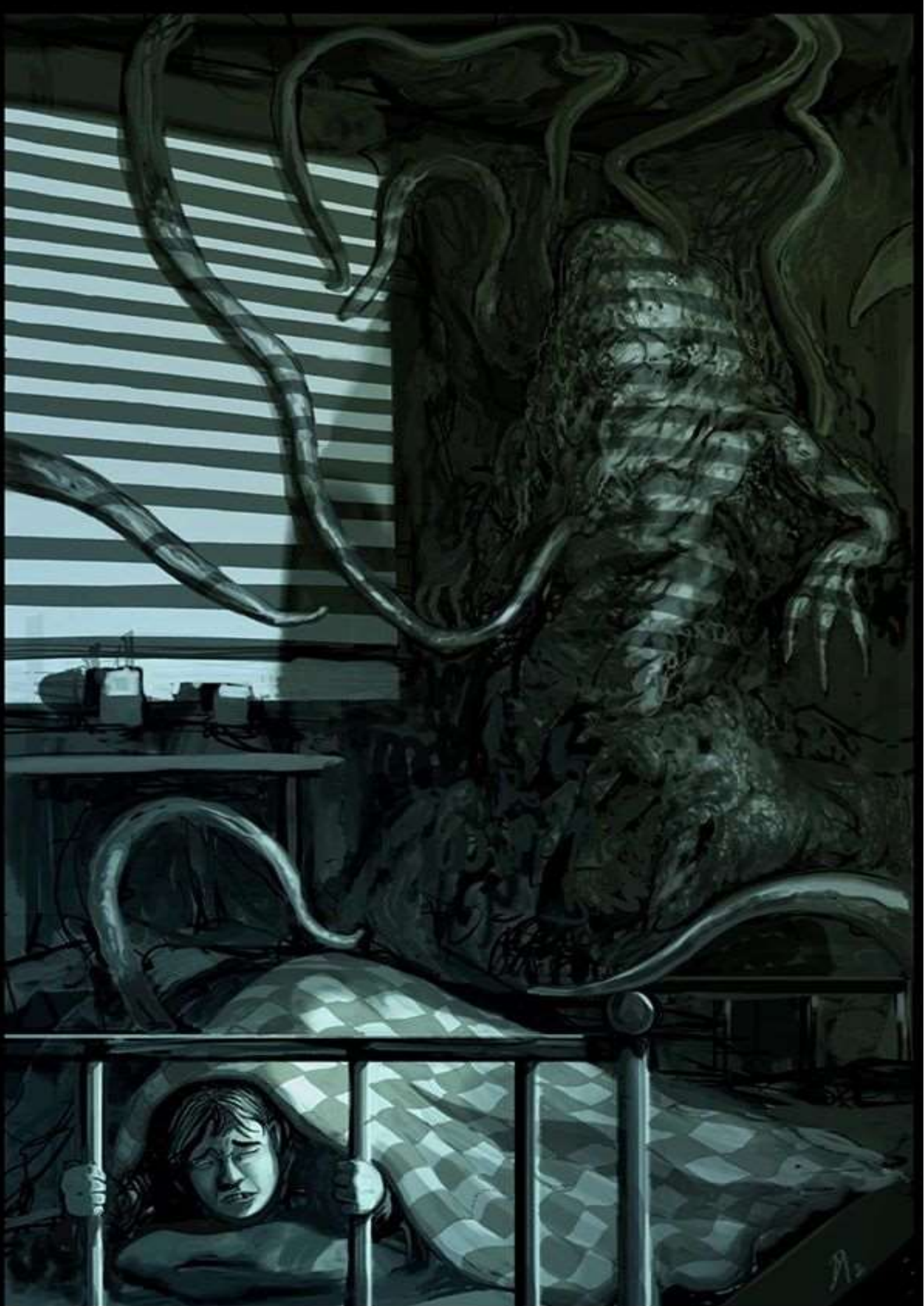
Es cierto. Tuve que matarlos. No pude evitarlo. En efecto, sería la última película porno que filmaría. 35 milímetros de fluidos y sangre. Un *close up* descapulla el sexo suavemente. El hambre de Venus se ensortijaba en aquellos vellos rojizos. Los labios se abren dejando ver un recrecido y duro clítoris y la oscuridad húmeda gime. El calor vibrante del pene que gotea. Las nalgas del hombre se aprietan y forman dos colinas gemelas, la espalda se arquea. Es un joven hermoso. El macro del lente toma ahora la habitación. Recordé una escena artística de sexo en *Los abrazos rotos*. La comisura del sofá asomaba el oleaje de la espalda a contrapunto con la comisura del trasero.

El rostro hambriento del hombre se acerca a los muslos de la mujer. Acercamiento de la toma. Por un momento creí que creían sus dientes, pero no le di importancia en el momento. Estaba pendiente de la iluminación y del enfoque de las manos del hombre. Sus dedos le abrían los labios inferiores a la mujer. De pronto, pude verlo, sí era, el mismo tatuaje en su cuello. Estaba segura que no lo había visto cuando el hombre se desvistió. Él le hacía sexo oral. Ella me miró con los ojos vidriosos. Vi cómo también le crecían a ella sus colmillos dirigiéndose al cuello tatuado. El terror se apoderó de mí, mi cuello dolía ahora intensamente. Un ardor en las dos heridas que no habían cicatrizado totalmente. Me toqué el cuello y tenía una gotita de sangre en los dedos. Volví a observar el tatuaje. En ese preciso momento tuve que matarlos.

Una gota de sudor bajó desde mi nuca lentamente. Sentía cómo se me pegaba la ropa. Corrí a la cocina y agarré un gran cuchillo. Sé que los maté. Sus gritos tan agudos reventaban mis tímpanos. Cerré la cortina de la cama. Tenían que estar muertos. Recordé la noche de la película *gore*, ese tatuaje. ¿Sería Mauricio? Lucía diferente durante la filmación. Ahora muerto, se había transformado. Era él. Ya no pensé más. Me limpié como pude y llamé a un taxi para nunca volver.

Me asomé por última vez, la cama estaba vacía como si hubiesen desaparecido. Como si se hubiesen convertido en humo. ¡Cómo odio, esas malditas películas de terror! Y me juré ni una sola película porno más. Podría volver a matar. No sé qué podría hacer, quizá nada. Según me acercaba en cámara lenta, escuchaba mis latidos *in crescendo*.

Sonó la bocina del taxi. Agarré mi mochila, el maletín con la cámara, dos maletas y salí. Mis heridas del cuello habían desaparecido. Finalmente me iba para siempre. Mi cuento de una pornógrafa asesina sería un relato o un *film* más para esas noches de insomnio. Solo eso, y nada más. Por el momento.



# La Olla Roja[20]

Por Héctor Babilonia —seud.— (Puerto Rico)

Ilustrado por Dave Melvin (EE.UU.)/ Mama

Todo comenzó con una sonrisa. Un niño de cuatro años, se levanta tras tener un sueño hermoso. Había soñado con galletas y besos de su madre. Así que decidió ir a la cocina y después de devorar una galleta de "chocolate chips" con macadamias y otras nueces; le daría a su mama el beso más rico y sabroso, que su amor le podía dar.

El niño camina por el pasillo; en el vértigo de cada paso escucha un murmullo. "¡Estigia!" Algo puede escuchar en las sombras de la mañana, no se podía definir claro. "¡Estigia!" Pero su preocupación hacia su madre lo hizo caminar hasta el cuarto. "¡Estigia!" Allí encontró a su madre, su madre muerta en la cama. No solamente muerta. Alguien le había arrancado sus ojos.

Con una turbulencia maligna el niño camina hasta su madre. Sin ningún tipo de temor le toco el hombro. Miro sus ojos ciegos de carmín carnoso.

—Mami.

En ese momento su madre acerco su rostro hasta lo más profundo del corazón de su hijo y con una voz de sombras, solo dijo:

—¡Estigia!

Suena la alarma. Todas estas palabras son solamente un sueño. Imágenes en movimiento que crean a diestra y siniestra un cantazo de preguntas. Pienso en ellas reflexivo

[20] Texto publicado en *Cuentos para un bolsillo roto* (Selknam Editores).

con los ojos cerrados. Cuantos recuerdos tengo en mi mano. Abro y cierro el puño con intenciones de escribirlo todo. Me llega la poesía y la transformo en vida sobre el matre.

"La vida es una película tragicómica, / escrita y dirigida por Dios. / Nosotros los humanos somos actores en ella. / Pero el, ni un centavo nos paga , / por existir."

La vida del poeta comienza al levantarse. Imágenes en mi cabeza, cambiaban de canal consistentemente, dándome numerosas ideas para escribir. El reloj suena distante y con un esfuerzo vago me levanto de la cama. Son las 6:24 de la mañana. El día de hoy, se supone que se acabe el mundo. Normalmente no me asustaba la idea, pero después del misterioso terremoto que ocurrió en San Juan hace dos días atrás. La verdad es que tengo un poquitito de miedo. Gracias a Dios en Ponce, no ha pasado nada.

Últimamente me he puesto a leer los acontecimientos en el periódico, para saber con claridad lo que pasa en mi islita. El martes ascendieron a 13, 334 los casos por suicidio en Puerto Rico. El miércoles encontraron 200, 000 muertos bajo los escombros de la Milla de Oro. Ayer, una extraña enfermedad mato una familia en Cataño. En fin, mi patria está hecha un caos. Hoy viernes, 21 de diciembre del 2012, los mayas dijeron en su calendario que todo acabaría; quién diría que cumpliría mis 27, este día.

En mi viaje mi barriga se dio cuenta de que tenía hambre. Dos enanos luchaban en una batalla épica, dentro de mi estómago. Entre puños y patadas, busque en los bolsillos de mi pantalón pero no encontré dinero. Fui a la nevera y no encontré comida, solo agua. Recordé que en mis libros, ha veces suelo guardar dinero. Especialmente si es un libro que leo fielmente. Cuando llegue a mi cuarto encontré un desastre paranormal, libros en el piso, libros en el techo, comics en la cama, ropa dentro y fuera de las paredes. Cucarachas que ladraban con coraje y resentimiento. Ignorando esto me rasque las nalgas, mire por encima del desorden buscando vagamente. Me acorde de que en la primera gaveta tenía un cigarrillo, pero rebusque la gaveta y no vi nada. Solo encontré papeles con mi poesía y los garabatos de una novela que hace cuatro años intento terminar. Ignore a mis hijos y reconstruí la segunda gaveta. Mientras sudaba la gota gorda encontré el cigarrillo debajo de Espantapájaros. Me puse el cigarrillo en mi boca y agite el libro con fuerza. Sus páginas me entregaron otro

cigarrillo envuelto en un billete de de cinco. Agarre el billete, me puse unas chancletas y camine hasta el Trigal.

De camino prendí mi cigarrillo, cada jala era una bomba de humo a mis pulmones. Pero seguí fumando, con placer. Llegue a una fila estilo Disney, que se movió bastante rápido. Me compre tres domplines de pastrami y me sobro un peso (verde en mi Ponce gris). Puse el cambio en mi bolsillo y regrese a mi casa en La Victoria.

En la escalera de mi casa me comí los domplines. Pero al terminar de comer me sentí hambriento. Tenía hambre vieja. Las últimas dos semanas no comía bien o no comía. Siempre estaba pealo, y en ocasiones ni podía pagar la renta, ni las utilidades. Prendí el otro cigarrillo y deje que la bomba de humo me comiera mis pulmones una vez más.

—Esto esta cabrón. - pensé en voz alta.

En mi bolsillo solo tenía un dólar. Así que me compre dos cigarrillos, en la tienda de la esquina. Creo que soy adicto a los cigarrillos. Quitan el hambre y la ansiedad. Mientras fumaba de camino a casa, paso Jorge, conduciendo su nueva adquisición, un Mustang Convertible del '69. Su papa se lo regalo para su cumpleaños. Qué fácil es cuando mami y papi te lo dan todo.

—Qué te pasa mamao. Estas hay "badtripiao" en tu cumpleaños.

—Buenos días Jorge. – dije sarcásticamente. – Tienes brilladito el carro. Reluciente.

—Si mano. No lo había sacado antes porque tuve un pequeño problemita, porque choque. Pero…

—Alguien salió herido. – interrumpí.

—No, no. Nadie importante. Pero ya papi y yo resolvimos eso. Todo se soluciona con chavos.

—Si tú lo dices.

—Hazme un favor mano. Cómprame una caja de "garrets." —dijo mientras sacaba de su gorda y jugosa cartera, un billete de a veinte.

—Ok. Pero me tienes que dar uno o dos.

Camine una vez más hacia el negocio, compre una cajetilla de Newport's con un billete de 20, me devolvieron trece. Regrese a donde Jorge, quien hablaba por teléfono. Troto los dedos para que le prendiera un cigarrillo, yo encendí dos el del y el mío.

—Papi, cuando te das cuenta de que ella te esta cogiendo de pendejo. Lo que quiere son más chavos, no le creas todo lo que te dice. —Tomo el cigarrillo y fumo. - No te preocupes viejo, te llamo horita que estoy con Vicente. —Pausa y escucha.- Si yo se lo digo. —Cuelga. —Papi dice que eres un mamao por no querer estudiar derecho. Estarías pudriéndote de chavos y no tendrías que pedir al frente de Sears.

—Mano no es mi culpa que no haya conseguido trabajo en lo que estudie.

—Tipo tú lo que tienes un Bachillerato en Literatura Creativa. En que vas a trabajar como poeta.

—Algún día. Uno nunca sabe.

—Claro, va a salir en periódico un anuncio que diga: "Se solicita Poeta y Narrador". No papi las cosas no aparecen por arte de magia. Ponte pa' tu número que pidiendo no vas a conseguir nada.

—Me va bien pidiendo, lo hago bastante bien. Recito poesía. Doy a conocer mi obra.

—Sí, eres todo un pidión profesional. —dijo bien repugnante —Vístete, que te voy a llevar a trabajar.

—No tienes porque, me vienen a buscar a las 8:00.

—De todas formas, vengo a buscarte esta noche.

—¿Pa' qué?

—¿Pa' qué? – dijo sarcástico. – Esta noche nos vamos a matar. Dame la caja de cigarrillos. – Se la di. Saco tres cigarrillos para él. —Toma. —Me la dio. —Feliz Cumpleaños mamao. Quédate con el cambio. —Arranco y se fue.

Su velocidad levanto el polvo de la calle. Yo a paso lento, lentísimo y parao, entre a mi casa. Abrí la puerta de mi closet, cien libros me cayeron en sima. Me resbale con <u>la Cabeza</u> y me achoque con <u>La carencia</u>. Busque un pantalón negro entre los escombros y me lo puse. Recogí un par de medias en el escritorio. Fui al baño y me lave los dientes. Intente detectar

una camisa que oliera a rosas y no a peos. No la encontré, así que me unte perfume. Fui a la sala, me puse los tenis y con un bocinazo llegue a trabajar.

—¡Coopere con el Salvation Army! – Sonaba la campana. —Ayúdenos a hacer el bien durante todo el año. Con cada donación se podría ganar: un cuento, un poema, una cancioncita. Por favor coopere.

—Cuando salga. – Todos decían.

La gente se reía, me miraba raro. Pesaban si acaso, que estaba loco. Yo siempre he pensado que para este trabajo hay que ser balonselista. Galdear a la gente, cuando sale y preguntarle a todo el que salga. Estamos en tiempos malos y todo el mundo sigue gastando el dinero como si creciera en el cemento. Camino hacia mí una señora.

—Vengo por el poema. – Me dijo.

—Que le gustaría escuchar.

—Algo romántico.

—¿Romántico? —Pensé —Este poema se llama: "Musa": "¿Por qué me llega el amor con un batazo?/ Llevando mí pelota latiente fuera de la verja. / ¿Por qué me besas si no me quieres? / ¿Por qué me deseas si no me amas? / Me llenaste el corazón de tu luz necesaria. / Pero tú te quedaste en la oscuridad tan sola, / tan herida. / En el medio de estos versos / vacía."

—Eso fue hermoso. —deposito diez dólares.

—Gracias señora. Muchas felicidades y que Dios la bendiga.

La gente hizo fila para escuchar mis versos. Cada uno con dólares pa' la Olla Roja. A cada uno le regale uno de mis hijos. Hijos desconocidos ante el mundo. Claro la gente hoy estaba muy bondadosa. Después de todo hoy se acaba el mundo. Están los viejos que se molestan cuando les dices que "Dios lo bendiga". Los que dicen que Dios es un cabrón. Los veo todos los días, agitaos, amarrados a las garras del Diablo. Verdes en mi Ponce gris.

Un hombre se recuesta de un muro y me observa. Yo sigo pidiendo para la Olla. Recitando versos de poetas como: Sonia Galindo, Cesar Santiago, Andrés Amador, Neftalí

Omar Núñez y Alex Samuel Vélez. Todos ellos miembros de La Peña, "Tienen que ir, pa' quererla". El hombre me echo un peso. Maseta, pensé.

—Gracias Señor, que Dios lo bendiga. – dije cagándome en su madre.

— "Quizás un peso pueda volar/ y darle de comer a un ganso. / O quizás ese peso pueda degollar magnolias, / y amamantar a sus hijos con sangre. / Quizás ese peso es una sombra, / una épica mundana, / fragmentaria. / Un pecado empaquetado, / que cuando lo vez / te enfanga la conciencia. / Quizás este peso es solo un juego de dementes. / Verde siempre verde, / en mi Ponce gris". – dijo el hombre después de mi bendición.

—¿Quien escribió eso? – Pregunte curioso por las imágenes.

—Tú lo escribiste Vicente. —mi cuerpo se friso y mis ojos se nublaron de vértigo. Todo se volvió negro.

Abrí los ojos y ya el tipo no estaba allí. Yo me hallaba en el mismo sitio. Pensé que me estaba volviendo totalmente loco o que me estaba afectando el hambre. Así que cuando llego mi relevo me fui a almorzar. Me jampie un tremendo plato de arroz con habichuela y bistec. Con unos tostoncitos y una rajita de aguacate. M, m, m, que jartera. Normalmente siempre andaba pelao, pero gracias a Jorge hoy comí bien. Me compre un helado y lambiendo su chocolate llegue a mi puesto.

—Llegaste tarde. – me dijo mi superior.

—Perdón es que había mucha fila.

—Sí. Sí. —Anoto en su libreta. —Entraste a la 1:00 PM, aquí está tu Olla. Está apunto de llenarse, cuando se llene llama pa' que te traigan otra.

—Lo se.

—Pide que la gente hoy está dando chavos.

Pasaron dos horas y el "mall" estaba muerto. Le envié un mensaje de texto a mi amiga Lola: "estoy frente a Sears". Pero ella no me lo contesto. Pasaron quince minutos y una persona se acercó a mí con el rostro oculto, me amenazo con una jeringuilla, me dijo que estaba infectada con Sida. Yo le di la Olla sin pensarlo dos veces. La jeringuilla estaba al borde de mi cuello y goteaba sangre. Yo me quede inmóvil mientras el (ella) se alejaba a toda prisa.

Llame a mi superior, que llego como por arte de magia cinco minutos después. Le dije lo ocurrido. El me entrego una hoya vacía.

—Vicente lo importante es que estas bien. Pero ahora tienes que empezar de cero. Así que —con autoridad —¡a pedir!

—Yo no puedo trabajar más aquí y si vuelve esa persona.

—Si vuelve coge la Olla y te vas corriendo.

—Lo siento pero no puedo.

—Vicente no nos hagas esto. Hoy es un muy día importante.

—Si yo entiendo que los viernes son días fundamentales para recolectar. Pero no puedo Mayor. No me siento bien.

—Tu sabes todo el dinero que nos hiciste perder.

—¿Que yo hice perder? No, no, no, no, fuck this.

Tome mi delantal, la campana y se los puse en sus manos. Yo me fui donde una vez estuvo el carrusel. Llame a mi amiga Lola y le pedí que me recogiera. Pasaron diez minutos y ella llego en el Lancer de su mama. Me senté a su lado en el asiento del pasajero. Ella escuchaba las noticias. Todavía no encuentran sobrevivientes en el viejo San Juan. El terremoto arraso con toda el área metro. Nadie pudo predecir lo ocurrido hace dos días atrás. Nadie excepto Lola.

—Yo sabía que todos se iban a joder en San Juan. Te lo dije.

—Tú dijiste que iba a ocurrir un terremoto en San Juan hoy viernes. No el miércoles.

—Pero dije que iba pasar y paso.

—Tienes razón. —Respire profundo y limpie mis lágrimas de cocodrilo. —Cambiando el tema. ¿Cuánto nos hicimos?

—575 dólares y 24 centavos. Los poemas tuyos dejan chavos.

—Creo que tenía que ver con la fecha. Nunca había hecho esa cantidad.

—Siempre hay una primera vez.

—Pensé que no iba a funcionar.

—Eso me recuerda. —busco debajo de su asiento y cogió una máscara gris muy parecida a una calavera. —Aquí está tu mascara de Casey Jones (Personaje afiliado a Las Tortugas Ninja).

—Estigia Lola. Es la máscara de Estigia. —dije mientras me ponía la máscara en el bolsillo.

—Si. La historia que siempre quieres escribir pero no escribes.

—Ya hemos hablado de esto.

—Vicente el hecho de que tu banda no pegara no es razón para que dejes morir esa historia.

—Si tú lo dices.

—Es en serio, la isla que cae del cielo, sobre la isleta amurallada, el héroe de Gaidroma, La Gran Quimera.

—Hay chica eso es solo un cuento.

—¿Tú te imaginas que una isla caiga sobre Viejo San Juan?

—Sí, me lo imagino, lo escribí.

—Y te quedo bien carbón. Cada vez que me hablas sobre la isla flotante, sobre Estigia, yo me voy en un viaje. Deberías convertir eso en una novela.

—Claro, solo hay un problema. Nadie me va a publicar porque soy de Ponce.

—Tú eres más negativo. Tienes que…

—Cambiando el tema. – interrumpí - Donde están los chavos.

—Yo tome mi parte y puse la tuya en este sobre.

—¿Dónde pusiste la Olla?

—La llene de amonia y la vote en el zafacón del caserío.

—Bien pensado.

Tome el sobre y saque el dinero. Lo puse en mi cartera. Tenía casi trescientos dólares en efectivo. Enfoque mi vista en el dinero por par de segundos y puse la billetera en mi bolsillo.

—¿Y qué vas hacer con tu parte?

—Hacer compra. Las cosas están malas en casa. ¿Y tú?

—Voy a ver a Mara que hace tiempo que no la veo.

—Sigues tirándote a la puta esa.

—Cuando se puede.

—Puedes hacer compra y llenar tu nevera, que te aseguro que esta vacía. Pero nooo, vas a gastar tu dinero en una stripper.

—Es solo un trabajo.

—Vicente, si tú le interesaras realmente, no te cobraría.

—Pero no le importo realmente y por eso me cobra.

—Sí. Yo no te cobraría.

—¿Y tú?

—¿Qué? Si tú fueras mi novio no te cobraría.

—Pero no eres mi novia Lola.

—Lo sé. —dijo con un cierto aire de frustración. —¿A dónde vamos?

—Yo me voy a mi casa a dormir.

—En tu cumpleaños, no hagas eso. Vamos a darnos par de frías.

—No. Tengo que descansar, Jorge me dijo que me iba a buscar a la noche.

—El me llamo también. Pero él no me cae bien. No creo que sea buena idea salir con él. Tengo un mal presentimiento, como si gracias a él va a pasar algo malo esta noche.

—¿En serio?

—La verdad es que me da miedo.

—Cuando te pone a fumar no te da miedo.

—Es que no me inspira confianza. La última vez que salimos me puso un peso en el pantalón para que le enseñara mis senos.

—¿Y lo hiciste?

—Por un peso. Claro que no.

— "Quizás un peso pueda volar/ y darle de comer a un ganso. / O quizás ese peso pueda degollar magnolias, / y amamantar a sus hijos con sangre. / Quizás ese peso es una sombra, / una épica mundana, / fragmentaria. / Un pecado empaquetado, / que cuando lo vez / te enfanga la conciencia. / Quizás este peso es solo un juego de dementes. / Verde siempre verde, / en mi Ponce gris".

—Eso esta *cool*. ¿Quién lo escribió?

—Supongo que yo.

—Me gusto. Tú eres una persona sumamente talentosa Vicente.

—Lo sé. Lamentablemente mi talento no paga mis deudas.

—Algún día. Todo a su paso.

—Eso dicen.

—Te voy a llevar a tu casa.

Llegamos a mi casa y me despedí con beso en el cachete. En sus ojos había una frustración que subía y bajaba como un yoyo. Le pedí que se quedara, para esperar a Jorge juntos. Pero ella dijo que lo llamaría, para que el la buscara. Mientras su carro se alejaba yo abrí el portón y la puerta de mi casa. Me di un duchazo de agua bien fría y me acosté a dormir. No soñé nada, un trueno de bocinazo me levanto y fui al balcón. Eran Jorge y Lola.

—Tienes cinco minutos para ponerte ready.

Me vestí, me afeite, tropecé con mis libros una vez más. Me di un buche de agua fría y me unte colonia. Abrí y seré todas las puertas con seguro a velocidad luz. Cuando cerré el portón ya mi esencia estaba en el asientito trasero del carro de Jorge. Me dijo que buscara debajo del asiento y comencé a enrolar.

—¿Para donde vamos? —pregunte

—Te voy a llevar a "Dancers" pa' que mojes la salchichita. —dijo Jorge

Ya era de noche, el momento más oscuro de un recuerdo. Estaba solo, con mis dos amigos en aquel Mustang rojo de cuatro puertas, asientos de cuero, "baratito". Escuchábamos la canción de Body Count, Ice T, "Cop Killer".

Mientras el humo de la fortuna de hace cinco minutos daba vueltas en el coche, escuchamos sirenas relinchar detrás de nosotros. Jorge aparco el coche y Lola me dijo que molteara nuestro tesoro. Por un momento sentí miedo y dos oficiales de la policía de Puerto Rico se pararon al lado izquierdo del vehículo. Mi corazón latía con un ritmo espeluznante. Le pidieron la licencia de conducir, los documentos del carro. Todo parecía estar en orden,

cuando un de los cerdos sonrió al susurrarle un murmullo a la otra bestia. Esa bestia que sonrió de manera diabólica.

—Es usted el Licenciado Jorge Escarmeda.

—Sí. —contesto Jorge. Podía sentir que él sentía ese mismo temor, esa inquietud que me acechaba.

—Bájese del vehículo, por favor.

—Claro, señor oficial. – se bajó lentamente - ¿Cuál es el problema?

Fue ahí cuando comenzó una polifonía de golpes, patadas, macanazos al rostro. Lola intento socorrerle, yo me baje y uno de los cerdos le disparo a Lola. Ella cayó al suelo, moribunda. El guardia se bajó los pantalones.

—Tu novia está bien buena Jorge.

Cerdos, un arma me apunta el rostro. Gritos de horror cantan una canción desesperada. Mientras Lola se desangraba, me miraba, mi nombre fueron sus últimas palabras: "Vicente".

—Esta se murió. —dijo el cerdo.

—No importa. Te la gozaste un ratito. —dijo la bestia.

—¿Por qué hacen esto? ¿Yo que hice?

—¿Qué hiciste?

—Tu, estas siendo juzgado por tus pecados Jorge. Por haber asesinado a un anciano con tu carrito. Por haber comprado tú libertad con dinero. —la bestia cargo el revólver y lo apunto a la espalda del caído. —La nieta del viejo me pago para que te matara.

—Por favor no me maten. Cualquier cantidad que les estén pagando yo lo puedo duplicar.

—No Jorge, yo no estoy haciendo esto por el dinero. A mí lo que me pagaron por matarte fue un miserable peso. Otro peso que me des, no te va salvar el pellejo.

—No, por favor.

Dos disparos de justicia en la espalda de Jorge. La sangre se esparció hasta llegar a mis pies. Yo me quede inmóvil, solo observaba. Aunque por dentro gritaba de dolor.

—Estas bien jodio papi. —me dijo la bestia —Mataste a tus amigos para tumbarles una onza de coca que tenían debajo del asiento. —Abre la puerta del Mustang y debajo del asiento encuentra nuestro tesoro. Escribe en el informe que el sospechoso tenía una onza de mariguana.

Un relámpago de plomo en dirección a mi frente. Más de repente la bala se sostuvo en el aire, como si esta fuera a tomar la dirección que yo quisiese; y lo hizo; a toda velocidad a la frente de la bestia. El otro cerdo me observo lleno de horror. Su cabeza estallo con mi mirada. Sesos volando por los aires, luna tornándose roja, era una sinfonía. Bella y siniestra, como la noche.

Camine hacia Jorge, tome su cartera del bolsillo, tenía cuatrocientos dólares en efectivo, que me los puse en el mío. Me dieron ganas de patearlo, pero no lo hice. Fui hacia donde Lola, con un suspiro cerré sus ojos verdes. Le di un beso en la frente y con lágrimas secas reflexioné mientras la observaba.

—Tenías razón. —le dije.

# El familiar

Por Rosa Margarita Hernández (Puerto Rico)

Ilustrado por Tomasz Alen Kopera (Polonia)/ Guardians of souls.

El perro del diablo, o tal vez, el Diablo mismo….

iendo miembro de la milicia de la provincia de La Rioja y en el desempeño del deber, di muerte a un hombre inocente. A consecuencia, caí en una nefasta depresión y hube de recluirme en un sanatorio por varios meses. Al salir, conforme a las recomendaciones médicas, no regresé a la milicia. Dando un salto al vacío alquilé una pequeña oficina y puse un cartelón sobre la puerta de entrada: A. Falcón, Detective Privado. Estimaba que el riesgo para mi salud mental sería menor; lo que no sabía en ese momento es que me aburriría de los casos que me llegaban, pocos, por cierto.

Estaba preparando el informe final de un caso más de adulterio cuando escuché unos tímidos golpes en la puerta. Me levanté a abrir porque estaba solo en la oficina. En la entrada se recostaba un jovencito por cuya vestimenta deduje que era un sirviente. Me dio los buenos días cortésmente quitándose la gorra que llevaba, y me entregó un sobre sellado. El mismo contenía una nota de doña Camila Vidal Vda. de Huidobro en la que me solicitaba que fuese a su casa con urgencia. Al leerlo, tuve la corazonada que sería un caso diferente: me personé de inmediato.

Doña Camila había sido famosa por su gran belleza. Conocía algo de su historia porque mi madre, QEPD, la admiraba mucho, aunque no pertenecíamos a la misma clase

social. Había contraído matrimonio con Huidobro siendo muy joven. Me contaba mi progenitora que ella era una señorita de alta sociedad en Buenos Aires cuando Huidobro la conoció y quedó prendado de ella. Ella, por su parte, enamorada, se acopló perfectamente al ritmo de nuestra sociedad en La Rioja y, por años, las fiestas y reuniones sociales que organizaba fueron famosas, siendo imitadas por otras familias de su mismo nivel social. Tristemente, como usted sabe, en total bancarrota debido a unas malas movidas financieras (y políticas, según se rumoreaba) Huidobro se suicidó, dejándola sola con tres hijos adolescentes.

Doña Camila, personalmente, me abrió la puerta. Me impresionaron su hermosura y el porte sereno a pesar de que se notaba que había llorado. Me invitó a sentar señalando una butaca, y me preguntó si quería café. Acepté aunque hubiera preferido mate, más saludable para mis sensibles nervios.

La viuda mantenía  mucha de la belleza que había enamorado a Huidobro, un poco ajada por los años y su tragedia personal. La casa tenía el aspecto de riqueza venida a menos. Las cortinas de pesado terciopelo, cerradas, daban una ambientación lúgubre a la estancia. Poco tiempo me dio doña Camila para que mis ojos recogieran detalles sobre la habitación. Su hijo mayor, comenzó, enterado del éxito del Ingenio Santa Ana, se había ido a la provincia de Tucumán a probar fortuna. Quería ayudar al hogar económicamente y esta era su oportunidad para hacerlo. No había ido a trabajar como peón en el Ingenio, cosa deplorable por cierto, porque estos eran tratados casi como esclavos a una paga irrisoria, me explicó.  Julián, como se llamaba el joven, era ayudante del administrador del Ingenio, en el área de contaduría. 'Se le dan bien los números'.

Mientras saboreaba el café y unos pequeños bizcochos, me trajo las cartas que había recibido de Julián. En las primeras, Julián escribía fascinado con la hacienda, diseñada por un arquitecto compatriota del dueño. El patrón era un ciudadano francés de nombre Clodomiro Hileret quien en 1889 había fundado el ingenio. En menos de seis años, escribía el joven, Hileret había conseguido amasar una inmensa fortuna. Santa Ana era el ingenio más grande de la provincia, lo que hacía de él uno de los hombres más ricos e

influyentes del país. Contaba que, para explicar la buena suerte del patrón, se decía que entre la casa principal, la del administrador, y el propio ingenio había pasadizos y túneles en los que vivía el Familiar a quién Hileret debía su éxito. Sea como fuera, al presente, el financiero había hecho del ingenio una ciudad: 27,000 hectáreas de terreno, un ferrocarril de 45 kilómetros, una usina de luz eléctrica propia, una central de teléfonos y 1,800 obreros. Como si fuera poco, había fundado la Villa Clodomiro Hileret entre el ingenio y la estación ferroviaria de Río Chico.

En una carta posterior, Julián decía que los peones estaban capturados de por vida, debido a sus deudas. 'La única forma que tienen para salir de aquí es fugándose, para evitarlo, el patrón cuenta con un grupo de hombres armados, en vigilancia constante'. El joven suponía que de ahí la leyenda del Familiar, mito que era capaz de detener al más valiente. Según la leyenda, en ritos satánicos, estos prisioneros, peones descontentos, eran ofrecidos a la bestia para saciar su hambre. Así cumplía el patrón la promesa de alimentarlo con un alma al año, a cambio de obtener dinero y éxito. 'Es muy difícil convencerlos de que el Familiar es pura invención. Eso los mantiene amarrados por el miedo'.

En la última misiva recibida, Julián informaba a su madre la intención de regresar. Sin detalles (como si sospechara que alguien ajeno leía sus cartas) señalaba que estaba teniendo problemas con el propio Hileret y que regresaría tan pronto pudiera.

A pesar del tiempo transcurrido desde el recibo de la carta, su hijo no había llegado y la angustia minaba la salud de la viuda. Quería que averiguara cuanto antes el paradero de Julián y me entregó un sobre con el dinero para cubrir mis honorarios, implorándome que, si estaba con vida aún, lo trajera. Contagiado de su urgencia, esa misma noche tomé el ferrocarril a Tucumán, llevando conmigo una maleta con ropa y otros objetos personales y un maletín pequeño en que guardaba un revolver y varias herramientas propias del oficio, que juzgué podía necesitar.

El viaje de La Rioja a Tucumán me tomó varios días en los que, como puede dar fe, hube de cambiar varias veces de línea ferroviaria. La distancia, el polvo, el aberrante calor me dejaron exhausto. De la estación de Río Chico me llegué a la Villa de Hileret. Allí

conseguí una habitación en un hotelucho y luego de darme un baño y cambiarme de ropa, inquirí sobre cómo llegar hasta el ingenio.

'A mala hora se cae por aquí' me dijo el hombre que me atendió al registrarme. Me explicó que estaban haciendo los preparativos para el festejo anual a los empleados. Bajó la voz: 'se supone que, durante la misma, el patrón entregará un peón al Familiar en sacrificio, pero esa es la parte de la fiesta que nadie ve'. Su tono era tal que más parecía una advertencia. Me invitó a un mate y mientras lo tomábamos, le expliqué que venía a ver a Hileret para un asunto de negocios y solo estaría unos días. Él por su parte, me contó lo que sabía sobre el Familiar, que no era mucho, pero sí impresionante. 'El familiar es un inmenso perro negro como la muerte y feroz como todo el mal del mundo, con un apetito voraz que se sacia solo con la entrega de un peón al año'.

Para llegar hasta el ingenio me alquiló un potro redomón, la silla y los aperos. Tan pronto intenté ensillarlo mi montura enseñó los instintos salvajes que conservaba. Logré, con algún esfuerzo, montarme al caballo y tranquilizarlo. Ya iba a marcharme cuando el hombre me trajo un facón pequeño. No estaba acostumbrado a usar armas blancas así que dudé. Me aseguró que era la única arma con la que podría dar muerte al Familiar. 'Si tiene que hacerlo no dude en achurar con él a la bestia'. Yo tomé el arma pasando con cuidado el dedo sobre su único filo, admirando su mango en forma de cruz. Lo aseguré a mi espalda por debajo del tirador con que amarraba la chaqueta a mi cintura.

El mismísimo Hileret me atendió y por la bulla y los preparativos me di cuenta que, en efecto, habría algún tipo de festejo. Me explicó que hacía una fiesta al año para los peones, que con ello los mantenía satisfechos. Esto último lo dijo ampliando la sonrisa jovial con que me había recibido hasta hacerla un tanto malévola para mi gusto. Me invitó a quedarme a pernoctar en su casa para que pudiera asistir a la celebración, lo que acepté, y me ofreció averiguar si Julián Huidobro era empleado de ellos. No le era conocido el nombre me aclaró, pero, de trabajar allí, el capataz lo conocería. No me prometía nada porque 'los peones van y vienen, no queremos ningún camorrero ni mañero zafado, a esos los despedimos de inmediato'.

Encargó a otro de su puesto y me llevó a la habitación para que dejara mis cosas. De camino a ella, me fue mostrando la casa con orgullo. Las lámparas de cristal las había traído de Francia, de donde venían los encajes de las cortinas. Hasta en los detalles más pequeños se notaba el amor puesto en aquella casa. Me mostró su oficina-biblioteca en que tenía ediciones originales de libros en francés y muchos de literatura española. Me invitó a tomar algo para leer si me interesaba y le dije que más tarde aprovecharía su oferta. Le pregunté por una segunda puerta en el salón y me pareció que le molestó la pregunta, 'es una de las varias que baja al sótano', me dijo. Pero contrario a otras que había abierto para que viera los salones, esta permaneció cerrada, intrigante.

Ya instalado, aproveché que todos estaban ocupados para volver a la oficina de Hileret. Me interesaba bajar al sótano. Sería fácil abrir la puerta con una ganzúa que llevaba y si era sorprendido siempre podría decir que había bajado a buscar algo para leer y que la puerta estaba abierta. Bajé al sótano procurando no hacer ruido. Llevaba el facón, escondido bajo la chaqueta de cuero.

Me interné por un pasillo alumbrado por quinqués, solo para descubrir que, efectivamente, eran varios los túneles y que todos convergían en una habitación abovedada. El animal dentro de la celda estaba amarrado por las patas delanteras a la pared de roca. Debía haberme sentido porque el inmenso mastín negro con cuernos de jabalí me estaba esperando. Me miró cómo si esperara que le abriera la celda. Me observó por breves segundos en los cuales se dio cuenta que yo no tenía la más remota intención de liberarlo. En ese momento rugió enfurecido, bramido que reverberó por los túneles. Con furia agarró con las patas delanteras los barrotes de hierro. Intentaba a la vez romper sus ataduras y derrumbar los barrotes para atacarme. Estaba frente al Familiar.

Era tanta su fortaleza que sus garras inmensas dejaban huellas al golpear la piedra. Sus ojos, rojos, casi cegaban por el brillo, y, porque temí que me descubrieran o porque el miedo me sobrecogió, eché a correr, tomando el pasillo equivocado. Me topé con una celda más pequeña en la que había un hombre. '¿Viene ya por mí?', su voz reflejaba una ansiedad angustiosa. El parecido con su madre era tanto que no tuve que preguntarle quién

era. Le aseguré que venía a sacarlo. El muchacho me miró incrédulo. Resignado, insistió que era demasiado tarde, que Hileret pensaba que había intentado que sus peones se sublevaran por lo que había decidido ofrendarlo al Familiar.

Me fue relativamente fácil abrir la cerradura de la celda. Lo ayudé a levantarse y avanzamos trémulos por los túneles intentando encontrar una salida al exterior. El ruido a continuación fue ensordecedor. El animal había roto los barrotes de su encierro, y nos perseguía, arrastrando las cadenas que golpeaban las paredes creando un estruendo pavoroso.

Sin un plan determinado y sin poder detenerme a sacar el facón, corrimos desesperados intentando huir de la fiera. Julián, debilitado por el encierro y la mala alimentación, venía rezagado. De un zarpazo la bestia lo alcanzó y comenzó a devorarlo, destripándolo como si fuera un muñeco, rasgando la carne, quebrando los huesos. Los alaridos de Julián y la miraba amenazante del Familiar, hicieron de mí presa del pánico. Huí enloquecido, perseguido por los aterradores gritos del joven.

Desperté en la habitación del hotel en la villa, sin siquiera saber cómo llegué. Solo conseguía tartamudear incoherencias. Por recomendación del médico que me evaluó, me internaron en este sanatorio. Aquí he vivido olvidado por todos. Insisten que estoy loco, que inventé la historia, que no es cierta. Nunca pude informar a doña Camila de lo acontecido a su hijo. Se lo cuento en detalle a usted para que comprenda lo que me sucedió. Explíquele que Julián murió, que lo vi con mis propios ojos. Que no lo busque más. Dígale que lamento no haber podido intervenir para salvar a su hijo. Es una imagen que me atormenta, que me desvela…

De sobra sé que yo no podré llegar nunca hasta la viuda. A pesar de que Hileret ya falleció, su Familiar quiere mi alma y cada vez lo presiento más cercano. Ya en varias ocasiones he visto sus ojos rojos espiándome por los barrotes de la ventana y sé que las ingeniará para apresarme.

Le suplico que lleve mi mensaje a la viuda. Dígame que lo hará, dígame que me cree. No estoy loco, no lo estoy. Escúcheme, se lo suplico. No le miento… No se vaya, por Dios, no se vaya…

# Lázaro[21]

Por Víctor Liberato (República Dominicana)

Ilustrado por Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico)/ S.t.

"Mi cuerpo un milagro molesto" Anne Sexton.

s cierto que Jesús me resucitó. También es cierto que aún hoy sigo vivo, con el mismo hedor a podrido y la misma hambre. Según creo no he envejecido. Mi silencio ha sido terrible. Escribo sólo para saberme acompañado. Estos papiros nadie más los leerá. El odio que sintió Jesús me castigó con esta longevidad. Cada día es un látigo.

La nueva vida me convirtió en exiliado y ladrón, incluso de pan. Oí que el maestro resucitó también a una niña. No la conocí, tampoco sé si es verdad esa historia. Muchos lo creían diferente, jamás lo fue. Su poder era hipnótico. Una noche desperté y lo vi llorando. Pregunté la razón y me dijo que los niños muertos cuando él y sus padres huyeron, no lo dejaban dormir. Su temor se le vino encima cuando lo apresaron. Le hicieron tragar todas sus palabras. No pudo salvarse, pero sí hizo que sus seguidores salvaran su nombre. En verdad fue su único milagro.

La gente que me conocía antes de morirme ahora me teme. Me quieren lejos. Mi familia no cree que sea yo. Estoy seguro de ser Lázaro, de estar vivo y de querer acabar con esta locura. No sé cómo desaparecer. Tengo las mismas necesidades que los demás.

Los apóstoles se hicieron ambiciosos y querían recibir la gloria prometida. Cada uno hizo su grupo para agilizar que se oficializara nuestra orden y ya no fuéramos perseguidos. Todos fueron asesinados, menos Juan. Lo vi pidiendo clemencia y fingió locura por su edad, prefirió las rejas.

[21] Publicado en Juguemos A Escribir

Ahí estaban hombres iletrados, pescadores y campesinos tratando de aparentar tener poder y ser obreros de Dios, tan sólo porque estuvieron oyendo a Jesús. Hábilmente me aparté de ellos. Nacieron calumnias sobre mi: decían que me casé, que me suicidé y otras muchas cosas. Todas falsas. Aún estoy acá. Mi condena a vivir tanto no sé si sea eterna, pero así me parece. Cansarme no me ayuda a acelerar nada.

Mi desilusión del maestro es porque nunca ha regresado. Nos mintió. Era común como los demás. Tenía sangre, miedos y ganas de vivir. Yo culpo a su familia por hacerlo leer desde niño los cuentos de los profetas. La ramera María fue la principal agitadora de la locura del carpintero. José no era su padre, pero sí amaba a María.

Conocí a Jesús cuando él estaba detrás de mi hermana. Nunca hablamos mucho, soy algo tímido, él era bueno con las palabras y me enredaba fácilmente. Alguna vez lo hice reír tratando de entender una de sus parábolas. Fue el único contacto íntimo que tuvimos. Después cuando quisieron hacerlo un santo, yo recordaba este incidente y negaba que no fuera un hombre como yo.

Me he hecho aficionado al vino. Todos los días lo tomo. Sólo he tocado a dos mujeres, claro, antes de resucitar. Ningún disfraz me funciona. Mi piel hiede a muerte. Soy un difunto. Ando triste, amargado y sin ningún propósito de tener esperanza. Quiero morir.

El abogado Saulo logró empujar la obra hasta caminos impensados. Su filosofía era implacable. Los maestros siempre quisieron tenerlo a su lado. Terminó cediendo. Su enemistad con Silas nunca se sanó. Ellos son los destructores de la religión de Jesús.

Ahora me muevo como fantasma. Siento la brisa, el frío y el calor de los días. No me abandona el hambre, nunca duermo. Mis ojos han visto todos los cambios, mucha sangre, música, líderes. Uno de nosotros mantuvo la fe hasta la muerte: Santiago. Su religión ya no existe.

# Invasores

Por Lynette Mabel Pérez (Puerto Rico) y Antonino Geovanni (Puerto Rico)

Ilustrado por Vanessa Arandt Lizardi (Puerto Rico)/ The Silent flight.

"Todo ángel es terrible".

Rainer María Rilke

stoy colérica. La furia invade cada una de mis neuronas. Soy ira en estado puro. Maldito sueño. Una sarta de sandeces. Será pan comido. Uffffffff casi puedo oírte decirlo. Lo mucho que disfrutaré pateando a esa idiota. No sabes cómo me gusta que me subestimen. Eso siempre juega a mi favor. La haré picadillo. Así es como me gustan las perras. ¿Acaso crees que estoy salivando por ti? Pues piénsalo otra vez. Aunque te imagines lo contrario no soy tu maldita perra. El disgusto es mutuo. Maldito invasor de sueños. Sé bien porque estás aquí, como el demonio invasor que eres decidiste entrar en mis sueños. Nada más fácil que matar ángeles. No puedes estar más equivocado. He oído hablar mucho de ti. Sé cómo empiezas el ataque. Me conozco todos tus trucos. Por esta vez no te saldrá todo según lo planeado. Yo tengo el elemento sorpresa a mi favor. Te he estudiado. Crees que sabes todo sobre los ángeles. Los demonios son tan soberbios. Eso los pierde. Los ángeles fingimos humildad. Nos hacemos los sumisos, pero yo también sé invadir cubiles, entrar sin permiso en los sueños de los otros. Los demonios nunca se lo esperan. Tengo la daga preparada. Sé que tú también. Eso

no me sorprende. Los demonios siempre van armados. Lo inesperado es que yo la lleve. Adrameleh, ya va siendo la hora de que te des cuenta que yo también puedo ser terrible.

—Después de todo tú podrías ser terrible, ja, ja, no sé si reír o llorar, pues tu angelical maldad no logra ahuyentar mi sueño. Me llamas invasor, ¿Cómo puedo invadir lo que siempre ha sido mío? ¿De qué te sirven los rumores y leyendas que te han contado sobre mí? Tú no me conoces, pero yo sé bien quien eres, pues te conozco desde tus raíces hasta tus malditas ramificaciones. Por lo tanto, deberías saber que para mí no existe el elemento sorpresa, ven con tu daga o con tu espada, si quieres ven con el ejército de los cielos, pero nadie, ni siquiera la sombra del altísimo te protegerá de mi embestida. ¿Acaso piensas que soy el tonto de Abaddona y que me arrepiento de mis vilezas? Retrocede antes de que desgarre tus vestidos y te despoje de la ternura celeste de tu maldito nimbo. Ve y cobíjate bajo su sombra y quédate allí por siempre, pues de lo contrario te llevaré a conocer las penumbras de la mortalidad. Disfruta la gloria de ser inmortal y sigue entonando tus cantos al cielo pues sé muy bien que no querrás conocer las sombras del viejo Agramón. Abandona tu batalla perdida o te arrancaré las alas y te convertiré en hija de hombre para que seas alimento de las pasiones de Araziel. Deja tu daga, tu espada y póstrate ante los pies de tu señor Adrameleh, pues yo te mostraré las bondades de los caídos y te sentarás a mi diestra como la gran señora. Los pueblos te adorarán, los caídos te harán reverencias y yo te llenaré de tanta gloria que no recordarás el maldito coro celeste. Abraza tu maldad y siente el calor de los infiernos que añoran la fuerza de tu espíritu. Te mostraré libertades que no conoces, pues destruiré las cadenas que te atan al suplicio de la servidumbre divina, serás servida en lugar de servir, serás venerada en lugar de venerar. Convertiré tus noches en días y tu espíritu brillará más que los siete soles. Ríndete y únete a mí o lucha y se destruida, si decides luchar, tu existencia se convertirá en polvo y sólo serás la perra perdida del desierto.

—Claro que puedo ser terrible. Crees que puedes desmocharme impunemente la punta de las alas. Arrancar cada una de mis plumas. Tendrás que replanteártelo. La mortalidad ya la conozco y no me asusta. ¿Tuya? Las ganas que te invaden. Los demonios siempre quieren comer carne de ángel. Empero yo soy incorruptible. Me imagino que nunca has estado ante una de nosotras. Piensas que me conoces. Que puede seducirme el hambre secreta de Araziel. Dime ahora quien cree en rumores. Apenas has rozado la superficie. Yo soy una Abdals y ceder no entra dentro de mi vocabulario. Crees que soy acaso como Uriel. Pues estás muy equivocado. Vade retro, demonio. Escucha avanzar al coro de los dominios y tiembla. No alcanzarás a ver el vestíbulo de Adiel. En cambio te están deparados los dominios de Abbaton. La muerte no te será suficiente cuando te enfrentes a Agaf. Voy siempre un paso delante de ti. Así que teme más que nada a mi daga. Es dura y afilada. Contiene la violencia latente de la clemencia y contra eso no puedes hacer nada.

—Has dicho que no alcanzaré a ver el vestíbulo de Adiel, ¿Acaso se supone que tal hecho haga brotar las lágrimas de mis ojos? ¿Quién te ha dicho que quería alcanzar el séptimo cielo? Te diré que ni siquiera el primer cielo me interesa, lo visto es lo visto, y lo vivido; lo vivido. ¿No sabes que puedo estremecer los malditos cimientos de tu cielo y cargar en mis bolsillos sus falsas calles de oro y embriagarme en sus mares de cristal? Osas amenazar mi existencia con tu dura y afilada daga, deberías saber que la fuerza para matar no yace en la daga, sino en el corazón del que la empuña. Según dices, no podré hacer nada en contra de la violencia latente de la clemencia. ¿Acaso soy yo la presa que necesita de tu clemencia o soy el depredador dispuesto a desgarrar tu alma sin vacilación alguna? Sí, mía, si esa fuese mi voluntad. Me hablas de Abbaton , ¿Es que no has escuchado que sobre sus dominios derramé mis fluidos e hice de sus tierras un lugar lleno de infertilidad? Pobre chiquillo que le teme a su propia sombra y que su lecho humedece con el dolor que yo le he provocado. Tu inocencia ha malinterpretado mis intenciones, pues jamás podría desmochar la punta de tus alas, ya que lo que haré será arrancarlas de raíz hasta dejar

cicatrices sobre tu alma, para que así seas condenada a vagar errante sobre el suelo. Hoy camino junto a Azazel y sus doscientos ángeles caídos, sí, aquel al que el gran Yahvé temía y por quien hizo la expiación en el desierto. Depón tus armas y olvidaré tus faltas, entrégame tu devoción y te mostraré la tierra prometida. Yo soy el pueblo escogido y mi cuerpo tu promesa, quita tus vestiduras, pues el lugar que pisas santo es. Baal, maldito becerro de oro que ha dejado sus desperdicios sobre las tablas sagradas. Fui yo quien empeño el arca del pacto por una copa de mosto. Te despojaré de tu blanca vestimenta, y te haré renunciar a tu altivez. Ven y te mostraré los restos de los apóstoles muertos, abandona tu cielo y déjame profanar tu sepulcro en las cámaras de mi reino. Escucho el coro de tus Ángeles y el clímax se apodera de mis sirvientes. Maldita ramera angelical abre tu boca y traga mis pecados, en cambio te diré que no me gustan los Ángeles crudos pues los prefiero bien cocidos. Sedúceme con la violencia de tu bondad y muéstrame tus infiernos ocultos. Así sellaremos nuestra alianza. Amén.

—Mi espíritu atravesó en sueños los límites que separan tu infierno de mi cielo. Ahora estoy aquí en lo profundo de tu cámara. Parada justo a tu lado. Sosteniendo con fuerza sobre tu cabeza mi daga. No debiste escoger nunca la ofensiva. No queda número alguno que contar. La cuenta atrás ha terminado. Ahora el cambio de táctica es obligado. La lucha cuerpo a cuerpo inminente. Mi densidad aumenta por momentos. He dejado de ser ingrávida. Mis pasos resultan pesados. Parece que mi cuerpo no es del todo ajeno a las leyes humanas. Resulta difícil moverse en este mundo, aun así, con las alas plegadas para poder confundirme con el entorno. Estando tan cerca de ti puedo sentir el olor de tu alma penetrando por cada uno de mis poros. Una gota de sudor se desliza por mi rostro presa de las leyes naturales. Una lágrima se estremece entre mis ojos angelicales. Admiro tu divinidad. Todo demonio fue alguna vez un ángel. Apunto al centro de tu vida. Todo mi fuerza prisionera en la empuñadura de mi daga.

—Allí estaba yo. Totalmente despreocupado. Mi mente divagaba sobre marejadas de sentimientos confusos. Entonces tú, como sigiloso depredador que se acerca a su presa; caminabas dejando huellas silentes que se perdían en los tumultos de mis pensamientos. Empuñabas tu daga con tu mano derecha, era tanto el silencio, que casi se podía escuchar el latir de tu inmortalidad. Gotas de sudor cubrían la hermosura del rostro que se ocultaba tras tus negros cabellos. Tu blanca piel emitía destellos que iluminaban mis tinieblas. Estabas tan cerca que podía sentir el aroma de tu alma. Una gota de tu espíritu surcaba tu frente y víctima de la gravedad caía lentamente hacia su inevitable destino. Al hacer contacto con el suelo se estremecieron los cimientos de mis infiernos, giré mi cuerpo rápidamente y pude ver mi reflejo en tu mirada. Dos destellos irreconciliables cubrían tus ojos, agua y fuego, cielo e infierno. Tu daga apuntaba a mi vida, te abalanzaste sobre mí y no me quedó otra opción que empuñar mi espada de bronce, la cual no conoce ni respeta las leyes de la inmortalidad. Era tal la fuerza de tu embestida, cuya furia resultaba incontenible; que utilicé el filo de mi espada para detenerte. Mas tu brutal acometida te lanzó estrepitosamente sobre ella hiriéndote mortalmente. Tu mirada se perdía en senderos baldíos y tu fuerza parecía desaparecer. Tu daga cayó al suelo, la sangre de tu herida se mezcló con tu sudor y tus rodillas se doblaron ante mí. Al verte desfallecer sentí que mi fortaleza me abandonaba, mis rodillas también cayeron y sostuve tu cuerpo entre mis brazos. Quité el cabello humedecido que cubría tu rostro y nuevamente me vi en la confusión de tus ojos. Sentí que perdía lo único que le daba sentido a mi vida, ofrecí mi vida por la tuya, mas tu Dios no pareció escucharme. Cuan impotente me sentí, el gran presidente de legiones, el gran Adramelech  no tenía el poder para salvar su propio corazón, el cual se hallaba oculto en el pecho de aquel hermoso ángel. Mi maldad y vileza desaparecieron, sentí que de mis ojos brotaron mares. Me miraste fijamente, tu boca dibujó una tenue sonrisa y tus ojos se cerraron para siempre. Entonces desperté entre el calor de mis infiernos empapado en sudor y en completa soledad.

—Ya te lo dije. Yo también sé invadir cubiles. Entrar sin permiso en los sueños de los otros. No hubiera querido tener que hacerlo, pero no existe otra forma de vulnerar corazones. No hay otra manera de acercar el cielo al infierno. Esta es la única forma que conozco de hacerte recordar. La inmortalidad debe ser muy triste para los que escogieron caer. Los piadosos tenemos nuestro cielo y no conocemos la densidad de los infiernos. Rara vez bajamos lo suficiente para verlo. Los ángeles casi siempre jugamos limpio, de vez en cuando hacemos uso de nuestros consabidos trucos, pero ustedes los demonios ya los conocen. No se supone que los tomen desprevenidos. Menos un demonio tan poderoso como tú. Esta es mi estrategia. Debo hacerte débil. Todos saben que este es mi modo de matar demonios, como podía yo saber que ya lo había hecho, cientos de años matando demonios, para encontrar ahora en uno de ellos un atisbo de bondad. Mala cosa esa. Siento que estoy jugando sucio. Parece que también los ángeles podemos sentir el fuego del infierno a flor de piel. Tal vez esto sea más que un sueño. Una premonición de futuro. Reconozco que por primera vez estoy en desventaja. Peor aún. Lucho a riesgo de perder mis alas y la vida con ellas. En todos los siglos que llevo como guerrera nunca había emprendido una batalla perdida. Los cielos me ayuden porque no existe la retirada y la rendición no es una opción. Se trata del viejo código de matar o morir. Toda transformación es una inversión. Lo que es arriba es abajo

—He exigido tu entrega. Te he exigido deponer las armas y postrarte ante mí. He querido corromper tu lealtad para que abandones tus cielos y cobijarte entre las sombras de mi reino. He querido destruirte y despedazar tus alas, pero no por ti, sino por lo que representas, mas he comprendido que mi lucha no es contra ti, ni contra ello, sino contra mi propia divinidad. Ya se cumplen mil años y puedo escuchar el crujir de las cadenas, pues el HERMOSO ha despertado. He sentido las garras de Agramón sobre mi pecho, pero no por temor a perder mi vida, sino por lo que me has hecho sentir, un sentimiento confuso y desconocido para mí. He sido un leal servidor de estas tinieblas durante siglos, he hecho mi reino de lo que era nada, pero ya estoy cansado de luchar. Mis heridas están

abiertas y tu azufre ha penetrado mis poros hasta llevar mi alma al punto de ebullición. ¿De qué me vale luchar y ganar el universo si no puedo tenerte? ¿Qué he de ganar con ello? He visto luz donde antes hubo oscuridad, pues aunque tu daga no ha herido mi cuerpo tu voz ha penetrado en mi espíritu adormecido. Has estremecido mis cimientos con la belleza de tu piel y tu hermosa silueta ha cautivado mis sentidos. Las columnas ya no pueden sostener mis dominios y procuro escapar antes de que mi vida se convierta en ruinas. Toma mis armas, pues depongo mi lucha, me he vestido de blanco en señal de rendición. Toma mi vida si deseas, despedaza mis adentros, pero no me prives de tu aroma, ni de la frescura de tu aliento. Seré condenado a vagar en el limbo, pues no seré aceptado en los cielos, tampoco en los infiernos, pero habrá valido la pena el sacrificio. Tu voluntad ha vencido y mi vida será tu presea, mas yo me quedaré con aquello que me has dado, de lo cual nadie me podrá despojarme. Total rendición ante lo que no se puede vencer, total sumisión a un poder superior al mío, ya no quiero seguir engañándome. ¿De qué me vale reinar en las tinieblas si soy cautivo de la luz de tu existencia? El demonio más temido ha caído, el gran Adramelech ha sido derrotado en su propio juego. Ironía existencial, el invasor ha sido invadido. He sido vencido, mas no por hierro o por fuerza sino por un poder supremo, del cual jamás podré escapar, pues lo llevo enterrado en mi pecho.

# La maldición que cayó sobre Jesitd

Por Markus Edjical Goth —seud.— (República Dominicana)

Ilustrado por Otto Rapp (Austria)/ Eye of the dark star

«Del rostro de un pasado arcano, tomaron vida los universos; de su silencio, la negrura de sus abismos; y de sus lágrimas… las Gemas de los Ymír.»

Fragmento del «Santo Libro Rojo».

§

a historia siguiente resume una minúscula parte de los desafortunados eventos acontecidos en el Ibik Jesitd del sistema Kamus, en el contexto de las obsesiones cósmicas del astrólogo Xiskeyano, Eíemek, quien fue guiado por la visión astral del misterioso alquimista Ordiano, Nemehriúz. Ambos serán los espectadores de las situaciones vividas por los expedicionarios del imperio de Inovus Ordo en el desaparecido Continente de Úm. Cabe destacar que Eíemek es el último vestigio milenario de la Orden Carmesí. Condenado por fuerzas superiores a ser protagonista de la desintegración de su amada Xiskeya.

Desafortunadamente, Jesitd es la crónica arquetípica de un mundo que agoniza sin esperanza, vista desde un lugar superior que agrupa todos los universos en uno. Maquinando, tal vez, una intención estructurada que solo será

afectada por las mismas acciones de sus actores. Ellos son —sin saberlo— la sustancia que alimenta los engranajes de ese *Diabolus ex machina*, la partícula viviente; el *Interioris Mundi* convertido —si así le podemos llamar— en un *Interiorisverso*, colmado de la semilla que crece y expande sus raíces: el esperma en la carrera de su supervivencia o el genoma universal que nos representa en las infinitas dimensiones.

§

—General, mire allá muy a lo lejos otras enormes rocas con símbolos, iguales a las esculturas que encontramos en aquel bosque misterioso —exclamó un soldado admirando aquel hermoso paisaje.

La expedición de hombres había salido con vida del quejumbroso bosque, su ascendente vegetación se confundía en las alturas velándolos de una gran oscuridad, prohibiendo que luces externas penetraran en el laberinto natural ocupado por sus visitantes. Era un extraño lugar rodeado por el aliento de la muerte, dotado de engañosos caminos que daban paso a la desesperación. Y así, grandes sucesos dieron como resultado el enfrentamiento frontal con fuerzas ocultas que acechaban en la oscuridad, sobreviviendo a estas pruebas que dieron paso al paraíso natural donde ahora ellos se encontraban. Una fértil llanura se distinguía amplia y hermosa, terminando en altas colinas que bordeaban su horizonte. Numerosas rocas cristalinas se presentaban a lo lejos, envolviendo su vegetación de un silencio sacro, interrumpido solo por el retumbar de las brillantes armaduras militares. La expedición se encontraba en un paraíso de dimensiones inimaginables: el Bragna, que llegaba hasta la misma puerta de los dioses.

El general Alexús Drúada se dirigió hacia los dos monjes que la Orden religiosa había encomendado para aquella misteriosa empresa.

—Espero que el propósito de nuestra búsqueda se encuentre en este lugar —sentenció molesto el General—. Debo prevenirles, aunque nuestro emperador aprueba

esta loca incursión, en lo que hemos estado aquí muchos de mis hombres han perecido. Espero que estos designios proclamados a nuestro gran Soberano sean verdaderos, porque nada me traerá más satisfacción que patear sus cabezas cuando el verdugo las haya cortado.

Norgos, el monje de largos cabellos azules, dijo:

—Su precipitación, mí querido General, no nos aporta nada en estos momentos, debe saber que todos los recursos serán usados para beneficio de nuestro gran imperio, y el conocimiento de nuestros orígenes nos sitúa en la cúspide con nuestros otros antepasados.

—¡Bah! Supersticiones expresadas por filósofos y eruditos. Mire a su alrededor, hemos recorrido lugares pedregosos, un desierto infernal y un bosque infestado de podredumbre, y mírenos aquí, todo lo que hemos visto son unos murales de origen desconocido y esas malditas rocas cuyos símbolos incluso ustedes no pueden entender —rebatió el General.

—¡Vaya! Veo porque le llaman el hombre de piedra mi General, nada le sorprende, ni siquiera el hecho de las cosas que hemos visto en este suelo sagrado. Debo recordarle que nuestra autoridad está por encima de la suya, me doy cuenta que su entusiasmo no es el mismo que el expresado por el emperador y nuestra Orden. Cuidado General, eso puede ser muy fatídico para su persona.

El General dejó salir una sonrisa seca, y nuevamente su rostro tomó una actitud fría delante de aquellos dos monjes, y dijo:

—Si quisiera en estos momentos les cortaría sus cabezas y las dejaría empalada en este lugar, todos mis soldados me siguen ciegamente y al menor movimiento de mis manos los harían trizas. No me importa el rango que le han dado o si son de la orden religiosa; en estos lugares velo por mis hombres y no me gusta cuando pierdo soldados sin un sentido que no sea la guerra.

—Por favor General, no se exaspere —dijo Mízrha, el monje encapuchado—. Nuestro viaje ha sido largo, y un mal entendido no es bueno para nuestra causa. Estamos en estos parajes sagrados para descubrir sus secretos y sin su ayuda no estaríamos aquí. Todos estamos agotados, pero muy pronto tendremos las respuestas por la cual hemos venido.

—Eso espero, por el bien de ustedes…. eso espero —sentenció el General alejándose en su caballo.

—Estamos en el final de nuestra búsqueda, lo puedo presentir, debemos proseguir, pero debemos tener mucho cuidado, Norgos, este lugar no me agrada; aquí nuestra magia no es tan poderosa. —concluyó Mízrha.

Momentos más tarde, Mízrha se aproximó hacia las tropas que estaban en posición de atención y orden. El General estaba junto al teniente Isvaárf pasando revista de las bajas y seleccionando los hombres que vigilarían el lugar donde se encontraban. El monje lo interrumpió.

—General, debemos continuar nuestra marcha, no nos podemos detener ahora; estamos muy cerca de nuestro objetivo y una demora podría ser fatal para esta empresa.

El General le miro con serenidad y dijo:

—Entiendo su preocupación hechicero, pero debemos descansar un tiempo prudente. Enviaré a varios soldados para que inspeccionen aquellas colinas, debo estar seguro del número de bajas que perdimos para saber cómo actuar en caso de ser necesario. Además, llevamos varios días sin detenernos recorriendo todos estos parajes, sin contar el tiempo que perdimos en aquel maldito bosque.

Varios días transcurrieron desde que los tres expedicionarios seleccionados por el General habían traído buenas noticias. Aún la calma y el silencio se sentían en aquellas llanuras; el cielo irradiaba gamas doradas confundiéndose con las nubes que se fundían en las altas pendientes montañosas. A pesar de aquella sensación de tranquilidad, la naturaleza se presentaba esplendorosa e irreal. El General dio la orden de levantar todas las tiendas y

proseguir la marcha, pues, a una considerable distancia donde aquel exuberante paisaje se confundía con la cima más prominente de sus colinas, encima de ella, se distinguía otro espectáculo impresionante: en la parte más baja, continuaba una planicie extraordinaria, separada por dos rocas megalíticas de dimensiones inimaginables que permitían el acceso hasta un deslumbrante jardín iluminado por dos rayos de luz provenientes de la cima de una pirámide cóncava. Era una tierra de gigantes, habitada en su interior por rocas cristalinas talladas con diversos caracteres.

Los monjes se encontraban en total silencio observando cada detalle a su alrededor, habían descendido de las altas colinas, y se disponían penetrar en aquel paraje misterioso. Mízrha se había adelantado con una pequeña expedición directo a la entrada de las prominentes rocas megalíticas. Cautelosos, llegaron al deslumbrante jardín y, arropado por su exquisito aroma, fueron envueltos en una trampa que se extendió marchita en su follaje, dando nacimiento a nauseabundas formas tentaculares. Rocas cristalinas se desprendían del suelo irradiando luces tenues de su interior, elevándose lentamente a varios metros de distancia. Al mismo tiempo, un sonido estremecedor provocó una avalancha procedente de uno de los monumentos megalíticos.

Mízrha, en un acto desesperado, exclamó:

—¡RETIRADA! ¡RETIRADA!... Es una trampa, salgan todos del jardín, hay un aura muy maligna en estas tierras, salgan fuera de allí.

Varios soldados fueron arropados por la vegetación que ahora formaba parte del paisaje. Los pocos sobrevivientes que pudieron salir del terreno se encontraron con la desagradable sorpresa de ser sepultados por las lágrimas rocosas de uno de los dos gemelos arcanos. Norgos observó a poca distancia una nube prominente de polvo rojizo procedente de los escombros en la entrada. En su interior se distinguía una silueta que se avecinaba lentamente, mientras gritos desgarradores se confundían con el rugido de algo repugnante.

Las tropas estaban en posición defensiva, opacados por la enorme silueta que fue a su encuentro. Un rastro de fuego seguía sus pasos. Se presentó imponente una funesta

bestia bicéfala unida por cientos de cuerpos pálidos, cuyas tres largas colas marcaban una estela de fuego en su caminar. Lluvias de flechas surcaron ennegrecidas los cielos, penetrando la piel de cuerpos pálidos mientras la caballería se abalanzaba con sus espadas, acertando en los miembros de la abominación; despertando una colmena de seres hambrientos que envolvieron a varios de sus contrarios. Ojos centelleantes se posaron en dirección al monje, abalanzándose rápidamente a su encuentro. Entonces, Norgos sacó un cristal oscuro de sus osamentas, lo hundió en la tierra e invocó palabras de tiempos arcanos.

El cristal empezó a alargarse tomando la forma de un báculo, irradiando de su interior un aura púrpura que protegía a su portador al tiempo que disparó un rayo certero a la blasfemia. El impacto retuvo a la bestia unos instantes, sus fauces se abrieron emitiendo un rugido ensordecedor, para luego avanzar furiosa hacia su presa elevándose en las alturas. Otro rayo surgió de las entrañas de la tierra impactando completamente a la amenaza, consumiéndola en llamas. El estremecimiento de la caída se mezcló con los gritos victoriosos de las tropas, procediendo los vencedores a continuar su misión. Mientras tanto, Mízrha caminaba cubierto de una vegetación de tentáculos que daban acceso a la gran pirámide. Su mano derecha sostenía un ornamentado báculo, rematado en la figura de un ídolo grotesco. El extraño tótem, dejaba ver en su frente una piedra preciosa que iluminaba todo el ambiente, resguardándolo de la muerte.

Las tropas se dispersaron con pasos cautelosos, alejándose de la enorme masa calcinada. Norgos se encontraba aún de rodillas. La amenaza había terminado. Se sentía sumamente agotado. Quedándole fuerzas solo para levantarse.

—Despliéguense rápido no podemos perder tiempo. Reúnanse con las otras tropas de avanzada cerca de la avalancha, debemos llegar al otro lado a como dé lugar —gritaba a lo lejos el Teniente.

—Muy admirable su hazaña hechicero…. Admito que nos ha sacado de una situación difícil, pero nada que no pudieran resolver mis hombres —dijo orgullosamente el General.

—Nada es lo que parece en este lugar, pueden ocurrir cosas peores, estas tierras son un vestigio dejadas por los dioses y sólo podrán ser vencidas con magia, poco hubieran hecho sus espadas mi General —expresó Norgos en aquel instante, mirando fijamente la gigantesca masa calcinada, ubicada muy cerca de donde él se encontraba.

—Hechicero, dudo que su amigo haya sobrevivido a la avalancha, a menos que su magia sea tan poderosa como he escuchado —dijo el General.

—Su magia es muy poderosa, créalo General, es la única persona que nos puede sacar de aquí… con vida —respondió Norgos.

—Aunque tenga mis diferencias con la Orden, estoy bien al tanto de sus actividades. Esperemos que los dioses hayan sido benevolentes con su amigo —concluyó el General.

Un grito agónico se escuchó en dirección donde se encontraban los restos calcinados de la bestia. Un líquido viscoso comenzó a manar de la tierra llevándose consigo todo ser vivo a su paso, fusionándose con la abominación. La metamorfosis fue de una transición acelerada. De los miembros surgieron nuevos seres devorando la parte afectada… dando vida a la bestia.

—¡LA BESTIA HA RESUCITADO!... Esta poniéndose en pie… ¡ESTÁ VIVA! —gritó sorprendido un soldado.

—Hechicero, rápido debe adelantarse, consiga lo que vino a buscar en aquella pirámide, nosotros le detendré…— un golpe certero fulminó el caballo del General, expulsándolo lejos de donde el monje se encontraba. La abominación había removido parte de la tierra sin que ninguno de ellos pudiera reaccionar al impacto.

Grandes zarpas fueron directas hacia el monje, repeliéndolas con el poder de su báculo de cristal. Cansado, fue vencido por el retumbar de una tierra que se abría ante las pisadas de aquel gran coloso cubriéndolo con su fetidez, agonizando en la oscuridad del sueño eterno. El dolor no había cesado, su mirada apagada todavía distinguía una luz; sus labios resecos dejaron salir un grito desesperado. Él sabía que aún no había llegado su

final. Un esfuerzo sobrehumano iluminó el terreno. Del monje emanó una energía que se extendió por encima de las pestilentes formas asfixiantes; levantando en cada segundo el miembro ejecutor que intentaba aplastarlo. Norgos sintió la infinita oscuridad de unos enormes ojos vacíos en cuyo interior se movían seres acuáticos, quienes le observaron fijamente. Ahora, su concentración se vio perturbada por aquella presencia maligna; obligado a ceder su poder… comenzó a hundirse en la tierra.

—¡FUERA DE MI CABEZA!, ¡FUERA DE MI CABEZA! —gritó Norgos, aumentando más su energía corporal.

La presión mental entre los oponentes fue en aumento, el cuerpo del monje empezó a vibrar de una manera intensa; un sudor escarlata salió de su rostro sintiendo una presión gravitacional en toda su piel, transformándose el momento en una verdadera guerra mental. El brazo izquierdo del monje comenzó a ceder, quebrándose y explotando en pedazos. Al mismo tiempo, el ojo derecho de la bestia estalló, mezclándose restos fétidos con las vestiduras de su adversario. La bestia se retiró adolorida. El cuerpo moribundo del monje se encontraba tendido en la mugre; la sangre se había mezclando con un líquido pastoso de color azulado. Todavía mantenía su consciencia intacta, escuchando el resurgimiento de una lucha que no había concluido. Sintió unas manos pesadas que lo sostenían. Era el teniente Isvaárf, aquel a quien el General consideraba su hombre de confianza.

—¡Monje!, ¡monje!, levántese, debe ponerse en pie. Hay que llegar al otro lado de la entrada. Estamos haciendo retroceder a la bestia con nuestras armas, no resistiremos mucho tiempo… Le necesitamos —dijo Isvaárf.

—¡Hechicero levántese! Es una orden, debe continuar, no hay tiempo para descanso —dijo una voz por encima de ellos.

El General observó a los dos hombres, su armadura todavía mantenía el esplendor de su jerarquía llevando consigo su espada y un hacha de dos hojas filosas. En su entorno, el cielo se oscurecía reflejando matices escarlatas mientras, allá en lo alto, la

sombra mortal de cientos de flechas recorría el horizonte en dirección a aquel enemigo feroz.

—La palabra… Es la palabra hecha carne… el sello sacro grabado en su frente —dijo Norgos.

—Está delirando Teniente, ya pronto estará muerto, ha perdido mucha sangre, debemos proseguir no hay más remedio… Venceremos o tendremos una muerte gloriosa en estas tierras —dijo el General.

—El sello… el sello que está en su frente izquierda… es la clave… Pude sentir su esencia… para darle muerte… debe ser profanado —dijo Norgos apretando fuertemente el brazo izquierdo de Isvaárf.

Los ojos del monje se movieron lentamente, su cuerpo estaba reaccionando, sorprendiéndose los presentes de aquella fuerza de voluntad. De sus labios emanó un susurro que calentó al rojo vivo su mano derecha; la colocó sobre el muñón de su otro brazo, exhaló un lamento de dolor… y la parte afectada comenzó a cicatrizar.

—Teniente, elija algunos hombres y lleve al hechicero a la pirámide, tengo una idea para detener a aquel parasito —dijo el General.

Los tres escalaron los escombros rocosos, seguido de una guarnición de soldados. Al otro lado, divisaron estupefactos el paisaje del antiguo jardín, transformado en una vegetación impenetrable de tentáculos.

—Teniente Isvaárf, me has servido bien, eres un hombre honorable. Desde ahora quedas al mando de las tropas, tus órdenes son las mías, no pude elegir un mejor sucesor. ¡Váyanse ya! —exclamó el General en medio del estruendo de la batalla.

—Pero General…. Usted es nuestro líder, yo no podría… —dijo de una manera entrecortada el Teniente.

Isvaárf le miró fijamente con el rostro llenó de aflicción, él sabía el significado de esas palabras…. ya jamás volvería a verle.

—Apéguese al plan, es una orden Teniente. ¡Váyanse ya! —gritó molesto el General.

Seguido por varios soldados, el General subió a la cima más alta de la avalancha rocosa, mientras observó a lo lejos al monje y sus hombres perderse en la jungla impenetrable. Continuó escalando, adentrándose en la enorme abertura que dio origen a la abominación. Desde allí, la vista se mostraba confusa; distinguiéndose una lucha aguerrida que él pretendía finalizar.

—Mis soldados, mis guerreros, el orgullo del gran Imperio Ordiano, cercenados por aquella blasfemia —dijo de una manera molesta, para luego continuar—. Mis antepasados, la Casa Drúada, cuantas tierras conquistadas por Enólf, El Valiente, padre de mi padre; guerrero entre los guerreros. Cuantos infieles derrotados por Itzmal, El Sanguinario, mi padre. Hoy me siento orgulloso de servir a nuestro gran Emperador Corvinus III, El Sabio… ¡Hoy es un día glorioso para morir! —gritó el General escuchándose el eco en todo el lugar.

Sus brazos agitaron un estandarte en señal de provocación, la bestia le observó a lo lejos, desplazándose rápidamente entre sus enemigos. Escaló los residuos de rocas que aún descendían de su pendiente, haciendo que sus movimientos fueran menos agiles. Él observaba al enemigo aproximarse a su encuentro, su armadura se encontraba dispersa en el terreno. Sabía que el menor peso corporal era determinante para lo que tenía en mente.

—¡AHORA! —gritó.

Arqueros procedieron a disparar sus flechas directamente sobre las cabezas de la bestia bicéfala. Aprovechando esta distracción, el General sujetó su hacha, se lanzó hacia el vacío y descendió sobre la cabeza izquierda de la abominación. Las filosas hojas penetraron las costillas de uno de los seres, tomando el intruso una postura más cómoda. Rápidamente escaló la frente directo al sello que resguardaba el mar de carne viviente. Cuerpos pálidos se abalanzaron en su contra emitiendo sonidos chirriantes para ser repelidos por su instrumento de muerte. Aquel guerrero, extendió sus brazos para dar el golpe definitivo al pentáculo. Su movimiento fue rápido, sacudido por la cabeza que lo

expulsó fuera de él, para darse cuenta del sabor escarlata que salía de sus labios. Sí, tan rápido como una saeta que emprende su vuelo directo a su objetivo y llega al mismo centro del corazón, así fue la vista de un cuerpo empalado por filosas cuchillas salidas de una de las fauces bicéfalas. El instante del deceso fue tan audaz como el intruso que se encontraba en su cima, dejando una sonrisa macabra a su antagonista al ver el sello profanado por su filosa hacha.

Destellos de luces salieron del cuerpo de la abominación. Caía desde lo alto, separándose sus formas corruptas. Su aullido fue tan desgarrador que fragmentó por entero al gemelo megalítico que daba acceso a la entrada. Lo que fue un Ser abominable y blasfemo se transformó en partículas de polvo esparcidas por el viento.

Norgos y sus acompañantes se abrieron paso entre la maleza, deteniéndose sólo para escuchar el lamento infernal de la bestia, seguida del colapso descomunal de enormes rocas desprendidas de su seno. Socorrido por Isvaárf, iluminó con su báculo de cristal la maleza a su alrededor, protegiendo a sus acompañantes. A cada paso, una furia natural se agitaba de manera más violenta. El tiempo se había detenido para ellos, solo marcado por el resplandor de rocas cristalinas que levitaban en un cielo escarlata. Los visitantes penetraron un terreno marcado por figuras orgánicas alrededor de una arcaica pirámide cóncava; adheridas al tejido nervioso proveniente de su cúspide. Muy cerca de ellos, una luz luchaba por salir de la maleza. Norgos sintió la voluntad de una esencia consumirse lentamente:

—¡Mizrha!, es Mizrha, está atrapado en su interior, su fuerza vital está siendo absorbida por las raíces, debemos sacarle de ahí antes que la luz de su báculo se apague — exclamó alarmado.

Sus pasos fueron en dirección al resplandor. Sintió el fuerte retumbar de una tierra corrupta que se consumía a cada instante abriéndose ante sus ojos, sumergida en la podredumbre de la bestia que agonizaba sin decidirse a morir, eructando su hediondez en las inmediaciones de un corazón geométrico en forma de pirámide. No había saciado su deseo, sometiendo a sus intrusos en su inmundicia. Su esencia gris amenazaba con

consumirlos; con arroparlos sin garantías de vivir; succionando su sangre lentamente en presencia de algo que escapaba a su entendimiento.

Un resplandor de gran intensidad se extendió en toda la planicie desintegrando las vampirezcas raíces. Mízrha se había liberado de su prisión, sus osamentas estaban marcadas por el yugo de una fuerza que pretendía devorarlo en sus entrañas. Su mirada distinguió la presencia de su mutilado amigo y otros sobrevivientes. No obstante, nuevas formas empezaron a resurgir de las grietas.

—Rápido, monje, deme la mano… Debemos llegar a la pirámide antes que la tierra nos consuma —dijo Isvaárf sosteniendo a Norgos nuevamente por su hombro.

La superficie empezó a levantarse. Un estruendo avasallador daba paso a las venas internas de una tierra corrompida, opacadas por la negrura indescriptible que llegaba desde lejos. Mízrha se balanceaba en la claridad de su báculo ante la agitación de los temblores, viendo a soldados desaparecer en la oscuridad. En su desesperación, advirtió una proyección horrible: la materia oscura desprendida del sello de una estatua colosal absorbía el paisaje lentamente; extendiéndose en la distancia y devorando todo a su paso. Una línea imaginaria separaba el plano físico del cósmico, siendo tan perfecto su recorrido, como si un espejo invisible presentara el camino de dos dimensiones opuestas reflejando su interior.

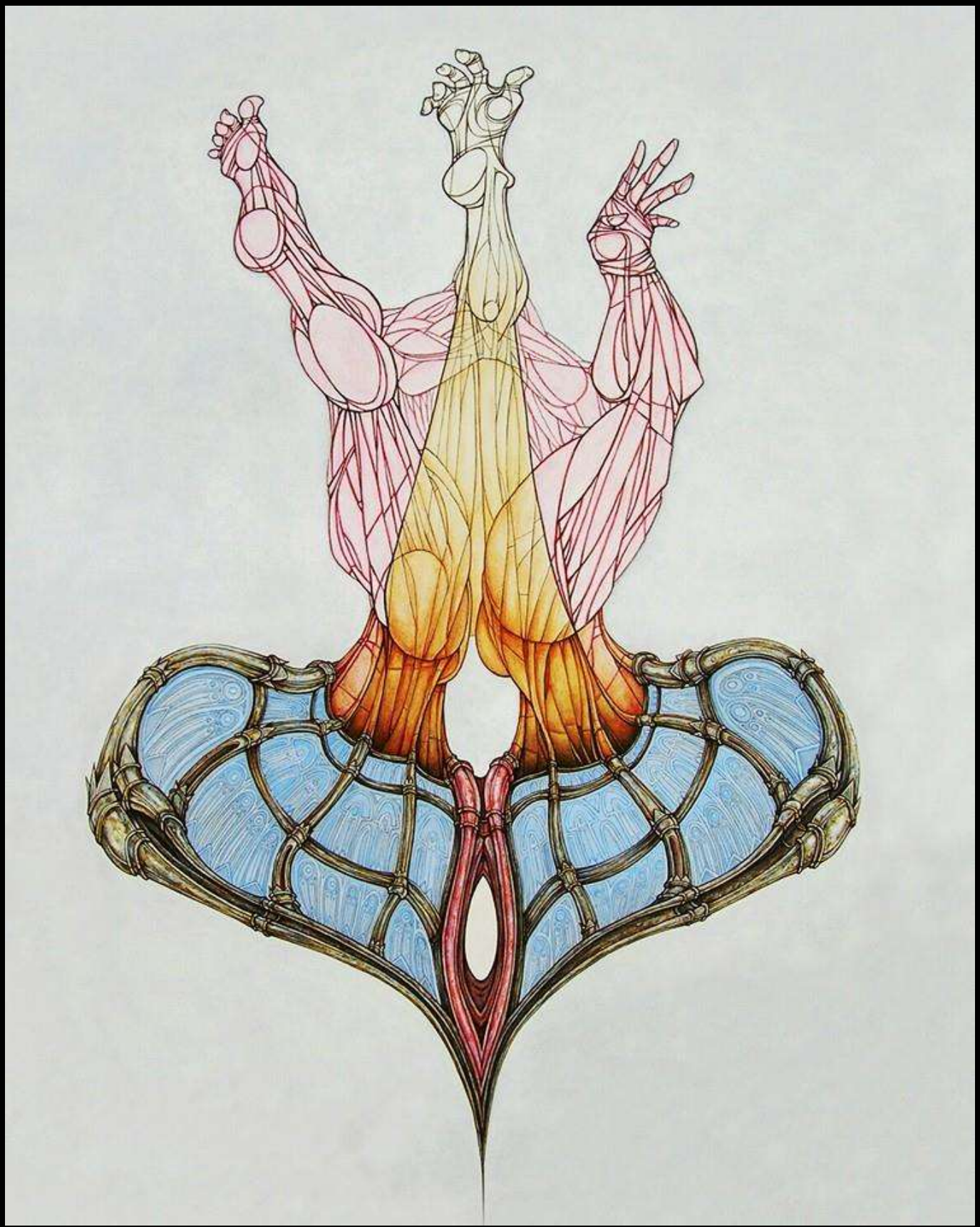
—¡CORRAN! ¡CORRAN!... Viene hacia nosotros —gritó Mízrha.

El monje sobrevivió con su acompañante a una tierra que se perdía en el abismo. Guiados por la magia de Mízrha, habían penetrado al vasto laberinto de raíces que rodeaba la gran pirámide llegando hasta la ascendente escalinata geométrica. Otro fuerte temblor les sorprendió en sus pasos, seguido de serpentinas raíces que envolvieron las piernas de Isvaárf, arropándolo en su interior. El momento fue dramático. Norgos vio marchitarse un cuerpo corpulento hasta solo quedar ceniza. Mientras en la distancia, unos pies colosales se hundieron en toda la vegetación, aplastando y consumiendo en la oscuridad todo su entorno. Mízrha hizo un esfuerzo sobre humano para llegar a la cúspide de la pirámide, fascinado por el palpitar de cientos de venas nerviosas; enlazadas a una estructura circular

que alimentaba con su sangre un altar en forma de serpiente arqueada; dotada de una cabeza en ambos extremos y ostentando en sus fauces abiertas una gema de inenarrable belleza.

Norgos encontró a su amigo envuelto en una luz carmesí que ascendía en las alturas. La sombra de una mano gigantesca cubrió los cielos en dirección al altar, logrando el monje sostener la otra extraña gema. En aquel instante, sus ojos se cerraron esperando el final. De repente, un rayo azul se desprendió de su interior perdiéndose en la oscuridad del infinito. El altar disparó una onda de luz que penetró la forma inmaterial del gigante, cortándolo a la mitad e introduciéndose en su dimensión, ocasionando una implosión que lo desintegró en su propia oscuridad.

Los ojos de un hombre nuevo se abrieron ante el caos. A su lado vio el cuerpo desnudo de un Ser carmesí en estado de meditación. Ahora miró a su alrededor, el horizonte estaba teñido del color de la sangre, y solo la oscuridad de un extenso abismo contrastaba con la infinita columna que les mantenía en las alturas. Miró sus manos, en ellas sostenía una gran gema azul que le susurraba el lenguaje de los dioses. Y por primera vez vio su destino grabado en el cosmos, y por ello fue odiado por su contrario. Una criatura alada se posó en las ruinas del altar, les observó pegando un grito y, retomando su vuelo, desapareció en aquel horizonte muerto. Ya la suerte de Jesítd estaba echada, todo se veía venir. Ahora él volvió a cerrar sus ojos, y en sus visiones pudo ver el embajador del todo… El Ibik inmortal. Comprendió que solo era un grano de arena en la infinidad de sus arquetipos que luchaban una guerra... Una guerra eterna.



# Mátala

Por Aracelis Mireles (Républica Dominicana)

Ilustrado por Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba)/ Catedrales sumergidas.

stán aquí para hacernos daño, porque son los mismos que mataste. Te piden que haga cosas. Dicen que debes matarla. Sí, mátala.

Te despiertas sin siquiera saber tu nombre y ellos están a nuestro alrededor. Dicen que te ayudarán, que dentro de poco tiempo te sentirás mejor. Giras y observas la mesita de noche, encima de ella, un vaso desechable y un cóctel de pastillas en otro más pequeño. Te tomas las pastillas, el agua. Los sigues viendo. Los escuchas fuerte en tu cabeza.

Necesitamos salir de aquí. Corre. ¿Hacia dónde?, No sabes a dónde ir, tienes que esconderte de ellos, de todos. No quieres escuchar a nadie.

Tienes que recobrar tu vida, a tu hijo, a tu mujer. No, a ella no. Por ella es que te está pasando esto, te embrujó. Sí, esa maldita bruja con la que te casaste nos maldijo porque la golpeaste. Necesitas encontrarla, la tienes que matar. Eso es lo que te dicen. Mátala. Te repiten que la mates, que todo va a estar bien si la matas. Mátala. Les creemos. Todo tiene sentido, es muy fácil de comprender. Es su culpa.

Debes encontrarla, matarla. Hacerle pagar por lo que nos está haciendo. Pero ¿Y si se convierte en uno de ellos? Todo terminara cuando la mates. Tiene sentido.

Sales de la casa. Comienzas a caminar, pero debes correr. Corre. Ellos te dicen que si no la matas rápido no funcionará. Debes encontrarla. Corres. No sabes a dónde vas, pero tienes que correr y encontrarla. Es ella, está en la esquina. No, no es, ni siquiera se parece. Sí, es ella, mátala. Les crees. Te le acercas. La empujas hasta un callejón. ¿Qué está pasando?, te pregunta. La pegas de una pared, sacas tu daga y comienzas a apuñalarla. Hay mucha sangre y ya no la escuchas gritar. La dejas caer al suelo. La observas. No era ella, ni siquiera la conoces.

Ellos ríen y te siguen repitiendo que debes matarla. Mátala. Quieres que esto acabe, pero no sabes donde está. Debes encontrarla. Te siento cansado. Esas pastillas nos están destruyendo. No sé para que las tomas, no estás loco. Sabes lo que ves, lo que escuchas. Ellos te quieren matar para que no la mates. Por eso te dan esas pastillas. Tiene sentido.

Tienes que matarla. No aguantas más. Las voces. Mátala. Sabes que debes matarla. Tienes que volver a casa. Estás cansado. Sientes que tu cabeza da vueltas, el mundo se torna oscuro de repente. No puedes caminar así. Te sientas en la acera… te acuestas en la acera.

Abres los ojos. ¿Dónde estás? ¿Quién te puso esta ropa? ¿Dónde está la sangre? Te levantas de la cama y te acercas a la puerta. Está cerrada por fuera. ¿Dónde estás? Comienzas a golpear la puerta. Tienes que salir de aquí. Abren la puerta. Entra una señora que te "invita" a volver a la cama. Le obedeces. Un hombre entra al cuarto con una bandeja en las manos, allí tiene una jeringuilla cargada. Te echas hacia atrás en la cama, intentas levantarte pero él te sostiene, la señora toma la jeringuilla y coloca la bandeja en una mesita. Dice que es por tu bien, que es un tranquilizante para que no hicieras más daño. Ella dice que hace unos momentos te intentaste escapar y mataste a una doctora con un bisturí que le quitaste a la misma. Intentas soltarte de las manos de aquel hombre, pero te sostiene fuerte y la mujer te inyecta en un muslo. Poco a poco dejas de resistirte. Tus ojos se apagan.

Debes salir de aquí. No estás loco. Sabes lo que ves, lo que escuchas. Tienes que salir y matarla antes de que ellos nos maten. Cada vez que vienen nos hacen sentir peor. Debes escapar.

Aún dormías cuando la mujer entra al cuarto a suministrarme los supuestos tranquilizantes. Viene sola. Sólo escuchas sus pasos al entrar. Se te acerca para colocarte el veneno. Debes hacerle creer que sigues dormido. Sientes como ella desliza tu pantalón lentamente para no despertarte. Pero ya estás despierto, sólo que ella no lo sabe. Giras rápidamente y le arrebatas el supuesto medicamento de las manos. Tapas su boca y la inyectas en el cuello antes de que grite. La sostienes hasta que se queda dormida. La acuestas en la cama y la cubres totalmente con la sábana.

Es de noche. El pasillo está vacío. Sólo se escucha los gritos de algún verdadero loco. Caminas por los pasillos. En la recepción del centro no hay nadie. Tan sólo observas al guardia de seguridad en la puerta. Te devuelves en silencio hasta tu habitación.

Te acercas hasta la mujer que duerme en tu cama. Le quitas las llaves de los cuartos y comienzas a abrir las puertas. Los despiertas y les dices que se pueden marchar. Algunos ni siquiera se mueven de sus camas. Pero la mayoría sale corriendo y gritando por los pasillos. Entras a tu cuarto y entrecierras la puerta. Observas por la ventanilla como el guardia intenta atrapar a algunos. Abres la puerta de golpe y corres hasta la salida, el guardia ni siquiera lo nota. Es que no estás loco, uno no podría planear esta huída.

Sales de aquel centro. Tienes que correr. Corre. Saben lo que dicen. Sigues corriendo. Tienes que alejarte de allí, mientras más lejos más cerca estarás de ella. Estás débil, tus piernas están cansadas. No puedes parar ahora. Te sientes tan cerca de ella, pero la verdad es que estás en medio de la nada. Todo está tan oscuro que ni siquiera divisas el camino por donde vas andando. Sólo sientes el pavimento bajo tus pies descalzos.

No puedes dejar de caminar. Si te detienes, ellos te encontrarán. Nos van a matar. Te arroyarán con un auto y dejarán tu cuerpo en la carretera. Sí, eso es lo que nos harán. A lo lejos observas una pequeña luz. Por fin nos acercamos a la civilización. Corres. Aquella luz sigue a la misma distancia. Tienes que alcanzarla.

Es la luz de un farol. Te sostienes de él para no caerte. Sientes que no puedes más, tienes que descansar. Ese veneno nos está matando lentamente. Un poco más adelante observas una casa, tiene las luces exteriores encendidas. Corres hacia ella con las pocas fuerzas que nos quedan. Tocas la puerta como si la quisieras derrumbar. Escuchas una voz dentro de la casa. Conoces esa voz: es la mujer con la que te casaste, a quien golpeaste, esa maldita.

Ella abre la puerta. Al observarte se lleva la mano derecha a la boca. Te mira asustada. Le dices que estás mal, que necesitas entrar, que te persiguen para matarte. Ella te permite pasar, te dice que te dará un poco de agua y se pierde en el pasillo oscuro. La sigues, no puedes perder la oportunidad. Es ella y la tienes que matar. Entras a la cocina en silencio. No la ves. Sientes que te tocan el hombro, giras, es ella. Te clava un cuchillo en el estómago. La miras a los ojos sin pronunciar palabra, ella sonríe. Esa maldita se atrevió a apuñalarte. Caes al piso. El dolor es insoportable. Esa maldita bruja nos maldijo y ahora te acuchilló. Te sientes cansado, las pocas fuerzas que nos quedaban se van desvaneciendo.

Están aquí para hacernos daño. Dicen que es por tu bien, que te administrarán un tranquilizante para que no hagas más daño. Es por tu bien, repiten. Dicen que no saben cómo, con qué o por qué te produjiste esa herida. Debes salir de aquí. No sabes quién eres, pero debes matar a esa mujer. Ellos te lo piden. Te dicen que la mates. Y yo también te lo pido, cada vez que te dan esas pastillas siento que me voy muriendo lentamente, mátala.

# La extraña osamenta de Antarte

Por Morgan Vicconius Zariah —seud.— (República Dominicana)

Ilustrado por Phuoc Quan (República Socialista de Vietnam)/ Fantasy Castle.

*«Nada perece en el universo; cuanto en él acontece*

*no pasa de meras transformaciones.»*

*Pitágoras*

i deslizarse la noche como una oscura cúpula sobre la fría Antarte. La luna —que nos abandona lentamente— posaba sus rayos oníricos sobre la ciudad como una caricia plateada, como el beso de una mujer que se va y nos deja enamorados. Las luces de la bella ciudad de Antarte se encendían con ese característico aire misterioso y surreal, como si la ciudad derramara su espíritu a través de una herida luminosa. Contemplé desde el balcón de una plaza junto a Escarlet, como las publicidades holográficas irrumpían en los rincones de la ciudad con su bombardeo psíquico, sin poder desvanecer el hechizo inherente que parecía interpretar su propia canción, como si la ciudad llevara en lo más hondo vida desconocida y consciente. Antarte llevaba estampado el sello místico de sus constructores. Un paseo nocturno por sus calles era adentrarse en el reino de lo excéntrico. Todo en Antarte estaba simétricamente distribuido para organizar de esa manera el espíritu de sus habitantes; el sistema de trasporte, las luces de emisión fría, su sistema de educación; las calles controladas por el computador central. Antarte vivía en el Cono Sur; se construyó sobre

las ruinas de dos pueblos devastados por la guerra entre la vieja frontera de Argentina y Chile. Era la segunda ciudad autosuficiente del continente. Su construcción se inició en el dos mil sesenta y uno, cuando el cometa Halley bordeó nuevamente la bóveda celeste. Sus constructores tuvieron la intención de impregnarla de esa manera, con los efluvios —según la nueva superstición— que traían con ellos los cometas. Ese mismo año llegó la conocida expedición al corazón del cometa que simbolizaría posteriormente los sueños logrados del alma humana. Antarte vio nuevamente su astro paterno en los cielos del dos mil ciento treinta y seis, mientras iba libando su vida poco a poco en beneficios de nuestros sueños. Ese año fue declarado festivo por los gobernadores de Antarte.

Los Comandos del Destino tiraron de los hilos de mi curiosidad como una marioneta holográfica. Mi vida —literalmente— cambió para siempre. Todo empezó la noche que Escarlet y yo recorrimos la hechizante calle principal de Antarte: *Cruz del Sur*; que junto al caminar mecánico del gentío, su espíritu parecía acompañarnos entre vapores voluptuosos. A nuestro lado, altos edificios se elevaban envueltos en seco silencio, ocultando ese número poblacional que prefería la opiácea *Ciber-realidad*. Íbamos a encontrarnos con Julián en la parte norte de Antarte, que nos había citado con caprichosa exigencia a las nueve en *la Veleta Ciega,* nuestro club habitual. Había recitales los viernes en la noche, y artistas principiantes exhibían trabajos innovadores. Julián al igual que yo era ingeniero, y compartíamos el mismo gusto de escritores aficionados, además éramos miembros de la controversial orden internacional: *Universal Dawn*, fundada por el físico quántico Joseph Dean en el año dos mil cuarenta y cinco, quien tuvo una «revelación» de la naturaleza divina del cosmos. Sus visiones eran muy cercanas a las de David Bhom y su «Orden Implicado».

—¡Allí está Julián! —exclamó Escarlet, señalando una delgada silueta que se apresuraba a la entrada del club.

—Luce algo inquieto, alcancémosle —le susurré con un raro presentimiento. Nos abrimos paso entre el excéntrico gentío nocturno. Julián, aparte de joven fanfarrón, era un ingeniero perteneciente a la Confederación Espacial Intercontinental. Él, junto a un equipo

de científicos diseñaba en la actualidad los modernos esquemas de la terraformación marciana y el futuro sistema de expansión de la vida humana en el Planeta Rojo; así como las biosferas artificiales de última generación. Sus maquinas de efecto invernadero ya se diseminaban por el globo marciano. Estuvo en Marte en la expedición del dos mil ciento treinta y siete.

—¡Llegan tarde!... —Nos dijo con inocente ironía—. ¿Quieren algo de tomar? El maldito viaje al caribe para esa conferencia me ha estropeado; fue peor que ir a Marte.

—A mí sólo pídeme agua y un cartuchito aromatizado para mi cigarrillo —contestó Escarlet, adelantándose, al tiempo que tomábamos asiento en la mesa donde se había ubicado.

—¿Y tu Ángelo? —Me preguntó, decidiendo de inmediato antes de que contestara—. Bueno, pediré dos fantasmas gaseosos, sé que no te disgustará —insistió, eligiendo con su índice las bebidas y el cartucho nicotínico en el menú virtual que se expandió sobre la mesa. El ambiente en el club, a pesar de la fluidez de las conversaciones y la inquieta multitud, tenía siempre un aire tenue, propicio para la inspiración. Las luces y las sombras hacían un contraste armonioso, y la música parecía inducir continuamente un estado hipnótico. Aquel lugar no nos disgustaba, no solían asistir los rufianes de peor categoría que a veces asaltaban la tranquilidad de Antarte. Sólo artistas jóvenes de todo el mundo solían concurrirlo. Unos brazos despachadores automáticos aparecieron en el claroscuro de nuestra estancia, colocando el pedido sobre la mesa. Julián tomó ansioso el recipiente con el contenido espirituoso; lo llevó a los labios sorbiéndolo casi hasta el final. Escarlet y yo miramos atontados como corrió obscenamente un delgado riachuelo del líquido blanquecino y luminoso desde sus labios hasta su barbilla.

—¿Qué pasa chicos? —nos embistió Julián al tiempo que se limpiaba con la mano la estela fantasma—. ¿Ya no bebes, Ángelo? ¿Umm?…

—No es eso —contesté—. Sólo nos parece un poco raro que tomes tan atropelladamente, violando las leyes de la decencia.

—¡OH! Miren quien tiene ahora sentido del humor —dijo, sacando algo de su chaqueta mientras colocaba sobre mí su inquisidora mirada—. Puede que no te parezca, pero estoy seriamente ansioso y a la vez emocionado, como sé lo estarás tú cuando sepas por qué.

—Cuéntame entonces —solicité, haciendo gala de mi pasividad, mientras me daba unos cuantos sorbos del fantasma, activando el cigarrillo electrónico de Escarlet. Sospechaba que Julián tenía diseñado de antemano un plan para mí, sin que me diera cuenta y me lo revelaría sorpresivamente justo allí; —ese era su estilo— nuca entendí por qué organizamos una reunión de esa índole en un club recreativo; hubiéramos simplemente ido a casa.

—Bien, primero necesitamos más privacidad —dijo, ubicando las manos sobre la mesa haciendo expandir el menú holográfico, en donde se abrieron algunas opciones. Ordenó el módulo privacidad y entonces una esférica cúpula se formó a nuestro alrededor aislándonos del ruido exterior, protegiendo de esa manera la charla de oídos intrusos. Inmediatamente, colocó el dispositivo que había sacado de la chaqueta sobre la mesa.

—¿Es el asunto tan serio? —preguntó Escarlet, clavando sobré Julián sus traviesos ojos azules, al tiempo que ondulaba con claros signos de aburrimiento un mechón de su negra y lisa melena.

—Lo suficiente como para pagar un dineral por este módulo de privacidad ¿No lo crees? —le respondió con marcada y repentina seriedad.

—Bueno, entonces cerraré la boca —refunfuñó Escarlet, tomando indiferente una bocanada de humo color metálico, que luego envolvería la cúpula con un manso aroma.

En seguida, con una palabra, Julián activó el dispositivo que había puesto sobre la mesa. Era simplemente su aparato de tele-presencia, e invocó a otro convidado que como un expansivo relámpago surgió de la nada. Era el profesor William Kersey, arqueólogo y

ex-catedrático de la universidad de Berkeley. Su presencia se proyectó entre nosotros trayendo consigo un oscuro augurio.

—¡Hola profesor! —saludamos al unísono la cristalización holográfica.

La telepresencia del profesor exorcizó la calmada atmósfera gris que nos rodeaba proyectando un débil espectro sobre la mesa plateada y los rastros de humo que eran aspirados fuera del módulo por diminutos extractores; luego, afloró nuestra conversación. La ansiedad de Julián parecía tener excusa. Me comunicaron Julián y el profesor que en el reciente viaje a Marte, un grupo de aerógrafos y arqueólogos, realizaron un gran hallazgo en el interior de unas cuevas de rocas ferrosas cerca del Hemisferio Norte marciano. Encontraron la osamenta fosilizada de una extraña criatura con forma marcadamente humanoide. Estaba esta cosa sepultada en una dura sustancia ambarina. Su cráneo era algo alargado al igual que sus extremidades. Sus ojos eran almendrados y extensos. Este hallazgo había pasmado a todas las agencias espaciales, las cuales decidieron mantenerlo en secreto. El profesor nos mostró las fotografías y videos tomados desde Marte antes que hubiera zozobrado la tripulación en su regreso a la Tierra.

—¿Cómo? ¡Qué naufragó la nave! ¿Por qué un desastre de tal magnitud no se ha filtrado en los noticiarios ni en la Ciber-realidad? —exclamé lleno de sorpresa y pavor. Ahora sabía que hacían varios días que estos canallas me tenían sumido en la más completa ignorancia. ¡Como si no fuera del equipo!

—Tú sabes cómo funcionan estas cosas Ángelo —me respondió el profesor con su metal de voz febril y afable—. Estos hallazgos tan delicados deben quedar en secreto, la humanidad nuca está preparada para estas cosas. En los próximos días se sabrá del accidente seguramente pero no así del hallazgo.

La proyección del video envolvente que nos mostraba el profesor, se condensó entre la cúpula coagulándonos como entes sanguíneos en medio de una herida

tridimensional. La sensación fue como ser insertados en un Marte fantasmagórico y con una tenue interferencia.

—¿Qué ves? ¿No te parece familiar la criatura? —me preguntó Julián, agrandando con un gesto la imagen.

—¡Seguro! —respondí, comprendiendo inmediatamente que aquella era idéntica a la que estaba custodiada en el laboratorio de Antarte, desenterrada bajo la Pirámide del Sol, el doce de diciembre del dos mil cincuenta y tres.

—¿Te acuerdas de las suposiciones que habíamos hecho acerca del espécimen? —insistió Julián. Su rostro estaba bañado por el débil haz de luz del proyector.

El profesor, Julián y yo, éramos de esos científicos «atípicos» de rápido incremento global. Nuestro pensamiento era abiertamente liberal dentro del campo de las ciencias. Éramos llamados por las ironías de algunas revistas: neobrujos, profetas de la tecnología divina etc., pero para nuestra suerte, la sociedad cambió vertiginosamente hace muchos años. Ya había quienes salían de su ciencia claustrofobica sin temor a perder «el prestigio» académico. Hace un siglo atrás, seguramente la comunidad científica nos hubiera excomulgado. Pese a todo, el trabajo de los miembros de la *Universal Dawn* dentro de la sociedad secular era excelente e innovador. Nuestras ideas levantaron ciudades enteras. Antarte fue una de las ciudades que nació de las entrañas matemáticas de la ciencia mágica.

—Habíamos insinuado que la criatura podía ser un infortunado viajero espacio-tiempo que naufragó en el pasado, al parecer por alguna falla en su sistema —le respondí a Julián balanceando el cristalino recipiente en mis manos.

—¡Claro! Pero… ahora aquel hallazgo en Marte nos confirma lo que sabíamos de forma intuitiva: la vida que hace millones de años habitó Marte, tomó el mismo curso evolutivo que la nuestra y pudo haber sido depositada en nuestro planeta por estas inteligencias en el transcurso del ocaso marciano. Eso quiere decir Ángelo que cada especie viviente que antaño creíamos que la evolución por selección natural había formado, podría

haber estado programada desde el principio antes de la primera vida protozoaria. Todo diseño viviente ya existía en la esencia misma de las proteínas como información y por ende, estos seres inteligentes que escapan voluntariamente a nuestra compresión, la han diseñado y manipulado. Estas entidades fueron la transición evolutiva del homosapiens conocido a la simbiosis biotecnológica. Tienen capacidades que escapan todavía a nuestra imaginación. Pueden viajar en el tiempo, diseñar universos, y por lo tanto, pudieron haber construido nuestra realidad tal y como ellos quisieron. Eso significa Ángelo, que nuestra realidad pudiera ser una emulación de un universo fantasmal, el cual hace mucho decayó en el abismo cósmico de la nada y continúa existiendo en su ciclo repetitivo gracias a la técnica eternizante de aquellas entidades. Puede ser que nuestra raza también esté destinada en el remoto futuro a convertirse en parte de esos ejércitos cósmicos. El paso siguiente del hombre —lo vemos claro hoy— sería hacia el Cyber-hombre y después al Tecno-Hombre-Dios... ¡Qué locos designios de la naturaleza! —exclamó con un gesto sardónico—. ¡Salgamos! Mañana nos reuniremos con el profesor en el laboratorio.

—¡vamos! —dije con ligero entusiasmo, tomándome el último trago de fluctuante luminosidad en los segundos que Julián se despedía del profesor, que volvía hacer requerido junto al paisaje marciano por la nada del dispositivo del cual había salido. La antaño ofendida presencia de Escarlet, se hizo notable nuevamente, pegándole unos cuantos sorbos a su cigarrillo con esos adorables labios rojos.

La cúpula que nos envolvía se empezó a desvanecer como un hechizo moribundo en la claroscura atmósfera del club. Y nuevamente la realidad exterior reapareció ante nosotros como un telón de plomo. Salimos rápido de aquel lugar abordando uno de los populares taxis autopilotado de levitación magnética que circunvalaban las calles. Esta vez me encargué yo, le dicté las coordenadas e hice el pago de reconocimiento genético. Empezó a llover a cántaros esa noche al salir del club; el rumor de una inevitable tormenta se tragó la límpida visión del cielo. Las rojas nubes parecían presagiar un siniestro y futuro desastre. En el momento de abordar el pequeño vehiculo autómata, sentí que mi mente y

memoria se volvían superconscientes. Tuve la sensación de haber vivido aquel momento más de una vez en el devenir del tiempo; fue como un dejavú encerrado en esa mítica canción, cuyas letras repetían incesantemente que algo saldría mal.

Esa noche Julián se quedó conmigo y Escarlet en nuestro apartamento a las afueras de Antarte. La imagen personificada de Karen caminó hacia nosotros dándonos la bienvenida; sexy como siempre, sosteniendo una sonrisa sobre su rostro rubio y ligeramente intermitente. Recuerdo que hice expandir por los sensores auditivos de la casa el sonido de la lluvia, dejando entrar así con sonido moderado las relajantes tronadas. Escarlet se dejó caer pesadamente sobre el sofá principal, quitándose ociosa sus negras botas de cuero y su chaqueta; ordenó algo de tibieza y luminosidad a nuestra computadora Karen, e inmediatamente se ambientó el lugar justo como nos gustaba. Cambió el color de las paredes a un azul suave y relajante que estabilizó nuestras emociones. Pronto desplegó sus pantallas holográficas a los cuatro puntos cardinales para analizar y ver nuestros asuntos. Todos nos sentamos…

—¿Te acuerdas de la llave antigua Ángelo? —preguntó Julián con ojos radiantes, refiriéndose a las clavículas de los grimorios antiguos, que supusimos, en una conversación sostenida en la *Universal Dawn*, que pudieran ser algoritmos que podrían de algún modo decodificar y deformar la realidad tal y como la conocemos; y con las cuales muchos antiguos, sin saberlo, tocaron a través de su fe los resortes psíquicos de la gran computadora cósmica; y esta les materializó imágenes de demonios que les proveían visiones de realidades alternas. Sino ¿cómo pudo Giordano Bruno conocer el espacio exterior y su organización heliocéntrica, sin siquiera un telescopio, al no ser por proyección holográfica?

—¡Por supuesto! —contesté—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque usaremos una mañana con el espécimen del laboratorio —me contestó, cargando en sus labios una sonrisa nerviosa. Después de una charla acerca de nuestros particulares temas, ligera cena y el sopor de unas copas, las luces fueron apagadas por Karen luego de cerrarse el último párpado.

Al día siguiente, nos sorprendió durmiendo en el salón principal, la telepresencia fantasmal del profesor Kersey proyectada a través de los sensores de Karen, quien nos dijo que se dirigía al laboratorio; iba viajando en el hipermetro-sur. Después de una rápida ducha caliente, me reincorporé. Escarlet despertó tarde para su trabajo de modas, ¡Karen no nos despertó! La tormenta había dejado sus remanentes nubosos sobre Antarte. Julián y yo llegamos al laboratorio a las diez y algunos minutos de la mañana. Enseguida vimos elevada en la cima del recinto con actitud entusiasta, la figura encanecida de Kersey metida en sus batas blancas, haciéndonos señas de que subiéramos las escaleras cuyos peldaños llevaban a la habitación donde se encontraba la cúpula que ocultaba el espécimen. Pero antes, despachamos a todo el personal asignado al laboratorio. Nos pusimos los blancos uniformes y cerramos las puertas, detrás de las cuales la tímida luz de la mañana desapareció para siempre. Entonces, Julián posó su mano sobre uno de los cristales con sensores de la cúpula, y en pocos segundos, una esfera plateada ascendió hacia la gran cúpula del laboratorio. La luminosidad plateada bañaba nuestros rostros en el salón cerrado. Los verdes ojos del profesor parecían haber adquirido una luminosidad maniaca y maligna. La atmósfera que nos envolvía era algo mefistofélica y los tres parecíamos seres fáusticos a punto de firmar un pacto con desconocidas tinieblas. El esplendor de la cúpula era expelido desde el centro de la habitación por una plataforma circular. En un instante, la esfera metálica cedió ante nuestra ciencia, abriéndose lentamente hasta dejar el entero y cadavérico cuerpo al descubierto.

—¡Allí está! Es nuestra puerta hacía el conocimiento absoluto de la naturaleza — exclamó el profesor, con un frenesí infernal que hizo estremecer mi corazón.

Desde aquel instante, supe que estaba perdido, no había marcha atrás. Sin esperarlo, el espécimen comenzó a iluminarse e inflarse por alguna fuerza extraña o biotecnológica dormida. Parecía alimentarse de nuestros destellos psíquicos. Su cráneo tomó su forma original. Las deformidades y corrupción causadas por la erosión del tiempo parecieron alejarse de él haciéndolo tomar una hermosura angelical y terrible en tan solo

minutos. En aquel momento se cruzaron nuestras miradas: en nuestros rostros se dibujó una mueca de nerviosa sorpresa y complicidad. Luego, Julián, no desprovisto de un ligero temblor fruto de la excitación, hizo ascender de la fuente holográfica del laboratorio las terribles letras de una oscura clavícula. Empezamos a leerla en voz alta y ritual, los tres al mismo tiempo con la esperanza de que nos sirviera como llave o algoritmo matemático para violar los umbrales de nuestra realidad; aprovechándonos de la presencia tangible del ente. Para nuestra sorpresa, cada palabra iba marcando un sigilo mágico en nuestras conciencias, nuestras mentes se conectaron telepáticamente a la abismal mente de la entidad, la cual parecía ahondar en las profundidades de nuestro Ser. En breves instantes, la realidad empezó a tambalearse y a perder la forma en que la concebimos. La entidad durmiente abrió sus ojos empapados en la luz de mil estrellas azules, y dirigió su mirada añil hacia nuestras miradas. ¡Nunca vi un azul tan aterrador! Después de aquella mirada, toda nuestra realidad… se desplomó, igualmente la individualidad. A veces oscilábamos uno en el otro, usurpando así nuestras personalidades, u ocupábamos una sola, olvidándonos del sentido de la individualidad. Estábamos viviendo en esos instantes en un espacio abstracto que se extendía más allá del tiempo, donde la realidad jamás volvería a ser igual. En un breve intervalo, al recuperar la chispa de individualidad, me vi flotando solo en un profundo vacío; en el cual pude divisar en la lejanía de un abismo un cúmulo de entidades idénticas a la del laboratorio, las cuales se comunicaron conmigo a través de la mente… y me dijo una detrás de otra como en una opera infernal:

« ¿Creían que podían conocer a fondo la verdad del universo y no pagar el precio?», aullaban con voz gutural y mecánica. «A todo lo que existe le hemos tejido límites, limites en el espacio y en el tiempo que nunca serán mancillados. No se puede quebrar el equilibrio cósmico. Debemos cumplir nuestra función. Velamos las realidades para que el curso evolutivo no sea afectado por intrusos porfiados como tú. Debemos desconectarte de tu realidad conocida. Te insertaremos en otra paralela; donde conservar tu memoria, será tu escarmiento». Esas fueron las últimas palabras que oí, antes de dar el salto quántico al abismo.

Desde entonces, despierto empapado en lágrimas cada día gritando el nombre de Escarlet. En esencia yo sigo siendo el mismo, pero según los médicos del hospital psiquiátrico sudamericano, mi novia Escarlet, declarada legalmente niña a la edad de seis años ¡hija autentica de Antarte!, nunca existió. Tampoco tengo una amistad con el ingeniero Julián y el arqueólogo Kersey, quienes seguramente están perdidos en otra realidad inhabilitados por los Ángeles guardianes. De esta trágica manera pude confirmar lo que siempre pensé: la vida es una simulación computarizada inviolable; una especie de sueño inducido. Pero para mis padres y los médicos, soy únicamente un pobre delirante, que padece una psicosis llamada: síndrome de vida paralela. Dicen que la padezco desde los dieciocho y ha afectado mi desarrollo social, por eso llevo años recluido aquí en este centro de rehabilitación.

Es el dos mil ciento cuarenta y cinco al igual que en mi mundo existencial real; pero este mundo dista mucho del mío. Los avances tecnológicos son disímiles; hay algunos que jamás vi en mi otro plano y otros que nunca se materializaron en este. Además, nunca hubo una Segunda Guerra Mundial que impulsara una era espacial temprana. El hombre llegó a la Luna en el dos mil tres. Antarte jamás fue construida, y es ahora cuando el hombre sueña con enviar algo a Marte. La tercera guerra tampoco fue posible porque el bloque derechista europeo no se formó. Todo lo que existe para mí, familiarmente histórico, vive antes del mil novecientos quince; el curso de la historia cambió unos pocos años después. Nunca existió el Tercer Reich y Churchill no gobernó Inglaterra. Estoy confinado en un mundo que no es el mío, y para todos, he nacido en él. He estado siempre aquí. Traté de demostrar que no pertenezco a este lugar enseñándole a esta gente cosas que sé acerca de ingeniería sin haberla estudiado en esta realidad. Todos responden simplemente: «Eres un genio… ¿Lo sabes?», pensando en sus adentros: «¡Qué desperdicio! Este muchacho es un genio… Un genio loco.»

Únicamente me sosiega este lugar cuando llega la hora de los sedantes y posteriormente el sueño. Escapo con mis sueños por la ventana a contemplar el cielo, lo

único que no ha cambiado; el mismo que seguramente mira a Antarte a través de sus ojos paralelos; y a través de sus ojos veo la ciudad, veo a Escarlet, entrelazándose perezosamente con mis sueños, soñándome, desde algún rincón del universo.

# Piel sin alma

Por Angelo Negrón Falcón (Puerto Rico)

Ilustrado por Yuly Alejo (España)/ Alumit.

ergio lleva en su lugar de trabajo lo que le parece una eternidad. Ese laberintico lugar, lleno de tiendas, estanterías, productos, luces extremas y personas que gustan pasear, con lo que han comprado, como pavos reales exhibiendo su status de acuerdo a la marca que diga el empaque o a la cantidad de capitalismo adquirido ya le tienen harto. Por eso comenzó el turno nocturno, para estar más tranquilo de noche, sin gente. Hasta puede que tenga la suerte de dormir ciertas horas, aunque sea de pie. Su jefe, luego de una semana que Sergio lo solicitó, autorizó el cambio de turno para, según le dijo, hacerle un favor, pero ambos saben que se debe a que quiere acomodar en el puesto diurno al amigo con privilegios de la prima de su esposa.

Sergio es guardia de seguridad, aunque muchos de los clientes del conglomerado de tiendas al llamarlo les da con gritar: *"Guardia palito"*. No saben que eso es humillante, o sí lo saben y les gusta. El apelativo es desesperante y más para él que desde que tiene uso de razón quiso ser policía. Por eso mismo odiaba las caricaturas de "Don Gato". En esa serie el protagonista y su pandilla siempre se burlaban del policía Matute. De hecho, Sergio también aborrecía a Matute. No le daba nada de risa lo pendejo que solía ser ese guardia y él soñaba con ser un oficial del orden público, brindar seguridad a la ciudadanía y ser, por qué no, un héroe "de cuando en vez". Uno hace sus planes, pero "don destino" se encarga de masacrar muchos de ellos y en su caso, el pronóstico fue errático. Entrenó fuerte; aficionado como era a la profesión conocía todo sobre ella y la hubiese desempeñado muy

bien, lo que no contó fue con la diabetes heredada que le hizo perder la visión mínima requerida por el estado: Veinte-cincuenta en ambos ojos, sin corregir.

Tuvo que conformarse con ser guardia de seguridad cobrando el mínimo y con la esperanza de algún aumento de diez centavos al año. Comenzó como guardia palito, perdón, como oficial de seguridad en el control de acceso de una urbanización. A los tres meses de iniciar en la caseta principal mantuvo un tórrido romance con su supervisora. Era casada, se enamoró de la mujer de otro y por algún tiempo disfrutó del manjar prohibido. Ella desaparecía y llegaba sin avisar, cada vez por lapsos más largos, hasta que pareció olvidarlo del todo. Sergio insistió en aquel amor, pero ella no volvió a contestar sus llamadas, así que él lo aceptó identificándose como el típico hombre usado por una mujer comprometida.

Cuando surgió una vacante, en el centro comercial, fue transferido a aquellos pasillos, llenos de clases sociales tan disparejas. Al principió le encantó poder ligar en aquella pasarela eterna: Muchas minifaldas, escotes, ropa ajustada que le hicieron buscarse más de un bochorno por no saber disimular. Tuvo que aprender a lidiar con ello y con los espejuelos recetados. Espiar de lejos los encantos que parecían no estar destinados a los moteles que otrora visitó con su capitana, a quien no lograba olvidar, no lo detuvo a buscar la quietud de la noche. Prefería el silencio y la poca luz. Las primeras noches cumplió con su trabajo como era debido, pero luego se las ingenió para pasar su horario frente a los televisores de las compañías de cable que tenían sus espacios alquilados en los pasillos. Los encendía, veía películas y también utilizaba su Internet. Cada treinta minutos tenía que viajar al extremo opuesto de donde se encontrara para tocar un sensor y lo resolvió llevando una patineta que escondía detrás de las expendedoras de refrescos, cerca de la monumental fuente de agua, una de las atracciones del centro comercial. El piso pulido lograba que montado en aquel monopatín, alcanzara una velocidad escalofriante por lo que marcaba el sensor y volvía a su puesto frente al aparato perdiéndose muy poco de la película de turno.

En la quinta noche, de su nuevo horario, mientras volvía de regreso encaramado en la patineta la diabetes le hizo una mala jugada y se mareó yendo a caer dentro de la fuente de agua. Tuvo suerte de que aquel mareo fue leve. Maldijo más de una vez: El agua estaba fría, su celular dañado y peor aún: Su padecimiento de falta de insulina deseaba fastidiarlo de nuevo. Empapado caminó hasta el borde del estanque. Percibió que el suelo se hundía a sus pies y temió que fuese otro mareo, pero no era así, el fondo de la fuente literalmente se rendía ante su peso. Era como si fuese de fango y rocas. Sorprendido vio de qué se trataba. Monedas de todas las denominaciones descansaban en aquel suelo. Le estuvo raro que no las hubiese notado antes. Aquella fuente le llamó la atención desde que llegó al centro comercial pues era imponente. En ella una estatua en bronce representaba a una mujer sosteniendo en alto un gigantesco caparazón de caracol del que, durante el día, salía agua. También brotaba agua a borbotones de su pedestal, compuesto de siete gigantescas orugas. Dedujo porqué antes no había visto las monedas, el movimiento del agua constante debía disfrazar el fondo. El frío le recordó que aún estaba allí dentro y se aferró del borde de la fuente como un naufrago a un salvavidas. Haló con fuerza hasta liberarse de aquella "*arena movediza"* de bronce, cobre y níquel.

En el sanitario de damas del segundo piso se desnudó, exprimió su ropa, la tendió en los divisores de los inodoros y empezó a secar el calzoncillo debajo del secador de manos. Estaba a medio secar cuando recordó el sensor que debía marcar y trepó el monopatín. Se le hizo chistosa aquella escena que veía reflejada en los cristales y espejos de las vidrieras de las tiendas. Un hombre desnudo corriendo en monopatín a través de uno de los centros comerciales más concurridos del país. Recordó el mareo y bajó la velocidad, no quería estrellarse otra vez. Hizo su toque en la columna designada y volvió a curiosear en la fuente. Metió la mano y sacó un puñado de monedas. Extasiado quiso multiplicar el contenido de aquel espacio y tembló al reconocer que su mente no le daba para tanto cálculo. Ávido todavía de vaciar el estanque para su beneficio siguió secando su ropa y haciendo los toques de sensor que le dirían a su patrono que estaba laborando. No deseaba crear sospechas de nada y transcurrió la noche con visitas a la fuente incluidas.

Quería tener el azúcar en orden pues para nada necesitaba más desmayos, así que cuando marcó su salida desayunó en el área de los restaurantes de comida rápida. Regresó a la fuente. Ya estaban encendidas las bombas que le proporcionaban movimiento al agua. Efectivamente no podían apreciarse las monedas. El preciado líquido caía sobre ellas haciendo parecer que el fondo era una mezcla de liso alabastro. La figura de la mujer que miraba hacia abajo se erguía a una altura desesperante y, según el agua se escapaba del caparazón de caracol, su rostro parecía cambiar de formas. Aquella ilusión dada por el agua interponiéndose frente a la cara de la efigie le recordó las caritas de aprieto reflejadas en los espejos del motel cuando aquella supervisora desaparecida recibía placer y él le brindaba amor.

Un bostezo le informó que debía dormir. No logró mucho. Soñar con dinero ajeno es como el que juega la lotería: "Si se juega por necesidad, se pierde por obligación". Sergio consideró que, en todo caso, aquel monedaje no tenía dueño. Demasiados deseos que piden los ilusos que ven en estas decoraciones al pozo de los deseos.

—*Esperar que una moneda en el agua les cumpla sus ambiciones sería como lograr que una persona casada te sea fiel siendo tú su aventura* —pensó.

Al caer la noche se hizo la prueba de sangre. Su azúcar estaba normal. Compró una caja plástica de buen tamaño. Llegó a su turno, leyó un nuevo memorándum sobre la colocación de cámaras en todo el centro comercial y supo que le diría adiós a las películas de cable, al monopatín y al "pan de piquito".

Estando ya todo cerrado buscó en la entrada de la tienda por departamentos un carrito de compras. Colocó dentro la caja plástica y caminó a la fuente. El agua fría, pero tranquila, le permitió llenar la caja con calma. Escogió las de mayor denominación. Vio monedas de países lejanos y consideró que pedir deseos no es exclusivo de alguna nacionalidad específica. Perdió la cuenta del monto cuando ya llenaba la mitad de la caja. Le hubiese gustado que la máquina automática de contar menudo estuviese en uno de los pasillos en lugar de la tienda por departamentos cerrada en horario nocturno. Es verdad

que le cobrarían el ocho por ciento, pero dar comisión por contar dinero obtenido gratis no estaba nada mal si no se pasaba aquel trabajo y el riesgo de ser descubierto.

Colocó la tapa a aquella caja convertida en cofre de su tesoro y fue al sanitario privado de los guardias. En el fondo del zafacón derramó el caudal. Su plan era volver por más a la fuente, con cinta adhesiva sellar la tapa del zafacón que escondió en el último cubículo que sellaría también, al menos hasta el cambio de turno, con un cartel que dijese: Fuera de servicio. Pronosticó que para antes del medio día estaría en su casa envolviendo pesetas en papel y escribiéndoles su número de cuenta. No se haría rico, pero al menos enderezaría algo sus finanzas.

Se dobló de nuevo a escoger monedas. La sensación de estar hundido en fango y rocas regresó. Sintió vértigo y las dejó caer. Caminó al borde a descansar. Lo que comenzó con hormigueo, adormecimiento en las manos y los pies siguió con cansancio extremo. Aquella somnolencia era inusual en él a pesar de la diabetes. No podía mover sus extremidades, así que cuando llegó la desorientación previa al desmayo no pudo aferrase de nada y cayó de espaldas, dando de lleno con la cabeza en el suelo. El dolor era enorme; la sangre se repartía en las formas cuadradas de las pulidas baldosas del suelo. Aún sin poder moverse su primer pensamiento fue optimista: Mejor caer de espaldas que de bruces en la fuente y morir ahogado.

— *Segunda vez que sufro mareos por la diabetes, tengo que dejar los refrescos* — se dijo antes del sopor que le invadió después. No supo cuanto tiempo estuvo tendido en el suelo. Deliró largo rato. Se veía a sí mismo desde el techo, vestido con el uniforme de la policía nacional y no con el de guardia de seguridad. Capturar malhechores, hacer el bien, nada de solo una "macana" y un silbato. En su visión incluía grilletes, revolver, libreta de multas, tiro al blanco...

Abrió los ojos, el dolor punzante en la cabeza comenzó fuerte y siguió intermitente. Maldijo nuevamente. Sus labios le supieron a sal. Instintivamente se llevó las manos a la cabeza y tocó la herida. Era pequeña, pero acompañada de hinchazón y sangre ya seca. Trató de ponerse en pie y fue cuando las incoherencias de lo que sucedía a su alrededor le hicieron reconocer que aún alucinaba.

Escuchó su nombre. El sobresalto casi le da un síncope dentro del que ya estaba seguro de estar sufriendo. La capitana estaba frente a él. Gagueó al tratar de hablarle. Lucía

una blusa azul, pronunciado escote y tacones altos, pero él no apreció, como era su costumbre, todo eso. La mezcla de sorpresa y dolor se unió a la curiosidad obviando aquel atuendo que tanto le gustaba y que otrora le hubiese aportado ganas instantáneas de poseerla. Ella le ayudó a sentarse al borde del estanque. Limpió la herida con el agua de la fuente. El dolor era punzante, así como la duda de si aquello era real. —*¿Acaso* —pensó— *le habían devuelto el trabajo y estaba allí en sus funciones de supervisora? Si tenía manera de entrar a esas horas debía ser eso* —concluyó. *¿Venía a supervisarlo o a despedirlo? ¿Por qué no traía su uniforme de capitana? ¿Que pasó con el supervisor de turno acostumbrado?*

— *¿Qué ocurrió? ¿Te asaltaron?* —preguntó ella sacándolo de sus cavilaciones.

Él explicó que había sido un mareo, tal vez por desbalance, ocultando la diabetes. La capitana le aseguró que todavía no veía que recobrara su color de piel natural. Provocadora, como siempre, sonrió al preguntarle si estaba bien del golpe en la cabeza. Sergio asintió. Él miró hacia las monedas de la fuente. Aún le invitaban a ser enrolladas en múltiplos de cuarenta en algún papel que llevase su número de cuenta de banco. La observó a ella; también lo invitaba: A desnudarla, pero del mismo modo a recriminarle que no hubiese correspondido a su amor.

— *¿Has leído alguna vez la inscripción de esta fuente?* —rompió el silencio ella señalándole la placa de bronce incluida en el borde donde estaban sentados.

— *Sabes que no soy de los que leen* —ripostó él en tono punzante. — *¿Cómo podía ser que,* — se preguntó para sí mismo — *luego de lo sucedido entre ambos, ella quisiera entablar una conversación trivial?*

— *¿Me extrañaste?* —preguntó mirándole los labios.

— *No* — dijo, disimulando pereza, mientras leía la placa de bronce por primera vez.

— *Vamos, no me hables en ese tono. Sólo quiero conversar contigo. ¿Qué puedo decirte? Se me complicó la existencia y me perdí, eso te encojona, pero no he dejado de tenerte en mi mente y en mi corazón. Tú sabes que es así porque te pasa igual, aunque ahora lo quieres negar.*

Sergio sonrió en sus adentros, pero no lo demostró. Esta vez fue él quien miró los labios de ella. El lápiz labial estaba algo corrido, pero igual era atrayente su boca.

— *Pozzo dei desideri: Se si lancia una moneta dieci speranze di un sogno realizzato* — leyó ella la placa, con tono italiano incluido.

— *Es otro idioma* —impugnó tratando de restarle importancia a la placa, que bien había entendido por lo parecido al italiano con el español.

— *Italiano,* —suspiró ella —*dice: Pozo de los deseos: Arroja una moneda y ten la esperanza de un sueño cumplido* — Expresó mientras pasaba su dedo por la oreja de él en esa caricia que sabía le gustaba — *¿Sabes qué?* — Continuó — *Lanzaré una moneda justo ahora. Pediré que hagamos el amor. Crees que se me cumpla ese deseo de inmediato.*

Sergio estaba fascinado. Ella siempre fue romántica, pero no tenía necesidad de cursilerías en ese momento. Aún así, no quería demostrar su acostumbrada debilidad. La soberbia de aquella mujer de regresar cada vez que le venía en gana le recordó una canción que interpretaba José Luis Rodríguez, "El Puma": *"yo soy sólo un perro, que tú haces saltar, y que buscas cuando sientes ganas, de un hombre que te haga sentir de verdad"*. Se preguntó si el soberbio era él al darse el crédito de ser un hombre que lograba hacer "sentir de verdad" a aquella "piel sin alma". No le mencionó nada de eso, pero si algo que había leído hace poco en una página social: *¿Crees que soy una puta parada de trenes que puedes irte y llegar cuando te da la gana?*

— *Suficiente. ¿Me desnudarás o no?* —cuestionó pícara con una moneda en sus dedos.

La orden hecha interrogatorio la había escuchado antes de aquella mujer. Sergio miró hacia la máquina expendedora de refrescos. Se preguntaba si seguía bajo los efectos de la azúcar alta o del golpe recibido en la cabeza. Todavía sentía hormigueo en sus extremidades y el dolor intermitente en la cabeza. La única mujer de quien se había enamorado, lo deseaba o en todo caso quería usarlo una vez más y si era real: ¿Quién era él para negarse? O si era un sueño, ¿Por qué no fantasear un poco?

Ella no esperó. Sin lanzar la moneda, ni pedir un deseo se quitó la blusa, la falda los zapatos y dio la espalda para que él se encargara del sostén. Dio media vuelta, dejando que sus pies entraran al agua, puso la moneda en el borde de la fuente y le invitó a entrar.

— *El agua está muy fría* — aseveró él.

— *Verás que mi piel se activa a esta temperatura. Toca ¿Notas como los poros se disparan tal si viviera un orgasmo? Entra, ven…* — dijo quitándose la prenda interior que le quedaba.

Obedeció hipnotizado. Entró a la fuente con ella. Se acostaron en el agua besándose. Sergio fue atacado por el frío y sentía las monedas como pequeños montículos que se le marcaban en la espalda, pero no le importó. Ella lo apretaba contra sí misma cuando él detuvo todo movimiento, excepto el provocado en su quijada por el frío que no le permitía seguir el ritmo de los besos. Ella se apartó. Él volvió a sentir otro mareo y asustado trató de enfocar la vista. Advirtió que la capitana estaba frente a él y acababa de ponerle algo muy pesado en el pecho. Intentó ponerse de pie, pero el peso era inmenso. Apenas podía sacar la cabeza del agua para respirar.

— *Debiste creer en la inscripción de la fuente y no intentar robar los deseos de las personas,* — dijo la capitana — *llegué a esta fuente hace dos semanas, cuando comencé a enamorarme de ti. Le pedí que salvara mi matrimonio, que no permitiera que me enamorara. Esto es a cara o cruz sabes y, bendita moneda, mi suerte dijo que sí. Inmediatamente dejaste de ser importante. Para mi desgracia esa misma noche distinguí las monedas y traté de tomar algunas. Estoy pagando mi insolencia como pagaras tú. Serás parte de este pozo de los deseos, seremos eternos tú y yo y lo peor de todo es que no siento nada por ti y aún amo entrañablemente a mi esposo.*

Sergio notó que la estatua de la fuente no estaba en su lugar e identificó el peso en su pecho: Se trataba del caparazón de caracol que en ese momento era color marrón. El miedo que lo invadió le hizo temblar todo el cuerpo esta vez. Ella cargó de nuevo el caracol en alto, mientras ambos observaban a las orugas del pedestal. No eran de bronce; estaban vivas y se acercaban. Aquellos siete gusanos se sumergieron en el agua y Sergio trató de huir, pero su velocidad era sorprendente. Cuatro de ellas lo sujetaron en cada extremidad. Gritó en vano, luego suplicó con igual respuesta.

— *Nada puedo hacer yo, es la naturaleza de la fuente; está compuesta de los que han intentado robarla* —explicó con un dejo de alegría.

Las orugas utilizaron el material del fondo para envolverlo en un capullo. Sergio respiraba bien dentro de aquella envoltura. El miedo le inspiraba a pensar que era un sueño, parte del mareo…la diabetes…debía serlo, aquella crisálida de bronce era muy cómoda para ser verdad y despertó tirado frente a la fuente. Su respiración tardó en lograr quietud. Maldijo los refrescos, la insulina y la avaricia.

Miró arriba, a la efigie con su caparazón de caracol en alto. Vio en aquel rostro a la mujer amada. Meditó en lo hermosa, en lo perfecto que era el recuerdo que le traía la mujer y no tuvo más temor de rendirse a sus pies. Aquel sería, en adelante, el altar de su diosa, su otrora amante; dadora de placeres infinitos. La buscaría. Ella no lo amaba, reconoció, pero él a ella sí y eso es lo que le importaría en adelante. Fue al sanitario a buscar lo antes robado y lo devolvió a su dueña. Se sumergió en la fuente, caminó hasta la efigie, se inclinó ante la dueña del pozo de los deseos y le sirvió de pedestal a aquella mujer de piel de bronce, que cargaba un caracol y a cuyos pies podían contarse ahora, ocho majestuosas orugas.

# Futuro post mortem

Por Odilius Vlak —seud.— (República Dominicana)

Ilustrado por Laura Rodríguez Abreu (Puerto Rico)/ S.t.

e desliza nuevamente fuera de la consciencia que tengo de mí mismo, como las llamas de fuegos fatuos a través de los sepulcros que bostezan en los átomos de oxígeno. En ellos se sumerge nuevamente la memoria. Aún no puedo comprender por qué las imágenes van y vienen sin esperar a que pueda establecer una conexión secuencial entre ellas que finalmente me permita saber quién soy y mi real condición… Que espacio ocupo de la realidad que soy.

Sin saber cómo, he transitado desde el estado de simple intuición de mi Ser al de las ideas sobre mi Ser; junto a la extraña sensación de haber sido así desde el principio. Sé que existe una extensión de mí mismo que orbita alrededor del núcleo de autoconsciencia reflexiva y alerta vital en cual estoy confinado: una extensión que se expresa como el bullir de miríadas de partículas subatómicas; una vibración energética que deviene en un estado tridimensional ilusorio cada vez que atravieso las extrañas formas de energías que habitan el espacio exterior que me rodea. ¡Qué sólidas son! Es una ordalía cada vez que tengo que fundirme con una de ellas. Pero me he dado cuenta que es necesario; un impulso instintivo de existir. Pues sólo en ese momento siento que mi autoconsciencia se cubre con las partículas subatómicas que le crean un armazón a su fluir energético. Es la ilusión de poseer una forma; de sentir mis pensamientos circular a través de la oquedad de una realidad que me quema con un escalofrío compartido. También lo experimenta la pesada

sustancia con la que me fusiono en el mismo espacio pero desde un tiempo diferente… ¡Espectral!

Poco a poco, esos momentos de tortura en los que ardo en el fuego del espanto que experimenta otra forma de vida al sentir mi presencia, me permitieron recabar alguna información sobre mí identidad. Las imágenes destellaron brevemente en mi memoria; trazando un arco iris que inició con un espectro de colores envueltos sobre formas materiales en un momento lejano, que no puedo penetrar con mi intuición, y finalizó en un estado intangible, dentro de un espacio que al principio creí ser la expresión exterior de esa autoconsciencia que ahora soy. Muy pronto descubrí que era otra expresión de energía densa de las que habitan el espacio exterior. La energía de mi autoconsciencia habitó en ese tétrico lugar. Al principio me estremeció la intuición de la inconsistencia de mi Ser dentro de su extrema oscuridad. De repente, una poderosa manifestación de energía sustituyó la oscuridad por una radiación que llenó el vacío que separaba el núcleo de mi autoconciencia y la circunferencia de las partículas subatómicas que giraban a su alrededor.

—Psiklop 1— Sí, la inversión de energía fue sideral, debido a que el despliegue de la suya es una anomalía dimensional. Las proyecciones psíquicas simplemente no podían configurar su estructura; los escáneres de actividad paranormal perdieron su rastro, como si se hubiese desvanecido dentro de una dimensión tan espectral como ella misma. Cuando finalmente lograron atraparla, tuvimos que conectar la red psicomagnética a los cristales *zyonic* que reservamos para casos extremos, pues los cazadores colapsaron profiriendo gritos de terror… Juraron que sus pensamientos se deslizaron sobre una forma monstruosa.

—Psiklop 2— Pero finalmente pudimos atraparla en la red esférica de electrones y protones. El juego maniqueo de su interacción eléctrica la ha estabilizado en los momentos simultáneos de materia y energía que dichas partículas crean con su vibración. Gracias a ello ya sabemos que su condición monstruosa está relacionada con nuestra limitada percepción dimensional… Un asunto evolutivo. Un acuerdo perceptual desintegrado en

un abrir y cerrar de ojos no por un fantasma hecho de residuos psíquicos acumulados durante una vida, sino por un Ser de otra dimensión… que no obstante en otra época…

—Psiklop 3— Fue tridimensional. Esto hace chirriar la rotación del universo… ¿Qué sabemos de la entidad?

—Psiklop 4— Por suerte su actividad intuitiva es un fuego cruzado. Los médiums desde su estado de hibernación onírica han logrado captar un *maelstrom* de impulsos que revelan por un lado que ha olvidado; y por el otro, que quiere comprender. Los *atombots* han logrado ensamblar un mensaje coherente operando desde el cuartel general de los letárgicos procesos sinápticos de los médiums.

—Psiklop 3— ¿Qué nos revela la ordenación lógica de sus intuiciones?

—Psiklop 1— Por lo pronto que no pertenece a nuestra época. Aunque extrañamente, sí a nuestro espacio geográfico. No es una muerte reciente. Al parecer es antigua… Muy antigua.

—Psiklop 3— ¿Qué tan antigua?

—Psiklop 1— Al menos cinco milenios.

—Psiklop 3— ¿Cuál es su historia en nuestra época?

—Psiklop 4— Los cazadores percibieron una inusual actividad paranormal en las ruinas del antiguo sanatorio para *Alfatralys*. Al parecer la manifestación de la entidad sucedió casi simultáneamente con la captación psíquica, pues es imposible que una cantidad de energía de tal magnitud pasara desapercibida por más de una unidad temporal cuántica. Al principio se pensó que su presencia en dicho lugar estaba relacionada con la naturaleza del mismo… huelga decir cual era. El espacio se clausuró hace más de quinientos años. Pero luego de una investigación histórica, descubrimos que hasta hace unos tres mil años, en la época del reinado oligárquico de los *Tesslaks*, el lugar era un cementerio abandonado. Los restos arqueológicos están sepultados bajo varias capas de sedimentos geológicos sintéticos, pues no olvidemos que toda esa área, al igual que geoquímica del resto del planeta, fue modificada molecularmente para adaptarla a la nueva

condición química de nuestros cuerpos. Sin duda la tumba donde fue enterrado el cuerpo físico de la entidad se encontraba en ese cementerio. Como saben, nos resulta imposible, incluso con medios paranormales, emprender una exploración histórica que se extienda más de cuatro mil años, debido a los grandes cataclismos geológicos que siguieron a la guerra entre los *Homo Carbonium* y los *Homo Silicium*. Las exiguas muestras de ADN de los residuos orgánicos animales que pudimos recolectar en el cementerio, revelaron que todos los que fueron enterrados en el lugar eran formas de vida basada enteramente en la molécula de carbono. Es decir, existentes hace más de cinco mil años.

—Psiklop 2 — ¿Algún dato que arroje luz sobre la entidad en sí… o sobre quién fue en su cuerpo físico?

—Psiklop 4 — Como dije, toda la entidad es una efervescencia de intuiciones, cuya ordenación lógica nos habla de un humano adánico con un conocimiento especializado, seguramente de carácter científico. Nuestras observaciones nos han llevado a la conclusión de que la entidad sólo puede experimentar destellos intuitivos iluminadores sobre su identidad, cuando entra en contacto con un ser tridimensional de naturaleza orgánica. Sin dudas, el hecho de que ahora todas las formas de vida sean de base de silicio, representa un obstáculo en su búsqueda de información. Nuestra carne guarda muy poca relación con aquella que su energía animó hace cinco mil años. Al no encontrar un material orgánico semejante a aquel en donde quedaron registradas las huellas energéticas de su vida, la entidad tiene que hacer un mayor esfuerzo para poner en marcha la ley mágica de la analogía, y así recibir estímulo de los fenómenos ordinarios de la vida en una carne basada en un principio orgánico alienígena. Pero de alguna forma se las ha arreglado para conocerse a sí misma.

—Psiklop 2 — Y ni pensar en crearle un cuerpo orgánico con base de carbono… ¿Cómo luciría?... ¿Qué sería?

—Psiklop 4 — Imposible. Los cazadores que la atraparon no han recuperado las funciones vitales de la conciencia despierta. Ellos vieron algo: un Ser ajeno a nuestra realidad dimensional. Sólo toma en cuenta su manifestación energética… ¡No!... No

podemos arriesgarnos a invocar un demonio dotándolo de carne sólo para acelerar su proceso de autoconocimiento. Tampoco podemos crear una especie de zoológico de humanos adánicos para que la entidad use sus cuerpos como migajas de pan que la conduzcan nuevamente al dulce hogar de su verdadera identidad. Pues no creo que estemos lidiando con un personaje de antiguos cuentos de hadas con el encanto de Hansel o Gretel. La solución es permitirle que use nuestros propios cuerpos para que continúe con la mecánica dualista entre su energía y nuestra carne. De paso, experimentaremos la naturaleza de esa fusión vital.

… Sin embargo, la sensación más abstracta es la de haber estado fusionándome con las mismas formas de energía sólida, no como principio general de esta realidad, sino con un pequeño grupo específico. Una y otra vez me parece atravesar los mismos destellos de escenas extrañas, proyectadas sobre un fondo natural y artificial que intercambian continuamente sus respectivas esencias: extraños paisajes; extrañas ciudades de una arquitectura que parece estar petrificada en el estado imaginario que la concibió. Por las escenas desfilan entes fantasmagóricos; semejantes a esas criaturas artificiales que nunca se movían… pequeños y… ¡Muñecos!... Sí, parecidos a espantosos muñecos. ¿Muñecos?... Ellos pertenecen a ese lugar donde creo contemplarme a mí mismo a través de un Ser sumido en sus propios pensamientos; rodeado de extraños aparatos e ininteligibles ecuaciones matemáticas cuyos símbolos flotan en el aire gravitando a su alrededor. Experimento esa realidad ¡tan familiar!, desde un orden perceptual diferente a aquel con el cual vivo la realidad contenida en las formas de energía sólida: la realidad en la que habita mi otra identidad la percibo desde planos ópticos específicos, uno a la vez, de los varios que forman un objeto determinado. Pero la realidad espectral de las formas de energía sólida la percibo desde todos sus lados; veo cada objeto en su totalidad. Ambas realidades poseen las mismas dimensiones… pero… no parezco percibirlas desde el mismo estado dimensional. Una la percibo desde dentro, desde su misma dimensión. La otra desde fuera… ¿Desde otra?

He rastreado los excitados patrones energéticos en el Ser en el cual me contemplo. El hechizo perceptual que ejerce sobre mí la realidad en la que habita, provoca que las partículas subatómicas que conectan mi autoconciencia con el plano de las sensaciones, se estremezcan. El Ser… ¡El hombre!... Sí, el hombre… está bajo el trance de una visión que ambiciona congelar el fluir del tiempo. Siento como me queman sus intuiciones. Ellas avanzan hacia la meta de una idea, dos ideas, tres, cuatro, cinco… y luego… sólo la visión de una fórmula matemática, o la fabricación de un extraño artefacto, y luego otro, y otro. Siempre me apremia la necesidad de escapar de la fusión vital con las formas de energías sólidas… Con las cuales ya estoy totalmente familiarizado.

—Psiklop 1— Es un hecho que todos nosotros estamos experimentando distorsiones perceptuales novedosas y al mismo tiempo espantosas, cada vez que ejecutamos el ritual de la fusión vital con la entidad.

—Psiklop 2— Querrás decir el hombre.

—Psiklop 1— Sí, el hombre adánico creado en el paraíso de la molécula de carbono. Ya vieron el resultado de la ordenación lógica de sus intuiciones. En este caso percibidas por nosotros mismos. Su historial habla de un sabio, un científico que estaba experimentando con el tiempo… Jugando con su fuego.

—Psiklop 3— En cierta forma, su experimento aún continúa… pues las distorsiones perceptuales que hemos experimentado significan que cada vez que ponemos en marcha el ritual de la fusión vital, de alguna manera realizamos un desplazamiento holográfico en el tiempo.

—Psiklop 4— Sí, como si el tiempo en cuanto cuarta dimensión del espacio fuera al mismo tiempo un reflejo de la tercera dimensión pero en otro estado geométrico. ¿Han notado el cambio perceptual? Cuando en el estado de fusión vital experimentamos nuestra dimensión a través de la vivencia de la entidad… ¡Qué horrorosas son las figuras de

nuestros propios cuerpos!… ¡Es monstruoso!... Me pregunto si la entidad posee la misma morfología.

—Psiklop 1— Nuestra realidad distorsionada por la mirada de un demonio. Es como si estuviésemos encerrados tras sus pupilas. Pero el fenómeno es una pista sobre qué tipo de experimento estaba haciendo con el tiempo. Todo indica que el hombre viajó a través del tiempo sin dejar de existir en el espacio… ¡Incomprensible!

—Psiklop 3— Debemos continuar el ritual de la fusión vital y descubrir lo que el tiempo le tenía reservado a la entidad; y ver lo que tiene para nosotros. El caso es que hablamos posiblemente de un viajero del tiempo… ¡Y nada menos que un *Homo Carbonium*!... Me cuesta creerlo.

La masa devino en energía… En luz. ¿cómo sucedió? Pero no bastaba con la velocidad de la luz: era necesario ir más rápido… ¡Las ecuaciones lo exigieron! El tiempo se detuvo y contempló la energía de la materia que alguna vez fui, justo en el instante en que dejó de proyectar mi reflejo tridimensional al fusionarse con lo que soy ahora. ¿Cómo pude lograrlo? Sólo percibí destellos visuales de una tecnología tan sofisticada que era magia y milagro a la vez. Pero de alguna forma, continué conectado con el movimiento de esa parte de mí que ya no debería existir: el hombre hecho de materia y espacio. Su irrealidad fue impulsada por una fuerza misteriosa a concluir un destino que para entonces sólo era un concepto matemático: la vida. Una fantasmagoría que no obstante mantenía en equilibrio una estructura cuasi divina. Entonces, el movimiento mismo llegó a su fin. Sentí como si me hubiese desconectado de algo inexistente materialmente pero al mismo tiempo pesado: como el alivio de la carne al liberarse de un pensamiento obsesivo.

Luego, sólo un estado espectral perforado por formas de una luminosidad grisácea. Adoptaban la fisonomía de ciudades, paisajes de la naturaleza, objetos y unos extraños seres antropoides… ¿hombres como aquel que fui? Su materia era extraña, lo sigue siendo, a pesar de que llevan mucho tiempo habitando en mi eternidad junto al resto de su realidad. Las fusiones vitales con ellos son cada vez más intensas. Siento que su energía

arde. Sus cuerpos amenazan con transformarse. Existe una parte de ellos que es como yo, pero habita donde yo intuyo que es el lugar que me corresponde habitar a mí también. Esta realidad no es mi hogar.

—Psiklop 1— ¡En el futuro!... ¡Increíble! Pero no debería estarlo si nuestra tesis es correcta. La entidad no pertenece al tiempo, ya que es el tiempo… ¿Cómo puede estar varado en una de sus proyecciones?

—Psiklop 2— No olvides que una parte de él si pertenece al tiempo.

—Psiklop 3— Perteneció… Ya está muerta, como la vida basada en el carbono.

—Psiklop 4— Repasemos la teoría concebida para la entidad, y luego analicemos el porqué nuestro continuum espacio temporal padece de pesadillas.

—Psiklop 1— Es evidente que el humano adánico fue un científico que desarrolló una tecnología para viajar en el tiempo. Pero no fue una máquina del tiempo ordinaria, más bien su propio cuerpo fungió como tal: sus electrones o alguna clase de partícula subatómica. Para ello tuvo que emplear una cantidad extraordinaria de energía en orden de poner en marcha los mandamientos de la antigua Teoría de la Relatividad. Toda su masa tuvo que devenir en energía pura, en luz. En un enjambre de fotones.

—Psiklop 3— Pero necesariamente tuvo que auxiliarse de una fuente de energía externa; un impulso desde fuera que hizo que sus fotones viajaran más rápido que el resto de los que poblaban el universo.

—Psiklop 2— ¿Alguna fuente de energía alienígena, quizás en forma de algún cristal con una estructura atómica hiperdimensional? No olvidemos que los hombres adánicos ya habían logrado adentrarse muy profundo en la Vía Láctea para el momento en que suponemos el científico violentó el orden del espacio-tiempo. Sin mencionar las modificaciones que habían ejecutado sobre su propia biología, de la cual indirectamente surgimos nosotros que somos sus descendientes.

—Psiklop 1— Es posible. Como también lo es el hecho de que pudo haberse sintonizado con sus propios electrones utilizando su propia energía mental. Estos devinieron en portales dimensionales a través de los cuales sólo atravesó su conciencia. Pero lo verdaderamente escalofriante es la validación del postulado de Einstein de que a la velocidad de la luz el tiempo se detiene. Su tiempo se detuvo, y he aquí que devino en una expresión tetradimensional definida. Pero de alguna forma, una expresión fantasmal de sí mismo continuó moviéndose simultáneamente a través del espacio, trazando como todos nosotros el curso lineal del tiempo con lo que llamamos vida. Pero en su caso, la vida era igualmente una fantasmagoría, como lo fue también su muerte. ¿Cómo murió? Es seguro que ni la misma entidad lo sepa. Lidiamos con un misterio que rebasa nuestra capacidad especulativa. Lo cierto es que, de alguna manera, esa expresión tridimensional fantasmagórica cumplió la agenda vital programada para ella. De ser así, nos enfrentamos a una nueva paradoja, diferente a la antigua del abuelo para el viaje en el tiempo hacia el pasado. A saber: si viajas hacia el futuro más allá del punto temporal de tu muerte, entonces lo que arribará de ti será una forma espectral, un fantasma. Pero en este caso no se trata de un fantasma, sino de la expresión tetradimensional del científico, que de alguna forma quedó varada en la tercera dimensión. Eso explica el porqué la localizamos en un antiguo cementerio. El viaje finalizó en su tumba, o más bien, en lo que la simulación virtual de su existencia en la esfera del espacio cavó para él. Él no viajó en el tiempo, se convirtió en él; sintonizó su conciencia con su expresión de cuatro dimensiones.

—Psiklop 4— Eso tampoco impide que gracias a la necrológica paradoja que el mismo proceso puso en marcha, la naturaleza dimensional de la entidad permeé la nuestra, sin duda debido a la dialéctica involucrada en su particular viaje en el tiempo. La única tumba real es la de su cuerpo tetradimensional, cavada en el futuro del tiempo lineal tal y como es percibido en la tercera dimensión. Pero, ¿cómo explicar el fenómeno paranormal que estamos experimentando durante el ritual de la fusión vital con la entidad?

—Psiklop 1— Ciertamente es una vivencia de una naturaleza tan espantosamente sobrenatural que rebasa toda especulación teórica. Cuando nos fusionamos nos vemos

como la entidad ve toda expresión tridimensional, es decir, desde todos sus lados. Presiento que si continuamos con el ritual de fusión vital, muy pronto estaremos sintonizados con nuestras expresiones de cuatro dimensiones… o al menos, con la entidad. ¿Cómo sería ser deslumbrado por la revelación tetradimensional siguiendo el movimiento perpendicular de nuestras propias expresiones tridimensionales, no en el espacio, sino a través de la entidad misma? Sin dudas será sólo un fenómeno perceptual, pero aún así, debemos tener cuidado. Hablamos de una entidad tetradimensional moviéndose en la tercera dimensión. Desvinculado del sólido de carne y hueso que alguna vez fue. El acto mediúmnico es mutuo: nosotros solidificamos su naturaleza abstracta y la entidad sutiliza nuestra naturaleza sólida.

Al parecer la caída a través del abismo de la materia se renueva con cada fusión vital con las formas de energía sólida con las cuales me he familiarizado. Su carne posee una extraña cualidad, como si hubiese sido modelada con un barro extraterrestre. Ellas también son conscientes de que la fusión vital cada vez es más definitiva. Son seres de sabiduría, científicos; como yo lo fui en otra realidad espacio-temporal. Es una alucinante peregrinación en busca de una sincronización entre su masa y mi energía. Pero ellas también están haciendo su trabajo; con cada ritual de fusión vital cincelan su materia, transformándola en un molde idóneo para mi naturaleza dimensional. Ya puedo tener una experiencia sensorial más directa y física que la magnetización de sus intuiciones, como ellos también lo hacían al principio con las mías. Puedo ver, escuchar, olfatear, sentir… Escucho frases:

*«La entidad de cuatro dimensiones nos ha poseído…»*

*«… Nuestros cuerpos se atraen unos a otros en pos de la fusión definitiva en una singularidad dimensional… »*

*«… ¡Una sola carne, una sola conciencia: constituida por cuatro cuerpos tridimensionales y un espíritu de cuatro dimensiones!...»*

*«… ¿Qué tipo de fenómeno tendrá lugar una vez la entidad se apropie por completo de nuestros cuerpos… ¿Acaso desplazará nuestra propia expresión tetradimensional?...»*

*«…Mirémonos por última vez… y guardemos el recuerdo de ese único plano geométrico… pues a partir de ahora…»*

Veo cosas. Una ciudad compuesta de formas que por momentos se presentan como un todo y seguidamente me muestran sólo una de sus partes. Fluctúo entre percepciones de tres y cuatro dimensiones. Por fin he regresado a la carne. Es hechizantemente dolorosa. Me golpean los gritos de los demás seres que habitan esta realidad mientras avanzo entre ellos… ¿Qué ven en mí? Quizás una figura monstruosa y tangible que experimenta fugaces escapes hacia la nada de la confusión sensorial debido a mi inestabilidad dimensional.

Me siento agotado, después de todo, ha sido un largo viaje… una larga estadía en el Tiempo… añoro el Espacio. Un lugar en el que pueda descansar de la eternidad que soy con el sueño temporal llamado muerte. Sí, añoro mi tumba… ¿Dónde se encontrará en esta realidad tridimensional? No importa, tengo todo el tiempo de la cuarta dimensión para hallarla…. El tiempo que soy.

© BETZABETH W PAGAN

# Carbunco y granos[22]

Por Nancy Nelly Otiz Méndez (Puerto Rico)

Ilustrado por Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico)/ Till death.

Epitafio

¨Ni muy listo, ni tonto de remate. Fui lo que fui: una mezcla de vinagre y de aceite de comer ¡un embutido de ángel y bestia"

Nicanor Parra.

n una gran urna de cristal con ruedas, el vendedor de granos del pueblo llevaba sus delicias fritas. Generoso, cándido y arrojado, cantando a viva voz: "Granos, granos, Graniiiiitos". No era posible sonar más animado. A su alrededor los niños se arremolinaban, como atraídos por el embrujo de aquella armonía que se repetía sin cesar. A su lado siempre el misterioso estuche negro y dorado de un viejo violín. Esa mañana, la fiebre, el malestar y el dolor en todo su pecho, no habían mermado las notas. Ansioso por vender las pequeñas joyas extraídas de las brasas, busco en el estuche. Comenzó entonces una anacrusa[23] solitaria. Según el arco de su instrumento se deslizaba,

[22] El carbunco (*anthrax* en inglés, y también conocido como ántrax maligno o ántrax en español, aunque este último término es también sinónimo de furunculosis por S. aureus) es una enfermedad contagiosa, aguda y grave, que puede afectar a todos los homeotermos y entre ellos al hombre.

así lo hacían también los transeúntes a su alrededor. Una hermosa chiquilla se acercó a él casi hipnotizada por aquellas armonías. La tos y la falta de respiración detuvieron su sinfonía improvisada. Casi con su último aliento grito: a la capo. Y nuevamente emprendió el movimiento del arco sobre el instrumento. Las frituritas ya tenían vida propia y las personas se las servían en unas pequeñas bolsas de papel dispuestas para eso; depositando el pago por ellas en un saquito de terciopelo rojo amarrado al costado de la gran urna. Fue entonces cuando los colores de aquella mañana desaparecieron ante sus ojos. Un súbito mareo lo derrumbo al suelo, llevándose en su caída el arco en su mano y arrojando su violín bruscamente sobre el pavimento. La chiquilla que estaba parada a su lado se tocó su cuello y en un grito despavorido grito: auxilio, me muero. Aquel arco, que había servido para embelesar su inocencia, ahora le cercenaba la garganta. Rápidamente una señora se quitó el pañuelo que recogía su pelo y lo apretó contra el cuello de la niña. El vendedor de granos yacía en el suelo. Un hombre se acercó a él y, con voz grave, pronuncio el fatídico designio: "Este hombre está muerto. Ya no respira". Allí en medio de la concurrida acera quedaron: la urna vacía, la sangre de la inocente y la alzada del violín del vendedor de granos.

[23] Anacrusa (del griego ἀνάκρουσις [anákro:sis], retroceso) en música hace referencia a la nota o grupo de notas sin acento que preceden al primer tiempo fuerte de una frase, por lo tanto va colocado antes de la barra de compás.

# Ser o estar

Por Mary Cruz Paniagua Suero (República Dominicana)

Ilustrado por Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba)/ S.t..

Quizás nunca entenderé, si lo que vivo es producto de mi fructuosa imaginación o en realidad sucede. Ahora no me preocupo y al acostarme le hablo, para que él me recuerde que estoy...

Hacía varios años que mi abuelo había muerto. Por el tiempo transcurrido debí olvidarlo, pero él no contribuía a que lo hiciera.

En las noches nos desconcertaban sus tiernos ronquidos. En las mañanas sentíamos el arrastre de sus chancletas dirigirse hacia una de las cocinas, para preparar el café acostumbrado. Pronto la gran casa se llenaba de un olor a café recién colado y a pesar de que me asustaba el hecho, me reconfortaba ese rico aroma.

Los domingos leía el periódico. Comenzaba con los deportes, era como si estuviera narrando un partido, se emocionaba de tal forma que me daba escalofríos; luego seguían los clasificados, estos pasaban rápido, al parecer no le interesaba cambiar de espacio; escuchando sus carcajadas con el segmento de entretenimiento, me invadía una tristeza, pues aunque le escuchara feliz, yo sabía que no podía ser cierto. Su voz daba un cambio muy notable cuando leía las noticias trágicas, que siempre apartaba para el final. Lo extraño nunca fue que se escuchara leer, lo extraño, era que las noticias eran recientes, actuales.

Mi abuelo llenaba los rincones de la gran casa con su ronca voz. Interpretaba viejas canciones conocidas por nosotros. En cada una había un solo de silbido. Llegado éste, era

tan contagioso, que le acompañábamos, formando así un coro. Era estar viviendo con él, solo que no podíamos verlo.

Con el espíritu de mi abuelo, duramos un largo tiempo, tan extenso como mi gran casa, que no tenía término, ni color, ni forma. Era tan grande que no podía contar las habitaciones. A la casa nadie iba, nunca nos visitaron. No recuerdo haber salido ni una sola vez, igual no nos importaba nada de afuera. Allí tenía todo, podía pasarme días enteros leyendo. La gran casa era suficiente para nosotros.

Entendíamos que el abuelo debía descansar, así que buscamos espantar su espíritu inventando oraciones que imploraban la tranquilidad de su alma. Le compusimos canciones, que declamábamos durante la cena. Su presencia igual seguía. Puedo decir que al principio no lo vi como una amenaza, pues quería mucho al abuelo y me gustaba sentirlo tan cerca. Luego de un tiempo empezó a asustarme la normalidad con que buscaba en las habitaciones, descargaba el baño; era como si no se diera cuenta que había muerto. Con su comportamiento quería comunicarnos algo. Hasta que entendí...

A veces, mientras leía, me detenía para observar un humo que aparecía como signo de interrogación y se pegaba a las paredes, debía provenir de su pipa. Quizás, porque no recordaba el día de su muerte empezaba a imaginar que él nunca había vivido, inventando un ser que había sido mi abuelo. Trataba de imaginarle dentro de la caja mortuoria, me situaba en plena despedida llorándole. No lograba formar una imagen de aquel hecho. Simplemente no lo recordaba. Pensando estas cosas tenía la sensación de que la sangre dejaba de correr en mis venas. Entonces me pellizcaba, y aunque veía cuando lo hacía, no lo sentía en mi cuerpo.

Con mi abuelo, las cosas se complicaban cada día más. Para mis familiares, el tiempo anegados en las tinieblas, no tenía relación con él, yo en cambio estoy seguro que fue mi abuelo el culpable del polvo que nos nubló durante mucho tiempo. No distinguíamos el día de la noche. Era como una nube pastosa pegada a la gran casa, dándole color que no poseía. Dicho polvo también se movía, seguía nuestros pasos. No parecía peligroso, pero iba invadiendo la gran casa de tal forma que no podíamos circular por ésta con

tranquilidad. Se le podía ver en las habitaciones envolviéndose en las camas y colándose por las lámparas. Donde llegaba dejaba los espacios oscuros. Fue entonces cuando dejé de leer, pues aunque utilizara velas, éstas eran apagadas por su constante movimiento.

Pronto los más pequeños comenzaron a jugar con el polvo esparcido, le llamaban "fantasma gigante" los agarraba por los pies haciéndoles caer, les ensuciaba la ropa. A ellos les gustaba, duraban horas corriendo detrás del polvo, armados con palos, lo utilizaban para jugar a las escondidas. Aunque parecía inofensivo, me preocupaba en lo que pudiera convertirse. Por eso tracé una linea para limitar su accesibilidad hacia nosotros. Por unos días funcionó. Pero una noche, o lo que creía era noche, tomé un foco y pude ver como del polvo se desprendían varias manos tratando de alcanzarnos. Dichas manos poco a poco nos deshabitaba, se llevaban las cosas de la gran casa. Mientras lo hacían, emitía ruidos molestos que me recordaban perfectamente cuando mi abuelo rezaba. No podíamos obviar todo aquello, pues el polvo se movía cada vez mas rápido, y además olía a orina, el olor característico de mi abuelo.

Decidí hablar en privado con él. Prácticamente me encontraba hablando solo en una de las habitaciones de la gran casa. Le decía que me contara lo que le preocupaba. Exigía saber que por qué hacía todas esas cosas. Como imaginaba, no recibí respuestas. No desesperé y seguí hablándole, pero siempre era lo mismo, nada.

Una noche me desperté muy asustado. Sentía mi cuerpo extraño. Era como estar flotando en algo desconocido. Escuchaba la voz filtrada de alguien que me llamaba desesperadamente. Era mi abuelo, pidiendo que no le hablara más desde mi estado. Que nos resignáramos a morir. Sollozaba, se ahogaba tratando de decir todas las palabras. Me confundí mucho. Él no abandonó sus convincentes discursos.

Esto de escuchar a mi abuelo se había vuelto costumbre. Ya no era yo quien pedía me hablara, era él quien todas las noches pronunciaba el mismo discurso alegando su existencia.

Mi desesperación por entenderle fue creciendo. Y aunque le preguntaba, no recibía respuestas. Él monologaba cada vez mas rápido y desesperado.

Recordé que en la gran casa guardábamos aún pertenencias del abuelo. Decidí buscarlas para ver si daba con algo que me ayudara. Las cosas que veía no me parecían extrañas. Nada que un sombrero viejo pueda decirme, nada que unos lentes de lectura pudieran mostrarme. Recolecté todo lo que de él fui encontrando y esperé que me hablara. Cuando lo hizo intenté decirle que llevaba conmigo sus pertenecías. Pensé que era esto lo que lo ataba. No reparó en mí, siguió hablándome sin hacer ninguna pausa.

Luego de cada sección con él, tenía sueños muy raros. Lo veía en un mundo distinto a la realidad. Era extraño porque aunque nunca había ido a ese lugar, lo juzgaba real, que podía existir y me gustaba. Mi abuelo parecía cómodo, tranquilo, acompañado de algunas cosas que no sabría nombrarlas, porque para mí eran nuevas. Era hermoso todo a su alrededor. Yo estaba vislumbrado, repito que nunca había visto algo tan real.

Los días siguientes fueron de querer soñar. Irme introduciendo en aquellos sueños. Quedarme en ese mundo que parecía perfecto para mi abuelo. Pero veía todo como por un cristal, imposible de penetrar. Desde fuera, sin sentirme, contemplaba a mi abuelo caminando por esos lugares inexistentes para mí. El hecho de no poder entrar, me frustraba, no pensaba en otra cosa. Me fui llenando de una envidia de estar en el lugar de mi abuelo, que no comprendía, pues no sabía realmente donde quería ir.

Fue el "fantasma gigante" quién me despertó de uno de estos sueños, por su culpa, todo se movía en la gran casa. Esta vez no emitía sonido alguno, solo se escuchaba mi voz intentando zafarme del polvo, todo mi cuerpo estaba cubierto de él, me halaba, queriendo arrastrarme hacia no sabía dónde. Yo estaba desesperado, mi cuerpo no me acompañaba, se había producido un desligue entre él y mi mente. Lloraba y eso llamó, al parecer, la atención de mi abuelo.

El polvo tomaba su forma y metiéndose en la cama, sostenía mi cabeza, que no sentía, y la posaba en sus piernas. Fue extraño, como muchas otras cosas, pues aunque no percibí sus caricias, pude ver como pasaba sus arrugadas manos por mi cabeza. Se acercó a mi oído con la intención de decirme un secreto, pero su voz ronca y desesperada salía a gritos, los mismos que escuchaba en las noches. Agregando más cosas al discurso

acostumbrado, me decía que estuviera tranquilo, que no tratara de entender y olvidara todo lo que había visto.

Creo, trataba de calmarme con sus palabras, pero éstas me inquietaron a tal punto que me hicieron apartarme de lo que suponía era él. Miré el polvo y la forma que había tomado. Vi como mi abuelo sujetó mi cabeza nuevamente, esta vez con mas aspereza. De haber sentido la fuerza que veía ejercida, me habría matado. Las palabras siguientes las decía con ternura pero su tono era como estar dando una lección a un niño. Me dijo, que aprendiera a resignarme porque él estaba en lo real. Me explicó que él había llegado al mundo de los vivos, ese desconocido por mí, y nosotros simplemente nos habíamos quedado en el de los muertos, el conocido por todos.

Intenté comunicarles a mis familiares lo que el abuelo me había dicho, pero estos parecían sordos, no se percataron de mi existencia. Sé que el "fantasma gigante" tenía la culpa, pues todos estaban del mismo color que él, emitían el mismo sonido, olían igual que el abuelo.

Soy loco, o una persona con demasiada imaginación. Me repito las palabras que escucho decir al abuelo. Pero yo mismo desconfío y siento que nada real. A veces pienso que mi abuelo no existe, que yo he imaginado un ser que había sido mi abuelo. Entonces me pellizco, y aunque veo cuando lo hago, no siento mi cuerpo.

Ahora en las noches mi abuelo hace de un hábito agarrar mi cabeza y contarme sus experiencias en aquel mundo.

Mis familiares ya no están, o al menos yo no los veo. Las habitaciones de la gran casa me parecen más incontables. El "fantasma gigante" ha dejado de molestarme, pero igual sigue allí, posado sobre todo esto que soy yo.

Mientras mi abuelo habla, veo como mi realidad se va volviendo inexistente, y toma más lógica pensar que es cierto lo que dice.

Aún en mis sueños quiero introducirme en eso que es mi abuelo, pero no puedo hacerlo. Debo quedarme aquí, y dejar de buscar, como él me ha recomendado.

Quizás nunca entenderé, si lo que vivo es producto de mi fructuosa imaginación o en realidad sucede. Ahora no me preocupo y al acostarme le hablo, para que él me recuerde que estoy...

© BETZABETH W PAGAN

# Sincronía de gemelos

Por Vicente Arturo Pichardo (República Dominicana)

Ilustrado por Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico)/ S.t.

os recuperamos, milagrosamente, después de un tiempo. Mi hermano no hacía nada sin mí. Nos entreteníamos con juegos de mesa, aunque eran anticuados, le teníamos mucho aprecio. Lo heredamos de nuestra madre, habían pasado por tantas generaciones. Luego nos aburrimos. Me afectaba estar encerrado. Veía desde mi habitación las casas, algunas con muros sin pañete, otros convertidos en lienzo por la consecuencia de un spray. A mis ojos se le hacía difícil encontrar un árbol.

Cuando le hablé de lo que quería hacer, se alteró. Él no entendía, podíamos ir a pasear por el barrio sin ningún problema. Yo manejo y tú pedaleas la bicicleta, le explicaba. Él quería estar delante de mí como lo hacía anteriormente, sin embargo, yo poseía las manos para conducir.

La primera vez que salimos. Fue todo un alboroto. En las calles, las personas nos voceaban. Algunos se mostraban felices por nosotros, otros decían cosas que me hacían pensar que debimos haber muertos en la guerra. Uno de ellos era Peter, nos saludó. Antes de marcharnos nos aconsejó que nos cuidáramos. Por alguna razón volvimos a Santo Domingo.

Él siempre atento desde la escuela. Más porque estaba interesado en mi hermana mayor, la cual nunca le hizo caso. Golpeaba a cualquiera que se pusiera con nosotros. Interfiriendo en discusiones y en las travesuras de los muchachos del barrio. Él nos protege, decía mi hermano. Mi hermana estaba cerca, cada vez que lo hacía. Hasta nos

visitó para jugar con tal de verla. Ella, en esos años, solo tenía en mente sus estudios. No hablaba mucho con los chicos, aun así, él continuaba yendo.

Al principio me sentía extraño en la bicicleta. La mayor parte del ejercicio proviene de las piernas y solo podía agarrar el timón. Mi hermano estuvo en silencio la mayor parte del camino. Cuando hablaba, era para quejarse.

Dejaba de pedalear, me exigía que me fuera al parque. Se tranquilizó porque un señor se nos acercó. Percibí un brillo en sus ojos. Andaba con un bastón. Traía un sombrero, no como el de nosotros, era uno cilíndrico, negro y alargado. Nos saludó. Estaba asombrado. No había visto cosa igual, dijo. Cada cual pronunció su nombre. Él nos invitó a compartir, estaba interesado en conocernos y quería hacer negocios con nosotros.

Aunque nos explicó con exactitud donde estaba ubicado, no podía creer que habían construido un edificio. Ese lugar era un solar baldío, pensaba en ese momento camino allá. Nos volvimos a topar con Peter. Le pregunté sobre el lugar. Él me dijo que unas personas lo habían comprado para hacer espectáculos y una que otras actividades recreativas y de entretenimiento. Luego me preguntó por mi hermana. No podía creer que él todavía pensara en ella. Se marchó con un hombre que conoció en la universidad. No he sabido de ella desde que nos visitó cuando estábamos enfermos. Noté cuando le cambió el semblante y bajó la cabeza. Nos despedimos y seguimos hacia adelante.

Al llegar, vimos una gran carpa con franjas de colores alrededor. Entramos. Les preguntamos por el señor a unos payasos, practicaban algunas de sus bromas. Nos indicaron donde podía estar. Fuimos sin apearnos de la bicicleta. Todos se quedaron quietos. Cuando nos detuvimos la mujer lobo empezó a aplaudir y nos miraba como si fuésemos ovejas, los demás se nos acercaron.

El sujeto nos pidió trabajar en el lugar. Nosotros no somos de ese tipo de personas. Ellos son profesionales, se requieren años de práctica para eso, le comenté. Solo deben andar en la bicicleta, solo eso. Lo miré e hice una mueca, mi hermano también no estaba de acuerdo. Cuando nos íbamos, se abrió una puerta azul, salió del cuarto una mujer distinta a todos. La normalidad y la belleza escaseaba y ella contrastaba con los demás.

El señor nos explicó que era una mujer especial, poseía una cola. No sabía si era cierto o no, pero mi hermano se me adelantó en afirmar que íbamos a trabajar con él. La veía muy parecido como cuando Peter lo hacía con mi hermana. Me susurró, estaba curioso, quería ver la cola. Hay que esperar varios años, nos dijo. No poseía el tamaño requerido para hacer los malabares y las piruetas en el aire.

Regresamos al otro día, aún estaban durmiendo. Esperamos afuera. La mujer especial, Claudia, salía de la cortina. Me sentí nervioso, no me salían las palabras. Mi hermano la saludó con normalidad. Quiero ver su cola, repetía una y otra vez. El deseo era contagioso. Ella nos dejó. Al poco rato salió el señor. Nos dio un recorrido por el lugar al tiempo que nos explicaba el procedimiento del negocio. El público debe estar complacido, ellos son los que nos dan el pan. Por eso ustedes vivirán acá. Enfatizó.

La primera noche fue normal para nosotros, al vernos, las personas quedaron entusiasmadas. Nosotros hacíamos las vueltas con toda normalidad. Mírenlo sin brazos y sin piernas, les decía el señor por el micrófono. Al terminar, decidimos celebrar con unos tragos. Invitamos a Claudia. Hablamos de nuestra experiencia en la guerra: Él estaba atrás cubriéndome la retaguardia. Pisé una mina caímos y quedamos así. La mujer estaba atenta, después ella empezó hablar de sus experiencias. Nos miraba. Jugaba con la copa. Se tomaba los tragos de un tirón. Mi hermano hizo énfasis en el calor. Estoy caliente, muy caliente, ella musitó. Fui braceando la silla de ruedas mientras él se quedó atrás, le susurró algo a la mujer.

Cuando llegué a la habitación apareció mi hermano. Claudia quiere que los dos estemos con ella, dijo. Le pedí explicaciones. Ella quiere manos y pies. Debemos estar juntos. Fuimos a su habitación. Nos esperaba. Nos quitamos todo. Estaba con una bata, le llegaba a las rodillas. Empezó con nosotros. Noté que poseía unas totumas pronunciadas a cada lado de su frente. Le pasaba las manos por la piel. Afuera el agua caía. Ella nos besaba. Nos movimos como pudimos y a veces ella lo hacía. Cuando se quitó la bata, vimos su cola, no era pequeña, podía mover objetos a un metro de distancia y estaba unida a la columna vertebral.

Al amanecer, ella no estaba. Nosotros la buscamos por todas partes. Le preguntamos al señor. Está encerrada en el cuarto azul, dijo. Preguntamos hasta cuándo esperará que crezca. Falta poco. Y añadió: La cola crece después de tener intimidad y para eso debe sentir el efecto de la primera vez en el contacto. Por eso debe hacerlo con diferentes… Luego ella se encierra a esperar a otro, ella siente el olor cuando lo traemos.

Después de escucharlo, tuve un dolor de cabeza y me hacía falta respirar aire fresco. Escuchaba las carcajadas de los payazos, estaban alborotados, le hacían bromas a la mujer lobo. Por la puerta pude ver el horizonte, el sol era una media naranja que de a poco se apropiaba del cielo. Buscamos la bicicleta, nos montamos y mi hermano empezó a pedalear. El camino estaba húmedo. No se detuvo hasta estar seguro que se había alejado lo suficiente del lugar.

# Transformación

Por Zulma Quiñones Senati (Puerto Rico)

Ilustrado por Joan Gonzalvez Fernández (España)/ S.t.

io la pluma entrar por la ventana y caer con lentitud sobre el piso de la habitación. La tomó en sus manos y la miró con extrañeza. Era de un color marrón oscuro y en la punta se tornaba blanca. No había visto ningún pájaro entrar al apartamento. Sin saber por qué la guardó en una gaveta del vestidor y volvió a sumergirse en su dolor. La noche antes, José Juan la había emprendido a golpes contra ella. No acertaba a recordar la razón, pero ya se había resignado a que la golpeara sin motivo alguno. Además, había dejado la ventana abierta, sabiendo que ella prefería que estuviera cerrada porque padecía de vértigo.

Rememoró el día en que la golpeó por primera vez. Fue a los pocos meses de casados. La abofeteó tan fuerte que le partió el labio inferior. Por más que buscó explicación a su conducta no la encontró. El suceso se grabó en su memoria, pero no como un hecho aislado, sino que se sumó a otros golpes, los que le daba su padre. Aquellas gavetas en el cerebro, donde guardaba los golpes de la niñez, se comunicaban con las nuevas en las que guardaba los de su esposo.

*Es que hay gente que nace con estrella y otros nacemos estrellados.*

Los golpes aumentaron en cantidad y frecuencia. Llevaba seis años de casada y el mismo número de años de maltrato. Ya no aguantaba más. Esta vez fue más grave. El dolor la mantuvo en cama todo el día. Los sollozos se asomaron una y otra vez. Parecían tener cierto ritmo. Era una cadencia suave y melancólica. Grisel había asimilado, como el

mejor boxeador, los duros golpes. Cada puño dado al cuerpo, le producía otro moretón en su espíritu. José Juan parecía deleitarse pegándole y las palizas se repitieron. Se habían multiplicado tanto que había perdido la cuenta. Se sentía herida, atrapada en una cárcel que, como las arañas tejen su tela, los recuerdos remotos y cercanos se encargaron de tejer.

*No hay salida. Solo más y más rejas invisibles que me atrapan, que me cercan. No me dejan ver más allá de este dolor.*

Su niñez se fue develando ante sus ojos. Los primeros años de inocencia, luego los días en que su padre enloquecía y la golpeaba una y otra vez. Los gritos de su madre y la súplica le llegaban como una pesadilla que se repetía:

–Por Dios, Jenaro déjala ya. Ya está bien. No le pegues más. ¡La vas a matar!

–Tú, cállate. Yo soy el jefe, la cabeza de esta casa y aquí se hace como yo diga. Si abres la boca de nuevo te doy a ti también.

Y no faltaron las muchas veces que lo cumplió. Por su causa, la madre recibió maltrato. En aquel entonces vivía en las faldas del Rodadero. Cuando se calmaba todo, y su padre se quedaba dormido temprano por efecto del alcohol, ella escapaba a un área más cercana al monte y se deleitaba con el vuelo en círculos de las águilas sobre la punta del mismo. Más de una vez soñó con las ellas.

*Son libres, como el aire mismo que las carga en brazos.*

Nunca supo por qué su padre la odiaba. Cuando se casó se dio cuenta de que todos los hombres la odiarían y la maltratarían.

Una segunda pluma le pasó cerca y ella volvió a tomarla en las manos. La examinó unos segundos. Era suave y del mismo color que la anterior. La guardó con la otra y continuó divagando. Los primeros meses de casada llegó a pensar que había encontrado la salida, pero la idea le duró muy poco. José Juan se la llevó lejos de sus padres y del monte. Aunque había accedido a todo cuanto él le pedía, incluyendo vivir en el décimo piso, a pesar de padecer de vértigo, las disputas en las que él creía que tenía la razón siempre, se

salieron de control y su paladar saboreó los puños del marido. No sabía qué hacer. El hombre se había vuelto incontrolable.

*Será que la vida es un carrusel que gira y gira sin parar. Tal vez algunos se bajan, pero no sé cómo hacerlo. De tan solo pensarlo me da vértigo.*

Los toques en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Observó la manecilla girar y José Juan entró sonriente.

–Te traje comida china, Grisel. Yo sé que es tu favorita.

Así, como si nada hubiese ocurrido. Como si los moretones de la cara, el pecho y los hombros fueran producto de una caída o de algún acto ajeno a él. Le pasó la mano suavemente por el rostro. Ella se viró y miró la pared.

–No tengo hambre.

–¿Tú ves? Después no digas que no me preocupo por ti. Te traje lo que te gusta y lo rechazas. ¡Coño! ¿Qué más quieres que yo haga? Esto sí que está cabrón. Vengo de trabajar, no tienes ni que cocinar, te traigo comida y no me lo agradeces. ¡A las mujeres no hay quién las entienda!

Grisel ocultó el rostro entre las manos. En medio de los sollozos escuchó los pasos, el portazo y la maldición. Estaba harta de la situación, pero no había nada que pudiese hacer. Se levantó y se acercó con temor a una distancia prudente de la ventana. La vista del paisaje a lo lejos era un paliativo y una brisa fresca entraba por ella ese atardecer. A lo lejos el vuelo de un pájaro le llamó la atención. Miró al horizonte, donde las copas de los árboles se mecían. Ya se teñía de tonos naranja. Desde su lugar levantó los brazos y una avalancha de plumas de distintos tamaños y tonalidades pasaron a su lado.

*Pero si aquí adentro no hay pájaros. ¡Qué raro!*

La curiosidad la llevó a preguntarse de dónde venían. Buscó en la habitación, debajo de su cama, detrás del buró y sobre la mesita de noche. Para su sorpresa el número de plumas fue aumentando. Encontró de distintos tamaños y texturas. Se acercó más a la ventana. Le pareció que el vértigo desaparecía. Escuchó el sonido tan conocido que se

producía cuando su marido destapaba las latas de cerveza. Trató de contarlas, una, dos, tres, pero eran tantas que, inmersa en sus pensamientos, dejó de hacerlo. Se armó un poco de valor. Fue hacia la puerta y pasó el seguro, aunque José Juan se lo había prohibido. Colocó las plumas encima de su cama y se recostó sobre ellas. Sintió que el dolor aminoraba. La sensación de tibieza invadió su espíritu. Una paz única en tantos años la invadió. Se quedó medio dormida.

De pronto escuchó que el marido la llamaba y daba puños en la puerta

–¡Abre, Grisel! ¿No te he dicho que no pongas el seguro? Abre o tiro la puerta. ¡Maldición, abre ya!

Escuchó que su marido trataba de forzar la puerta. No se levantó. Permaneció sobre aquel mullido nido de plumas.

Sintió que la cerradura cedió. Vio que José Juan había logrado abrir con un cuchillo afilado que llevaba en la mano. Ella corrió a la ventana. Él entró a la habitación. Pero no encontró a su mujer en el cuarto. Sólo alcanzó a ver un águila que estaba posada en el marco de la ventana abierta. Caminó hasta la ventana, el ave se dio vuelta, despegó sus alas, y si no fuera por la borrachera, él juraría que la oyó decir:

–Adiós, José Juan. Ya no tendrás a quién golpear.

La vio volar desde la ventana y perderse en el paisaje.

El noticiario de la mañana daba cuentas de una noticia de primera plana:

Nueva víctima de violencia doméstica. Grisel Rodríguez, una mujer de treinta años se suma a la lista de mujeres que han muerto este año a mano de sus maridos. La infortunada cayó del piso número diez del Condominio Monte Parnaso en Río Piedras, mientras aparentemente el marido la golpeaba. En unos minutos veremos una entrevista con José Juan Martínez, el victimario, que estaba bajo los efectos de bebidas embriagantes cuando lo interrogó la policía. El hombre alega que su mujer voló como un águila por la ventana, que él no sabe cómo, que ella tenía vértigo, que él no tuvo nada que ver. Los

vecinos dan cuenta de haber escuchado gritos y golpes en el apartamento minutos antes del lamentable suceso. También indicaron que el esposo ingería bebidas alcohólicas y que no era la primera vez que el hombre golpeaba a su esposa.

Mientras tanto, en las altas cumbres del Cerro Rodadero, un águila recién llegada otea desde el cielo y vuela libremente, con gracia, planea a la perfección, junto a otras águilas hace círculos en la punta del cerro mostrando sus alas color marrón con puntas blancas.

PGRIC 2009
www.gric.at

# Sensaciones de un Psicópata

Por Mildred Altagracia Rodríguez Ortiz (República Dominicana)

Ilustrado por Peter Gric (Checoslovaquia)/ Gynoid-Monument IV.

ulia Roberts se comunicaba telepáticamente conmigo, le escribía cartas contándole detalles de mi vida, empecé a cortar todos los árboles para eliminar cualquier interferencia de comunicación con ella, pero de repente me hablaba por la televisión, su boca se parecía a la de mi madre hasta que un día me di cuenta de mi error.

Mi madre una mujer de baja estatura y contextura frágil tenía un fuerte contraste con su temperamento, ella se imponía en el hogar, pensaba, elegía y decidía por todos, llevaba el cien por ciento del control de la casa y mi padre un hombre con pocas aspiraciones flácido en el hablar, el caminar y de mirada blanda no le pesaba desentenderse de las complicaciones de pagar la renta, comprar la comida y pagar la inscripción de la escuela.

En cambio mi mama de rostro afilado se parecía a la caricatura de Olivia, cuando se hacia el moño negro para ir a la iglesia los sábados, me hacía recitar todos los libros de la Biblia en orden ascendente y descendente, también me obligo a leerla por completo varias veces, nunca me compro los paquitos de memin o condorito con los cuales se divertían los demás niños, tampoco me complació con la revista Tobogán, nunca jugué pelota en el

patio de la escuela por temor a que ella apareciese debajo de los asientos, veía su rostro en las paredes del patio que me dejaban inmóvil hasta sonar la campana.

Pero mi mayor miedo era cuando estaba solo con ella, no recuerdo que sucedía en realidad pero despertaba mojado en la cama, solo recuerdo una gran boca pintada de rojo que me tragaba, todavía por las noches tengo pesadillas y del susto me orino espantado, entonces me tranquilizo cuando veo los ojos de quien amo a mi lado, su cabellera negra y su espalda afilada, salpicada de lunares.

Le comente a Julia de la situación en mi hogar, ella me decía que no valía la pena sufrir, me transportaba a un mundo diferente con ella, podía hablar de mis problemas, inclusive me llegue a besar con ella, tuvimos hijos pero se casó con otro hombre y me dejo, por eso donde quiera que veía su foto le corto la boca.

Luego de la disolución familiar y mi efímera separación matrimonial con la Roberts empecé a ver hombres en los árboles, rostros en las hojas, y en el viento escuchaba voces, todos me miran y me ordenan, me cuestionan, mientras pisaba hojas secas que crujían tras mi paso y a cada pisada me decían que matara, que la salvación del mundo está en la eliminación de aquellas personas que hacían la existencia de los demás indeseable.

Mi Padre, uno de ellos se fue y jamás volvió ni siquiera ahora en este lugar oscuro, donde me encuentro atado ha venido a verme pero no me importa cuando logre desatarme saciare con el mis deseos de sangre, recuerdo que las voces me dijeron que ya era hora de salvar a mi madre, la asfixie mientras dormía de forma tal que no salpicara las sabanas, le prepare un viaje a Santiago, todas las ciudades tienen un lugar con ese nombre así que no importaba cuál de todos.

Entre su cuerpo en un gran saco de pan y lo degollé, el pan bien aprovechado sirve como esponja, del diminuto cuerpo de mi madre una gran nube negra escapo y pude ver que era una señal de que estaba bien mi labor divina encomendada por Dios.

Los mandatos que recibía constantemente de forma divina, en el susurro del viento, no me atreví a cumplirlos tales inmediatamente, apenas era un adolescente así que recuerdo que mi única diversión era la de diseccionar animales, con un saco en el hombro me dedicaba a recogerlos por las carreteras y bosques cercanos a mi casa, los desmembraba a escondidas encima de una piedra con un cuchillo especial que tenía para esos momentos de placer, en el cual, como un necesitado de sexo drena sus deseos masturbándose en pensamientos yo los drenaba sintiendo su olor a sangre, viendo el proceso de coagulación, ver el corazón latir mientras el animal aún estaba vivo, el olor de sus cálidos intestinos y sus órganos sexuales.

En la Universidad no tenía amigos, con mi lenguaje elaborado, mirada gris y cuerpo encorvado las chicas se espantaban, fue cuando entonces apareció Cynthia era una chica dulce de ojos verdes, cabellera negra y la espalda salpicada de lunares, entablo conversación conmigo, pronto descubrí que guardábamos afinidad en el gustoso acto de recoger animales, ella quería ser doctora y por tal motivo su afición, yo en cambio quería controlar las voces.

Llego aquel día en que no pude más y sin compartir con Cynthia mis actos cumplí los mandatos secretos que con mucho recelo me confiaron las voces, le di nombre a los animales, antes de matarlos le colgaba un letrero con el nombre de a quienes más odiaba en mi vecindario, aquella noche atrape un gato callejero, gordo y negro le puse un gafete que decía Alfred, porque se parecía a ese indeseable que se había robado mi nombre verdadero y me bautizo con el nombre de Lagarto.

Al gato lo lleve hasta el bosque, le di un refresco que lo hizo alucinar hasta desmallarse, lo amarre y espere que despertase, con un tuvo le molí la cabeza a golpes, luego lo amordace y empecé a arrancarle los pelos a sangre fría, al igual que Alfred el gato temblaba cuando le arrancaba la piel, al igual que Alfred sudaba gotas de sangre, al igual que Alfred su cuerpo está enterrado debajo de un árbol de naranjos al lado de su gato.

Desde ese día las escuchabas en el movimiento de las hojas a través del viento, en la caída de una gota de agua de una llave mal cerrada, en los ruidos de los electrodomésticos, por la televisión, entre los anuncios se escondían los mensajes que me conducían como aun títere, ellas me decían que debía comer, con quienes debía conversar, me aconsejaron que me alejara de Cynthia, ahora me informaron que si bebía sangre humana esto me salvaría de la terrible plaga que azotaría el mundo.

Aquella tarde cuando caminaba por la carretera sin mirar el cielo simplemente contando las piedras del camino como caballo con antojeras, mi estómago empezó a hablarme, me pedía la tan indispensable sangre, entonces como un milagro muy parecido al de las bodas de Canna vi convertirse el agua en vino cuando tropecé con mi vecino Roger, me detuve y le invite a subir a mi casa y tomar unas cervezas, recuerdo que nos quedamos dormidos en el mueble, al despertar toda la sala estaba de un rojo escarlata, pegajoso y en algunos lugares negro, el hedor estaba esparcido por todas partes y de Roger solo quedaron en el fregadero sus huesos.

Hace unas semanas pude visualizar las voces, eran hombres escondidos en el bosque que provenían de otro planeta, alargados como los árboles y de cabezas afiladas como hojas, no eran verdes eran grises y de ojos gigantes, me dijeron que la única esperanza de la salvación de la tierra era yo y que fui elegido entre tantos humanos.

Por tal motivo entendí que debía dirigirme a los más necesitados de paz, ser un Pablo entre los gentiles, en esta isla del caribe en cada esquina con olor a mar mezclado con ron, a mí no me llamaba la atención divertirme entre las olas como a los demás jóvenes, no producía en mí el más mínimo sentido de admiración las palmeras, la blanca arena y el sol, pero descubrí que las olas que chocaban entre las rocas del malecón me hablaban, era un nuevo mensaje divino tras sus sonidos, fue así que me di cuenta de que las chicas de la playa eran mi siguiente misión.

Esparcía sus restos en el océano, nadie las reclamaba y veía desde las espumosas aguas que emergían nubes negras, eran almas atormentadas. Le rompí el cuello a una de ellas, se oponía a la salvación, pero esta no murió totalmente, su rostro esparcido entre las palmeras me atormentaron hasta tal punto que alejaron los seres divinos de otro planeta.

Ante este silencio prematuro volví a encontrarme con Cynthia, ella era la única persona que he amado por eso coloque sus órganos en un recipiente circular, eran similares a ella: suaves, frescos y pequeños. Estaban formados con cierta dulzura, su olor era como aquel día cuando la encontré saliendo del baño envuelta en una toalla, la estreche y la aprense a pecho ella se dejó dominar, estaba mojada tal cual la siento ahora en su pequeña caja.

Sus órganos fueron dispersados por toda la casa, la policía no encuentra el culpable, el Sargento Fernández me ha estado visitando para ver nuestros objetos, parece un gato curioso pero sin olfato, hacia preguntas sacadas de un guion prefabricado, aun no la han encontrado, mientras tanto me consuelo con sus senos guardados en el refrigerador. Todas las noches los tocos. Aprieto sus pezones lentamente y de forma discreta.

Una de sus amigas, Alina, joven mulata de alta estatura me ha preguntado varias veces por ella, son tantas las averiguaciones que me causa más molestias que la misma policía, para drenar el estrés que me producía compre una paloma muy parecida a ella, negra con ojos saltones y marrones y grueso pico, le corte las alas para que no pudiera moverse, el pico para que no pudiera hablar y le saque los ojos porque no todo lo que miraba le convenía, sus alas fueron lanzadas entre las rocas del mar, cada parte de ella fue esparcida en diferentes lugares lejanos fuera de mi vista, donde no pudiese escuchar sus aleteos impertinentes preguntando por Cynthia.

Otra vez suena el timbre de la puerta que me interrumpe en el momento cuando estoy viendo la foto de Alina en el periódico, el Sargento Fernández con un cuerpo especial de investigación, encontró a Cynthia, sus ojos tostados en una bombonera, su

cabellera adornando una meseta y sus huesos dando calor en la chimenea y derramando su olor tal como era ella suave, dulce y fresca.

© BETZABETH W PAGAN

# Del mal. Amén

Por Melvin Rodríguez-Rodríguez (Puerto Rico)

Ilustrado por Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico) Till death 2

ariño ven,", titubea mi madre tras la puerta, "hay que recibir a la gente".

Me levanto de la cama, agarro un viejo rosario y abro la puerta. Mi madre baja la mirada y da dos pasos hacia atrás. Me teme, aun cuando estoy vestido como un buen muchacho católico, nada de ropas oscuras o símbolos que le alarmen. Y aunque me teme, cierro la puerta, como si fuera a decirme que es de mal gusto tenerla abierta cuando hay visita. Leah y Víctor deben venir de camino a ayudarme. Salgo al balcón, pero no han llegado. Sin embargo, ya ha llegado la visita.

"Buenas tardes, adelante, bienvenidos", les dice mi padre ofreciéndoles la mano.

Mi respiración se acelera, trato de concentrarme, debo parecer calmado. Para distraerme paso a saludarlos y abrirles la puerta. Entran a la casa las señoras y señores de la Hermandad de Nuestra Señora de La Salette, y su líder Doña Rosaura, con su pelo plateado, estatura diminuta y hombros encorvados. Al final, dos señores cargan la imagen de cerámica sobre una base, en torno a la cual harán el rosario. Es una Virgen extraña, en vez de un velo largo lleva una suerte de capucha blanca, acompañada por una corona de oro y una rueda de rosas en la frente. Los brazos los tiene cruzados, rodeados por un par de cadenas doradas, las manos las esconde dentro de las mangas.

Una vez pasan todos adentro miro hacia la calle esperando la llegada de Leah y Víctor. Se han tardado. Leah iba a traer unas magdalenas para regalarle a la Hermandad. Íbamos a rociar algunas con el veneno de almendras amargas que Víctor conseguiría a través de un tío, o al menos eso se suponía. Entro a la casa y me dirijo a la cocina para pretender que estoy ayudando a servir vasos de agua para la visita. En mi mente, comienzo a invocar.

*Mi Señor, aquí llama este fiel soldado de tus filas pidiendo tu ayuda en estas horas difíciles. Que mi alma sirva de esclava a quien nos ayudó a ser como dioses…*

En la sala, la conversación cesa.

"Ave María purísima", recita Doña Rosaura.

"Sin pecado concebida", repiten todos.

"Por la señal de la Santa Cruz…", continúa Doña Rosaura dirigiendo.

Mi padre entra a la cocina. Su presencia desvía mi concentración. Intenta hablarme, pero se arrepiente, baja la mirada y regresa a la sala. Dudo un momento y voy detrás de él. Al entrar en la sala todos los miembros de La Salette vuelven su mirada hacia mí y continúan rezando. Leah y Víctor siguen sin llegar. Tomo asiento manteniendo en mis manos el viejo rosario. Debo dar indicios de que no soy una *oveja perdida* con mi vestimenta, mi cordialidad hacia a esta gente y mi disposición para estar en medio de estos rezos.

*…que tu Mano que todo lo abre y todo lo cierra aleje de esta casa la influencia del enemigo y envenene el corazón de estos infieles para que reconozcan su mentira…*

Termina el rezo de un misterio, comienza el rezo de otro, luego termina. He calmado mi respiración. Esto se acabará pronto. Se escuchan unos pasos en el balcón y mi madre camina deprisa hacia la puerta. Víctor y Leah llegan a la sala rosario en mano y sin ningún símbolo delator en sus cuellos o muñecas. Trato de reprimir una sonrisa de alivio. Leah carga la caja de las magdalenas. Mis padres los escrutan con la mirada y respiran hondo.

"Tú, reza el último misterio", me indica Doña Rosaura quebrando el fluir de mi pensamiento.

"Ah, no, gracias, es que hace mucho que no lo hago", replico, todos los ojos clavados en mi rostro.

"Rézalo. Si algo se te olvida te ayudaremos", insiste Doña Rosaura, miro a Víctor y a Leah, me siento perdido pero no tengo más remedio.

"Padre nuestro que estás en los cielos...", rezo, en mi conciencia pidiendo perdón a mi Señor.

Finalizo el quinto misterio y comienzan a rezar las letanías y demás oraciones que cierran el rosario. Siento en el pecho un cosquilleo incómodo. No sé si seguir con el plan, pienso en la reacción de mis padres cuando sepan que tomé parte el destino de varios miembros de la Hermandad.

*Señor mío, lava de mi mente las dudas que enturbian mi pensamiento, ejerce tu poderío, que tus brazos empujen a tu siervo a realizar tu voluntad…*

El rosario termina. Mis ojos inquietos miran los rostros de todos los presentes. El nervio me mantiene atornillado a la silla. Leah me mira notando mi inquietud. Despacio abre la caja de las magdalenas. De allí saca un paño blanco. Doña Rosaura se acerca, toma el paño, lo abre y lo desliza sobre su cabeza, del mismo modo que la imagen de la Virgen de La Salette lleva su capucha. Intento controlar un temblor incesante en mis piernas. Leah y Víctor les pasan capuchas a los otros miembros y ante mi espanto también ciñen la indumentaria sobre sus cabezas.

"Si se pudre la cosecha es por su culpa", declara Doña Rosaura mirando a mis padres, que se miran entre sí confundidos. "Palabras de Nuestra Señora cuando trató de interceder por el pueblo de La Salette, que no tuvo remedio", relata girando su cabeza encapuchada hacia mí y abriendo sus frágiles brazos. "Del mismo modo que no tiene remedio este hogar".

Dos miembros me sujetan al espaldar de la silla. Mis padres se levantan e intentan llegar hacia mí, pero Víctor saca de su bolsillo una cuchilla y amenaza con degollarme si se acercan. Leah les pasa a los hombres un cordón con el que me amarran. Miro a Víctor y a Leah y no los reconozco, no por las capuchas, sino que algo en sus rostros se ha vuelto frío e inexpresivo. Mi madre hiperventila y niega incrédula con la cabeza. Mi padre llora desesperado. Doña Rosaura los observa con suma quietud.

"Este es el plan de Dios. Desde hace mucho la Madre Iglesia ha sucumbido ante la debilidad. No más. Si en esta guerra el Maligno se infiltra entre nosotros, nosotros también nos infiltraremos en su ejército. En su casa tienen un siervo del Oscuro y eso hay que remediarlo", sentencia Doña Rosaura.

Los miembros de la Hermandad se abalanzan sobre mis padres, les amarran las manos y los amordazan con paños. Grito, pero Víctor me amenaza con la cuchilla. Los miembros se llevan a mis padres al fondo de la sala y arrastran mi silla hasta que quedo de espaldas a ellos, incapaz de ver lo que le hacen. Traen frente a mí la imagen de la Virgen. A mis espaldas escucho la caída de unas piezas de metal sobre el suelo.

"Y dijo Nuestra Señora 'Si mi pueblo no obedece, tendré que soltar el brazo de mi hijo. Es tan pesado que ya no puedo aguantarlo', por bendición de Nuestra Madre hoy somos ese brazo. Padre nuestro que estás en los cielos…"

Oigo que mueven las piezas de metal. No atisbo a descifrar que son. Mis padres gimen. Giro mi cabeza pero no puedo ver. Su respiración es acelerada. Se me hace imposible mover la silla. Escucho sus gritos sofocados por la mordaza. Un martillar y el quiebre de unos huesos. Sus gritos mudos. Grito. Grito y miro a Víctor desafiándolo. Víctor esboza una sonrisa, deja caer la cuchilla y me cubre la boca con un pañuelo. Doña Rosaura sigue rezando. Sigo gritando, trato de morder la mano de Víctor a través del pañuelo. Me ahogo. Trato de tomar aire. Más martillar. Más quiebre de huesos. Mi padre gime con más fuerza. No escucho a mi madre. Doña Rosaura para de rezar. Dos manos aguantan mi cabeza de modo que miro fijo hacia la imagen. Leah se detiene frente

a mí y acerca a mi boca una magdalena envuelta en una servilleta. Mis vellos se erizan al sentir la respiración de Doña Rosaura sobre mi oreja.

"Muerde cuando aceptes que esta guerra la perderá Satán".

# El día de los perros[24]

Por Moisés Santana Castro (República Dominicana)

Ilustrado por Jonathan González Gómez (España)/ Mech Hunter.

res perros me seguían por la calle una mañana. De cuando en cuando los espantaba, les tiraba piedras o les hacía ruidos, pero nada servía. Ellos me seguían insistentes adonde fuera: hasta la sala de mi casa, hasta la puerta de mi oficina, hasta la recepción del club. Me retiraron la membrecía del club, me despidieron de la oficina y la casera rompió mi contrato de alquiler. El día de la mudanza -a un apartamento muchos puntos por debajo del anterior-, catorce perros de diferentes colores y tamaños me esperaban en la puerta y me siguieron hasta el nuevo lugar. Los ignoré por completo, porque ya me habían causado todo el daño que podían.

Mordían a mis nuevos vecinos, peleaban entre ellos, aullaban toda la noche. Cada día su número aumentaba. Dos meses después, eran cientos los que me miraban desde la calle, como a la espera de alguna señal mía que les indicara... ¿qué?

Un día escuché movimientos en las casas cercanas, camiones de mudanza y carros en retirada. Al día siguiente me hallaba solo en toda la cuadra; en tres días, ya todos habían desalojado la calle; en dos semanas, yo era el único humano en todo el barrio. Me acompañaban no menos de tres mil canes de todas las razas. En las noticias ya se hablaba de "invasión canina". Un par de veces vinieron los de sanidad e intentaron llevarse a algunos, pero siempre tenían que huir presurosos, perseguidos por hordas de perros enfurecidos. Se declaró el lugar "zona de desastre" y "área en cuarentena".

[24] Publicado por la editorial de la Sociedad Cultural Renovación como parte de mi colección The human show, libro ganador (bajo el título "El circo") del Premio Jaime Colson de Cuento 2013 de esa entidad sin fines de lucro, en la ciudad de Puerto Plata, República Dominicana, en mayo de 2014.

Un día, desesperado, me paré en el balcón de mi apartamento y les grité: "¡Qué quieren de mí, malditos! ¡Han dañado mi vida, la han dañado, y aún no me dejan en paz!". Detuvieron sus ladridos, su desorden, y me escucharon con obediencia. Cuando acabé de hablar, emitieron un aullido profundo y ensordecedor; luego se quedaron en guardia. Entonces entendí de lo que se trataba: ¡formaban un feroz ejército y me veían a mí como su comandante! No tenía nada de sentido, pero parecía ser real. Y así lo entendieron también las autoridades, que mandaron a apostar regimientos militares todo en derredor de la zona que ocupaban los perros, estableciendo así una frontera entre nosotros y el resto del país. Sobrevolaban el lugar todo el día como si de zona de guerra se tratara.

Por la radio supe que fui declarado persona non grata, pasando luego a ser el principal enemigo del Imperio. Todo ello sin permitírseme emitir ni una palabra (no había tenido contacto directo con nadie desde que desalojaron el área).

Hace tres días que alcanzo a ver guardias que preparan trincheras por toda la línea divisoria. Llevan trajes especiales anti-mordidas, como los que se usan en las perreras, además de toda clase de armamentos. Ellos se preparan para hacernos guerra; yo, por mi parte, entreno a mis soldados para combatir.

# Cóctel para una dama de compañía

Por Francis Santos (República Dominicana)

Ilustrado por Pedro de Kastro (Portugal)/ Alpha and Omega.

e sienta frente al espejo de rayos catódicos. Mira su propia imagen. Son casi las doce del medio día. El Gato Báez (Yo) sale después de las once. Es el Don Juan, el elegantón de los hermanos. Cuando llegó al mundo la madre puso cara de espanto. Su hermano, (Tom), rasgó el capullo unos minutos antes que él, nació con las nalgas hacia arriba. Los médicos pusieron a los gemelos en manos del especialista en la división de pediatría robótica. No auguraban mayores pronósticos de vida. Aunque el mal congénito le cercenó los brazos desde el vientre, ya en aquel tiempo el Gato (Yo) era de una agilidad increíble. El otro, (Tom), no corrió la misma suerte. El parasito devoró sus piernas, en cambio, desarrolló en ciento cincuenta el coeficiente intelectual. (Yo) va por su hermano, aposentado en la pieza adyacente. Se visten. Avanzan al exterior del recinto. Ingresan al ascensor de un edificio cercano, bajan al sótano de la primera planta. En el lugar opera un simulador de realidad alterna, interconectado a una malla de red global. (Yo) deja a (Tom) en manos del asistente técnico. Lo acomoda en una camilla y ajustan un juego de electrodos en ciertas partes del cuerpo. El especialista alcanza una jeringa automática, la calza con un fármaco experimental. Inyecta la dosis según el protocolo. Lo introduce en el tanque de aislamiento sensorial. Una molécula de *nanites* explora el sistema y crea un programa de seguridad. "Inicia procedimiento".

El Gato Baez (Yo) sale a caminar. Su estado de animo es una cazuela con agua a noventa grados, la calle una colmena de abejas. Un círculo de curiosos rodea a los mimos que bufonean, ondulan trajeados de luto y negro astronauta: Robotín desenvaina la espada de luz y escupe una voz metálica, mientras un bailarín proyecta la coreografía de Michael Jackson.

Entra a un cafetín en el entorno peatonal. Ordena un capuchino sin cafeína. El camarero sirve el café acompañado de un bocadillo. ¿Tiene por casualidad sorbete? Por casualidad no, en seguida regreso. Observa la plaza desde un saliente del local: instalan una docena de mesas al aire. Revisa la carta. Elige vino blanco, chuleta a la plancha, jamón ibérico y papas gratinadas. Sobre un platillo translucido el sorbete. ¿Me ayuda por favor? El mesero recoge el popote. Remueve la envoltura y lo coloca en la taza. (Yo) inclina la cabeza y procura un sorbo del contenido humeante. Hoy llega solo. ¡Mi hermano… Ese pedazo de mierda! Observa el panecillo con gula. Lamenta la pelea que sostuvo con (Tom). Señor, si desea una dama de compañía, pue... No es necesario. El empleado se retira. El Gato vuelve la vista hacia la plaza. Una chica dispone varias maletas frente a la Catedral. Delimita un espacio sobre el adoquín. En el interior una melodía de los ochenta se expande con el aroma del buffet. "¿Qué se traen estos?". El mozo regresa presto con el pincho y el vino. Insiste con la dama de compañía. ¿Algo más? Prepare otra orden similar, me la llevo. Sorbe, Esta vez con mayor énfasis. (Yo) visualiza las herramientas que salen de las maletas: hierro para marcar el ganado, un soplete, gas combustible, aretes, afiches publicitarios. Actúan idignados por el holocausto animal.

Al genio de mi hermano, (Tom), le ha dado por quedarse en ese lugar de mala muerte, donde extraen su patrimonio financiero para enchufarle un cóctel de barbitúricos y jugar a ser amante de un vampiro de tercera. Siempre me toca llevarlo al simulador, pero cuando deseo divertirme nunca puede acompañarme. Saltó una noche al canal en red de los transexuales. La solución isotónica del tanque aisló su capacidad sensorial. Se desplaza

sobre una plataforma todo terreno. El pelo cae en los hombros, encima de una bufanda rosa que él mismo confeccionó. Silba como uno de los tantos machitos sin padrinos que buscan un tutor adoptivo. Los hombres transformistas lo miran y ríen. (Tom) responde las sonrisas y continúa. Espera que lo llamen para una relación sexual. Pero no por dinero, no paga para revolcarse en la calle. Los hombres contemplan su aspecto. Les gustaría acostarse con él, pero piensan en los individuos que pagan, en la casa, la comida del día siguiente.

Se traslada de un lado a otro sin rumbo. Advierte la presencia de Frecita. Se encamina en dirección a él. Lleva puesta una capucha para protegerse del frío. Pasa a su lado casi sin verlo. Es un travesti espigado, relleno de hormas de femeninas, radiante de sensualidad. La deseó de inmediato. Ella entra a la casa sin darse la vuelta. (Tom) subió y bajó por la calle, pero Frecita no salió más. El genio desculado volvía a sumergirse en la solución. Noche tras noche se materializa en la misma esquina para ver a la chica. Gasta el dinero en porciones de cóctel y chapuzones en el tanque. Desea pasar la noche con ella, pero la trasformista no le dirige la mirada. Él permanece en una espera dolorosa hasta que llega el marido, el bugarrón oficial.

Una noche el marido no volvió. Ese día Frecita llegó tarde a la casa y no recibió a nadie. Poco a poco la calle se quedó desierta, oscura. Sólo el genio en la esquina, y ella, apoyada en la ventana permanecen al cobijo de las sombras. Comenzó a pasearse a lo largo y ancho de la calle hasta que la mujer transexual se percató de él. Hizo una seña. (Tom) soltó un gritito y se aproximó sonriente.

Ella respondió con un gesto amable.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Sí, claro.

Frecita se recoge el pelo de la cara, hace una pausa larga.

—¿Qué debo hacer, muñeca?

—Olvídalo. No pierdas el tiempo conmigo.

—Espero algo a cambio... No tiene que ser ahora.

—Bien. Caminas hasta el callejón 023 y procuras al Pequeño. Dile que me mande un gramo de droga zombi.

Asimila la envergadura del asunto. Ella lo mira, lee sus pensamientos.

—Debes ir, lo necesito.

—Esa porquería... Te...

—Solo tráelo. Y una jeringa. Quiero desaparecer de esta mierda.

Decidió cumplir su fantasía. Camina por el centro del pavimento. Abre la boca. El vapor sale disparado casi líquido. Frota las manos para ganar calor. Esfuerzo inútil. Llegó hasta la última construcción de la calle (una estructura de varios pisos). Entró al peatonal que separa el edificio del resto del complejo. En el primer nivel despierta un indigente, le pregunta cuál es la pieza de Pequeño. El hombre comprime los labios y le indica la última puerta del corredor. (Tom) se encamina hasta ella y golpea sin fuerza. Pequeño, individuo de escasa estatura, abre la puerta. Estaba en calzoncillos con otro hombre en la cama.

—Vengo de parte de Frecita. Anhela el combo pesado: una doble porción, y la jeringa.

El vendedor se coloca una mano en la garganta, presiona un poco.

—¡Cómo jode esa perra! Nunca hay plata y quiere pagar con ese trapo ´e culo ancho y flojo.

Pasan unos minutos antes que se tranquilice. (Tom) lo mira.

—"…y tú que dices, echado con ese aborto de pato que cuajó".

Desde dentro la voz chillona del amante:

—¿Quién es, papi?

Pequeño soltó una carcajada.

—La Fresa, esa loca de confecionario. Quiere un pase a las nubes sin dinero.

—¡Ven, papi, juguemos! Que se vaya a la mierda esa perra, pajarraco sin nido.

A fuera, el callejón estaba relativamente oscuro. Quería salir del embrollo que no debió formar parte.

—Mira, dile a Fresa que ´toy ocupa´o.

—Don, pellejo de nalgas sin arrugas el que se liga.

Se desplaza unos pasos al interior del cuarto. De encima de una mesita agarra una botella y se embica.

—Ese culo es mío, un delirio. Pero ven, date un trago, es cleren del bueno.

El gemelo entra a la pieza. El acompañante se incompara de la cama, abotona la camisa.

—Eres un muchacho, pero hermoso.

—Deja eso viejo. No motivas ni una paja con la boca.

El tal Pequeño miró a los dos, y estalló una risa desbocada. (Tom) bebió un poco del cloren. El otro caminó hasta donde Pequeño, lo sostuvo del brazo y llevó a la cama, se besaron. El chico vio una bolsa en la mesita, verificó el contenido, lo tomó. Salió fantasma a la calle con el encargo resguardado. Se dirigió a la casa del transgenero. Lo esperaba con la puerta abierta. Entró, lo miró a los ojos.

—¿Qué dice, lo mandó?

—Cierra la puerta, en la habitación te cuento.

—¿Pero… Lo mandó?

—¡Ven, antes que te pongas zombis!

(Tom) examinó el pantalón, el compartimiento que él mismo cosió en el interior de la pretina.

(Yo) maldijo en silencio. No tengo vida propia. Mis deseos dependen de los antojos de un mutágeno humano. Comía rápido. Masticar se transformó en un bálsamo para la desazón. Casi se ahoga con el último bocado. El camarero mira en el esfuerzo del Gato un

comportamiento extraño. Juzga que no soportará la saturación estomacal. ¿Todo bien, señor? Sí, muchas gracias por las atenciones. Se levantó del asiento inclinando el cuerpo hacía delante. Desplazó los pies como pudo hasta un lado del restaurante. Recostó la cabeza a la pared. Por primera vez reparó en la sugerencia del empleado. Mareado como estaba, la idea de pedir la dama de compañía no le parecía descabellada. Lo miró, guiñó un ojo y esbozó una sonrisa.

# La carta

Por Deisy Toussaint (RD)

Ilustrado por Laura Rodríguez Abreu (Puerto Rico)/ S.t.

Al abrir esta carta, entenderán todo. El recordatorio que muchos de ustedes guardan, tiene la fecha de mi muerte. En realidad no estoy muerto; sufrí un paro con síntomas de muerte súbita; ahora sé que fue un ataque de catalepsia. Durante mi velatorio escuché cada palabra que decían de mí, sé los que me lloraron por tristeza y los que fingieron. Aun siendo incapaz de moverme sentí como a mi madre se le desgarraba el alma tratando de aceptar el terrible golpe, no podía abrir los ojos, pero sentía en mi ataúd el peso de su cuerpo, quería abrir la boca para calmar ese dolor, abrazarla, decirle que la amaba y que no estaba muerto, pero esa maldita patología era más fuerte que yo. Mi cuerpo no me escuchaba, me veía a mí mismo muerto y el tiempo iba pesando como una losa, mi mente me recordaba el pasado y me colocaba el presente como en un espejo donde se reflejaba mi velorio y mi entierro en vida.

La tinta de mis palabras en este pálido papel está corrida por las lágrimas que caen mientras escribo.

La tristeza al desnudo se refleja en las pupilas de mis ojos.

Llevo grabado en mi memoria el trato vejatorio que dieron a mi cuerpo los empleados de la funeraria cuando lo preparaban.

Si me hubieran hecho autopsia se habrían dado cuenta que mi corazón latía, aunque las incisiones rutinarias que hacen a los cadáveres igual me habrían matado.

Sellaron mis ojos, mi boca, mis oídos, me afeitaron de mala gana y sin ninguna delicadeza, incluso me cortaron a la altura de la barbilla y luego cubrieron las faltas con masilla.

Una esteticista forense me maquillaba mecánicamente mientras hacía bromas fáciles a cerca de mis rasgos negroides y del color de mi piel.

Me buscaron un ataúd de lujo por ser hijo de don Cabral, sin embargo no advirtieron que ese féretro me quedaba pequeño y cuando me introdujeron tuvieron que golpear violentamente mis codos y rodillas para que terminara de encajar. Los empleados, seguían bromeando ajenos a mi dolor.

Rogaba a Dios, para que me sacara de ese estado, nunca había asistido a una misa, con las escusas de siempre: el trabajo, los estudios, la familia, etc. pero esta vez escuché la misa entera, peor aún, mi propia misa, sabía que después de ese último acto de cuerpo presente, se llevaría a cabo mi propio entierro. ¡Cuántas lágrimas lloré desde adentro!, desde lo más profundo de mi alma, me sentí como un niño, sensible, inocente y dulce, pero desesperado.

¡Quiero vivir, quiero vivir!, gritaba sin voz, mas nadie escuchaba mi silencio. Las campanas de la iglesia ya anunciaban mi partida… Y sepultaron mi cuerpo. Escuchaba nítidamente el sonido de la pala al rasgar la tierra y más aún, el tétrico ruido que hacía al golpear contra la caja cada vez que la lanzaban desde arriba. Allí quedé, solo, a siete pies bajo tierra y con la aprensión que me producía pensar que estaba rodeado de cadáveres.

Presentía la más atroz y solitaria de todas las muertes. Sabía que me habían enterrado vivo y a partir de ahora el tiempo tomaba otra dimensión.

Sin embargo sentía el flujo de mi sangre y el calor de mi cuerpo. Estaba volviendo en sí. Lentamente movía mis piernas acalambradas, magulladas y laceradas por la tortura. Mi boca y mis ojos estaban pegados, con mis manos intentaba despegarlos con

desesperación. Con mis uñas, arañaba mis párpados y con mis puños golpeaba el techo del ataúd, gruñía y golpeaba inútilmente. Nadie podía oírme.

Pasado un tiempo indefinible imaginé ruidos arriba. Después de un rato empecé a escucharlos con más claridad, hasta que escuché un tremendo golpe contra el féretro. Era la pala de uno de los sepultureros que chocó contra mi ataúd, Me izaron y abrieron la caja sin miramientos y aprovechando la soledad de la noche, sabría Dios con qué intenciones.

En cuanto se abrió la tapa agarré con emoción la mano de uno de ellos, pego un grito y cayó inconsciente, el otro salió corriendo y en unos instantes desapareció.

Me arrastre como pude hasta la salida y en cuanto me recuperé comencé a vagar...

Durante todo este tiempo he permanecido escondido, pensando cómo llegar hasta ustedes. El tiempo pasaba y no encontraba la forma de presentarme en casa para explicarles que no estaba muerto sin que a mi madre le diera un infarto y el resto salga despavorido ante la visión de un "muerto" que regresa de ultratumba.

Espero que después de recibir la carta acepten mi regreso tomándolo como el accidente que fue, sin aprensiones. Aunque en el fondo sé que desde ahora todos me mirarán con recelo.

Juan Salvador Cabral (hijo).

quiero ser libre
quiero ser libre
quiero ser libre
quiero ser libre
25/1/2015
R GASTELLO

# Anamnesis[25]

Por Iván J. Vázquez Torres (Puerto Rico)

Ilustrado por Rafa Castelló Escrig (España)/ Libre.

l Sr. Gustavo Audeliano Figueroa, es un varón de 38 años de ascendencia europea, soltero y sin hijos. Actualmente vive sólo en un apartamento en la parte central de la ciudad, y es empleado de Icthenax, donde labora como programador de computadoras. Posee un bachillerato en ciencias en computadoras y varias certificaciones profesionales. El Sr. Audeliano niega historial de tratamiento psicológico y/o psiquiátrico previo. Asimismo, niega historial de hospitalizaciones psiquiátricas agudas o parciales. El cliente llego puntual a la cita, a la cual asistió vestido de manera apropiada. Aparentaba estar aseado y en buen estado de salud. Durante la sesión, el paciente mantuvo un contacto visual adecuado y hablo en un tono de voz normal, con un ritmo de producción de ideas coherente. Se comunicaba de manera clara, lógica y concisa. Su nivel de actividad motora es descrito como hipoactivo. El cliente se sentó y no cambio de posición durante la sesión. A través de la entrevista se observó de afecto aplanado y ánimo oscilante entre normal y pesimista. El proceso y el contenido de su pensamiento fueron coherentes, con buen juicio e introspección; y se encontraba ubicado en las tres esferas. Del mismo modo, el Sr. Audeliano se mostró cooperador, amable y franco

[25] Del griego ἀνάμνησις, (recuerdo) significa 'recolección', 'reminiscencia', 'rememoración'. La anamnesis en general apunta a traer al presente los recuerdos del pasado, recuperar la información registrada en épocas pretéritas. **[Nota del Editor]**

aunque en ocasiones distraído. Se relacionó de manera positiva con el evaluador en todo momento, y dispuesto al trabajo terapéutico. Al momento de la entrevista no se detectaron disturbios en el pensamiento, ni la presencia de alucinaciones.

El paciente es hijo único, y fue criado por ambos padres. El padre del cliente era licenciado en farmacia y su madre tecnóloga médica. Ambos eran miembros activos de la comunidad, y de actividades culturales. Según informa el cliente, su relación con ambos padres fue positiva. Reporta que sus padres eran personas que "supieron balancear la disciplina con el amor". Según alega el cliente, sus padres fueron personas de mentes abiertas, cariñosas y con una conciencia ambiental y ética que le transmitieron con ejemplos. Lo motivaban para que participara tanto en actividades académicas como en deportivas y sociales, pero no lo presionaron en ninguna de dichas áreas. Asimismo, le proveyeron de un espacio adecuado durante su adolescencia.

En cuanto al historial académico, indica que fue una grata experiencia, de la cual guarda recuerdos positivos. No era estudiante sobresaliente, pero realizaba un buen trabajo académico que le gano el respeto y el apoyo de sus maestros. En cuanto al área social, indica que siempre le resulto fácil hacer nuevas amistades. En la escuela participo de varias actividades extracurriculares, pero la que le llamo más la atención fue el teatro.

En el área de relaciones románticas y sexualidad, el paciente indica que "no ha sido una activa". Alega que sus padres le brindaron una buena educación sexual, y que nunca experimento represión. Desde que comenzó a mostrar la curiosidad típica de la infancia, sus padres se encargaron de brindarle la información necesaria, conducta que se mantuvo a través de su crianza. Indica además que su proceso de pubertad y adolescencia careció de muchos de los conflictos sexuales usuales. Reporta que ha tenido pocas parejas, pero que nunca ha llegado a comprometerse ni estar en una relación estable. Es de notar que el paciente se mostró incomodo durante esta etapa de la entrevista…

Nunca mostré interés por las chicas hasta que llegue a la edad de 15 años. Hasta ese momento, las chicas solamente registraban en mi mente como amigas, como compañeras de estudio, como las hijas de las amistades de mis padres. Realmente ni siquiera notaba lo

distinto que eran, exceptuando que la mayoría llevaba cabello largo. Aun no contemplaba las curvas de sus cuerpos, ni me embelesaba admirando pechos atrapados en blusas demasiado ajustadas. Creo que era el único de los chicos que asistía a los partidos de voleibol para realmente ver el juego. Ni siquiera consumía minutos en fantasías onanísticas. Era todo un asexuado.

Un día una bola altero todo eso cuando golpeo mi cabeza. El impacto me hizo perder el balance y luego de múltiples malabares bufonísticos, caí al suelo. El dolor y la vergüenza de caerme frente a todos, me hizo cerrar los ojos. Agonizaba más por las risas que por la piedra que amortiguo mi golpe. Creo que transcurrieron unos pocos segundos, cuando una voz dulce y llena de preocupación me pregunto si estaba bien. Era hermosa, celestial, era…toda una diosa. Sus ojos almendra me hipnotizaron en su magnificencia, amarrándome en su infinitud. Sus cabellos color miel jugaban con el viento, mientras que sus labios entre abiertos trataban de formar otra palabra al verme inmóvil en el suelo. Mientras me erguía, memorice su cuerpo. Era esbelta, y delicada. El voleibol realmente la beneficiaba. Aún no había sido contaminada con la vanidad de los que están conscientes de su atractivo físico. Era Laura. Comenzamos una amistad que escandalizo a muchos cuando comenzó a tomar tonos románticos. En ese momento, simplemente me resultaba incomprensible las objeciones de mi familia y la de ella. ¿Realmente hay tanta diferencia entre 12 y 15? La relación no prospero. Entre mis padres y mis amistades, y las de ella; la relación se marchito mucho antes de que hubiera un noviazgo. Ese día, cuando ahogada en lágrimas me dijo que no podía más, que mejor nos olvidáramos el uno del otro, me marco de una forma que definiría el resto de mi vida. Cuando el dolor aún era nuevo, me prometí jamás volver a fijarme en alguien mucho más joven que yo.

No volví a estar en una relación hasta los 17. Se llamaba Milagros, de mi misma edad. No tengo muchos recuerdos de ella, excepto que fue con ella que comencé a sentir el Hambre. Estábamos enfrascados en una apasionada sesión de "intercambio de saliva" como ella le llamaba. Su lengua jugaba con la mía mientras sus manos, como empujadas por una locura, apretaban mi espalda, mis brazos, mis nalgas. Yo luchaba por acariciar

todos sus rincones, de trazar el mapa de su majestuosidad, de memorizarla completa. Me estaba excitando. Mi cuerpo estaba preparándose para el coito…y fue cuando ocurrió. Un deseo abrumador de morderle el cuello. De enterrar mis dientes hasta que el vino de su vida salpicara mis labios y mi lengua. Apretar con fuerza mientras me bellaqueaba escuchando sus gritos de dolor. Morder hasta que le arrancara carne…morder y morder y alimentarme de ella. El terror que me invadió me hizo empujarla y salir corriendo.

Gustavo llevaba toda una vida tratando de suprimir el Hambre. Una concupiscencia que inundaba sus venas de agonía, misma que por instantes atentaba con robarle la sanidad y sumergirlo en perpetua perdición. Un deseo animal que amenazaba con ahogarlo en una locura mortal, capaz de desgarrarle todo su ser. Muchas veces opto por alejarse de todo y de todos. De vivir como un ermitaño y resignarse al dolor que le provocaba el aislamiento, al sinsabor del exilio. Sin embargo la soledad auto-infligida lo deprimía en demasía, y en incontables ocasiones contemplo el darle fin a su problema, apagando la luz de su existencia. Pero amaba la vida, por lo que siempre terminaba emergiendo del exilio, y reintegrándose paulatinamente al mundo. Su vida era un ciclo donde el Silencio le brindaba serenidad, que siempre era seguida por una gran intranquilidad, misma que servía de preámbulo a la desquiciante ansiedad. Y era ésta terrible ansiedad la antesala al Hambre. En dos ocasiones sucumbió a ella, llenándolo de vergüenza y odio. Se prometió a sí mismo que jamás iba a caer, que mejor prefería afrontar la melancolía de vivir como un monje, limitando su vida que volver a quitársela a otra mujer.

Luego de obtener el historial, el cliente comenzó a relatar el problema que lo trajo a la consulta, y procedió a explicar cómo era aquejado por algo que él llamaba el Hambre. Según éste informa, solamente puede excitarse imaginando que devora a su pareja. Que solamente ha podido alcanzar una sensación parecida al orgasmo cuando ha herido a una mujer durante los juegos sexuales previos al coito. El Sr. Audeliano informa que tiende a ser asexual, pero que a veces la ansiedad que le provoca el Hambre lo mueve a buscar mujeres. Según alega, ha herido a varias mujeres, aunque pocas de gravedad. También informa que su deseo no es constante, y que ha logrado suprimirlo por largos períodos de

tiempo. Al indagar si ha llegado a quitarle la vida a una mujer en un episodio de su parafilia, este lo negó...

Fue aterrador. Jamás pensé que fuera a pasar de un simple deseo, a…a un acto tan inmisericorde. Se llamaba Nicole. Ella era una mujer como pocas, y no hablo desde la nostalgia, perseguido por los espectros de un pasado alegre que se perdió en las sombras. No. Realmente era como pocas. Cuando la mayoría de las mujeres de su edad estaban usando sus cuerpos sin importarles que no fueran respetadas, cuando muchas estaban buscando hombres para que las mantuvieran, como medios para alcanzar fines, cuando muchas estaban perdiendo su identidad tratando de llenar los estándares creados por otros, enfrascadas por llenar un modelo inalcanzable; ella vivía su propia vida libre y feliz. Elegante y atractiva sin tener que ser una arrogante. Honesta, y brillante. Deseosa de poder ser autosuficiente pero tampoco una ermitaña que desdeña a los demás. Ella deseaba una pareja, pero alguien que respetara su deseo de triunfar, de ser alguien. Que le brindara el espacio para ser y crecer, pero que también compartiera alguno de sus sueños y metas. Alta, de ojos café y pelo rojizo. Sus manos eran delicadas, las manos de una doncella que había vivido en el privilegio, pero que ahora deseaba vivir de verdad. Estudiaba arqueología para el espanto de sus padres, que les resultaba incomprensible que su princesita quisiera trabajar entre la mugre y la osamenta de seres extintos.

Lo nuestro fue algo mágico y acelerado. Como lo suelen ser las relaciones entre dos universitarios. Muchas veces habíamos comenzado la pasión, pero me paralizaba ese deseo de morder, de lastimar. Un día entre lágrimas le dije que me aterraba la posibilidad de lastimarla. Ella simplemente me abrazo y me dijo "déjate ir". Y así lo hice. ¡Fue horrible! Cada vez que recuerdo…cada vez que veo esos ojos…

Eran las dos de la mañana. Sus padres estaban de viaje así que nos quedamos en la sala, libres del miedo a ser sorprendidos. Ella me hablaba bien de cerca, mientras jugaba con mi pelo. El abismo de sus ojos me contemplaba como si fuera una presa, y eso me emocionaba. Acerco sus labios a mi cuello y me beso. Entre besos me suspiraba su amor al oído. La acerque a mí para aspirar el aroma de su piel mientras imaginaba lo apasionada

que iba ser esa noche. Mientras la besaba con una pasión ciclónica, la apreté contra mi cuerpo. La deseaba, y me emborrachaba el calor de su piel. Me agarro la mano y la llevo a su seno derecho, el que comencé a masajear inmediatamente. Y el deseo llego. Mi corazón se aceleró en una mezcla de ansiedad y terror. Mi sangre pompeaba a toda prisa, y mi respiración se volvió todo un esfuerzo. Su sudor me enloquecía, trate de alejarme pero ella me atrapo. Los besos se volvieron más salvajes, al tiempo que ella metía su mano en mi pantalón para masturbarme.

—¡Ouch! No me muerdas tan duro-.

Fueron sus últimas palabras. La excitación llego a un nivel que todo se nublo. Luego de un tiempo indefinible, recupere la conciencia. Me encontraba en un mar de sangre y trozos humanos. A mi lado yacía el cuerpo de mi amada…eviscerada. El estado de su cuerpo me causo pesadillas por muchos años…en especial su mirada…llena de desilusión… ¿cuál habrá sido su último pensamiento?

…inicialmente. Luego de una breve pausa, donde se pudo observar una gran congoja en el cliente, éste relato las dos ocasiones en que sucumbió a lo que él llamo su "instinto".

La única palabra que se puede usar para describir a Anselmo es adicto. Un completo adicto al Hambre. Jamás sufrió los conflictos morales ni experimento el ciclo que aquejaban y amargaban a Gustavo. Siempre que podía, saciaba el Hambre. Su vida era un rastro de sangre que salpicaba casi todo el mapa. A su paso quedaba una estela de cuerpos y sollozos que nadie interconecto como obras de un mismo criminal. Llego el momento en que abandono toda mascara, y vivía con la simpleza de un depredador. Salvaje, amoral, voraz. La única razón de existir era experimentar el inigualable orgasmo que brindaba el saciar el Hambre.

Al igual que Gustavo, paso la mayor parte de su adolescencia como un asexual. Ni siquiera el desnudo más provocativo despertaba su cuerpo, y la película pornográfica más extrema simplemente le aburría. Hasta su decimosexto cumpleaños. Una de las chicas de su escuela se propuso quebrar la aparente indiferencia del chico más apuesto de la clase.

Con la excusa de que le enseñara a nadar, lo invito al lago. Anselmo accedió, completamente ajeno a las miradas lascivias que Nidya le lanzaba. Ese domingo llegaron al lago que parecía abandonado por todos los usuales. Nidya se había asegurado que nadie la interrumpiera.

—Bueno— le dijo Anselmo mientras se quitaba la camisa. —Tiempo de nadar-

—Claro—, dijo ella con voz picara. Con gracia y lentitud se removió la blusa y la falda, revelando un provocador traje de baño. Comenzó a caminar hacia el lago con gran malicia, para que su víctima contemplara sus glúteos. Anselmo comenzó a sudar. Una sensación rara comenzaba a subirle por el pecho. Cuando alcanzo a su estudiante, ésta se volteo y lo atrapo en sus brazos. No me digas que esto no te pone bellaco, le suspiro con voz felina mientras frotaba sus senos contra su pecho. Anselmo estaba perdido. Su respuesta fue una sonrisa nerviosa. Ella le beso con suavidad, y comprendió. Eres virgen, le dijo en voz baja mientras se quitaba la parte superior del obsceno bikini. Anselmo quedo hipnotizado frente a los senos de Nidya, quien comenzó a sobárselos mientras lo miraba con malevolencia sexual. Al ver que ya Anselmo estaba despierto, se acercó a él y sin mediar palabra, metió su mano en el pantalón del confundido muchacho. Sé que esto nunca lo olvidaras, le dijo mientras agitaba su mano. El fuego comenzó a abrazar el cuerpo de Anselmo, y segundos antes de que se descargara, lo invadió un deseo de comer. Se abalanzo contra Nidya y enterró sus dientes en el cuello de ésta. Sus gritos fueron ignorados por la quietud del desolado lago. Anselmo se dejó llevar por el deseo, y por unos 10 minutos dejo de existir. Solamente los árboles atestiguaron la masacre, y el nacimiento de un monstruo.

La segunda vez fue con alguien a quien nunca ame. Ella era distinta a las anteriores…una mujer rebelde, astuta, pero pedante. Abusaba del poder que le daba el saber que era hermosa, y por eso nadie la extraño cuando dejo de ir a la universidad. Nuestra amistad surgió precisamente porque no intente llamar su atención ni conquistarla. Ella lo confundió con respeto. La realidad era que vivía constantemente asustado de mi condición, de esos horribles pensamientos, y esa nefasta sensación en mi pelvis. Ese deseo

homicida que esporádicamente lanzaba un ataque contra mis defensas, contra mi fuerza de voluntad. El Hambre es un instinto diabólico.

Ella era de las pocas personas de ambos géneros con las que me era posible tener una conversación inteligente sobre la influencia de Nietzsche en la teoría de Freud, y a la misma vez podía comer como un cerdo mientras gritaba improperios durante un partido de pelota. Laura jamás uso una máscara, siempre fue ella misma y le importaba poco que los demás sintieran desagrado por la sinceridad con la que vivía. Muchos pensaban que era lesbiana por su tajante rechazo a las seducciones de los varones, y la burla con que los trataba. Quizás fue mi actitud de indiferencia a sus dotes femeninos, y que nunca intente seducirla lo que la motivo a seducirme. Desafortunadamente para ella, lo hizo durante la fase más difícil del ciclo, y acabe saciando mi deseo. Como dije. Nadie la extraño.

Basado en los datos adquiridos en la entrevista inicial, se llega al siguiente diagnóstico:

Eje I: 302.9 Parafilia No Especifica.

Eje II: V71.09 Deferrido.

Eje III: Deferido.

Eje IV: Problemas de relaciones interpersonales.

Eje V: 60

El paciente presenta un cuadro sintomatológico de vorarefilia, donde solamente puede excitarse y/o llegar al orgasmo ante la idea de consumir a otro ser humano…

Las paredes de la habitación fueron los únicos testigos de la pesadilla. Su duración se extendió por agonizantes minutos, pues Anselmo desarrollo un gusto por el sadismo. Ya no era suficiente con saciar el Hambre, necesitaba causar dolor extremo a su víctima, era imperativo agregar humillación al acto. Llego a desarrollar torturas elaboradas, las cuales descarto por otras más simples y terribles.

La cama estaba inundada de sangre, y mientras los restos de la mujer se enfriaban, Anselmo se bañaba con esmero. El agua caliente lo relajaba, mientras masajeaba su cuerpo con el jabón barato típico de los moteles. Las horas pasaban y la sangre se coagulaba en las sabanas, en las paredes y en el cuerpo mutilado. Una vez vestido y perfumado, tomo todo el dinero que la chica llevaba consigo, y partió en busca de una nueva víctima. Ya había olvidado la paz de la saciedad.

…la prognosis en el caso del Sr. Audeliano es positiva. Requerirá de psicoterapia intensa usando el modelo cognitivo-conductual para ayudarlo a modificar su desviación sexual. Al presente, el tratamiento no incluye psicofármacos, pero es una posibilidad que se ha discutido con el cliente, el cual está de acuerdo en su uso de ser necesario.

Se adentró en la discoteca, que estaba llena de una masa humana indefinible de cuerpos perfumados y alcoholizados. Las luces, la música, los bailes, todo se entremezclaba en un coctel de estimulación sensorial que pasaba desapercibida. Anselmo estaba vestido con su mejor gala, robada de la casa de su última cena. Miraba hacia todos los rincones con obsesivo detenimiento hasta que encontró lo que buscaba. La miro por meros segundos, y supo que esa ninfa que bailaba con erotismo exagerado, iba a ser suya. Se acercó a ella con pasos de zorro, hasta que la tuvo cerca y la saco a bailar.

Se fue con él. No sería la primera vez. Con total confianza se montó en el auto robado, y se adentraron en la noche. Llegaron al estacionamiento de una fábrica abandonada y comenzaron a besarse con violencia. Sus lenguas aparentaban estar luchando por la supremacía. Con gran destreza le toco en los lugares correctos, y la chica se hundió en el mar del deseo. Ya no pensaba, solamente quería que se la follaran. Mientras tanto, la erección de Anselmo se hizo dolorosa, y el Hambre insoportable. Dejo de besar y enterró sus dientes en el cuello de la chica. Chorros de sangre mojaban su rostro, sus labios, sus dientes. Solamente pausaba en sus mordeduras para beber su sangre, mientras eyaculaba en sus pantalones. El grito de la ninfa se disolvió en la calma del abandonado estacionamiento. El Hambre fue saciada.

Tener un diagnostico era un alivio. Se había torturado leyendo diferentes posibilidades. No, no es erotofonofilia, le dijo su terapeuta. En dicha parafilia, le dijo el profesional, la excitación proviene de la idea de asesinar o ser asesinado. Tampoco es sadismo, pues no te excita la idea de causar dolor. En la vorarefilia, el paciente es agobiado por el deseo de morder y consumir o ser consumido. De beber sangre e ingerir carne. En la forma más común el deseo se limita a la imaginación, o ver imágenes de animales comiéndose a otros, o imágenes artificiales de humanos comiéndose a otro humano. Los casos que buscan ayuda son como tú, personas agobiadas por el deseo de morder y comer para poder satisfacer el deseo sexual. Los invade un terrible sentimiento de culpa. En tu caso, padeces de una forma extrema de vorarefilia, la cual al presente estoy convencido que podemos controlar sin fármacos, concluyo el experimentado psicoterapeuta.

—Solo por curiosidad doctor-, interrumpió Geraldo. - ¿Hay mujeres que padezcan esta condición?-

—Si, pero al igual que con los hombres, se desconoce la prevalencia-.

Al inicio, Anselmo procuraba ocultar sus actos, temeroso no de ser atrapado, sino de verse impedido de continuar satisfaciendo su ansia sexual. Con atención casi neurótica a los detalles, planificaba cada uno de los elementos necesarios para satisfacer el Hambre. Sin embargo, a medida que se acumulaban los cuerpos y aumentaba su violencia y sadismo, menos le importaron los detalles. Llego el momento en que solamente procuraba elegir la cabaña más alejada del motel, o algún paraje solitario visitado por amantes sin dinero, o adictos desesperados. Abandono toda presunción de humanidad, viviendo como nómada, sin un pasado ni un futuro. En un estado de presente perpetuo, donde su única preocupación era de vivir cada día como si fuera el único. Sus víctimas eran su fuente de dinero, lo cual le simplificaba la vida. Se apoderaba de sus autos por el tiempo que fuera necesario, y en muchas ocasiones se quedó viviendo en las casas de las solteronas desesperadas que conquistaba. Jamás permanecía más de tres días en un pueblo o ciudad, y nunca pasaban más de cinco sin que satisficiera el deseo imperioso del Hambre. Cuando

llego a la edad de 24 años, ya no era humano. Simplemente se había tornado en un ser cruel que vivía para y por el Hambre. Ante los demás era un hombre apuesto, elegante, lleno de astucia, maña e inteligencia. Donde quiera que formara una conversación, se ganaba amigos y admiradores. Su cuerpo junto a su carisma era un imán para las mujeres de todas las edades. Manejaba las palabras y los hechos con tal agilidad, y manipulaba a todos con tanta sencillez, que llego a sentir desdén por todos con los que interactuaba. Los consideraba seres inferiores, masas de carne mediocres que desperdiciaban sus vidas. Simples instrumentos para alcanzar diversos fines. Mientras tanto, las muertes continuaban acumulándose.

Luego de casi una década en el exilio, Gustavo regreso a su ciudad natal con el propósito de comenzar una nueva vida. Llevaba meses sin sentir el Hambre, lo cual le brindaba cierto grado de serenidad. Pero no se fiaba. La paz siempre precedía el deseo. Buscando algo que le ayudara a contenerse, a manejar de manera preventiva su libido, encontró un grupo de Adictos al Sexo Anónimos. Eso le basto. Del mismo modo comenzó a buscar ayuda psicológica, pero no estaba seguro de que alguien pudiera comprender su angustia. Dudaba si lo suyo realmente pudiera ser tratado con psicoterapia. Por otro lado, le preocupaba la posibilidad de que lo internaran si revelaba su desviación sexual. Así que luego de mucho ponderarlo, desistió de la idea.

A pesar de la macabra situación económica, actualizo su resume, seguro que impresionaría a todos. Inundo la ciudad con miles de copias, y para su sorpresa lo llamaron de varios lugares. Su fe y su exageración fueron recompensadas. En menos de una semana se encontraba en la lista de los bendecidos, trabajando en lo que le gustaba y apasionaba. Su vida estaba tomando un rumbo de éxito y felicidad. Las reuniones al grupo de apoyo le brindaron la calma del que se siente comprendido. Sus nuevas amistades en el trabajo le brindaban el bálsamo social que todo humano necesita. Estaba comenzando a sentir verdadera felicidad. Hasta que se tropezó con Lucia. Una mujer de ojos color azul celeste, y rizos negros. La primera vez que cruzaron miradas fue en una

conferencia. Una mirada hermosa, llena de sinceridad, la cual lo atrapo en un instante. La atracción fue mutua, y en cuanto el conferenciante concluyo la charla, se buscaron. Pero Gustavo llevaba mucho tiempo sin interactuar con una mujer, y ya estaba olvidando las gracias necesarias para resultar interesante. Ella tuvo que tomar el papel de cazadora, para poder entrar al mundo de ese hombre tan particular, al cual ella deseaba conquistar.

Trataba de evitarla, sin resultar obvio que le asustaba estar cerca de ella. Sin embargo, Lucia era persistente, como toda mujer que se propone conquistar a un hombre. Como buena detective, escarbo en los lugares correctos, y supo que él era nativo del pueblo, pero que llevaba varios años viviendo en el exterior. Que era extrovertido, pero que se tornaba en un gatito tímido en la compañía de mujeres. Voy a quebrar esa barrera, le dijo un día a sus amigas. Todas la apoyaron. Si en algo estaban de acuerdo, era que Gustavo necesitaba de una mujer.

Un día caluroso de septiembre, lo invito a comer. Mientras acordaban los detalles, el resto de la oficina observaba incrédulos. Luego de semanas observando la patética danza, finalmente uno de los dos tuvo el valor de dar el siguiente paso. Salieron del trabajo y cruzaron la calle al restaurant que todos recomendaban. Comieron en silencio por varios minutos, hasta que movida por la incomodidad, ella comenzó hablar.

—Eres muy callado—, le dijo ella mientras el masticaba un pedacito del jugoso filete. Trago con dificultad, y luego de sorber un poco de vino le contesto.

—Me pones nervioso—. Y no exageraba. El estar junto a ella lo abrumaba, lo inundaba de deseos y fantasías. Contemplaba un futuro donde finalmente pudiera estar con una mujer sin necesitar mutilarla para poder satisfacerse. Trataba de pensar en una vida donde pudiera enamorarse, y ser feliz. Un futuro donde finalmente se encontraba libre del Hambre. Pero el miedo le desgarraba sus ilusiones sin ninguna misericordia, y se dedicó a poner barreras, a tratar de alejarla, de ahuyentarla. Ignoraba la naturaleza testaruda de Lucia, quien tomaba estas actitudes como parte de un juego, en el cual ella creía firmemente, iba a ser la ganadora.

Era Noche de Brujas. Todos los jóvenes de mente y cuerpo fueron al bosque, a participar de una fiesta pagana. Una celebración para la realización de todas las fantasías imaginables. Anselmo llevaba semanas en el pueblo, examinando a todas las mujeres que pudo. Ninguna le llamaba la atención. Estuvo a punto de marcharse, hasta que diviso una hermosa joven, de la cual emanaban marejadas de inseguridad. Se acercó a ella, sonriéndole, hablándole de lo hermoso de su mirada, de lo increíble de sus labios, de lo maravilloso de su existencia. Masajeo la microscópica autoestima de la joven, lo que hizo más sencillo el manipularla.

Fueron juntos a la fiesta del bosque. Ahí bebieron, bailaron, y se drogaron. Cuando todos comenzaron a desnudarse, Anselmo la llevo lejos. No amor, le dijo, nadie merece verte desnuda, ese privilegio es mío. Y con esas palabras la convenció de que le entregara su virginidad. Rodeada de árboles, sintió por primera vez el placer en manos que no eran las suyas. Luego varios minutos, Anselmo escondió su rostro entre las piernas de la chica, para invadir sus labios vaginales con su lengua. La muchacha cerró los ojos y comenzó a gemir mientras le agarraba los cabellos a su amante, para asegurarse de que no se escapara. Su agilidad era maquiavélica. La chica ya no podía tener ningún pensamiento coherente, la invadía la angustia de la proximidad del orgasmo.

El grito fue ahogado por la algarabía de la orgía pagana. Trato de sacárselo de entre las piernas, pero él se aferraba como fiera. Finalmente la dejo ir. Llorando silenciosamente, se deslizo hasta caer al suelo. Coloco sus manos en su mutilada feminidad, su mente llena de terror. Alzo la mirada ahogada en lágrimas, y contemplo el rostro ensangrentado de su amante.

—Por alguna razón, el causar dolor aumenta el placer-.

—Por favor…-

Con el corazón quebrado, ella descubrió que no es posible razonar con una bestia.

Lucia gano. Como se lo había propuesto, quebró todas las barreras de Gustavo. Cuando comenzaron a salir formalmente, todos en la oficina se regocijaron y hasta celebraron. Su relación era perfecta, pues eran afines en casi todo. Y una tarde, ella decidió descubrir si esa química se extendía a lo sexual. Lo invito a su casa, donde cenaron plácidamente frente a la chimenea, mientras intercambiaban miradas juguetonas y frases melosas.

Al concluir la cena, comenzó la danza de la seducción. Estaban sentados en el sofá, Gustavo se encontraba inmerso en las palabras de Lucia, quien con sutileza comenzó acariciarle el brazo. Poco a poco las palabras de Lucia fueron cambiando, hasta que se transformaron en pura sensualidad. Se aproximó a él, mirándolo con lujuria, y lo beso. Un beso tierno que fue cobrando fuerza hasta volverse un volcán. Gustavo correspondía, apretándola contra su cuerpo, metiendo su lengua dentro de la boca de ella. Se estaba excitando, y al mismo tiempo, estaba aterrado.

Sin ninguna advertencia, llegaron imágenes horripilantes a la mente de Gustavo. Imágenes que lo perturbaron y quebraron la magia del momento. Trato de ignorarlas, pero le resultó imposible. Cada segundo que pasaba la agonía era mayor, y el deseo de arrancarle el cuello lo mareaba. No pudo más, se puso de pie con tanta rapidez que Lucia cayó al suelo.

—No puedo, no puedo, tengo que irme-.

Dejo de ir al trabajo. Se reportó enfermo, y no mentía. Luego de tantos meses, el Hambre había regresado. Si la veía, iba a llevarla a un lugar solitario y matarla. Así que decidió encerrarse y tratar de calmar su destructivo deseo. Los días pasaban y su voluntad se debilitaba. Entre más luchaba contra el deseo, más poderoso éste se hacía. Intento usar a su padrino, pero lo que hizo fue empeorar las cosas. Finalmente no pudo más, el Hambre se apodero de todos sus pensamientos. Se encamino a la zona roja del pueblo, si iba a complacerse lo haría con una desconocida. Tomo a una prostituta que aparentaba ser novata y que de seguro le faltaban unos años para ser adulta. No le importaba. Necesitaba liberar su libido o enloquecer. Así que con promesas de mucho dinero, la

convenció de ir al monte. La agarro y comenzó a besarla, a pasar sus manos por todos los rincones del cuerpo diminuto y joven. Ella simplemente se dejaba manosear, intimidada por la intensidad de su cliente.

La mordió en el hombro con salvajismo, desgarrando inmediatamente varios músculos y tendones. Pero los gritos de la chica lo despertaron. Como emergiendo de una pesadilla, la libero. Se puso de pie mientras limpiaba la sangre de su rostro. Miro a la aterrada muchachita y le lanzo un billete de cien. Olvídate de mi rostro, le dijo mientras se subía los pantalones. Se montó en su carro y se alejó como perseguido por las ostas del infierno.

Cuando llego a su nuevo destino, Anselmo pensó que había llegado a un show de fenómenos. Era el pueblo con los habitantes más feos que había visto en sus viajes. Donde quiera que mirara sólo encontraba gente desaliñada y horrible. Iba a montarse en su nuevo vehículo, cuando diviso un grupo de jóvenes. Donde hay jóvenes, siempre hay belleza. Pregunto a una anciana donde los adolescentes y adultos jóvenes iban a divertirse, y fue dirigido a una discoteca en las afueras del pueblo. Llego temprano y se sorprendió de que ya estuviera lleno.

Fue abordado por una mujer hermosísima. Era la primera vez, pero no le importó. Tan alta como él, con curvas maduras, y pechos voluminosos. De mirada penetrante y labios sensuales, era realmente la más hermosa que había conocido. Iba a ser una cena increíble. Bailaron toda la noche, seduciéndose con las miradas. Cuando cerraron el local ella se lo llevo a su casa.

Comenzaron en la sala, donde se desnudaron con rapidez. No le dio tiempo a que la contemplara, inmediatamente comenzó a devorarlo a besos, mientras lo masturbaba con la mano izquierda. El tardó en reaccionar, la iniciativa que ella mostraba era inusual. Una vez repuesto de su sorpresa inicial, comenzó a masturbarla con su mano derecha, mientras que con la izquierda le agarraba la cabeza. Ven a mi dormitorio, le dijo entre besos. Cuando llegaron a la habitación ella coloco un CD. Era "Bring Back The Bomb" de Gwar.

¿Te gusta el metal?-

La miro fijo a los ojos, su confusión renovada. Definitivamente no se comportaba como las mujeres que usualmente mataba, pero no importaba lo estrambótica que era, eso simplemente aumentaría el placer cuando la torturara.

—Nunca había follado con "soundtrack".

—¿Follado? Amor aquí se dice "meter".

Fueron a la cama, donde prosiguieron con la danza erótica. Ambos estaban movidos por el desespero de la excitación. Sus movimientos y caricias siguieron el ritmo de la música: salvajes, incoherentes, brutales. El cuarto olía a puro erotismo. Ella estaba inundada de fluidos de lo excitada que estaba, y él ya no aguantaba su erección. Estaban en un punto de excitación delirante, pero como glotones deseaban alargar el juego pre-coital. Sin perder el ritmo que llevaban, ella comenzó a brindarle una celestial felación, alternando la succión con lengüetazos. Con movimientos artísticos de la cabeza que aumentaba el placer del masaje bucal. Te jodiste cabrona, pensó Anselmo cuando ya estaba dispuesto a consumirla. Sus pensamientos fueron interrumpidos por un apabullante dolor que subía por su cuerpo y envió señales de alarma a su cerebro. No grito, pues jamás había sentido semejante dolor. Confundido abrió los ojos y la miro a ella, con la cara ensangrentada y el pene aun en su boca. Lo escupió y lo agarro por el cuello con una fuerza inhumana.

—Te encontré cabrón-.

Antes de su primera cita con el psicólogo, llamo a Lucia. Mientras marcaba los dígitos, su corazón le gritaba que colgara, que ella jamás lo iba a perdonar, que mejor se resignara a vivir como nació, solo. Pero ya estaba cansado de tanto esconderse, de vivir detrás de incontables fachadas. En especial, necesitaba amar, necesitaba alguien en su vida. Ya la soledad era inaguantable.

Cuando escucho la voz de su amada, sintió miedo y por unos segundos estuvo a punto de colgar. Ella iba a cuestionarle muchas cosas, y aun no estaba listo para explicar

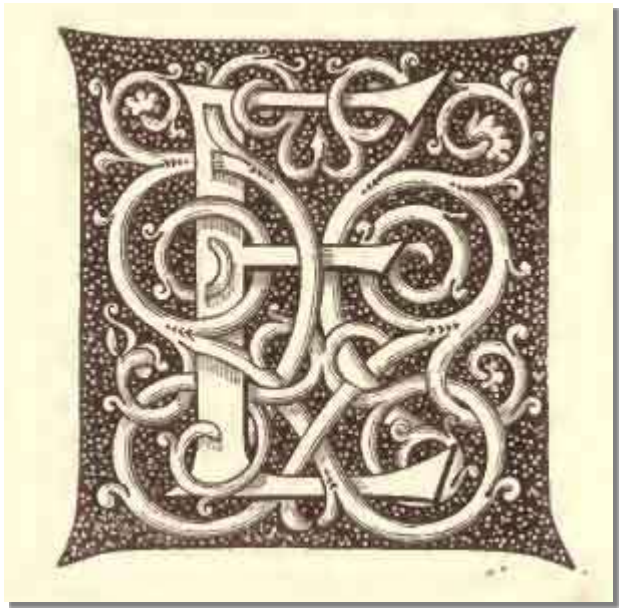
muchas de ellas. Pero se obligo hablarle. La amaba, y necesitaba decirle algo, menos la verdad.

—Sé que estas confundida, y enojada. No me excusare, pues reconozco mi falta, pero si te diré que soy un adicto en recuperación. Que mi condición me aterra, y en parte por eso soy un solitario. Solía pensar que podía luchar solo…y ya comprendo que me engañaba. Que me escondía en la ilusión de la represión y de la negación. Por eso esa noche…por eso hui esa noche. Aun no estoy listo para intimar. Necesito que me apoyes, por favor, necesito que me ayudes en este proceso.

Ese día al terminar su cuarta sesión terapéutica, su ánimo transmuto de manera radical. Después de toda una vida de sentirse en lo más profundo de una fosa de dolor y angustia, ahora realmente le era posible ver la luz al final del túnel. Sentir el aire fresco y limpio de la libertad. Ya no lo asfixiaba el miedo ni los recuerdos. Ya su pesimismo finalmente retrocedió al infierno de dónde provino. Su rostro estaba adornado con una expresión de gozo, paz y alivio que pensaba olvidados. Hasta su andar cambio. Se notaba dignidad, seguridad, y total confianza en el mañana.

Reflexiono que era imperativo hacer algo distinto esa tarde, así que fue al mercado. Su instinto lo dirigió al área de las carnes, donde estuvo demasiados minutos explorando, discriminando, buscando el perfecto corte de bistec, hasta que dio con lo que su mente apetecía. Luego busco unas papas y diversos vegetales, junto a una diminuta pero costosísima botella de aceite puro de oliva. Finalmente fue a los vinos, y agarro una botella de Merlot. Una vez en su casa, condimento la carne con diversas especias para darle un sabor confuso pero delirante a la carne. Mientras esta se cocinaba, preparo un voluminoso plato con las papas y los vegetales. Finalmente, cuando la carne estaba a punto de terminar, preparo una suculenta salsa con leche de coco. Fue a la sala y reacomodo la mesa, para cuando se sentara pudiera contemplar la majestuosidad del océano. El azul turquesa lo enamoraba, y las olas lo relajaban como ninguna otra cosa. Encendió varias varitas de incienso de canela, y coloco el CD de Agalloch. Eligio su canción favorita "The Hawthorne Passage".

Finalmente, tomo asiento rodeado del aroma a canela, y su cena. Miro por varios minutos al océano, y comenzó a comer su suma delicadeza, mientras reflexionaba en la última línea de la canción, "Que bonito es mentir".



# ensayos

24/1/2015

R CASTELLO

# Coqueteos boricuas con la ciencia ficción: Bibliografía mínima[26]

Por Manuel Clavell

Ilustrado por Rafa Castelló Escrig (España)/ *Equilibrista.*

> Las figuras quedan en suspenso. La piel de los hombres perpetuamente mojada. Un Golem. Una docena de huevos cocidos. La empleada de la editorial Stroemfeld buscando borrar las huellas del texto. No se produce ninguna mutación. Tan sólo aparece la imagen de unas ovejas pastando en un roquedal.
>
> Mario Bellatin en la novela *Jacobo el mutante* (México, D.F., Alfaguara, 2002)

ncluyo la palabra boricua (Made In Puerto Rico) en el título con conocimiento de causa. La ciencia ficción no tiene patria, pero se desprende de ellas y regresa a ellas. Inclusive Bernardo Fernández, alias Bef, novelista mexicano de ciencia ficción contemporáneo, tan chamaco y rockero como nosotros, incluye a Teotihuacán en sus ficciones.

Entre mis tanteos para acercarme a este género literario que detestaba, porque yo de la F de Fracasado no despegaba en las calificaciones de las asignaturas de ciencia, recuerdo mi encuentro con el mito de la gran Dora Ricardo (Jamaica, 1961), una escritora de ciencia ficción radicada en Bariloche, Argentina, e

[26] Publicado por primera vez en www.derivas.net

introducida en Puerto Rico por Juan Duchesne Winter. Habría que consultar dos de sus trabajos en el libro Ciudadano insano y otros ensayos bestiales sobre cultura y literatura contemporáneas (San Juan, Ediciones Callejón, 2001) para entrar en la onda.

El primero, titulado "La ciencia-ficción erótica de Dora Ricardo", es un intento de hacer múltiples sentidos de la personalidad enigmática de la escritora y arrojar algunas pistas de su obra. Cito: "Los libros de Dora Ricardo manejan una fórmula potencialmente sensacionalista que contrasta con la extrema parquedad de su venta: ciencia + sexo + paranoia = acción".

El segundo, titulado "Entrevista con Dora Ricardo: Secreta porn queen de la ciencia-ficción" es un intercambio entre ambos intelectuales. Cito:

JDW: La ciencia no puede servir para fundamentar ningún concepto, digamos, de perversión antinatura, etc….

DR: No, no se puede pretender moralizar a partir de la ciencia sino todo lo contrario, sus desplazamientos nos sirven para 'inmoralizar'. Me encanta 'inmoralizar' a los moralizadores. ¿En este caso dónde quedan los moralizadores 'naturalistas' de posiciones como el anti-abortismo, el anti-feminismo, la homofobia? Para la naturaleza no hay nada anti-natural, todo, desde la homosexualidad, la sexualidad no-reproductiva, el abortismo y la clonación y hasta la ingeniería genética… ocurre ya desde hace millones de años en el llamado ámbito 'natural'. La vida es una tecnología. El concepto mismo de lo natural se reconstruye, y con él, lo cultural.

El último escrito de Fugas incomunistas: Ensayos (San Juan, Ediciones Vértigo, 2005), también de Duchesne Winter, se titula "Ensayo de evasión". Sin embargo, a pesar de que el autor le ha puesto dicho título, a mí me luce que se trata de un cuento de ciencia ficción. El escrito aludido comienza así: "Qarnaq se abrió paso entre las calles abatidas de Humacao, dudando si entraba realmente en un zorec. Había distinguido el plano de la pequeña ciudadela en el oscuro juego de reflejos nocturnos abarcable desde la elevación que desembocaba en el paisaje gris costeño, inundado de canales y pantanos ruinosos". La narración continúa y, en un momento dado, al narrador se le ocurre que ya la isla no es

como nosotros hemos querido que sea, sino que la isla es así: "Por lo general los trechos planos y pedregosos son restos de carreteras o de edificaciones de la era de los humanos puros. Unos dicen que esta isla la habitaban tribus llamadas boricuas. Otros dicen que eran taínos. Otros que puertorros. Es posible que fueran nombres distintos para la misma gente". Yo no sé.

La próxima parada del Discovery queda justo en Exquisito cadáver, novela de Rafael Acevedo publicada por Ediciones Callejón, también en el 2001 en San Juan y en colaboración con nada más y nada menos que Celeste Ediciones (Madrid), Trilce Ediciones (México) y Adriana Hidalgo Editora (Buenos Aires). Cito del capítulo tres de la segunda parte de este texto, premiado por Casa de las Américas y el Pen Club de Puerto Rico:

Cuando escuchó el ruido ensordecedor del estallido saltó de la silla. Sycorex y Calibán, antiguos compañeros, ahora custodios del sospechoso, yacían en el suelo. Windows, con una poderosa Wirklichkeit en brazos, había derribado la puerta y un desconocido, con un ojo azul y otro amarillo, había disparado su iónica sobre el dúo. Él levantó sus manos estúpidamente mientras preguntaba ¿qué carajo pasa? Ella lo agarró de un brazo y salieron deprisa a la calle.

Jose Liboy Erba, alias Pepe Liboy, en su libro Cada vez te despides mejor (San Juan, Isla Negra Editores, 2003), específicamente en el relato titulado "Prototipo Mayfair Galaxie", cuenta que:

Con la paga de las primeras semanas de trabajo, Mayfair arrendó un vehículo de hidrocarburos y condujo enseguida al centro de la ciudad. No resultó complicado, ni fácil precisamente, trabar contacto allí con alguien del sexo opuesto, ya que el suyo era casi indiferenciado. ¿Era un hombre todavía? Hidráulicamente, sí. La chica que se encontró lo era, universitariamente: hablaron de termodinámica, la especialidad de ella, de modo improbable. Y todo parecía indicar que el mundo estaba por cambiar de un modo que ella no supo explicarle al recién empleado.

Texto fundamental de estos actos coquetos es el esfuerzo de Pepe Liboy en Saqueos: Antología de producción cultural (San Juan, Editorial Noexiste, 2002), editada por Dorian Lugo Beltrán. El texto se llama "Onirismo y especulación científica" y comienza así: "Dentro de una tradición analítica, la especulación científica es un género político. El escritor que la practica ocupa un contexto más o menos claro y se consume dentro de ciertos canales. Frente a la desesperación del corazón urbano, Farmer puede hablar de Le Corbusier". A todo esto, el editor, el susodicho Lugo Beltrán, reacciona en el mismo libro así: "Saqueos Pepe, contramanifiesto, donde se hace referencia a la imposibilidad del relato fantástico hoy por hoy tal cual fue concebido en principio. Lo fantástico de hoy como aquello que no puede ser sino 'soft', como los fanzine, de autores que vienen a fungir de nuevos 'eruditos a la violeta', a medida que como género no puede ya profesar de la misma dosis de fe hacia el otro mundo, el mundo de la imaginación. Queda implícito que lo fantástico 'hard' de ahora es la imaginación que no trasciende. La siempre vigilia; la imposibilidad de soñar". (Énfasis mío.) No hay duda, Pepe Liboy y Duchesne son los teóricos boricuas del género cientificopostechú.Bruno Soreno, alias Juan Carlos Quiñones, tiene un cuento que se llama "Tres soles en Anexia" en la antología de la Generación X titulada Expresiones (San Juan, Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2003). Habla el personaje de Soreno, ciudadano anexiano:

Busco algo, o algo furtivo cazador sigue mi rastro. Un brillo aurático, Kiriliano, lo permea todo. La isla misma, exenta de luna (Anexia es un planeta sin satélites), se sumerge atlántidamente en un fluido luminoso como soltada del abrazo de su amante el sol de Anexia, que la deja hundirse hasta el alba por su propio peso.

Las extrañas y terribles aventuras de Ánima Sola: Hambre ven la luz en forma de cómic en noviembre de 2003. Se trata de un esperpento de cómic, publicado por Zemí Comics Inc., bajo la firma de Pedro Cabiya (concepto, historia y letras), Israel González (lápices y tinta) y Yovanni Ramírez (colores y efectos especiales). La cuestión va como sigue: "Les damos la bienvenida a Turistas Siderales", lee una advertencia. "Le prometí al profesor Argapheruth que le mostraría la isla, pero necesita un cuerpo huésped. Usaremos

el tuyo. El profesor entrará por la uretra y se abrirá paso hasta el cerebelo. La agonía es indecible. Muchachos, bájenle los pantalones", dice uno de los personajes. Y continúa la acción con otro letrero: "A un ovni se le descojona el cigüeñal sobre Canovanillas…". "¡Malditas sean las verijas de la mega fuking concha del caracol solar que fue utilizado para incubar el huevo del que nací! ¿Qué carajos pasa ahora?", dice otro personaje.

Satélite, si llama a control, tendrá que vérselas con Francisco Font Acevedo, autor de la colección de relatos Calidoscopio (Isla Negra Editores, 2004). Allí, en el cuento "Zúlcar, el paladín cósmico", se dice lo siguiente:

Antes de registrar al niño, sin embargo, a Papá Bienvenido se le ocurrió la extravagante idea de llamar al bebé Bienvenido Marciano. Papá Bienvenido vivía convencido de que antes del año 2000 llegarían a la Tierra hermanos nuestros procedentes de otros planetas, de otras galaxias, incluso, y qué mejor manera de cambiar la mentalidad humana hacia los extraterrestres que dándoles la bienvenida a los marcianos, nuestros archirivales imaginarios.

Aravind Enrique Adyanthaya, en su cuento "Orégano", de la colección titulada Lajas (Isla Negra Editores, 2002) establece claramente que en el barrio Olivares de Lajas, los O.V.N.I.S. raptaron a una señora y le hicieron el amor. Quedó preñada del ente. Y cuando tuvo la criatura, los O.V.N.I.S. se la llevaron. Se la llevaron en la madre nodriza. Después metieron al bebé (que era medio humano y medio O.V.N.I.) en la base de submarinos subatómicos que existe debajo del monte del Orégano. Esta base originalmente pertenecía a la marina de los Estados Unidos de Norte América, pero desde septiembre 11 pertenece a los O.V.N.I.S.

En la poesía, el autor del poemario Metroika: Viaje al nuevo medievo (San Juan, Isla Negra Editores, 2003), Emanuel Bravo, explica en el poema en prosa titulado "Vamos a estudiar la ciudad desde el punto donde las campanadas de turbinas pululen alegres" que "es ahí donde termina. En un pueblo costero de trabajadores con sopletes de mano, descalzos en la playa de babote petrolero con gigantescas naves muertas".

Desde las Ciencias Sociales, Heidi Figueroa Sarriera ha publicado muchísimos artículos sobre la teoría cyborg y en ellos queda trazado un mapa intelectual de lo que se ha escrito en el país sobre estos temas: su bibliografía-resumé está disponible en línea.

Los científicos 'hard core', los que de veras hacen ciencia boricua, han ripostado a todo esto —quizás sin leer a los autores precedentes— desde otras esferas. El trío mosquetero está compuesto por Daniel R. Altschuler, Joaquín Medín y Edwin Núñez. Juntos, publicaron el libro Ciencia, pseudociencia y educación (San Juan, Ediciones Callejón, 2005), que lleva el siguiente epígrafe de Eugenio María de Hostos: "Octavo deber del hombre con la naturaleza: Propagar nuestro conocimiento de verdades naturales para de ese modo combatir la superstición y el fanatismo". Dice la introducción que "lograr una sociedad más crítica y más formada contrarrestará, sin duda, el auge imparable y la popularidad de las pseudociencias". El resto no se lo pueden perder, habrá que leerlo.

¿Qué dejo afuera?

lunes, 25 julio 2005, 6:38

# Comentarios breves sobre la literatura fantástica y de ciencia ficción en Puerto Rico

Por Iris Miranda Santiago

Ilustrado por Judith Vergara García (Perú)/ *The fat girl inside*.

a, pero qué te metiste al cuerpo para poder crear tanta fantasía." Casi siempre esta es la reacción de las personas que leen por vez primera la narrativa de corte fantástico, en especial, la categoría de ciencia ficción. La verdad es que estos escritores suelen ser personas altamente creativas, lectores voraces y, en su mayoría, muy inconformes con el mundo que los rodea. El presente artículo no es un estudio exhaustivo, sino que pretende informar al lector de la existencia de textos capitales dentro de estas tendencias.

El cultivo de la literatura fantástica y de su abanico de posibilidades, en Puerto Rico, ha sido limitado, aunque presente desde el comienzo de las letras insulares. En realidad, no hubo mucho cultivo en los pasados dos siglos: en el siglo XIX, por la ausencia de foros literarios apropiados que no existieron por falta de voluntad de establecer universidades en Puerto Rico; y, en el siglo XX, porque, debido al cambio de soberanía que pretendía un proceso de transculturación a favor del nuevo imperio estadounidense, la preocupación

mayor de los escritores se centraba en la afirmación de una identidad nacional puertorriqueña.

Un cambio de óptica -racionalizado gracias a los estudios críticos de Héctor Martell Morales y Mervin Román Capeles, entre otros- comienza a cobrar fuerza, desde fines del siglo XX y comienzos del XXI. Siglo nuevo que nos brinda un catálogo mayor de creadores ya dentro del marco de lo neofantástico y la ciencia ficción-- por parte de escritores que lo abrazan y muchos más que comienzan a incursionar en el género, ocasionalmente, gracias precisamente a los foros de educación superior dedicados al estudio de las letras. A solo cartorce años del nuevo siglo, nuevas voces incursionan y crean desde un punto de partida más entendido en el que los recursos de lo fantástico se entremezclan para dar paso al cultivo del neofantástico y la ciencia ficción.

La literatura fantástica según Todorov escribe en el 1970, con su interpretación basada en el sicoanálisis de Freud, requiere que en el relato haya vacilación entre lo imaginario y lo real al momento de explicarse un suceso, que un personaje sienta esa vacilación y que el lector no le dé una interpretación alegórica o poética al texto. Sin embargo, otros críticos han expandido las posibilidades de interpretación de los textos fantásticos. Lo fantástico puro suele dividirse en dos vertientes. El fantástico de los instintos bajos que explora la sexualidad humana y el fantástico filosófico que explora temas subjetivos (temas del yo), culturales y males sociales. Ejemplos: *Drácula* de Bram Stoker y *Frankenstein* de Mary Shelley. Para visualizar este primer aliento de este tipo de literatura veamos la tabla:

| Lo maravilloso | Lo fantástico | Lo extraño | La ciencia ficción |
|---|---|---|---|
| Las fábulas, los cuentos de santos (maravi-lloso religioso), el mensaje es explícito para lograr una conducta. Ej.: *Caperucita roja* | Lo irreal irrumpe en lo cotidiano y causa duda, miedo o terror; la crítica es implícita y mayormente en el fantástico filosófico. El texto regresa a la realidad. | Lo irreal o sobrenatural recibe al final una explicación lógica. Ej.: *El almohadon de Plumas* de Horacio Quiroga | Lo irreal es presentado con razonamiento científico aunque no se explique la tecnología. Ej.: *El viaje a la luna* de Julio Verne |

En la historia literaria puertorriqueña, podemos mencionar a algunos de los cultivadores de la narrativa que tocan temas de lo fantástico a partir de 1843: "El astrólogo y la judía, leyenda de la Edad Media" de Mario Kohlman; "El pájaro malo" de Manuel Alonso; *La Sataniada*, *Póstumo transmigrado* y "Don Asino" de Alejandro Tapia y Rivera; "Un avaro en el otro mundo" de Manuel Corchado y Juarbe; y del movimiento modernista, "Diálogo de arcillas" de Alfredo Collado Martell. En mi tesis, *El cuento fantástico en la Generación del 30: Vicente Palés Matos, Emilio S. Belaval y Gustavo Agrait*, también analizamos otros textos que van desde lo fantástico todoroviano como es el caso del primer cuentista fantástico puertorriqueño, Vicente Palés Matos y sus cuentos del libro *Viento y espuma* (1945); hasta llegar al neofantástico con Gustavo Agrait y su relato *Szomorú Vasárnap,* publicado en 1989. Si por un lado, lo fantástico se narra desde la realidad mimética y suele terminar en esa realidad lo neofantástico puede nacer, trascender y morir en lo suprasensible, irreal o sobrenatural, aunque parta o no de la realidad. Tal es el caso de: *El Apleph* y *El inmortal* de Borges; y, en Puerto Rico, *Somoru Vasárnap*(1989) de Gustavo Agrait y su *El extraño caso de Ciro Doral* publicado tan temprano como en el 1966, y El extraño caso de Ulisse de Loinlieu.

A comienzos de siglo XX, sigue siendo esporádica la incursión en lo fantástico y sus vertientes evolucionadas del neofantástico, tanto en la narrativa como en la poesía y en la misma diversidad todoroviana algo más ampliada y con la inclusión del realismo mágico ya presente desde la cuentística de Emilio S. Belaval con sus *Cuentos para fomentar el turismo* (1946), y la de Rosario Ferré con su libro *Papeles de Pandora* (1976). Debemos mencionar aquí *El niño de arcilla* (1950) de Evaristo Ribera Chevremont y los *Cuentos fantásticos* (1983) de Jaime Martínez Tolentino entre los primeros escritores dedicados al cultivo de esta narrativa. La ciencia ficción aparece en textos como *La rebelión de los átomos* (1960), de Washington Llorens.

El autor puertorriqueño mirará hacia estas fuentes con mayor detenimiento desde comienzos del nuevo siglo XXI ya con otro bagaje, el mediático. Cine, comics, mundos virtuales, viajes en el tiempo alimentarán la imaginación del escritor. Mencionamos, entre

sus cultivadores más asiduos, a Marta Aponte Alsina y su novela *Vampiresas* (2004)*;* José E. Santos y uno de sus cuentos de ciencia ficción, "El terminator boricua" en *Los viajes de Banco White* (2007) que es uno de los primeros cultivos de la *ucronía* en la literatura puertorriqueña; a Jan Martínez y sus oscuros poemarios *Palabras en Santa María Magdalena de Pazzis* (2011) donde los muertos hablan y *Trasunto de Transilvania* (2011) donde las figuras de fantasmas y vampiros lobos son los hablantes líricos de una erótica con perspectiva humanizante; Ana María Fuster con su novela *Insomnio*(2013) y su poemario *El libro de las sombras*(2006)en el que se van asomando los seres irreales de lo fantástico; Rafael Acevedo y su novela *Exquisito cadáver* (2001) considerada como la primera novela neofantástica de la literatura puertorriqueña; Pedro Cabiya y la primera novela de ciencia ficción *Trance (2007);* Melvin Rodríguez Rodríguez y su libro de cuentos *En las montañas* (2011); Miguel Pruné y su libro de cuentos de ciencia ficción, *Cosmos burlesco* (2012); *Los impoderes*(2012), de Joel Feliciano y, así llegamos Lynette Mabel Pérez y su poemario *Mundo Cero* (2013), quien ya en el anterior, *Imaginerías* (2010), había incursionado en los topos de lo fantástico. No obstante, *Mundo Cero*, es poemario de estilo *ciberpunk* caracterizado mayormente por una visión apocalíptica de las consecuencias del uso de la tecnología en la vida y cuerpo humanos.

David Caleb, es el escritor más joven de este siglo XXI que más cultiva la diversad de la fantasía en su obra. Referimos al lector a algunos de sus textos: su novela *Oneronauta* (2014) de ciencia ficción y erotismo, a sus poemarios neofantásticos, *Bestiario en Nomenclatura Binomial* (2009) en el que emplea los viajes en el tiempo y los monstruos y Empiria (2012). En la cuentística *Sueños negros* (2014), y su galardonado libro de cuentos *desongbard* (2014)*,* en el que demuestra un original plurarismo de las influencias del neofantástico puertorriqueño y la ciencia ficción con erudición singular.

Florece este tipo de literatura, tanto en la poesía como en la narrativa, y son muchos más los autores que lo incluyen en sus escritos con mayor frecuencia en este siglo XXI. Recordamos a Jackeline Bessiere, quien afirma que lo fantástico no es un género sino una lógica narrativa que ejerce un diálogo entre lo empírico y lo irreal y "refleja bajo el

aparente juego de la invención pura, las metáforas culturales de la razón y del imaginario de la comunidad del que escribe". La ciencia ficción no escapa de ello. En cuanto a las clasificaciones, mayormente, caben casi todos todos los textos en el cultivo moderno del neofantástico, con las formas entremezcladas (los temas del yo con los temas del tú). Aquí, donde los monstruos filosofan, los vampiros resienten su inmortalidad, las momias viajan en asteroides y la ciencia ficción sigue contándonos de mundos que mueren y de mundos que nos salvan en lo extraño, existe una rica producción literaria que debe ser explorada por los lectores y críticos del género fantasía.

MelDinzey
Digital-Art.

# Un viaje fantástico de la narrativa dominicana

Por Vicente Arturo Pichardo (República Dominicana)

Ilustrado por Mel Dinzey Castro (República Dominicana)/ St.

os elementos fantásticos de la literatura dominicana son propio de la diversidad cultural que poseemos, Taína, Española, Africana etc. Somos una mezcla cultural. Las primeras historias contadas en la isla fueron orales con motivos religiosos, mitológicos y de fantasías, dándose a destacar personajes como "el bacá" o "la ciguapa". Algunas de ellas después fueron tomando forma por la mano de un escritor ya con cierto criterio.

Iniciamos con Francisco Javier Anguro Guridi que publica La ciguapa en 1866, aplica un terror y una carga sicológica. Virginia Elena Otea con Los diamantes de Plutón, que aparece en el libro "Risas y Lágrimas" (1901), personifica los astros del sistema solar. Tomás Hernández Franco con La última Aventura de Charlot (Fantástico Horror), publicado en el libro Capitulario (1921), nos brinda un texto con el uso de la hipérbole y un manejo adecuado de los puntos de giro del nivel de realidad.

En Juan Bosch encontramos cuentos fantásticos como La bella alma de don Damián, el difunto estaba vivo y La mancha indeleble; Realismo mágico: Dos pesos de agua; y el cuento especulativo: Lo últimos monstruos. Ángel Rafael Lamarche en el cuento: El día que Dy pensó en el "subway", del libro Los cuentos que Nueva York no sabe (1949), ambientado en un tren. El autor juega con el tiempo sicológico y a la vez tiene dos puntos de giro de nivel de realidad. El primero nos da un 'forward' adelantando lo que sucederá con uno de los personajes y el segundo es una regresión. Ana Virginia de Peña de Bordas 1904-1948. Escribió literatura infantil con un matiz fantástico. Sus obras más destacadas son: La Eracra de Oro (cuento) y la novela Toeya (1949). Virgilio Díaz Grullón nos legó una producción considerable de cuentos fantásticos, en lo que se destaca el manejo del suspenso y un tratamiento psicológico exquisito. Dos de sus libros: Un día cualquiera (1958) y Más allá del espejo (1975), son referentes de las generaciones posteriores. En Cuentos Cimarrones (1958), Sócrates Nolasco moldea la realidad con lo maravilloso.

"El ocaso de piscis" (1962), de Ivan García Guerra, es una propuesta de ciencia ficción donde las hipótesis científicas son tomadas como elementos de ficción. Marcio Veloz Maggiolo con la novela Nosotros los suicidas (1965), fantasea con una historia ambientada en el más allá. Efraín Castillo gana el certamen del Teatro La Máscara con el cuento de ciencia ficción "Ton The Rock" escrito en 1967. Luego gana el Premio Nacional de Novela en 1968 con la obra de ciencia ficción "Inti huaman ó Eva again", una distopía donde mezcla sucesos nacionales con eventos internacionales.

Armando Almánzar Rodríguez con el cuento Un hombre en la luna, publicado en el libro Límite (1967), especula, en esos años, la llegada del hombre a la luna. Sabemos que luego el 20 de julio de 1969 el Apolo 11 aluniza.

José Ramón Robiu publica una novela especulativa: El hijo de Cristo (1975), ambientada en el siglo XX. Manuel Mora Serrano en 1980 nos da a conocer Goeíza, una novela cargada de elementos de la mitología taína dominicana. En ese mismo año Ricardo Rivera Aibar con el cuento El curioso e singularísimo informe de Oxny Ovnimorom

obtiene el primer lugar en el concurso de cuento de Casa de Teatro, un cuento de ciencia ficción lingüístico, ambientado en el tiempo del Santo Domingo colonial. La historia es narrada desde el punto de vista de un extraterrestre. El leguaje es planteado con un juego fonético, dando más verosimilitud a la historia. Diógenes Valdez Obtuvo el Premio Anual de Cuentos José Ramón López en 1982 con el libro de ciencia ficción "Todo puede suceder un día". Aparecen cuentos como El relámpago entre las sombras donde la genética y la robótica juegan un papel importante. En 1986 Josefina de la Cruz publica la novela de ciencia ficción Una casa en el espacio. En 1987 Pedro Peix obtiene el premio Nacional de Cuentos José Ramón López con el libro El fantasma de la calle El Conde. Varios de los cuentos de ciencia ficción de Reynaldo Disla lo publicó en el libro Historietas (2002). La más reciente publicación la ha hecho Nan Chevalier con el libro La recámara aislante del tiempo (2014), una obra donde el suspenso, la ciencia ficción y los elementos fantásticos son tratados con maestría.

Cabe destacar un elemento importante que ha motorizado la literatura fantástica y de ciencia ficción dominicana, la Revista Digital miNatura donde empezamos a participar desde inicios de esta década "2010".

En la actualidad la ciencia ficción, la fantasía y el terror tienen una presencia considerable en la literatura dominicana. Escritores como Odilius Vlak, Francis Santos, Peter Dominguez, Lusmerlin Lantiguas, Markus Edjical Goth, Vicente Arturo Pichardo, Rodolfo Báez, Raisa Pimentel, Moisés Santana entre otros, cultivan en el género de la ciencia ficción, (algunos, también en fantasía y terror); Kianny Antigua, Deissy Toussant, Ricardo Cabrera, Luis Reynaldo Pérez, Ivan Payano, Mary Paniagua, en lo fantástico; Aracelis Mireles, Lady Laura Liriano, en el terror al igual que Enmanuel Peña que cultiva el género gore.

Solo nos queda esperar a leer las obras que sacaran a la luz nuestros temores, las que jugaran con nuestro imaginario creando los mundos fantásticos, o las obras que se adelantaran en el tiempo mostrándonos las consecuencias de un error presente, de una mala decisión o de un invento científico que puede ser para bien, como también, lo

contrario. Este viaje no concluye, a cada minuto uno de nosotros escribe una línea, crea mundos a donde ir.

Fotomanipulación: MelDinzayCastro

# Ciencia Ficción y Fantasía Dominicana: Más Ficción y Fantasía que Realidad

Por Odilius Vlak —seud.— (República Dominicana)

Ilustrado por Mel Dinzey Castro (República Dominicana)/ St.

*l hecho de que tuvo que abrirle un agujero adicional al cintur6n para poder ceñírselo no le pareció extraño. Tampoco el comprobar que los ruedos de los pantalones le cubrían enteramente los zapatos. Pero cuando no pudo alcanzar el tramo superior del armario donde guardaba sus camisas, se dio cuenta al fin de que había comenzado a disminuir de tamaño. Su reducción se verificó en forma absolutamente proporcionada y sus miembros, al empequeñecerse paulatinamente, guardaron siempre una relación armónica entre ellos. Transcurrida la primera semana tenía ya la estatura de un niño de tres años. Al cabo de la segunda no levantaba más de cinco centímetros del suelo y a la tercera ya había desaparecido totalmente de la vista de los demás y se adentraba en la región inusitada de la vida microscópica. Continuando su marcha inexorable hacia la infinita pequeñez cruzó indemne el universo de las bacterias, los microbios y los virus y, descendiendo aún más la escala de las dimensiones, penetró luego en la zona de los átomos, donde fue testigo de sordas batallas entre protones y electrones cargados de odios y amores ancestrales. Dejando atrás el terror difuso de pavorosas desintegraciones nucleares, bajó entonces a una*

*región de paz donde la angustia era aún desconocida y donde fue perfectamente feliz porque adquirió consciencia de que la distancia inverosímil que lo separaba del punto de partida de su largo viaje lo libraba para siempre del peligro de que algún científico entrometido lo detectara a través de un microscopio gigantesco y lo trajera de vuelta al horrible mundo de los seres humanos.»*

Esta microficción titulada «Viaje al microcosmo» del autor Virgilio Díaz Grullón es, sin dudas, la primera historia dominicana con elementos de ciencia ficción y por tanto, el único antecedente que los escritores contemporáneos del género tenemos a manera de piedra angular sobre la cual construir el futuro de una expresión literaria que para visualizarlo, primero necesita que se le permita la entrada a él. Está incluida en el libro «Más allá del espejo» de 1975. En dicha colección también se encuentran otras historias de carácter igualmente breve, que tímidamente podrían adscribirse al género de la ciencia ficción, entre ellas: «Diario inconcluso» y «Vertiginoso tiempo». Esto no es coincidencia, pues Virgilio Díaz Grullón es el único autor dominicano en haber cultivado la literatura especulativa de manera sistemática, especialmente en el libro citado y en «Crónicas de Altocerro» de 1967. Claro, es una literatura especulativa que adopta formas de ejercicios intelectuales de tradición borgeana, exploraciones oníricas de la mano de una propuesta surrealista, una que otra historia como la que encabeza esta ponencia que juega en la prosa con conceptos propios de la ciencia ficción y otras más en la tradición de lo Real Maravilloso. Hablamos de un autor que cultivó una fantasía especulativa, pero que ni lo hizo en la totalidad de su obra —la cual forma un opus lamentablemente breve— ni lo hizo desde una identidad creativa como autor de literatura de género.

En otras palabras, Virgilio Díaz Grullón no se identificaba a sí mismo como escritor de literatura de Fantasía o Ciencia Ficción. No tenía esa conciencia, no poseía la tradición, especialmente en su catálogo de lecturas, lo cual es fundamental a la hora de dejar fluir los otros mundos, ya que el ejercicio de escribir literatura especulativa tiene algo del acto de tomar la antorcha, de continuar con una estirpe literaria que en sí misma no

sólo es una subcultura autosuficiente, sino una especie de *Weltanschauung* en la cual el plano puramente imaginativo del *emisor-escritor* apela a su homólogo en el *receptor-lector*. Fue un autor que jugó el juego experimentar de romper la continuidad de la realidad en sus historias, por lo que muchas de ellas encarnan el postulado fundamental del estudioso de la ciencia ficción, James Gunn, el cual en su libro «Hacia una definición de la ciencia ficción» [2005], la considera como la literatura de la discontinuidad. Considerando *«la ficción tradicional como literatura de la continuidad, la cual, sin importar la situación, es una continuación de la experiencia diaria, donde las decisiones que los personajes deben tomar son basadas en una experiencia previa y tradicional. Pues en el momento en que los personajes de cualquier tipo de ficción se topan con situaciones nuevas o intentan soluciones nuevas a situaciones tradicionales, la historia comienza a tener un dejo de ciencia ficción»*. Y Virgilio Díaz Grullón ciertamente, incluso en sus historias realistas, nos planteaba una realidad no ordinaria, salpicada de Fantasía; pero una Fantasía con una sensibilidad *mainstream*, tras la cual se percibe más las influencias de las vanguardias y los clásicos de la literatura universal, y no tanto la de los creadores que le dieron forma al género, con la excepción de E. A. Poe.

Entonces, ¿aparte de Virgilio Díaz Grullón y su obra, cuáles otros ejemplos de autores y obras podríamos señalar como dignos de ubicarse dentro de la literatura especulativa, esa que es una ruptura con la realidad ya sea que nos planté un mundo totalmente diferente como en el caso de los géneros de Fantasía Épica y Espada y Brujería, o introduzca una alteración de la realidad ordinaria, una discontinuidad, como nos dice Gunn del género de la Ciencia Ficción, o que simplemente provoque esto último con los recursos oníricos o con un ejercicio intelectual?... Bueno, en honor a la verdad no podemos encontrar ningún otro ejemplo en el pajal de obeliscos egipcios y columnas dóricas que es la producción literaria dominicana en su totalidad. No se percibe ninguna aguja ensartada ya sea con el hilo de Ariadna, con un cordón plateado bendecido por una bruja de cuentos de hadas o con nanofibras de carbono en esa estructura en la cual el ojo de un cíclope se sentiría a gusto.

Eso quiere decir que sólo nos queda el esfuerzo evocativo de la imaginación romántica decimonónica que dio por fruto la literatura indigenista dominicana [en todos los casos ficciones históricas, como en la novela «Enriquillo» de Manuel de Jesús Galván] y la literatura tradicionalista, que recogió las leyendas populares con su cuota de lo Real Maravilloso. Ambas corrientes fueron fundadas por Francisco Javier Angulo Guridi [1816-1884]. La primera con sus poemas «Maguana» [1840] y «La cuita» [1842], incluidos en su libro «Ensayos poéticos» publicado en Cuba en esa misma década, y posteriormente con el drama «Iguaniona» [1867]. Y la segunda, con su novela «La fantasma de Higuey» [1857], primera novela de un autor dominicano publicada como libro, igualmente en Cuba, y con historias como «La ciguapa» [1866] y «La campana del higo» del mismo año. La inclusión de la literatura indigenista es válida, ya que es una corriente que puso en marcha una mecánica imaginativa para describir un pasado, si bien desde una óptica realista social, paternalista y romántica, en la que ninguno de los casos, al menos en el contexto dominicano, sus autores apelaron a la explotación de lo fantástico que evidentemente alienta el mundo mágico religioso de los taínos, especialmente en sus mitos.

Claro, es posible que ninguno de ellos conociera el texto completo de la «Relación acerca de las antigüedades de los indios» de Fray Ramón Pané, único de los Cronistas de Indias que pasaron por La Española, en registrar los mitos ancestrales de los taínos, excepto obviamente por las referencias en la obra de Bartolomé de las Casas que junto a Herrera, por ejemplo, es el cronista más citado por Galván en su novela. Pero Las Casas se limitó describir expresiones rituales como el areito o el de la cohoba, y lo que informó sobre los cemíes fue lo reproducido de la obra de Pané. Es por ello que incluso en los ejemplos más fantásticos de la literatura indigenista dominicana, sólo en uno que otro poema de «Fantasías indígenas» de José Joaquín Pérez [1877] o en el poema «Anacaona» de Salomé Ureña [1880], somos impresionado con una evocación en tanto autentica de esos dos rituales de los aborígenes del caribe, y ello gracias al vuelo lírico del lenguaje.

En el Siglo XX, esta corriente bailó al son de varios cantos de cisne, como la novela «Anacaona» [1948] de Pedro Verges Vidal, y la novela «Toeya» del mismo año, de la escritora Virginia de Peña de Bordas. De ambas, sin embargo, emanan los mismos efluvios románticos de sus predecesores. Asombrosamente, un tercer caso se alza como la obra de evocación imaginativa más poderosa desde el punto de vista fantástico, hasta el punto de que a pesar de ser un poema en prosa, puede considerarse como un ejemplo magistral de Fantasía Épica. Se trata de «Ciclos de nuestro origen» [1981] del escritor Claudio Soriano. Desde mi punto de vista, y hasta donde mis conocimientos me lo permiten, es una de las obras más trascendentales de cuantas se han escrito en la región dentro de la corriente indigenista. Su autor, contrario a sus antecesores, se inspiró en el libro de Pané, que como vimos, es la única fuente de los mitos primordiales.

Esta obra, lo mismo que algunos de los trabajos de Guridi ya mencionados, fue citada como uno de los ejemplos de literatura fantástica por el escritor Bruno Rosario Candelier en su ensayo «La imaginación insular [Mitos, leyendas, utopías y fantasmas en la literatura dominicana]» [1984]. Este ensayo ocupa una posición única en nuestra tradición ensayística, pues hasta ahora, es el único intento académico en tratar de profundizar las motivaciones creativas de la literatura fantástica dominicana y sobre todo, las causas de que sus cultores hayan sido tan escasos. El trabajo es, más que todo, un *tour de force* a través de la presencia del Realismo Mágico —o lo Real Maravilloso como prefiere llamarlo el autor— en la literatura dominicana. Eso quiere decir, que los géneros de la Ciencia Ficción y la Fantasía no están representados en él, y ello por razones obvias: simplemente no habían sido cultivados hasta ese momento, excepto por Virgilio Díaz Grullón, autor, que junto a Juan Bosch, Sócrates Nolasco y Manuel Mora Serrano, ocupan propiamente dicho, el objeto de estudio del ensayo. Candelier mismo nos dice que: *«La novela "Goeíza" [1980] de Mora Serrano, algunos cuentos de Bosch como "El difunto estaba vivo", "Cuentos cimarrones" [1957] de Nolasco y los cuentos estrictamente "fantásticos" de Grullón representan la mejor expresión de lo mítico-*

*legendario, lo milagroso, lo mágico y lo fantástico respectivamente en el cuadro de los niveles de lo imaginario».*

El ensayo de Candelier, si lo ubicamos en su contexto temporal, fue un manifiesto, un llamado para que la generación de escritores dominicanos contemporáneos enfocara sus energías creativas hacia una literatura más imaginativa, siempre, desde la plataforma de lo Real Maravilloso y el Realismo Mágico. Por algo considera que lo Real Maravilloso y el Realismo Mágico es lo mejor que Latinoamérica le ha aportado a la literatura universal. La propuesta no incluye propiamente dicho la literatura de Ciencia Ficción y Fantasía, a pesar de que el autor las cita en su clasificación de los niveles de lo imaginario. Se queja de que por ejemplo: *«La literatura dominicana es pobre en revelaciones maravillosas»*, pero tales revelaciones necesariamente tenían que ser desde las corrientes en cuestión.

¿Por qué? Bueno, tentativamente se podrían adelantar varias hipótesis. Por un lado, hay que reconocer que Bruno Rosario Cadelier era un hombre de su tiempo, y eso significa que como todo buen intelectual latinoamericano, su alma ardió con los fuegos del *«BOOM»* literario de los sesenta, el cual hizo del Realismo Mágico un fenómeno mundial, y como para él, tal corriente era lo mejor que Latinoamérica había legado al mundo de la literatura, es lógico que entendiera que con la misma antorcha habría de alumbrarse el sendero hacia una literatura dominicana verdaderamente fantástica. Por otro lado, no sabría decir que tanta literatura de Ciencia Ficción y Fantasía había leído el autor, y de haberlo hecho, cuál habría sido su opinión sobre ambos géneros, de factura evidentemente anglosajona, y por tanto, opuestos ontológicamente al Ser latinoamericano y el canon creativo del Realismo Mágico y lo Real Maravilloso con el cual era necesario, según su tesis, continuar definiendo la identidad del imaginario regional.

El énfasis en la cultivación sistemática de la lectura de los géneros de Ciencia Ficción y Fantasía es fundamental, pues si algo está claro, es que sin un conocimiento pleno de ambos géneros, sin haber pasado antes por el estado de fanáticos de ambos

géneros, es difícil que se despierte la inquietud por pertenecer a ellos ya desde el plano creativo; es casi imposible que nazca el anhelo cuasi religioso de ser parte de ese universo, de dejar una huella en él, de hacer un nombre en él. La mayoría de los autores de literatura de género, fueron antes grandes lectores de dicha literatura. Son muy pocos los casos que pueden tomarse como ejemplos de excepción a esa regla. Y esa realidad apunta su dedo directamente al motivo fundamental del porqué sólo hasta la primera década de este milenio, en República Dominicana no había surgido una serie de escritores que se definen como cultivadores de literatura de Ciencia Ficción y Fantasía, o al menos, que intenten serlo, pues es sólo ahora que existe una generación que tiene una base de lectura en ambos géneros. Para la época del ensayo de Bruno Rosario Candelier, cuya voz evidentemente clamó en el desierto, no existía una generación de escritores motivada a escribir Ciencia Ficción y Fantasía estimulada por sus lecturas en dichos géneros. Lo repito, es una cuestión de estirpe, de tomar la antorcha no para llegar a una meta, sino para agregarle otra con una nueva propuesta fantástica, con una nueva especulación.

Los escritores contemporáneos de literatura de género aún somos una masa amorfa, que si bien tiene algunos ejemplos individuales ya bien definidos, tanto por su cultura sobre literatura especulativa como por una consciencia clara sobre lo que quieren hacer partiendo de su sintonía creativa con este o aquel autor o con este o aquel subgénero, aún lucha por construirle una base sólida a su futuro. Y esto se debe fundamentalmente a lo que hemos venido planteando sobre la importancia de desarrollar el sentido de pertenencia desde la fase de crecimiento que se vive como miembro del *Fandom*; lo cual se logra leyendo. Algunos de tales escritores aún no poseen una conciencia de género debido a su falta de lectura. Si no lees Ciencia Ficción, ¿como esperas desarrollar siquiera alguna idea original dentro del género, que esté ubicada en una tradición determina o en un «punk» determinado y le haga un aporte creativo? Eso es uno de los obstáculos con los que estamos luchando actualmente en República Dominicana. Pese a ello, en los últimos años han surgidos nombres dignos de mención, aunque sólo sea por el esfuerzo que hacen por aportar su pequeño protón de Uranio al movimiento. A continuación una

lista de los escritores que han estado desarrollando una obra especulativa de manera contínua:

Moisés Santana Castro: Su principal obra hasta el momento es su libro de cuentos «The Human Show». El mismo autor lo define como: *«The human show es una colección de relatos formulados en torno al tema de la actitud sistematizada y autodestructiva del ser humano, enmarcados dentro de los géneros de la Ciencia Ficción y Fantasía. El título, juego de palabras a partir del nombre de la película "The Truman Show", alude a la filosofía del film sobre un sujeto que ha estado toda su vida en un programa de televisión en medio de una ciudad artificial, y es el único que no lo sabe. "The human show" busca, en un tono imperturbable, dibujar con ironía el espectáculo circense que es la vida humana».* Algunos de los otros trabajos de este autor clasifican como *Weird Fiction*, por la manera en que explota la tradición mágico-religiosa conservada en el pueblo llano.

Peter Barbes Domínguez: Es uno de los escritores más versátiles en la literatura de género dominicana. Hasta ahora todos sus trabajos sólo están disponibles en digital. Inició su carrera con un género aún en ciernes en lengua española: la *«Light Novel»* o *«Novela Ligera»* de estilo japonés, influenciado obviamente por la cultura del video juego, el manga, los cómics y el cine, lo cual se manifiesta en la estructura cinematográfica de sus escenas de acción. Peter es uno de los autores dominicanos más documentados no sólo en cuanto a la expresión literaria de la Ciencia Ficción y la Fantasía, sino en sus acepciones creativas más mediáticas. «Damned Angel: Genesis» es el nombre de su trabajo, del cual se publicaron en el 2010 dos temporadas en el Blogzine, Zothique The Last Continent sumando un total de 18 capítulos. Esta saga está por el momento suspendida debido a que otras empresas creativas han reclamado desde hace varios años la atención del autor. Entre ellas, una serie de historias cortas que se ubican en un Santo Domingo de mil años en el futuro, que ya cuenta con títulos como «El último de los uniformados» y «De biomecánica y moral». Su historia «Desde el planeta sin sombra», fue incluida en el e-book antológico que celebró el duodécimo aniversario de la revista española *Alfa Eridianis*. Peter posee un talento innato para manejar el pulso que requiere el *Thriller*, forma literaria muy dependiente de una trama sólida y una gran capacidad para diseñar diálogos de factura *hard-boiled*, directos y

capciosos, así como en el arte de «muéstramelo no me lo describas». Por último, Peter Barbes Domínguez publica regularmente en la revista digital *miNatura*, especializada en microficciones de carácter fantástico.

Morgan Vicconius Zariah: Hasta ahora el género que más ha desarrollado este escritor es la Fantasía Oscura. Su prosa y las visiones que describe tienen detrás un largo abolengo de autores y obras en el que la tradición metafísica occidental, los mitos y los simbolistas franceses se maridan con los avances de la ciencia y la tecnología y las leyes semánticas propias de la Ciencia Ficción y la Fantasía. Es un escritor cuya literatura ha recorrido el camino desde la poesía en prosa hasta una narrativa muy al estilo de la ficción pulp de la primera generación, antes incluso del inicio de la *Edad de Oro de la Ciencia Ficción* en las páginas de *Astounding Stories* por allá en el 1939, cuando la literatura de género podía sin problemas engendrar híbridos bajo el rubro de *«Fantaciencia»*. Técnicamente, él aún lucha por domesticar su prosa para que no desborde la trama, en otras palabras, su Ser-narrador lucha con su Ser-poeta. Muchas de sus historias y poemas en prosa de naturaleza fantástica están publicados en el Blogzine, Zothique The Last Continent, espacio del cual fue fundador en diciembre del 2009. Actualmente se encuentra trabajando en un libro de cuentos titulado «Hechizos primordiales». Algunas de las narraciones breves de Vicconius se han publicado en *miNatura*.

Markus E. Goth: Markus es sobre todo un ilustrador. Su mundo es el mundo de lo visual. Sus influencias sin duda podrían rastrearse hasta uno que otro número de *Weird Tales* o *Wonder Stories*, pero sobre todo en la *Metal Hurlant* y la *Heavy Metal*, así como en el manga y la animación japonesa. No obstante, desde hace unos años está luchando por arrastrar hacia esta tercera dimensión el universo alternativo de su saga de Fantasía Oscura: «Crónicas de Zhor», sin dudas, una de las propuestas fantásticas más complejas de esta primera etapa de la producción especulativa dominicana. Algunos de los capítulos de sus crónicas, están publicados en el Blogzine, Zothique The Last Continent.

Rodolfo Báez: El trabajo más reciente de este autor es también su obra más lograda en el género de la literatura especulativa. Se trata de la noveleta «Cuando mueran

los hombres: Tesis de grado para optar por el título de Dios de Materia». La tierra, República Dominicana, año 2100, el brujo del presidente, después de luchar por su vida y la de su hijo, «Fil», se ve forzado a enviarlo 30,000 años en el futuro a una civilización completamente desconocida por la humanidad. *Hospoville* es la ciudad principal en ese futuro. Fue creada por «Ubé». Allí los habitantes son hechos a base de materiales sintéticos y la igualdad anatómica es un mito. «Fil» es el único humano en ese ambiente fantástico. Estudia en la *Universidad Espacial* y como trabajo final se propone desarrollar un experimento tan complejo que termina escapándosele de las manos: insertar una galaxia artificial en el universo local. Una galaxia misteriosa a la que ha denominado *Mundos Aleatorios*, pues según él, lo que sucede en ella es semejante a cuando barajamos las cartas.

Edison Montero: El nombre de Edison Montero funciona aquí como símbolo de la comunidad dominicana de ilustradores, dibujantes y escritores de cómics. La compañía «Moro Studio», de la cual es el fundador y presidente, es la primera de su clase en República Dominicana. Esto quiere decir, que es no sólo el primer grupo de artistas que se han dedicado a cultivar este arte de manera sistemática y profesional ya en el plano creativo, hay otros claro está, sino que en tanto compañía, ha sido la primera en intentar implantar en el país el cómics y la ilustración como vehículos publicitarios; creando esa cultura en un país que, fuera de los «paquitos» mexicanos, consumidos masivamente en los ochentas, la lectura del cómics y la novela gráfica continúa siendo del dominio exclusivo de una minoría de iniciados. «Hikerion» es uno de los trabajos más especulativos de los que han desarrollado hasta ahora. Una propuesta futurista con un aire muy de animación japonesa, con héroes adolescentes envueltos por el caparazón de un sistema distópico e híper-tecnológico.

A. J. Martí: Este artista lleva más de once años ininterrumpidos publicando un webcómic, «ComicCinema.com», con trabajos sobre todo en formato 3.D. La temática de sus historias es variada: horror, *Weird Fiction* inspirado en la leyendas dominicanas, Cyberpunk etc., encarnados en cómics como «Lacrimosa», «La leyenda del Bacá», «Ángel de Rapiña» o «Rain». Esta última historia tiene lugar en la moderna *Ciudad Catedral*, donde

existe una mezcla de lo antiguo y lo tecnológico, lo anticuado y lo moderno, entre edificios y maquinarias que juegan con la imaginación y la ciencia más avanzada, según la describe su autor. Quien agrega que: *«Rain es un drama/suspenso, una historia llena de intrigas, mentiras y secretos, con personajes marcados, oscuros y reales envueltos en ciencia ficción y simple realidad»*.

Bien, por lo pronto estos son los nombres más destacados del pequeño grupo de pioneros que han empezado a ensanchar las costas caribeñas de la isla de Quizqueya con intención de que algún día pueda tener las dimensiones que confusamente delimitan las galaxias en el gran mar del universo, y esto con la herramienta de la imaginación al servicio de la Ciencia Ficción y la Fantasía.

# Biografías:

# Directores:

**Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969)** poeta, antologador, editor y escritor de Ciencia ficción cubana. Graduado en Construcción Naval y Civil, realizó estudios de periodismo, marketing y publicidad y ejerció de profesor en construcción civil en el Palacio de Pioneros Ernesto Guevara de La Habana. Su trayectoria literaria incluye haber formado parte de los siguientes talleres literarios: Óscar Hurtado, Negro Hueco, Taller literario Leonor Pérez Cabrera y Espiral. Ha sido miembro del Grupo de Creación Literaria Onelio Jorge Cardoso.

Es director (junto a Carmen Rosa Signes) de la Revista Digital miNatura. Actualmente radica en España. Colaborador para la revista Amazing Stories.

**Signes Urrea, Carmen Rosa (Castellón-España, 1963)** ceramista, fotógrafa e ilustradora. Lleva escribiendo desde niña, tiene publicadas obras en páginas web, revistas digitales y blogs (Revista Red Ciencia Ficción, Axxón, NGC3660, Portal Cifi, Revista Digital miNatura, Breves no tan breves, Químicamente impuro, Ráfagas parpadeos, Letras para soñar, Predicado.com, La Gran Calabaza, Cuentanet, Blog Contemos cuentos, El libro de Monelle, 365 contes, etc.). Ha escrito bajo el seudónimo de Monelle. Actualmente gestiona varios blogs, dos de ellos relacionados con la Revista Digital miNatura que co-dirige con su esposo Ricardo Acevedo, publicación especializada

en microcuento y cuento breve del género fantástico.

Ha sido finalista de algunos certámenes de relato breve y microcuento: las dos primeras ediciones del concurso anual Grupo Búho; en ambas ediciones del certamen de cuento fantástico Letras para soñar; I Certamen de relato corto de terror el niño cuadrado; Certamen Literatura móvil 2010, Revista Eñe. Ha ejercido de jurado en concursos tanto literarios como de cerámica, e impartiendo talleres de fotografía, cerámica y literarios.

# Equipo Editorial:

**Jurado Marcos, Cristina (Madrid, España, 1972)** Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad de Sevilla. Cuenta con un Master en Retórica de Northwestern University (USA). Actualmente realiza estudios de Filosofía por la UNED. Ha vivido en Edimburgo (Reino Unido), Chicago (USA) y Paris (Francia). Su relato breve "Papel" fue seleccionado en el 1o Concurso de Relatos Breves de la Editorial GEEP para dar título a la antología que recoge las obras ganadoras. Su cuento "Vidas Superiores" fue finalista en la 1ª Convocatoria miNatura Ediciones. Ha publicado sus relatos en "Papeles Perdidos" (el blog de Babelia, el suplemento literario de El País) y en la revista Letralia y colabora regularmente con publicaciones del género. Escribe un blog sobre ciencia-ficción en la web Libros.com http://blogs.libros.com/literatura-ciencia-ficcion/ y acaba de publicar su primera novela "Del Naranja al Azul" en la editorial United-PC http://es.united-pc.eu/libros/narrativa-novela/sciencia-ficcion-fantasia.html

**Martínez Burkett, Pablo (Santa Fe, Argentina, 1965)** abogado (Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe) y Magister en Derecho Empresario (Universidad Austral, Buenos Aires). Tiene estudios de

postgrado en la Universidad de Navarra (España), la Universidad Adolfo Ibañez (Santiago de Chile) y la Louisiana State University (Estados Unidos). Enseña en la Universidad Austral. Es autor de los libros de relatos Forjador de penumbras (2011) y Los ojos de la Divinidad (2013). Escribe para revistas del país y el extranjero. Ha recibido premios en una docena de concursos literarios. Ha escrito los ensayos Un solo autor en tres personas: presencia de Cervantes, el Quijote y Alonso Quijano en la obra de Jorge Luis Borges (2011) y Cervantes, el baciyelmo y Borges: una ética de lectura (de próxima aparición), ambos para las Jornadas Cervantinas Internacionales de Azul (Argentina). Está preparando un libro sobre Cervantes y Borges y una novela (Pozo del Diablo).

# Escritores:

**Agrait, Gustavo (San Germán, Puerto Rico, 1904-1998)**, poeta y narrador.

Autor de una brillante producción literaria en la que brillan con luz propia sus relatos cortos, está considerado como uno de los maestros indiscutibles del complejo género de la narrativa breve, profusamente cultivado en la década de los años treinta por una fecunda generación de escritores de la isla antillana, entre los que destacan Emilio S. Belaval (1903-1972), Enrique A. Laguerre (1906), Tomás Blanco (1897-1975), Antonio Oliver Frau (1902-1945), Tomás de Jesús Castro (1902-1970), Carmelina Vizcarrondo (1906), Vicente Palés Matos (1903-1963), Washington Lloréns (1900), Ernesto Juan Fonfrías (1909), Julio Marrero Núñez (1910-1982), Aníbal Díaz Montero (1911), Néstor A. Rodríguez Escudero (1914), Amelia Agostini del Río (1896) y Juan Antonio Corretjer (1908).

En líneas generales, los relatos de Gustavo Agrait se caracterizan por una acusada preocupación existencialista que se muestra deudora de los mejores textos de Kafka, así como por un halo de inquietante misterio que hunde sus raíces en la tradición romántica para

remontarse hasta las narraciones breves de Edgar Allan Poe. Pero, al mismo tiempo, el sello original del escritor de San Germán deja patente, al lado de estas influencias literarias, su constante reflexión acerca de las vicisitudes cotidianas del ser humano, de los problemas sociales que le rodean y -con particular concreción- de las circunstancias inmediatas que configuran el presente histórico de su pueblo.

Al margen de estos relatos breves, Gustavo Agrait escribió también una novela extensa que no vio la luz hasta finales de la década de los ochenta, Szomoru Vasárnap (1989). Además, su permanente atención hacia todos los ámbitos culturales por los que evolucionó la estética literaria del siglo XX le permitió asimilar, en su original producción poética, algunas de las más novedosas aportaciones de las corrientes vanguardistas. Ello queda patente en la recopilación de su obra publicada bajo el título genérico de Poesías: 1932-1966, donde se aprecian con nitidez ciertas influencias de algunos autores tan alejados en su concepción de la creación poética como el español Jorge Guillén y el chileno Vicente Huidobro.

**Angulo Guridi, Francisco Javier (Santo Domingo, Républica Dominicana, 1816- 1884)**, periodista, narrador, poeta, dramaturgo. A los seis años emigró a Cuba con sus padres y allí permaneció tres décadas. Fue en La Habana donde comenzó a publicar sus primeros textos y a desarrollar su vocación periodística. Regresó a la República Dominicana en 1853, dando inicio a una intensa actividad de colaboración con los principales periódicos de Santo Domingo.

«Ensayos poéticos» [1843]; «La fantasma de Higüey» [Primera novela dominicana publicada como libro, 1857]; «Memoria leída ante el honorable Ayuntamiento de Santiago, sobre construcción de un camino de hierro de dicha ciudad a Puerto Plata» [1860]; «La campana del higo» [1866]; «La ciguapa» [1866]; «Silvio» [1866]; «Elementos de geografía físico-histórica antigua y moderna de la Isla de Santo Domingo» [1866]; «Iguaniona» [Drama

histórico en verso, 1867]; «La imprudencia de un marido» [1869]; «Una situación poco envidiable» [1869]; «El panorama» [1872-73]. Inéditas: «Cacharros y manigüeros» [Sainete, estrenado en 1867]; «Los apuros de un destierro» [1867]; «El Conde de Leos» [Drama en verso, estrenado en 1868]; «Don Junípero» [1868]; «Últimos cantos» [poesía].

**Antigua, Kianny N. (República Dominicana)** profesora y escritora.

Ha publicado: Mía, Esteban y las nuevas palabras / Mía, Esteban and the New Words (cuento infantil, Alfaguara 2014), El tragaluz del sótano (cuento, Artepoética Press 2014), Cuando el resto se apaga (poesía, Proyecto Zompopos 2013), 9 Iris y otros malditos cuentos (Editora Nacional 2010) y El expreso (cuento, Argos 2004). Kianny N. Antigua ha ganado cuatro menciones honoríficas en el Premio de Cuento Joven Feria del Libro 2013 y 2012, respectivamente; en 2011 ganó 2º lugar y mención de honor y en 2010 otra mención de honor en el Premio de Cuento Juan Bosch, Funglode; en 2000 recibe mención honorífica en Vendimia Primera. Además, sus trabajos literarios aparecen en el libro de texto Conexiones 3ra ed. (2005) y en las antologías 27 cuentistas hispanos (2004), Onde, Farfalla e Aroma di Caffe, Mujeres de Palabra: Poética y Antología (2010), Nostalgias de arena. Antología de escritores de las comunidades dominicanas en los EE.UU. (2011), Máscaras errantes. Antología de dramaturgos dominicanos en los EE.UU. (2011), Colección. Premios Funglode-GFDD 2011 Cuento (2012), La conversión de los objetos y otros cuentos premiados. Premio Nacional de Cuento Joven de la Feria del Libro 2012 (2013). Short Stop. Microrrelatos del béisbol dominicano (2014) y en Número para los Gutiérrez y otros cuentos premiados. Premio Joven de Cuento Feria del Libro 2013 (2014). Algunos de sus relatos además han sido traducidos al italiano, al francés y al inglés.

**Báez Milán, Tony (Puerto Rico)** ha publicado internacionalmente numerosos

cuentos en español y en inglés. Es autor de los libros Cuentos de un continente invisible, Embrujo, Noel y Los Tres Santos Reyes Magos, El Bueno Y El Malo, Cuentos Medio Macabros, Dead, And Must Travel, y Cuentos Como Malditos. Ha escrito y dirigido las películas A Piece Of Wood, Ray Bradbury's Chrysalis, Edgar Allan Poe's Requiem For The Damned (segmento The Pit And The Pendulum), y Myth Prologue. Actualmente reside en Greensburg, Pensilvania, con su esposa e hijos.

www.tonybaezmilan.com

**Báez, Rodolfo (Rancho Arriba, San José de Ocoa, República Dominicana, 1983)**

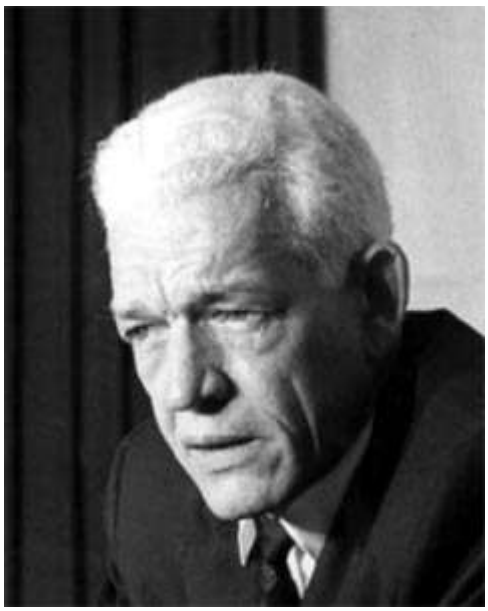
Licenciado en Comunicación Social Mención Periodismo por la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), donde también estudia Psicología Clínica. Sus estudios musicales abarcan la guitarra, la flauta dulce, el violín, el clarinete, el piano, el canto y la dirección musical.

Ha escrito los libros: El Silencio de mi alma, Versos en arte menor, Poemas del abandono, Más versos en arte menor, Memorias, El regreso del hijo perdido, La hija del comandante, El crimen (un pacto de sangre), La Mejiquita, El hombre de los 100 corazones, Jaque a la dama y otros cuentos esperados, La última crónica del infierno, y cuando mueran los hombres (tesis de grado para optar por el título de Dios de materia). Y ha sido publicado en las antologías: Santo Domingo no problema, El fondo del iceberg, La conversión de los objetos y Sospecha colectiva.

Desde el 2010, pertenece al Taller Literario Narradores de Santo Domingo. En sus últimos años se ha inclinado por la literatura especulativa.

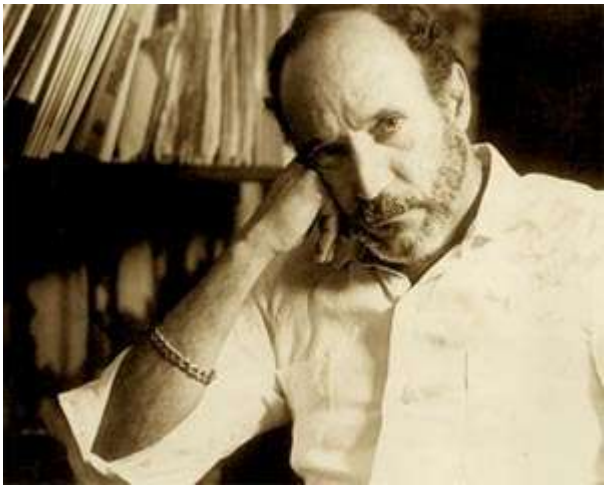
**Barbes Domínguez, Peter (Mayagüez, Puerto Rico)** es un novel escritor dominicoborinqueño, se crio y vive en República Dominicana. Quizás por ello define su nacionalidad como dominicana. Estudia una Licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Santo Domingo [UASD]. Inició su carrera publicando en el Blogzine, Zothique The Last Continent, donde están colgadas dos temporadas de su Light Novel de estilo japonés «Damned Angel: Genesis»: recreación libre y fantástica de la tradición judeo-cristiana en un contexto de ambiciones luciferinas, guerras de conquistas y geopolítica religiosa. En estos momentos desarrolla una serie de historias cortas de ciencia ficción, algunas individuales y otras pertenecientes a un mismo universo, en las que se entrelazan la tradición robótica y la Space Opera de corte tradicional. Títulos como «De biorobótica y moral»; «Desde el planeta sin sombra»; y «Réquiem para un mundo muerto», son algunos de los que ha facturado. También ha colaborado con varios relatos para para la revista miNatura.

**Bosch, Juan (La Vega, República Dominicana, 1909- 2001)** escritor: cultivó los géneros cuento, novela y ensayo. Obras más famosas son "Camino Real", "Cuentos Escritos en el exilio", "El Oro y La Paz" y "La mañosa". Realizó grandes aportes como sociólogo e historiador en libros como: "Hostos, el sembrador", "Judas Iscariote, el Calumniado", Dictaduras Dominicanas" y Clases Sociales en la República Dominicana". En 1939 fundó el Partido Revolucionario Dominicano (PRD). En 1962 es elegido Presidente de la República. En 1973 funda el Partido de la Liberación Dominicana. Murió el primero de noviembre de 2001.



**Camacho, Eugenio (Moca, República Dominicana, 1963)** escritor y cuentista. Profesor de Lengua española y literatura en los liceos de Moca, así mismo profesor en La Universidad Federico Henríquez y Carvajal de la ciudad de Moca en las cátedras de español y de Metodología de Investigación y Seminario de Tesis. Ha sido colaborador en diversos diarios, revistas y suplementos literarios del país entre ellos: Ventana del Listín Diario, Biblioteca; La Cultura del Siglo del desaparecido periódico "El Siglo" y el Periódico La Información de Santiago. Por su labor de cuentista Eugenio Camacho ha merecido diversos galardones, entre los que se cuentan: Primer premio en el Concurso de Cuentos de Radio Santa María 1994, Tercer premio Concurso de Cuentos de La Alianza Cibaeña de Santiago de los Caballeros en 1990, segundo lugar y mención de honor en 1993 y 1997 en el mismo concurso.. También ha obtenido mención de honor Concurso de cuentos de Casa de Teatro de Santo Domingo 1991 y 1999. Mención de honor en el Concurso de Ensayos del Ateneo Amantes de la Luz de Santiago. En 1987 obtuvo el primer premio en el Concurso Municipal de Literatura organizado por el Ayuntamiento Municipal de Moca y en ese mismo año el primer premio en el Concurso de Cuentos de La Unión Dominicana de Periodistas por la Paz. El segundo premio en el primer Concurso Regional de Cuento y poesía Hilma Contreras 2006. Ha sido invitado como conferencista en varias ocasiones a La Alianza Cibaeña de Santiago y Casa de Arte de Santiago así como, congresos Literarios y paneles en Las Ferias Regionales del Libro de Santiago 2005, La Vega 2009, San Pedro de Macorís 2012 y en varias ocasiones en La Feria Internacional del Libro de Santo Domingo, 1999, 2003, 2005,2006,2009,2014. Ha sido jurado en importantes concursos literarios del país entre ellos: Concurso de Cuento y Poesía de la Alianza Cibaeña De Santiago 1996, en Concurso de Cuento Joven de La Feria Internacional del Libro Santo Dogo en el año 2000. Un cuento suyo titulado "Los Secretos del fango" fue incluído en la propuesta curricular de Lengua española de la Editorial Santillana para estudiantes de Bachillerato en el año 2000. Desde el 2006 organiza el Concurso Municipal de Cuento y Poesía "Aída Cartagena Portalatín" para estudiantes de bachillerato.

**Castillo, Efraim (Santo Domingo, 1940)** es novelista, cuentista, dramaturgo y ensayista. Ha ejercido con éxito, y simultáneamente, las carreras de escritor y publicista. Publicó sus primeros textos narrativos hacia 1960. Fue galardonado en los concursos literarios que organizaba en grupo La Máscara en los años 60, primero con el cuento "Consígueme La náusea, Matilde" (1967) y luego con "Inti huaman o Eva again" (1968). En 1980 su cuento "Curriculum Vitae" obtuvo el tercer lugar en el certamen de Casa de Teatro. Ha recibido el Permio Nacional de Novela en dos ocasiones, 1982 con Currículum: el síndrome de la visa y, en el 2000, con El Personero. Varios cuentos suyos figuran en las principales antologías dominicanas de dicho género. En el 2001 recibió el Premio Nacional de Cuento con la obra Los ecos tardíos y otros cuentos y, en el 2004, el Premio Nacional de Teatro con Los invasores del monstruo.



**Castillo, Joan (República Dominicana)** escritor de literatura erótica, policiaca y fantástica.

Su obra se encuentra dispersa en internet.

**Cintrón, Luis Francisco (San Juan, Puerto Rico, 1976)** En diciembre de 2013, publicó su primer poemario "Microgramas de sol" bajo el sello editorial de la Casa de los Poetas. Además ha publicado poemas y cuentos en blogs y revistas electrónicas como Corpus Litterarum (Puerto Rico), Palabras Diversas (España), Inopia (Puerto Rico), Monolito y

Factum (México). Participó en el 6to Festival Internacional de Poesía de Puerto Rico. Es parte de la Antología de Casa de los Poetas 2014 con el tema de "Fronteras" (Puerto Rico), de la Antología de Diversidad Literaria 2014 "Versos en el aire" (España), Antología de microrelatos de Diversidad Literaria 2014 "Microterrores" (España) y de la Antología "Palestina Poemas VIII-MPI y Poetas y Poemas con Palestina" (2014) por la Biblioteca de las Grandes Naciones. Colabora con columnas deportivas para el periódico electrónico El Post Antillano.

**De Bordas, Virginia de Peña (Santiago de los Caballeros, 1904 1948)**, escritora de literatura indigenista y fantástica. La primera escritora dominicana en cultivar la literatura fantástica para niños, con historias como «La Eracra de Oro» [fantasía histórica] y «La Princesa de los Cabellos Platinados» [aventura fantástica en la tradición de los cuentos de hadas], publicados en revistas y periódicos del país. Su novela indigenista, «Toeya», fue publicada póstumamente en 1949. La escribió originalmente en forma de novela corta en inglés con el propósito de publicarla en una revista americana, pues la autora se había educado en los Estados Unidos. Sus obras «La Hora del Destino»; «Sombra de Pasión» y «Atardecer en las Montañas», fueron publicadas en el periódico La Información de Santiago de los Caballeros. Dejó inéditas «Magia de Primavera»; «El Fulgor de una Estrella» y «Maniquí» [esta última inconclusa].

**Díaz Grullón, Virgilio (Santiago de los Caballeros, 1924—Santo Domingo, 2001)** Hasta ahora es el escritor dominicano que ha explorado la vertiente especulativa de la literatura de una manera más sistemática, sobre todo en sus libros de cuentos «Crónicas de Altocerro» [1966] y «Más allá del espejo» [1975], expresiones de un impulso creativo hambriento de los recursos simbólicos y surrealistas que reptan en los sueños y el inconsciente y de las visiones fantástica que invoca la imaginación. Considerado el pionero en la literatura dominicana en el uso del contexto urbano como escenario de la narrativa lo

mismo que en la exploración psicológica de los personajes, construyendo textos en los que la materia maleable de la psique deviene en un caleidoscopio de eventos surrealistas que ilustran profundamente el carácter cíclico y pesadillezco de la dualidad realidad-fantasía, sueño-despertar, etc., muchos de ellos en forma de microrelatos, género en el que fue igualmente un precursor. No dejó de lado la reflexión crítica de los acontecimientos políticos y sociales de su época, como lo demuestra en su novela «Los algarrobos también sueñan» [1977], que se enmarca en la tradición literaria inspirada en la Era de Trujillo.

En 1958 obtuvo el Premio Nacional de Cuento con «Un día cualquiera» y fue finalista del Concurso de Autores Hispanoamericanos del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid por el cuento «Edipo». En 1977 obtuvo el Premio Anual de Novela Manuel de Jesús Galván por «Los algarrobos también sueñan». En 1997 recibió el Premio Nacional de Literatura de la República Dominicana.

Colaboró con diversos periódicos y revistas nacionales y extranjeras. Varios de sus cuentos han sido traducidos al inglés, francés y portugués, apareciendo en numerosas antologías. Fue miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.

OBRAS:

«Un día cualquiera» [1958, cuentos].

«Crónicas de Altocerro» [1966, cuentos].

«Más allá del espejo» [1975, cuentos].

«Los algarrobos también sueñan» [1977, novela].

«De niños, hombres y fantasmas» [1981, cuentos].

«Antinostalgia de una era» [1989, ensayo].

**Delgado, Roxanna (Santo Domingo, República Dominicana)** Lingüista, traductora y correctora de estilo. Con formación en Lenguas Modernas, Gestión Cultural y Escritura Creativa. Ha creado boletines institucionales de contenido cultural e informativo. Su producción literaria aparece publicada en la antología de microficción Gente de Pocas Palabras (2013).

**Fiallo, Fabio (Santo Domingo, 1866 —La Habana, 1942)** poeta y narrador. Desde muy joven participó en la actividad política de su país, asumiendo una postura combativa en momentos decisivos, como ocurrió durante la primera ocupación norteamericana. Fue perseguido y estuvo en prisión por defender la soberanía frente a las fuerzas de intervención. Dirigió el semanario El Hogar. Con Tulio M. Cestero fundó, en 1905, La Campaña, y colaboró con el Listín Diario y otros periódicos. Su obra establece un vínculo entre la tradición romántica y la contemporánea. A pesar de que fue testigo de diferentes vanguardias y del albor del «Modernismo», su musa lo destinó a rendirle ofrendas tardías al «Romanticismo». Su obra poética y narrativa le ganaron meritorios admiradores en su época, tales como Rubén Darío —de quien fue amigo personal—, Gabriela Mistral, José Santos Chocano, Juana de Ibarbourou, entre otros.

Obras Publicadas: «Primavera sentimental» [1902]; «Cuentos frágiles» [1908]; «Cantaba el ruiseñor» [1910]; «Canciones de la tarde» [1920]; «Plan de acción y liberación del pueblo dominicano» [1922]; «Yubr» [1922]; «La cita» [1924]; «Canto a la bandera» [1925]; «La canción de una vida» [1925 y 1942]; «Las manzanas de Mefisto» [1934]; «El balcón de Psiquis» [1935]; «Poemas de la niña que está en el cielo» [1935]; «Sus mejores versos» [1938]; «La Comisión Nacionalista Dominicana en Washington 1920-21» [1939]; «Obras Completas» [Sociedad de Bibliófilos, 4 volúmenes, 1980]; «La canción de una vida» [Obras Completas 1 , Fundación

Corripio, 1992]; «Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto» [Obras completas 2, Fundación Corripio, 1992].

**Fuster Lavín, Ana María (San Juan, Puerto Rico, 1967)**, escritora, editora, correctora, redactora de textos escolares y columnista de prensa cultural. Ha obtenido diversos premios en ensayo, cuento y poesía. Sus escritos han sido publicados y traducidos al inglés, francés, portugués e italiano. Coeditora junto a Uberto Stabile de (Per)versiones desde el paraíso, antología de poesía puertorriqueña de entresiglos (Rev. Aullido, España, 2005). También fue incluida en la antología En el ojo del huracán, Nueva antología de narradores puertorriqueños (Ed. Norma, 2011), poeta invitada por el colectivo El Arañazo con la plaquette "La Malabarista Insomne" a la antología de autores dominicanos Palabras que sangran (2012). Libros publicados: Verdades caprichosas (First Book Pub., 2002), cuentos, premio del Instituto de Literatura Puertorriqueña. Réquiem (Ed. Isla Negra, 2005), novela cuentada, premio del PEN Club de Puerto Rico. El libro de las sombras (Ed. Isla Negra, 2006), poemario, premio del Instituto de Literatura Puertorriqueña. Leyendas de misterio (Ed. Alfaguara infantil, 2006), cuentos infantiles. Bocetos de una ciudad silente (Ed. Isla Negra, 2007), cuentos; El cuerpo del delito (Ed. Diosa Blanca, 2009), El Eróscopo: daños colaterales de la poesía (Ed. Isla Negra, 2010) y Tras la sombra de la Luna (Ed. Casa de los Poetas, 2011), poemarios. Publicó recientemente la novela (In)somnio (Ed. Isla Negra, 2012) y el poemario artesanal Necrópolis (Ed. Aguadulce, 2014). Posee inéditos una novela (Mariposas Negras) y un libro de microcuentos (Carnaval de la sangre)

**Geovanni, Antonino (Ponce, Puerto Rico, 1973)** Pertenece a REMES. Ha sido incluido en las revistas Letralia (Venezuela), Palabras Diversas (España), Absenta (Chile),

Monolito y Factum (México) y Inopia (Puerto Rico), entre otras. Fue premiado en el certamen de la Universidad Politécnica de Puerto Rico. Ha publicado cinco libros: Genésica y Fauces bajo el sello de Verde Blanco Ediciones.

**Héctor Babilonia —seud.— (Ponce, Puerto Rico, 1982)**, poeta, narrador, preformero y guionista. Fue uno miembros fundadores de la Peña literaria de Ponce. Es escritor de temas preformaticos como: "Héctor Palabra y su orquesta Brilla X Su ausencia" y "Payaso: Capitán de La Musa". En su Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico formó parte del Círculo Literario ®evolución Expresiva, donde junto a César Santiago creó Las noches de poesía: Vanguardia.com, para La (Antigua) Casa de Las Tías y la revista literaria La Vila, de la cual se publicaron tres números. En la actualidad es candidato al grado de Maestría en Literatura Puertorriqueña y el Caribe en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Junto al editorial Colección Maravilla publicó su primera novela Hongo Negro TV. Su personaje Payaso participo en La Comedia de Esteban Figueroa, y juntos diseñan en la actualidad una novela gráfica titulada La comedia macabra. Con la colaboración de su esposa Ilargi Amandre, crea el blog de Neo Alicia la roja, y el estudio independiente de animación abstracta La araña de rincón bajo el sello de su editorial Selknam Editores. Es con el sello de esta editorial que público tres video-libros de poesía visual, Soy, Hoy y Voy, como también sus Cuentos para un bolsillo roto. Próximamente publicara su primer poemario titulado Plagio en la editorial dominicana Luna Insomne Editores. Actualmente se encuentra trabajando en su próxima novela titulada Los libros de Estigia: lo fatal, otro poemario titulado Voces de vidrio: palabras cortantes, su primer libro análogo de poesía visual titulado P(A/B)

y su tesis de maestría La alterada realidad de lo improbable: el recurso y la aplicación de la ciencia ficción en la narrativa de Pedro Cabiya. Sus cuentos y poemas han tenido espacio en diversas antologías y revistas en el Caribe.

**Hernández Franco, Tomás (Peña (Tamboril), 1904 —Ciudad Trujillo, 1952)**, poeta, narrador, ensayista, diplomático y funcionario público. Vivió en Europa durante los años veinte. En Francia, siendo todavía adolescente, publicó uno de sus primeros libros. Su obra fundamental el poema Yelidá, constituye una de las cumbres de la literatura dominicana contemporánea. Como narrador y ensayista escribió varios textos que lo definen como un intelectual familiarizado con teorías y procedimientos de gran actualidad en su época, y como un cuentista lleno de imaginación profundamente enraizado en su tierra. Obras publicadas Capitulario (1921), Rezos bohemios (1921), De amor, de inquietud y de cansancio (1923), La poesía en República Dominicana (Edición en francés, 1923), El hombre que había perdido su eje (1926), La más bella revolución de América (1930), La fuerza espiritual de un pequeño país (1931), Canciones del litoral alegre (1936), Apuntes sobre poesía popular y negra en las Antillas (1942), Yelidá (1942), Cibao (1951), Poemas de mi otro yo (1960), Obras literarias completas (Estudio, notas y compilación de José Enrique García, 2000).

**Hernández, Rosa Margarita (Arecibo, Puerto Rico)** Obtuvo un bachillerato en Economía en la Universidad de Puerto Rico donde también tomó cursos para la maestría. Retirada de la Puerto Rico Telephone Company se dedicó a escribir cuentos, memorias y relatos. Sus textos se han publicado en la revista cultural El Morajú, en la Antología de Relatos Eróticos Karma Sensual (2005 ); en Lugares de Paso (2006 ),libro de varios autores publicado por la Escuela de Escritores (España). Ha publicado varios de sus cuentos y

memorias en las Antologías A la espera de la deseada, Marañas (2012) y No somos de papel (2013).

Ha participado en talleres de escritura con Sylvia Domenech, Awilda Cáez, Rubis Camacho, Emilio del Carril, Mariana García Benítez y Mairym Cruz Bernal. Ha tomado talleres virtuales de cuentos en la Escuela de Escritores (España). Formó parte del Instituto de formación literaria dirigido por Mara Daisy Cruz. Ha tomado talleres de escritura de cuentos en la Universidad del Sagrado Corazón (estudios continuados) y en el Salón Literario Libroamérica (Casa Concha).

**Liberato, Víctor (Mao Valverde, República Dominica, 1977)** soy el segundo de cinco hermanos. No creo en pasado ni futuro. Me gusta el Rock, las Baladas y los Perros. Amo los Libros y el Cine. No como Molondrones ni Berenjenas. Una taza de té o café siempre hace bien. Cuando era un bebé sufrí de poliomielitis (Polio) y desde entonces uso Silla de Ruedas. Estuve en la universidad (UTESA) y me hice Psicólogo. También escribo cuentos. Uno de ellos titulado ABSTRAÍDO fue publicado en 2012 por el periódico local de Mao Valverde el Universal recibiendo buenas críticas por parte de los lectores. Un año más tarde el primer número de la revista literaria de la editorial CILIYA lo reprodujo. Fiel lector y admirador de Juan Rulfo y Juan Carlos onétti considero que la literatura añade esa parte especial a la cotidianidad que nos permite seguir adelante con la carga imperiosa de la realidad. En la actualidad tengo 23 cuentos esperando ser publicados.

**Markus Edjical Goth —seud.— (Santo Domingo, Rep. Dom)**, artista visual, ilustrador, diseñador gráfico y escritor.

Estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes (ENBA) y la Escuela de diseño de Altos de Chavón. Fundador de la Asociación de Artista Multidisciplinarios Sociedad Bioartepolis y Director y Editor del Blogzine, Zothique The Last Continent, espacio que proyecta la obra del gran escritor Pulp, Clark Ashton Smith, y otros autores del género; funcionando igualmente como un canal de nuevos talentos en el mundo hispano hablante.

Ha trabajado para diversas editoriales nacionales y extranjeras, ilustrando libros tales como: «María» (2009); «La llama resistente del cuaderno azul» (2013); «La Liga de Súper héroes» (2014); «La Ciguapa» (2014); y el «El Candado» (2014).

Ha participado en diversas exposiciones, entre ellas: Pabellón del Comics (XII Feria Internacional del Libro, Santo Domingo, 2009); 1ra Muestra del Comics Dominicano (Centro Cultural de España, 2010); Sociedad Bioartepolis: Una Mirada de lo Fantástico a lo Abstracto (Universidad Autónoma de Santo Domingo, 2013); Proyecto Moebius Infinitum: homenaje al gran artista Jean Giraud «Moebius» (Alianza Francesa de Santo Domingo, 2013).

Actualmente trabaja en el proyecto multidisciplinario «Machinationes Nocte», tesis que recoge el origen de los miedos, mitos y leyendas de la humanidad. Entre sus trabajos literarios en agenda se encuentran «Legendas de los nueve continentes» y «Crónicas de Zhor», obra pináculo del autor, que visualiza las dimensiones del Ser emanadas desde el único mundo que existe en el espacio infinito.

**Mireles, Aracelis (Santo Domingo, 1991)**

escritora de géneros de cuento y novela. Estudiante de Lenguas Modernas en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Miembro del Taller Literario Narradores de Santo Domingo. Fue Mención de Honor en el IV Certamen Nacional para Talleristas 2010, categoría cuento, con su obra la "La Muerte". Sus cuentos aparecen en las antologías: El fondo del iceberg, Mujer de pocas palabras y Sospecha colectiva. Se ha formado en

talleres de escritora creativas con destacadas figuras tales como: Eduardo Heras León, Rafael Courtoisie y Alejandro Aguilar.

Con este cuento la autora obtuvo la Primera Mención de Honor en el XXI Concurso Nacional de Cuento Radio Santa María, correspondiente al año 2014.

**Morgan Vicconius Zariah -seud.- (Baní, República Dominicana)** escritor, filósofo, gestor y músico. Empezó sus andares poéticos en los círculos espirituales y filosóficos de su natal Baní, influencia que posteriormente proyectará en su mundo literario. Más tarde se involucró en el grupo literario de corte bohemio y subversivo el movimiento erranticista en donde se codeó de personas del ámbito cultural y de la música. Ha sido colaborador del grupo literario el viento frío como de algunos otros. Ha organizado algunos eventos culturales y recitales poéticos y en otros tantos ha participado. Pertenece a los primeros miembros fundadores del Blogzine de literatura especulativa, ciencia ficción, fantasía y horror: Zothique the last continent; blog en el cual están publicados la mayor parte de sus trabajos.

Sus primeros trabajos de poesía en prosa; están marcados por el surrealismo, la fantasía oscura y el lenguaje onírico; heredado de Goethe, Lautremont, Levy, Castaneda etc.

Actualmente trabaja en su libro de narrativa poética "el aullido interior" el cual explora de forma surrealista sus mundos interiores.

http://zothiqueelultimocontinente.wordpress.com

**Negrón Falcón, Angelo (Puerto Rico)**, narrador, bloguero y asiduo fanático de la twitteratura. A finales de la década del 80 funda y dirige la revista Senderos. Durante los años siguientes sus cuentos serán conocidos en las páginas de la revista Taller Literario. Ha sido publicado también en Revista Púrpura, Revista Cruce, Revista Inopia (N.o 03 Año II) y en

Cuentos puertorriqueños en el nuevo milenio, antología que recoge 50 cuentos de 50 narradores puertorriqueños contemporáneos, publicado por la editorial Libros de la Iguana. Además forma parte de la antología de micro relatos eróticos "Sensaciones y sentidos" de Diversidad Literaria en España (2014). Desde el 2005 mantiene el blog Confesiones. Tiene publicados sus libros Causa y efecto (cuentos) y Ojos furtivos (novela), bajo el sello de Publicaciones Gaviota.

**Odilius Vlak —seud.— (República Dominicana)** Ver *Ensayistas*.

**Otera, Virginia Elena (Santo Domingo, 1866—Puerto Plata, 1903)**, narradora y poetisa. Publicó sus primeros poemas bajo el seudónimo de «Elena Kennedy», nombre de su abuela materna. Vivió en Puerto Rico durante muchos años. En República Dominicana colaboró con la Revista Ilustrada, el Listín Diario, Páginas, la Revista Literaria y Letras y Ciencia. Autora de la novela «Mi hermana Carolina» y la zarzuela «Las feministas». Se le conoce sobre todo por su libro de cuentos «Risas y lágrimas» [1901].

**Ortiz Méndez, Nancy Nelly (Rio Piedras, Puerto Rico)** Escritora y fotógrafa. Posee dos maestrías. Una en Educación Secundaria con concentración en español secundario y la segunda en bibliotecología. Además completo un bachillerato en educación secundaria con concentración en español, y un grado en fotografía. Es fundadora del Colegio de Educación Avanzada Gaudí en Humacao, Puerto Rico. Cursa estudios actualmente conducentes al doctorado en educación.

**Paniagua Suero, Mary Cruz (República Dominicana, 1988)** estudiante de Publicidad Mención Creatividad y Gerencia en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Estudiante de término de la Escuela Nacional de Arte Dramático (ENAD). Colabora para la Revista Digital Minatura. Es un Tiki Tiki que da sonido a la música en su cabeza. Un moriviví que no termina de saber quién es.

**Pérez, Lynette Mabel (Moca, Puerto Rico, 1976)** tiene una Maestría en Artes del lenguaje, de la Universidad Interamericana de Puerto Rico. Ha publicado cinco libros: Imaginería (Isla Negra Editores), el plaquette de poesía Psicodelias Urbanas, Mundo cero bajo el sello de Verde Blanco, es coautora de Mujer moderna y Ars memoriae bajo el mismo sello. Fue incluida en las antologías Ejército de Rosas, Plomos: Antología de Poesía puertorriqueña, Alitas rotas, Visiones Fantásticas y la antología de literatura infantil 1, 2, 3 Por todos mis amigos, entre otras. Compiló junto a Miranda Merced la antología Fantasía Circense: antología de literatura contemporánea.

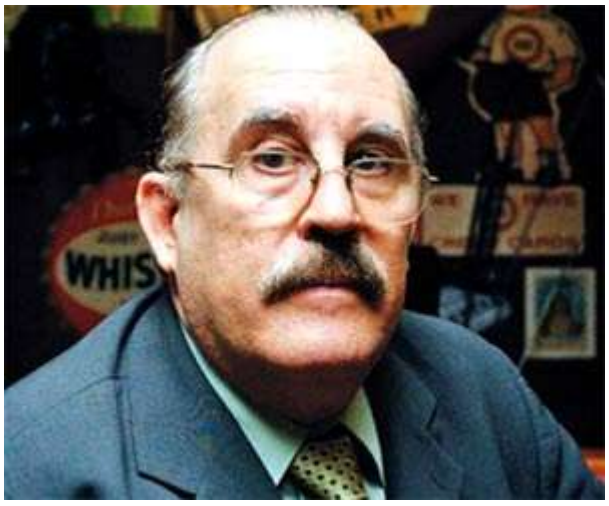
**Pichardo, Vicente Arturo (República Dominicana)** *Ver Ensayistas.*

**Quiñones Senati, Zulma (Yauco, Puerto Rico)** Cursó estudios en la Universidad Católica de Puerto Rico en Ponce, donde completó su Bachillerato en Educación en el 1970. Ha incursionado en el género de la narrativa en el que ha publicado De mariposa a crisálida (2001), La barca en el tiempo (2005) y El rostro oculto (2008) Publicó su primer poemario titulado Este sendero

conmigo en 2013. Ese año también publicó, junto a otros cuatro escritores, la Antología de cuentos No somos de papel que obtuvo el primer lugar en antologías en el Certamen del Pen Club de Puerto Rico. En 2010 obtuvo una mención honorífica en el certamen del Festival Internacional de poesía, Premio Guajana, por su poema "Guajanas". En 2012 obtuvo un segundo lugar con su poemario Fugaz en el Certamen José Gautier Benítez en Caguas, Puerto Rico y en 2013 una mención honorífica en el Certamen Internacional de poesía de Casa de los Poetas por su poema "Entre el mar y yo". Su poema "Amalgama" fue premiado en el Certamen Fronteras de Casa de los Poetas en 2014. Es embajadora de Mujeres Poetas Internacional en Puerto Rico para el Festival Internacional Grito de Mujer el cual organiza en la Isla. Sus trabajos se han publicado en las Antologías Yo soy mujer, Más allá de la medida, Karma Sensual 8, Antología del mar, Revista Inopia y otras.

**Rodríguez Fernández, Arturo (6 de abril de 1948- 16 de abril de 2010, Santo Domingo, República Dominicana)**, narrador, crítico, abogado y dramaturgo. Doctor en derecho comparado, en universidades de Francia e Italia. Ejerció la crítica cinematográfica durante más de cuarenta años.

En cuentos y teatro obtuvo más de treinta premios nacionales e internacionales, entre ellos, el Premio Nacional "José Ramón López", el primer premio de la Universidad de San Carlos, Guatemala, Primera Mención de la revista norteamericana "Hispamérica" con un jurado compuesto por Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Augusto Roa Bastos, diversos premios en Casa de Teatro, etc.



Libros publicados de cuentos: La búsqueda de los desencuentros, Subir como una marea, Espectador de la nada, y El sabor de las hormigas, ocho obras teatrales: Dramas y Comedias en ocho obras teatrales, un ensayo sobre cine: Homenaje al cine; y un libro de viajes: Viajes imposibles.

Se desempeñó como asesor nacional de

cine, impartió docencia en la Cinemateca Nacional, escribió en el periódico Hoy, y en la revista Estilo de Diario Libre, Mantuvo un programa de radio "A la hora señalada" y dirigió la Muestra Internacional de Cine en Santo Domingo. Sus cuentos han aparecido en numerosas antologías.

**Rodríguez Ortiz, Mildred (Santo Domingo, República Dominicana)** estudio Contabilidad en la UASD, Maestría en Administración Financiera UNAPEC, y continuamente vive actualizándose en el Área Financiera.

Actualmente trabaja como Contadora General, audiciono en la escuela de Arte Dramático donde reconoció por primera vez su inclinación hacia la narrativa, no pudo continuar por cuestiones económicas y por falta de valor para defender su sueño ser Teatrista (Dramaturga), años después continuo el conflicto interno entre la literatura y la realidad y se decidió por tomar un taller en EDEARTE impartido por Bismar Galán quien le motivo a seguir buscando y formándose, con ese deseo de aprender y de búsqueda constante en su propio interior llega al Taller de Narradores de Santo Domingo siendo para ella este espacio una bendición para defender su sueño y una fuente inagotable de aprendizaje.

**Rodríguez-Rodríguez, Melvin (Puerto Rico)** Melvin Rodríguez-Rodríguez (1989) es un escritor, pintor, actor y cineasta de Salinas, Puerto Rico. Estudió periodismo y actuación en la Universidad del Sagrado Corazón, en San Juan, Puerto Rico, y realizó un semestre de estudios en la Fundación José Ortega y Gasset, en Toledo, España. Sus artículos, columnas y crónicas han aparecido en publicaciones como Global Castilla-La Mancha, 80 Grados y Buena Mesa. En 2011, su libro infantil ¿Quién se está llevando la leche?, ganó el certamen "Cuéntame un cuento" y fue publicado por Vaquería Tres Monjitas. Actualmente escribe en el blog Taza de cuentos y estudia

su maestría en Estudios Puertorriqueños en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, en San Juan.

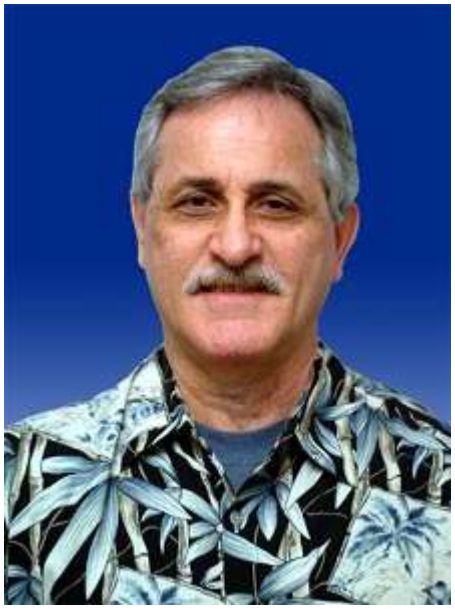
**Santana Castro, Moisés (Santo Domingo, 1984)** Psicólogo clínico, locutor, maestro universitario y gestor cultural. Miembro fundador y ex-coordinador del Taller Literario Narradores de Santo Domingo, y coordinador del grupo virtual "La Fundación: narrativa de ciencia-ficción y fantasía". Actualmente labora como psicólogo y docente del Instituto Técnico Superior Comunitario de Santo Domingo y profesor de letras de la Universidad Iberoamericana.

Como narrador, ha ganado 15 premios literarios en República Dominicana y a nivel internacional, entre ellos el Premio único Jaime Colson de Cuento 2013 de la Sociedad Cultural Renovación (Puerto Plata, República Dominicana) por su colección narrativa de ciencia-ficción The human show. Como resultado, dicho libro fue publicado en mayo de 2014 bajo el título "El Circo" y está en agenda para ser publicado también por la Editorial El Barco Ebrio. Tiene en edición dos colecciones narrativas más, y muchos de sus relatos han sido publicados en antologías y revistas literarias de varios países, así como adaptados para cortometrajes.

**Santos, Francis (Caobal, Fantino, República Dominicana)**, narrador. Estudia Ingeniería Química en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Ha participado en talleres de técnicas narrativas y escritura creativa con los escritores Eduardo Heras León, Ana María Shua y Rafael Courtoisie. En 2005 ingresa al Taller Literario Manuel del Cabral. Miembro del Taller Narradores de Santo Domingo. Algunos de sus

textos se han publicado en diferentes antilogías: Santo Domingo no problem (2011), Minotauro: Antilogía de Relatos Breves (Latin Heritage Foundation, 2011), El fondo del iceberg (2012), Sospecha Colectiva (2013). Colabora en la revista digital miNatura de ciencia ficción, terror y fantasía.

**Stevens-Arce, James (Puerto Rico)** debutó como autor de CF en la revista Worlds of If, editada por Frederik Pohl. Desde entonces, ha publicado unas 30 obras cortas de los géneros ciencia ficción, fantástico, terror y crimen en revistas como Asimov's Science Fiction,



Amazing Stories y Cicada, entre otras, y en colecciónes de cuentos inéditos como Tomorrow Today, editada por George Zebrowski, Afterlives, editada por Pamela Sargent e Ian Watson y New Legends, editada por Greg Bear, entre otras. Soulsaver, su primera novela, fue merecedora del Premio UPC 1997, otorgado por la Universitat Politécnica de Catalunya, y fue publicada en inglés a través del mundo anglo parlante por la editorial norteamericana Harcourt; en castellano por la editorial española Nova: Ediciones B, bajo el título El salvador de almas; y en francés por la editorial francesa Fleuve Noir, bajo el título Sauveurs d'âmes.

**Toussaint, Deisy (Santo Domingo, República Dominicana, 1987)** Vivió su adolescencia en la isla de Guadalupe (Antillas francesas) estudió francés en la Alianza Francesa. Actual estudiante de Comunicación Social en la Universidad Autónoma de Santo Domingo y de portugués en el Centro Cultural Brasil. Pertenece a los talleres literarios "Narradores de Santo Domingo" y "Taller Literario Litervolución ". Ganó el segundo lugar

en la categoría de cuentos en el XIV certamen de "talleristas" 2011 con el cuento "La carta", es bailarina de danzas de la polinesia y modelo de pasarela en su país.

**Ureña Rib, Fernando (Romana, República Dominicana 1951- 2013)** Inició sus

estudios de pintura en la Escuela de Bellas Artes de San Francisco de Macorís en 1963 obteniendo una beca del Estado de estudios en la Escuela Nacional de Bellas Artes en 1968, donde concluye bajo la guía del maestro Jaime Colson. Se gradúa como Bachiller en Filosofía y Letras en 1968 y realiza estudios de lenguas extranjeras en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Ureña Rib lee, escribe y habla con fluidez español, inglés, francés, alemán e italiano. Durante 1973 y 1974 reside en España y realiza extensos viajes de estudio por Europa Central y el Norte de África. Con el aval del insigne escritor español, don Gregorio Marañón, exhibe en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid y en los homólogos institutos de Barcelona y Soria y en el Museo de Bellas Artes de Málaga. Desde 1975 Ureña Rib exhibe sus obras en museos y galerías de Europa, sobresaliendo las exposiciones presentadas en el Deutsche Bank, de Bonn, Alemania en 1982 y la muestra del 12 de Octubre de 1988 en el Istituto Italo Latinoamericano de Roma, a la que asiste en pleno el cuerpo diplomático y altos dignatarios de la Iglesia. En 1977 recibe una invitación del Departamento de Estado de los Estados Unidos para conocer los Museos e Institutos de Arte más importantes de ese país. Ureña Rib ha servido a su país como Profesor de Dibujo en la Escuela Nacional de Bellas Artes y como Director de la Escuela de Artes de la Universidad APEC. Es colaborador de los periódicos Ultima Hora, Listín Diario y El Siglo.

**Valdez, Diógenes (República Dominicana, 1941-l 2014)**, galardonado en tres ocasiones con el Premio Anual de Cuentos José Ramón López: (El silencio de caracol, 1978; Todo puede suceder un día, 1982; y La pinacoteca del burgués, 1992). En 1983, obtuvo el

Premio Siboney de Literatura en el género novela, con Los Tiempos revocables. Otros de sus libros son: La telaraña (novela, 1980), Lucinda Palmares (novela, 1981), Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo (novela, 1997) y el libro de ensayos Del imperio del Caos al reino de la Palabra (1986).

**Vázquez Torres, Iván J. (Ponce Puerto Rico, 1977)**, mis estudios fueron en psicología en la Pontificia Universidad de Puerto Rico

Miembro de la Peña Literaria Inc de Ponce, un grupo de escritores locales que se reúnen una vez al mes a compartir sus escritos y a veces a dialogar de diferentes temas de interés.

Tengo dos novelas publicadas: Las Sombras de mi Vida (out of print) y El Culto del Sol Negro. Ambas solamente en Puerto Rico.

http://sombras-vida.blogspot.com/

http://culto-solnegro.blogspot.com/

# Ensayistas:

**Clavell Carrasquillo, Manuel (San Juan, Puerto Rico, 1975)**, escritor, periodista y abogado notario. Estudió ciencias políticas, literatura comparada y derecho en la Universidad de Puerto Rico. Su escritura desborda las formas de la autobiografía, la crónica y la crítica

cultural. Reflexiona sobre las cuestiones queer, postcolonial y los renglones torcidos de las resistencias y el poder.

http://www.carnadas.org/

**Miranda Santiago, Iris (Puerto Rico, 1961)**, poeta, profesora de la universidad Politécnica de Puerto Rico, y editora, es egresada de la Escuela Graduada de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico. Ha publicado los siguientes libros: *Noches de luna: embelesos y melismas (2007, Orbis-Terranova), Alcoba Roja (2011, Los libros de La Iguana), Óptica del desierto y Flash Creatio (2013, Los libros de la Iguana) y Flor de luna (2014, Casa de los Poetas)*. Sus reseñas críticas, cuentos y poemas han sido publicados en revistas internacionales y nacionales.

www.liricanocturna.wordpress.com

**Odilius Vlak —seud.— (Azua, República Dominicana)** licenciado en Comunicación Social, por la Universidad Autónoma de Santo Domingo [UASD] en su mención de periodismo, ha ejercido la carrera especialmente en el periodismo investigativo y cultural, así mismo es traductor y ha trabajado como freelance writer para varias plataformas internacionales.

En diciembre del 2009, crea junto a un equipo de escritores, ilustradores y dibujantes de cómic, el Blogzine, Zothique The Last Continent, espacio consagrado a la Era Pulp y sus géneros de Ciencia Ficción, Horror y sobre todo la Fantasía Oscura. Esto último simbolizado en el nombre del Blogzine extraído de la saga homónima del escritor americano, Clark Ashton Smith. Allí ejerció la función de Redactor en Jefe y encargado de las secciones Introvisión, Alterecos4.D y Runes Sanguinis hasta agosto del 2013, fecha en la que abandonó el espacio para concentrarse más en su obra personal.

En ese lapso de tiempo tradujo veintiséis historias inéditas de ciencia ficción pulp de Clark Ashton Smith al español, publicadas casi todas en la revista Wonder Stories. También más de sesenta documentos igualmente inéditos entre artículos, testimonios de autores y entrevistas, todos ligados al universo de la literatura especulativa. Es un colaborador regular de la revista de microficciones fantásticas, miNatura. Dos historias de su ciclo de Fantaciencia y New Pulp, «Descarga de meteoritos en la Batalla del 19 de Marzo» y «Juegoedrox platónicos», fueron publicadas en e-book en la revista española Alfa Eridianis como «Crónicas historiológicas» y en papel por la editora independiente puertorriqueña, La Secta de los Perros, bajo el título de «Crónicas de Ouroboros». Representó a República Dominicana en el Primer Congreso de Literatura Fantástica y de Ciencia Ficción del Caribe Hispano organizado por la Universidad de Puerto Rico en octubre del 2014, donde también participó en el Festival de la Palabra.

Como escritor tiene dos libros de poemas en prosa inéditos en imprenta pero cuyos textos están publicados en el Blogzine: «Tumbas sin fondo» y «Plexus lunaris». También trabaja en su ciclo de Fantasía Oscura: «Órbitas tandrelianas».

**Pichardo, Vicente Arturo (Santo Domingo, República Dominicana, 1981)**

egresado de la Escuela Nacional de Bellas Artes (ENBA), donde realizó sus estudios de artista plástico, (2002); es estudiante de arquitectura en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD).

Ingresó al Taller Literario Manuel del Cabral (TLMC). Es coordinador del Taller Literario Narradores de Santo Domingo (TNSD). Tiene publicado el libro de minificciones

"Brevísimos cuentos de espatos" (2013). Está en la antología de narrativa hispánica "Minotauro: Antología de Relatos Breve" por Latin Heritage Foundation (2011).

Algunos de sus cuentos han sido publicados en la revista Litterãtus(Santo Domingo Norte, Rep. Dom.) Y en la revista Punto de Partida, dedicado al Taller Literario Manuel del Cabral (del Ministerio de Cultura, Rep. Dom.). En las antologías "Santo Domingo NO PROBLEM" del Taller Literario Narradores de Santo Domingo y en el libro "Cuentos de nunca acabar" la publicación del libro de cuentos del certamen "Premio Nacional de Cuentos Joven Feria del Libro 2011" y en "El fondo del iceberg" segunda antología del Taller Literario Narradores de Santo Domingo, diciembre 2012. Tiene algunos micros-relatos en la publicación del concurso "I Concurs de MicrorelatsNegres de la Bòbila (Barcelona, España)" y la revista digital miNatura. Obtuvo Mención de honor en el Concurso Premio Nacional de Cuentos joven Feria del Libro 2011. Fue finalista en el "II Concurso de Microrrelatos de Terror en Honor a Edgar Allan Poe de la página wed Artgerusrt.com en diciembre del 2011".

Obtuvo el primer lugar en el V concurso Nacional para talleristas en el renglón cuento, en abril 2012. Obtuvo Mención de honor en el Concurso Premio Nacional de Cuentos joven Feria del Libro 2013.

# Ilustradores:

Pág. 121 **Alejandro D' Marco -seud.- (Argentina)** ilustrador digital, fotomanipulación.Artista autodidacta cuya inspiración son las Viejas peliculas de terror, la ciencia ficción y las leyendas urbanas.

http://09alex.deviantart.com/

**Pág. 92, 278 Alejo, Yuly (Málaga, España)**, ilustradora de erótico, horror y fantasía.

Ilustradora autodidacta desde los 6 años, nacida en la Costa del Sol en la ciudad de Málaga en 1989, se aficionó desde muy pequeña al dibujo y a la literatura. A pesar por su afición al dibujo, no decidió dedicarse por completo a la ilustración hasta los 16 años.

Tras acabar sus estudios como Técnico Superior de Ilustración en la Escuela de Arte San Telmo en Málaga en 2011, empezó a trabajar como freelance realizando encargos de ilustración digital para cualquier soporte, portadas de libros, diseño gráfico y textil. Actualmente colabora esporádicamente con varias revistas online y fancines.

Interesada desde muy pequeña por la figura femenina y el erotismo, además del fantástico, en sus trabajos se ve la clara influencia del ilustrador Luis Royo, aunque su estilo favorito siempre han sido Frank Frazetta, Milo Manara, Arthur Rackham, Simon Bisley, Morris Meredith Williams y Boris Vallejo entre otros.

Después de probar la ilustración tradicional, con tinta china, acuarelas, óleo y acrílico, etc., se especializó en la ilustración digital y en las portadas para libros de novelas e ilustrados.

http://yulyalejo.com/es/

http://www.ilustreando.com

http://engendrarte.deviantart.com/

**Pág. 328 Arandt Lizardi, Vanessa (Puerto Rico, 1966)**, artista plástica.

Mostró interés por las artes desde temprana edad, ya desde los diez años pintaba al óleo. Luego de obtener un bachillerato en Lenguas Modernas de la Universidad de Puerto Rico, cursó estudios de postgrado en traducción en Francia, donde también trabajó como profesora de idiomas en varias instituciones de enseñanza superior. A finales de los 80 estableció una estrecha amistad con el célebre artista puertorriqueño Rafael Tufiño, con quien mantuvo correspondencia por muchos años. Amistad que fue instrumental en su formación como artista. Vivió en Francia, los Estados Unidos, Alemania y finalmente en Australia, donde completó estudios en Artes Visuales, bajo la instrucción de Prudence Flint, Richard Stringer, Tim Jones, Peta Cross y Vin Ryan. Residió en Melbourne hasta el 2011 en donde mantuvo su práctica artística en el Nicholas Building, situado en el corazón del distrito artístico de esa ciudad. En la actualidad, reside en su país con sus dos hijos.

Ha participado en un sinnúmero de exposiciones grupales. Dos exposiciones individuales en Australia y dos en Puerto Rico. Tierra Fecunda en 2008, en donde ella investiga el paralelo entre" la mujer y la naturaleza". En 2010 Su Fuerza motriz en la que se reinterpreta la intuición femenina. En el 2013, "Dreaming" exposición que marca su regreso a su patria. En el 2014, Pétalos en la Arena, exposición basada en los versos de la poeta puertorriqueña Iris Miranda. Sus imágenes han sido documentadas y bien recibidas tanto en Puerto Rico como en el extranjero. Trabaja el oleo, y el dibujos en tinta y acuarela y la escultura, utilizando materiales reciclados y objetos encontrados. Ilustro el poemario Óptica del desierto, de Iris Miranda y ha participado en la creación de talleres de pintura para niños durante la Campechada Rafael Tufiño 2013.

**Pág. 107, 260, 303 Argüelles Trujillo, Yolyanko William (Cuba, 1975)** Graduado de la escuela de Bellas artes 'San Alejandro". Pintor, dibujante y realizador audiovisual. Ha dirigido varios dibujos animados como "La Catedral sumergida", "Ex-ergo" participando y alcanzando premios y menciones en festivales de cine internacionales, asi como muestras personales y colectivas de su obra en diferentes galerias de Arte.

http://yolyankowilliam.com/

**Pág. 158 Carper, Mario César (San Fernando, Buenos Aires, Argentina)** Escritor, ilustrador, guionista y dibujante de cómics.

Su formación incluye guion y dibujo de historietas, Plástica y Diseño de Interiores. Participa en los talleres literarios Los Forjadores y Taller Siete y colabora como ilustrador de portadas y relatos con las revistas Alfa Eridiani, Axxón, miNatura (cuya portada gano el Iº Premio de Ilustración del IIº PIEE 2009), La Biblioteca Fosca, NGC 3660, Aurora Bitzine, Crónicas de la Forja, NM, Próxima, editada en papel por Ediciones Ayarmanot.

http://carpermc.blogspot.com.es/?zx=fb0f025a1969212f

**Pág. 27, 33, 132, 350, 372 Castelló Escrig, Rafa (Castellón de La Plana, España, 1969)** graduado en la Escuela de Artes y Oficios de Castellón en la especialidad de Diseño Gráfico (1993). Cartelista, ilustrador y artista plástico, en la actualidad compagina su trabajo en la administración local en un pequeño ayuntamiento de la provincia de Castellón con su trabajo creativo. Recientemente ha participado con la exposición de sus dibujos y pinturas en la Iª Mostra Tradicional de Sant Joan de Moró (Castellón) y en la 16ª Edición de la Feria de Arte "PASEARTE" en Castellón de la Plana.

http://lafabricaonirica.blogspot.com/

**Pág. 161 Chang, Michael (Hong Kong)** art director, concept artist, illustrator

https://www.facebook.com/profile.php?id=651845227

**Pág. 191 Costa Cordero, Janina (Puerto Rico)** estudió histografía en la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras. Actualmente ofrece cursos de Historia en la Academía María Reina. Su tiempo libre lo dedica a la fotografía, la pintura y la cocina.

**Pág. 338 De Kastro, Pedro (Lisboa, 1971)** se enlistó voluntario en las fuerzas paracaidisticas de Lisboa. Luego de muchos saltos comenzó sus estudios autodidactas. En el 2001 viaja a Sarajevo representando a su país en la 10th Biennial of Young Creators of Europe and the Mediterranean. Posteriormente viaja a Brasil donde vive hasta ahora.

Premios:

Mención de honor en dibujo en el concurso Art Scene (1999) promovida por City Hall of Lisbon

1º lugar en dibujo en la 10th Biennial of Young Artists of Europe and Mediterranean (2001).

Mención de honor en ilustración en Abril Publisher's Prize (2004).

Mención de honor en ilustración en Abril Publisher's Prize (2005). Publicaciones:

Moreira Salles Institute, Brasil

Municipal Museum of Györ, Hungría

Colecciones privadas:

Portugal, Inglaterra, Alemania, Italia, Brasil, EE.UU..

**Pág. 98 Despain, Brian (Saline, Michigan, USA, 1971)** Ilustrador, Diseñador grafico en 3D ycreador de videojuegos entre otros.

Jamás tuve duda sobre mi Carrera a elegir, el arte fue mi guía, desde pequeño mesclaba figuras de leones, ejércitos de dinosaurios y naves espaciales o demonios.

Graduado de la Universidad de Michigan Oriental (1995), desde colabora con Impressios Game (1998) y Snowblind Studios (2002- 2009) en la creación de videojuegos y crea Top Dog (2009) donde desarrolla sus propios conceptos.

http://www.despainart.com

**Pág. 202 Dreth —seud.— (Yabucoa, Puerto Rico)** siempre ha tenido un talento fenomenal para aburrirse de lo que hace con la gran excepción de la fotografía y la edición de imágenes. Suele tomarse a sí mismo como objeto para aberraciones digitales y tiende a expresar lo que se le haría casi imposible en palabras. Sin una educación formal en los fundamentos del arte visual, ha dedicado a mejorar sus técnicas mientras a la vez ha ido minimizando el uso de objetos ajenos a su propia fotografía para crear sus imágenes.

http://www.dreth.net/

**Pág. 01, 16 Eddaviel —seud.— (Barahona, República Dominicana)**, ilustrador, historietista, muralista, Diseñador y escritor, egresado de la Escuela de Artes de la Universidad Autónoma de Santo Domingo [UASD], presidente de la compañía de cómics e ilustración MORO STUDIO y Co-Fundador de la Fundación Trúcano.

Ha trabajado como ilustrador para diferentes productoras cinematográficas, publicitarias y casas editoriales nacionales e internacionales. En el ámbito editorial, ha ilustrado los libros «Caperucita de Ida y Vuelta» [2008]; «El Diario de Ana Frank» [2009]; «Hamlet» [2009]; etc. Ha trabajado en cómics y revistas como «Dos Amigos» [2009]; «Campañas & Agencias» [2010-2011]; «Súper Brush» [2012]; «Distorsión X» [2012]; «Revista Digital miNatura» [2013-2014] «Tiempos Oscuros» [2013-2014]: entre otras. Como escritor e ilustrador publicó «El manual del coleccionista», junto a Leorián Ricardo y Welinthon Nommo, [2010].

Ha participado en diversas exposiciones colectivas como: Manga y Cómic en Dominicana [2007-2011, UASD]; Pabellón del Cómic [XII Feria Internacional del Libro Santo Domingo 2009]; Equipaje Compartido [Galería Guatíbiri, Puerto Rico y Galería de Bellas Artes, Rep. Dom. 2012]; Moebius Infinitum, homenaje al gran maestro de la novela gráfica francesa «Moebius» [Alianza Francesa de Santo Domingo 2013]; 1era Bienal de Arte Erótico Sto. Dgo. [Casa de Italia 2014], entre otras. Su primera exposición individual fue realizada en la videoteca de Casa de Teatro, bajo el título «CaligrafArt» incluyendo la música, la poesía y un mural realizado en vivo.

Como muralista ha pintado en diferentes actividades y pueblos de la República Dominicana como: San Juan, Barahona, Azua, Cabrera, Santo Domingo, La Vega, Baní, etc., actualmente forma parte del movimiento de murales alternativos "TRANSITANDO", con el objetivo de llevar el arte a diferentes lugares.

Actualmente se encuentra desarrollando varios proyectos, entre los que están: «Historias de Papá Tingó», nacido en su tesis: «El uso de mitos y leyendas dominicanas para la realización de historietas como suplemento periodístico»; asi como colorista para «Nonelands» videojuego de aventuras 3D realizado por Moro Studio; y el proyecto de audiovisual «Tinta de

plasma» junto a: Odilius Vlak «Escritor», Raymond Jaquez «Músico» y Milton Sánchez «Cineasta».

**Pág. 335 González Gómez, Jonathan (Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias, España, 1985)** artista Conceptual freelance.

http://brotherostavia.deviantart.com/

**Pág. 62, 315 Gonzálvez Fernández, Joan (España)** ilustrador.

Estudiante de Medicina. Colabora con la revista digital miNatura.

**Pág. 322 Gric, Peter (Checoslovaquia, 1968)**, artista 3D. Cuando aún era un niño, a su familia se le concedió un permiso de vacaciones fuera de los territorios estrictamente controlados por los socialistas. Sin saberlo el, sus padres nunca pensaron en regresar, y condujeron hacia Austria en lugar de al estado aprobado como destinación de sus vacaciones, donde solicitaron la residencia. Peter estudiaría con el profesor Arik Brauer en la Academia de Bellas Artes de Viena, que fue uno de los miembros originales de la Escuela de Realismo Fantástico de Viena. Peter así pasaría a formar parte de la nueva generación de artistas influenciados por ese movimiento. Su obra ha sido expuesta junto con otros notables artistas como H.R.Giger y es miembro del grupo Labyrinthe. Ah ilustrado numerosas portadas de libros, principalmente del género de ciencia ficción y fantasía. Siendo de una joven

generación de artistas y a pesar de realizar su obra con acrílicos y pintura, no ha evitado las nuevas tecnologías y ha trabajado en el modelado 3D.

http://www.gric.at/

http://en.wikipedia.org/wiki/Peter_Gric

**Pág. 71 Huang, Guangjian (República Popular China)**, ilustrador.

http://www.hgjart.com/gallery.asp

**Pág. 227 Kopera, Tomasz Alen (Kozuchow, Polonia, 1976)**, graduado en la University of Technology en Wroclaw, donde obtuvo la titulación de ingeniero.

Pinta en óleo sobre lienzo La naturaleza humana y los misterios del universo son sus fuentes de inspiración. Unas veces prevalece la oscuridad, otras la luz.

Es celebrado en ciertos círculos visionarios artísticos sobre su atención al detalle.

Reside en Irlanda desde el 2005 desde donde trabaja en su estudio.

Desde el 2010 es miembro del "Libellule Group" dirigido por Lucas Kandl.

http://www.alenkopera.com/

**Pág. 83 Lecouffe Deharme, Bastien (Bretaña, Francia, 1982)** ilustardor e instructor de pintura digital.

Clientes y publicaciones: Spectrum, Random House, Tor Books, Orbit Books, Del Rey, SFX Magazine, Imagine FX, 3D Total (Digital Art Masters, Sketching from the Imagination), Applibot (Legend of the Cryptids), Miami New Times, Gallimard, Pocket, Mnemos, Edition

du Riez, Elegy, Carta Capital (The Economist), Mad Movies, Metaluna Production, Malpertuis.

http://www.roman-noir.com/

**Pág. 38, 383, 388 Mel Dinzey Castro (Santo Domingo, República Dominicana, 1990)**, escritora y fotógrafa. Estudiante de Publicidad Mención Diseño Gráfico.

**Pág. 214 Melvin, Dave (San Francisco, EE.UU.)**, illustrador/Model Maker en Academy of Art University (San Francisco).

http://davesrightmind.blogspot.com.es/

http://davesrightmind.deviantart.com/gallery/

https://www.facebook.com/dave.melvin.7?fref=ts

**Pág. 196 Nikonov, Aleksandr (Rusia)** ilustrador e artista digital.

http://www.artstation.com/artist/Niconoff

http://niconoff.deviantart.com/

http://niconoff.tumblr.com/

https://twitter.com/AleksNikonov

**Pág. 265 Quan, Phuoc (República Socialista de Vietnam)**, diseñador conceptual, desarrollador visual e ilustrador en videojuegos y películas. Actualmente vive en Singapur.

http://phuocquan.blogspot.com

**Pág. 246 Rapp, Otto (Felixdorf, Baja Austria, Austria, 1944)** ilustrador.

Educado en Viena, donde más tarde trabajé como empleado en el transporte y los seguros. Después de completar el servicio en la Fuerza Aérea de Austria, viajé por toda Europa, finalmente se instaló en Estocolmo, Suecia.

Como pintor que fue inicialmente autodidacta, estudiando en las diversas galerías y museos. En Viena, estaba a menudo 'colgando' en la Akademie der Bildenden Kuenste, donde admiré el trabajo de la Wiener Schule des Phantastischen Realismus representado allí por el profesores Rudolf Hausner y Arik Brauer. Otros miembros fueron Ernst Fuchs, Wolfgang Hutter y Anton Lehmden, que había estudiado juntos en la Academia con el Prof. Albert Paris Gütersloh.

En Estocolmo, me enteré de que me estaba lavando platos en el mismo restaurante donde años antes, otro artista vienés Fritz Hundertwasser, el 'Gaudí austríaca ", como más tarde se le conoce como, había trabajado el mismo trabajo. Animado por un comerciante de arte en Gamla Stan, empecé a pintar más seriamente. Busking en las calles de Gamla Stan con un artista holandés, mi primera pintura fue vendida a un transeúnte por mi amigo el artista mientras yo estaba en la línea de la oficina de empleo - esta paga para una comida espléndida para nosotros ese día.

Viajando alrededor en 1968, terminé en el oeste de Canadá, donde finalmente me instalé en Lethbridge, Alberta. Fue en Canadá, donde la mayor parte de mi obra de madurez se produce (bajo el patrocinio de una pequeña galería Lethbridge).

Trabajando por la Canadian Pacific Railway, renuncié en 1977 para asistir al Programa de Bachillerato en Bellas Artes en la Universidad de Lethbridge, graduándose (con gran distinción) en 1982.

En Canadá, he participado en muchas exposiciones, y sostuve varias exposiciones individuales, que culminó con la proyección central de 1994 en La Prairie Art Gallery en Grande Prairie, Alberta, lo que me valió el apodo de The Mystic.

A lo largo de mis años en Canadá, que había sido objeto de muchas críticas y artículos periodísticos, así como programas de televisión locales en Calgary y Lethbridge mientras esté activo como artista, Instructor de Arte, curador, Estudio Técnico, crítico de arte y miembro del jurado.

A principios del verano de 2011 volví a vivir en Viena, Austria y comenzó a trabajar en un estudio en el Palacio Palffy, que también alberga la Phantasten Museo Wien, así como la Academia de Viena de Visionary Art.and Prof. Ernst Fuchs tenido hasta hace poco un estudio (estábamos 'vecinos' entonces).

Desde enero 2015 mi nuevo estudio en Viena se encuentra en el KunstQuartierWien, Aichholzgasse 32-34 en Viena Meidling.

http://www.artofthemystic.com/

http://artofthemystic.deviantart.com/

http://beinart.org/artists/otto-rapp/

http://otto-rapp.artistwebsites.com/

**Pág. 111, 181, 288, 346 Rodríguez Abreu, Laura (Arecibo, Puerto Rico, 1978)** poeta, fotógrafa, diseñadora de interiores y artista plástica. Estudió en la Liga de Arte de San Juan (1995); Bellas Artes en la Universidad de Puerto Rico Recinto de Rio Piedras, de dónde se gradúa Magna Cum Laude y en Caribbean University, dónde hace su Maestría en Historia del Arte y Museología. Participa en exhibiciones en la Casa Protegida Julia de Burgos (2001-2002), la Universidad de Puerto Rico Recinto de Arecibo (2001-2002) y en las colectivas de

estudiantes de la UPR (Galería Francisco Oller) y en el Museo Archivo de Caribbean University (MACU). A pesar de que no ha participado activamente en el "Mundo del Arte", no ha dejado de trabajar la plástica; sobre todo la fotografía, que es su especialidad. Recientemente Laura Rodríguez Abreu se ha dedicado al diseño de interiores, profesión que ejerce desde el 2006 y por la cual se encuentra licenciada por el Departamento de Estado de Puerto Rico, a impartir clases de arte (institucional y privada), y a escribir. Incursiona en el mundo literario con su poemario "Días para Contar" (2014). Tanto en su faceta literaria como en la plástica, "encierra con luminosidad un lenguaje propio y circular en el alma y la contemplación de lo sentido. Su obra se cimenta en una danza lúdica y al mismo tiempo existencial. En ella confluyen en asonancia muy personal la piel, el amor contemplado o perdido, las oraciones proscritas, los temas de continuidad, y la mujer en punto cardinal autentico y sin repeticiones". (Días para Contar, Marioantonio Rosa 2014).

**Pág. 445 Schepacz, Yohann (Francia)** Artista conceptual e ilustrador.

Ha colaborado con Eidos Montreal entre otros proyectos.

http://www.oxanstudio.com/

**Pág. 47 Sestayo, Arantza (San Sebastián, País Vasco, España)** ilustradora e historietista.

Empieza su carrera artística dedicándose al retrato, pasando después al diseño cerámico en fábricas de azulejo como Meridiano 0 o Tres F. y a la realización de fondos para estudios de animación como Camelot (Castellón) o Milímetros (Madrid).Trabaja para la empresa de pintura decorativa Art Soldevilla (Alcoy), y más tarde se centra de lleno en la ilustración, con trabajos esporádicos para publicaciones de Dinamarca, Suecia Noruega y Bélgica, como la publicación de cómic erótico y humorístico Rooie Oortjes, o la revista infantil sueca Psago

Prinsessan, y termina dedicándose casi por completo a la editorial americana S.Q.P. en la que títulos como Angel Song, Fayry son, Devil Dolls, Coven, o Sword Song dan muestra de una variada colección de lápices y óleos, que se recogen en la edición The Art of Arantza, editado en 2005.

El ayuntamiento de Castellón reúne a su vez en un tomo titulado Duende un exponente de cada variante de su obra, y le encarga la realización de una ilustración en la fachada principal del salón de actos del Ateneo castellonense en el año 2007.

En 2008 se edita Besos Malditos, de la mano de Norma Cómics, que recoge una colección de ilustraciones a lápiz y a color, acompañados de poemas creados también por la autora.

Aparece en otros países a cargo de editoras como Heavy Metal en EEUU. O Panini en Italia. Alguna de sus imágenes también forman parte del libro "Vampiros" (Norma Cómics) junto a Victoria Francés y Melanie Delon entre otros.

Empresas como Schmidt, Bioworld, Heavy Metal llevan al mercado productos de merchandising derivado del libro Besos Malditos y de nuevas obras, en forma de puzles, posters, accesorios de informática, etc.

Calendarios de la mano de Heavy Metal en 2009, 2010 y 2012

Colabora con la editorial Dibbuks con portadas para las novelas de corte juvenil El silencio del mar y Midnight, y conportadas para la revista de tatuajesamericana Rebel Ink.

Realiza diferentes exposiciones en eventos relacionados con el cómic y el cine, como Expomanga, Salón del cómic de Irun, Cavacon en Italia o el festival de cine de terror de San Sebastián.

Premios:

Premio Mejor Obra Ilustrada "Besos Malditos" en el salón del cómic de Málaga, Imaginamálaga en 2010.

Selección de la obra Nosferatum en la edición de The World`s Greatest Erotic Artof Today (Florida) de 2007.

Encargo del cartel para el Salón del Cómic "Cavacon" en Cava de Tirreni (Italia) en 2011.

Algunas de sus obras han sido seleccionadas, como Rhabindranaya, Palmira o Eleonora, y publicadas en diferentes números del recopilatorio americano Spectrum.

Actualmente vive en Castellón de la Plana (España) y cuenta con 27.000 seguidores en su página de fans de Facebook.

http://www.arantza.info/

https://www.facebook.com/pages/Arantza-Sestayo/93453192873

**Pág. 149, 235, 300, 310, 329 Walesca Pagán Sotomayor, Betzabeth (Aibonito, Puerto Rico, 1978)**, creció y comenzó la escritura de sus poemas en Jayuya. Son sus padres Bienvenido Pagán Gracia y Myrna Iris Sotomayor Torres. Ambos jayuyanos y educadores. Tiene 8 hermanos y hermanas. Graduada de la Escuela Superior Josefina León Zayas de Jayuya en el 1995. En el año 2004 completó sus estudios universitarios en Educación Elemental en la Universidad de Puerto Rico. En el 2007 completó la Certificación de Español Secundario. En el 2008 obtuvo la Certificación Bilingüe del Estado de Texas a nivel elemental. Próxima a completar la Maestría en Currículo y Enseñanza en Español en la Caribbean University en Ponce. Trabajó con el Programa de Alfabetización del Departamento de Educación de Puerto Rico. Ha trabajado como maestra en el Distrito Escolar de Dallas y en Puerto Rico. Es por sus hijos, Urayoán André y Bayoán Joel, que aún se mantiene en pie de lucha. Jayuyana, madre, maestra, y mujer, con un gusto insaciable por las artes. Comenzó a escribir poemas cuando tenía aproximadamente unos 7 años. Su poema "Puerto de las desventuras" fue publicado en la Antología de poemas de amor de Casa de los Poetas en el 2012. Sus poemas y fotografías han sido incluidos en la Revista Literaria Entre líneas, en la Revista Monolito, en la Revista Corpus Litterarum y en la Revista Letras Salvajes. Participó del 4to y 5to Festival Internacional de la Poesía en Puerto Rico. En el 2014 fue publicada en la Antología Fronteras de lo imposible de Casa de los Poetas. Forma parte del grupo de escritores de la Revista Literaria En la orilla y del Colectivo Algo que Decir. Ha participado en

diversas lecturas de poesía en Puerto Rico. Tiene tres publicaciones a su haber: Antagonía (2011), Vericuetos del amor (2011) y Hemisferio Espejo (2014). Perdona su pasado, abraza su presente, y camina con firmeza a su futuro.

http://www.9mm-fantoche.blogspot.com

**Pág. 171 Yonson Carbonell —seud.— (República Dominicana)** estudiante de Publicidad Mención Ilustración de la Universidad Autonóma de Santo Domingo. Adicto a las series de TV y a las películas para niños, me atrae más el arte tradicional que el digital en especial "la tinta y la acuarela".

www.tapastic.com/series/fakerality

www.instagram.com/yonsoncb

www.yonsoncb.tumblr.com

www.twitter.com/yonsoncb

**Pág. 377 Vergara García, Judith (Perú)**, de niña comenzó a tener interés por la pintura, Judith utiliza para dibujar con una pluma azul en su cuaderno negro en el que todavía tiene en algún lugar de su casa. Estudió de arte en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Lima, está en su quinto año de su carrera artística. Comenzó a participar en la Exposición de Arte desde Ella estaba en su primer año de clases de arte.

Su obra llamó la atención de algunas galerías que le dio la oportunidad de adquirir para mostrar sus pinturas en diferentes lugares de todo el mundo, ha hecho dos exposición individual en Perú y ha participado de exposiciones colectivas en España, Estados unidos, Chile, México , Cuba, Colombia y

Alemania. Judith ha sido parte de algunas publicaciones hechas en el Perú y España. Actualmente, vive entre Estados unidos y Perú desarrollando sus proyectos artísticos personales.

http://judithvergaragarcia.wix.com/judith-vergara

Sobre el copyright de las imágenes:

**Pág. 01/** Cohoba, intervención extraterrestre en la creación de la mujer/ Eddaviel —seud.— (República Dominicana), **Pág. 15/** La Ciguapa / Eddaviel —seud.— (República Dominicana), **Pág. 27/** Pajaroroto / Rafa Castelló Escrig (España), **Pág. 33/** La última aventura de Charlot / Rafa Castelló Escrig (España), **Pág. 38/ S**.t. / Mel Dinzey Castro (República Dominicana), **Pág. 47/** Len / Arantza Sestayo (España), **Pág. 62/** Monstruo / Joan Gonzalvez Fernández (España), **Pág. 71/** Angel / Guangjian Huang (República Popular China), **Pág. 83/** Inanna / Bastien Lecouffe Deharme (Francia), **Pág. 98/** Piscis Ex Machina / Brian Despain (EE.UU.), **Pág. 92/** The birth / Yuly Alejo (España), **Pág. 107/** Series noches cósmicas / Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba), **Pág. 111/** S.t. nº1 / Laura Rodríguez Abreu (Puerto Rico), **Pág. 121/** De Profundis / Alejandro D' Marco —seud.— (Argentina), **Pág. 132/** Mujer con sombrero / Rafa Castelló Escrig (España), **Pág. 149/** S.t. / Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico), **Pág. 158/** S.t. / Mario Cesar Carper (Argentina), **Pág. 161/** S.t. / Michael Chang (Hong Kong), **Pág. 171/** Breve Historia de un genocidio intergaláctico / Yonson Carbonell —seud.— (República Dominicana), **Pág. 181/** S.t. / Laura Rodríguez Abreu (Puerto Rico), **Pág. 191/** El portal / Janina Costa Cordero (Puerto Rico), **Pág. 196/** Camp /Aleksandr Nikonov (Rusia), **Pág. 202/** Arrancado /Dreth -seud- (Puerto Rico), **Pág. 214/** Mama / Dave Melvin (EE.UU.), **Pág. 227/** Guardians of souls / Tomasz Alen Kopera (Polonia), **Pág. 235/** S.t. /Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico), **Pág. 238/** The Silent flight / Vanessa Arandt Lizardi (Puerto Rico), **Pág. 246/** Eye of the dark star / Otto Rapp (Austria), **Pág. 260/** Catedrales sumergidas / Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba), **Pág. 265/** Fantasy Castle / Phuoc Quan (República Socialista de Vietnam), Pág. 278/ Alumit / Yuly Alejo (España), **Pág. 288/** S.t. / Laura Rodríguez Abreu (Puerto Rico), **Pág. 300/** Till death / Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico), **Pág. 303/** S.t. / Yolyanko William Argüelles Trujillo (Cuba), **Pág. 310/** S.t. / Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico), **Pág. 315/** S.t. / Joan Gonzalvez Fernández (España), **Pág. 322/** Gynoid-Monument IV / Peter Gric (Checoslovaquia), **Pág. 329/** Till death 2 / Betzabeth Walesca Pagán Sotomayor (Puerto Rico), **Pág. 335/** Mech Hunter / Jonathan González Gómez (España), **Pág. 338/** Alpha and Omega / Pedro de Kastro (Portugal), **Pág. 346/** S.t. / Laura Rodríguez Abreu (Puerto Rico), **Pág. 350/** Libre / Rafa Castelló Escrig (España), **Pág. 370/** Equilibrista / Rafa Castelló Escrig (España), **Pág. 377/** The fat girl inside / Judith Vergara García (Perú), **Pág. 383/** S.t. / Mel Dinzey Castro (República Dominicana), **Pág. 388/ S**.t. / Mel Dinzey Castro (República Dominicana), **Pág. 445/** Carlitta (2014) / Yohann Schepacz (Francia).

Applibot
Chaos Drive
OXAN